

# INSÓLITAS

NARRADORAS DE LO FANTÁSTICO EN LATINOAMÉRICA Y ESPAÑA

EDICIÓN DE TERESA LÓPEZ-PELLISA

Y RICARD RUIZ GARZÓN



# INSÓLITAS

NARRADORAS DE LO FANTÁSTICO EN LATINOAMÉRICA Y  
ESPAÑA

*Teresa López-Pellisa*  
*Ricard Ruiz Garzón*  
(eds.)



*Insólitas. Narradoras de lo fantástico en Latinoamérica y España*

Primera edición digital: marzo de 2019

ISBN epub: 978-84-8393-640-5

IBIC: FYB

Colección Voces / Literatura 274

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación,  
Cultura y Deporte

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

© De la edición, introducción y notas: Teresa López-Pellisa y Ricard Ruiz Garzón, 2019

© De los textos, sus autoras, 2019

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2019

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: [info@paginasdeespuma.com](mailto:info@paginasdeespuma.com)

# INTRODUCCIÓN

## LAS HIJAS DE METIS

*Solo la ciencia ficción y la literatura fantástica pueden mostrarnos mujeres en ambientes totalmente nuevos o extraños. Pueden aventurar lo que podemos llegar a ser cuando las restricciones presentes que pesan sobre nuestras vidas se desvanezcan, o mostrarnos nuevos problemas y nuevas limitaciones que puedan surgir.*

Pamela Sargent

Dice el diccionario que lo insólito es lo raro, lo extraño, lo desacostumbrado.

En esta antología, lo insólito es todo aquello que resulta extraordinario. Lo que se sale de lo común, lo inusual, lo fabuloso o lo inexplicable: lo que aspira a ir más allá de la realidad.

También resulta aún insólito, por desgracia y salvo excepciones que comentaremos, el hecho de que una antología —mixta o no— reivindique a las «insólitas», es decir, a escritoras de las diferentes ramas de la narrativa no realista. Y aún resulta más insólito, y da que pensar, que esta labor no se hubiera llevado a cabo, hasta ahora, entre Latinoamérica y España. Como en los inventos absurdos de las viejas películas de espías, la principal intención de este prólogo es por tanto (y por insólito que parezca) aspirar a su inmediata autodestrucción: que caduque pronto, que no haga ya falta, que sus hallazgos, si los hay, dejen de ser necesarios; que el objetivo final de las antólogas que lo redactan —sonará asimismo insólito, pero en este contexto

es más que de justicia el plural femenino— se desintegre en una realidad en la que las mujeres que escriben, y entre ellas las que escriben fantástico, dejen de estar olvidadas, silenciadas e invisibilizadas. Será entonces cuando tenga sentido, como debería ser, el disfrute sin más de los cuentos seleccionados, que por otro lado han sido escogidos ante todo por su calidad. Juzguen si no, que para eso están.

Existe un ejemplo que ilustra bien a juicio de las abajo firmantes la pretensión de reivindicar la nómina presentada. Lo protagoniza Metis, una injusta desconocida para la mayoría de las lectoras (sí, también hay hombres entre ellas; ojalá el plural genérico fuera igual de reivindicativo). El caso es que Metis, la ignota y remota Metis, pertenece como otras diosas a la época clásica, pero apenas la conocemos porque resulta que su marido, el viejo Zeus, la devoró. Tal cual. Se la comió enterita mientras estaba embarazada de su hija común, Atenea. Todos conocemos al padre y a la hija, pero en un acto de inexplicable complicidad antropofágica hemos acabado borrando a la titánide Metis de nuestra memoria colectiva. Cosas que pasan, ¿no?

Pues no, no son cosas que pasan, no sin más, y además eso no es todo. Gracias a su desaforada ingestión, que no digestión, Zeus asimiló el poder de su primera esposa, y pudo con él procrear mediante un parto cuando menos singular: Atenea, ya adulta, vestida y armada, brotó de su cabeza con la obstétrica ayuda de Hefesto. En palabras de la poeta catalana Maria Mercè Marçal, nació también con ello un fructífero paralelismo:

No es nada diferente a la experiencia de la escritora: literariamente hija del Padre, de su ley, de su cultura —el gran parto masculino contra-Natura—: del padre que, en todo caso, ha deglutido y utilizado la fuerza femenina y la ha hecho invisible. No hay ningún referente femenino materno: no hay genealogía femenina de la cultura. Protegida por el legado paterno de la armadura que la envuelve, que le ahorra, tal vez, recordar que su cuerpo es como el de Metis expoliada e invisible, la imagen de Atenea evoca, en un primer vistazo, la mujer que asume un arquetipo viril, pero también puede ser, simplemente, la mujer revestida de Mujer, es decir, de la feminidad entendida como una construcción conceptual masculina<sup>1</sup>.

Atenea nace por tanto sin madre, sin un referente femenino, y tan solo

puede contemplarse en la proyección paterna de la que dispone, tras haber nacido con la imagen que Zeus ha creado en su mente sobre cómo deben ser su cuerpo y sus atributos. Con esta metáfora, Marçal plantea como en pocas ocasiones la necesidad de liberar a Metis, esto es, de reivindicar la historia de la literatura escrita por las mujeres en Occidente, y en el caso particular que nos ocupa, de construir una genealogía literaria femenina de lo insólito en Latinoamérica y España. Metis, es cierto, desapareció, pero no lo hizo por azar. Le ocurrió algo insólito, sí, pero no casual. No hay imágenes sobre ella a lo largo de la tradición occidental, pero existió y siempre ha existido y por eso es necesario aún hoy, o más hoy que nunca, llevar a cabo su visibilización.

De ahí, en fin, que este prólogo se titule «Las hijas de Metis». Como su «madre», las herederas de este linaje están ahí, existen, escriben y publican aunque muchos no las vean. En numerosas ocasiones, a las antólogas nos han preguntado si hay escritoras de lo fantástico o la ciencia ficción en español. La pregunta es sesgada, pero no innecesaria: dichas autoras existen y han existido siempre. La cuestión que debería preocuparnos, en consecuencia, es por qué no conocemos lo suficiente a esas escritoras de lo insólito que han enriquecido el género a lo largo de la historia. ¿Por qué? ¿Por qué sabemos tanto de Zeus y casi nada de Metis? ¿Quién ha devorado a nuestras autoras?

### **Insólito sí, ¿y femenino?**

Los relatos escogidos para esta antología forman parte, como se ha dicho, del género de lo insólito. Se trata de narraciones que pertenecen a diferentes ámbitos de lo no mimético. En relación a las categorías de lo insólito, sin embargo, existe un debate terminológico al que no son ajenas las antólogas. Así, para una de ellas, es importante distinguir las categorías de lo fantástico (incluyendo el terror sobrenatural con monstruos y fantasmas), la ciencia ficción y lo maravilloso (con todas sus modalidades, entre las que se incluiría la fantasía épica). A partir de las propuestas de David Roas<sup>2</sup>, lo *fantástico* se caracteriza por la inclusión de un elemento sobrenatural o imposible que transgrede las leyes que organizan el mundo real. Lo fantástico recrea nuestra realidad para destruirla y quebrarla a partir de la introducción de un fenómeno imposible que nos inquieta y nos angustia. El lector y los

personajes del texto se sienten amenazados por los fenómenos extraordinarios de un relato camuflado en el modelo realista, tal y como sucede con los cuentos de Edgar Allan Poe. En cambio, lo maravilloso como hiperónimo incluye diferentes categorías con sus propias reglas internas, como el realismo mágico, la fantasía épica o el *fantasy*. En este tipo de textos los mundos planteados no suponen una transgresión de las reglas de nuestro mundo, ni generan un conflicto con nuestra idea de realidad, ya que se trata de recreaciones de mundos muy diferentes al nuestro. Esta tipología literaria parte de presupuestos no realistas, transporta al lector hacia entornos en los que se convive de manera natural con lo extraordinario y lo imposible (con seres sobrenaturales o con la magia). Por otro lado, la ciencia ficción nos propone narrativas basadas en la especulación imaginativa, ya sea a partir del ámbito de la ciencia y la tecnología o de las ciencias sociales y humanas (por lo que no es imprescindible encontrar elementos tecnológicos para catalogar un texto como perteneciente al género de la ciencia ficción). En este caso, todos los fenómenos extraordinarios tienen una explicación racional, y ahí radica la diferencia entre este género y el funcionamiento de lo fantástico o lo maravilloso.

Por su parte, la otra antóloga prefiere el uso de otro tipo de taxonomía, habitual en el sector editorial, las librerías, el periodismo y el público aficionado, según la cual el término paraguas del «fantástico» puede dividirse en las ramas centrales de la fantasía, la ciencia ficción y el terror. Desde este punto de vista, explicitado en nombres como el de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror (aefcft), la veterana Associació Catalana de Ciència-Ficció i Fantasia (accff), la Asociación Venezolana de Fantasía y Ciencia Ficción (avcff), la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía (amcyf) —entre otros ejemplos de las asociaciones existentes entre España y Latinoamérica— o la fantasía y sus variantes épica, heroica o urbana no formarían parte del mismo apartado que los superhéroes, los zombis o el propio realismo mágico, sino que constituirían una categoría en sí misma, en igualdad de condiciones que las de la ciencia ficción o el terror (aunque no aparezcan en los nombres recogidos por las asociaciones mencionadas). El concepto de realidad, por consiguiente, no sería la piedra angular de esta clasificación, que ya presupone que los géneros no miméticos se alejan de ella en uno u otro grado, sino que al establecerla se tendrían más



en cuenta los códigos y arquetipos de identificación, sometidos hoy día a un proceso de hibridación que los acerca a terrenos fértiles e inexplorados. Esta idea no científica del «género» como punto de encuentro, a menudo con derivas comerciales entre las que se incluyen el fenómeno fan y hasta el «orgullo friki», no está sin duda exenta de problemas, entre ellos la confusión terminológica entre «fantasía» (subgénero), «el fantástico» (paraguas marco) y «lo fantástico» (concepto teórico desarrollado por la primera antóloga en el párrafo anterior), pero tiene como ventaja su inmediata asimilación por parte de un público creciente que, del mismo modo que en ámbitos como el cinematográfico, el de los videojuegos o el de las series televisivas, ha empezado al fin a arrinconar los prejuicios y el estigma que durante décadas han acompañado a los mal llamados géneros no realistas (en puridad, no miméticos).

Una y otra concepción parecen en cualquier caso suficientemente compatibles para esta antología bajo la etiqueta común de lo insólito, ya que los relatos elegidos ofrecen ejemplos de prácticamente todas las categorías de dichas narrativas más allá de su denominación final. Así, hay cuentos con quiebra de la realidad, con recreación explícita de códigos y con intenciones metaficcionales, y aunque es cierto que lo fantástico o la ciencia ficción tienen por ejemplo mayor presencia que el *weird*, ello se debe a la intención de trasladar a estas páginas la proporción hallada en la investigación. Quede claro, en fin, que si en esta antología hay más fantástico que ciencia ficción, y más ciencia ficción que terror, y más terror que fantasía épica o cuentos de hadas, sin ánimo de agotar comparativas, es solo como reflejo de la literatura escrita por las autoras que formaban el corpus manejado.

Pero vayamos a otro punto crucial para este volumen: en las páginas siguientes aparece en efecto un amplio abanico de autoras de lo insólito, de diferentes generaciones y países (entre Latinoamérica y España), que pese a su diversidad tienen en común haber escogido observar el mundo desde lo que una de ellas, Cristina Fernández Cubas, ha tipificado para la literatura como el *ángulo del horror*. Al tratarse de escritoras que trabajan la narrativa fantástica en su sentido más amplio, sin embargo, la crítica se refiere a menudo a sus trabajos como: *fantástico femenino*. Anne Richter acuñó el término «fantástico femenino» en *Le fantastique féminin d'Ann Radcliffe à nos jours* (1977), para referirse a un tipo de narrativa escrita por mujeres en la



que predominan elementos característicos de «lo femenino» como lo mitológico, la locura, la maternidad, el mundo interior, lo irracional y la fusión con el entorno natural. Nos desmarcamos con rotundidad de tales concepciones, si ese es el sentido de «lo fantástico femenino». De hecho, las antólogas consideramos que los binomios razón/locura, naturaleza/ciudad, hombre/mujer responden a categorías esencialistas que ha generado el saber humanista patriarcal androcéntrico y antropocéntrico. Y en nuestro caso negamos la mayor, ya que no se habla de «fantástico masculino» para hacer referencia a la narrativa de lo insólito escrita por hombres, y términos como «lo masculino» y «lo femenino» son conceptos construidos a partir de prácticas de exclusión y discriminación que el siglo xxi no deja de cuestionar.

Esta no es, por tanto, una antología sobre lo «insólito femenino». Otra cuestión es que hablemos de lo «insólito feminista»<sup>3</sup>, pero en ese caso no tendríamos por qué hablar de un tipo de literatura escrita exclusivamente por mujeres, ya que las mujeres no están obligadas o inclinadas necesariamente a escribir literatura y crítica feminista por el hecho de serlo. Algunos hombres, y aquí las antólogas se sienten en disposición de remarcarlo, también escriben literatura feminista y forman parte del movimiento feminista. Pese a todo, resulta obvio que en esta antología no hemos pretendido seleccionar únicamente cuentos feministas, más allá de que algunos relatos puedan leerse desde esta perspectiva. Las temáticas y preocupaciones con las que se toparán las lectoras, sea como fuere, resultan mucho más variadas.

Lo insólito, vamos comprobándolo, permite cuestionar el orden simbólico a partir de la transgresión, ya sea del lenguaje o de las convenciones culturales, y ese ejercicio de subversión contra lo normativo es perturbador y revolucionario, por lo que desde el feminismo supone un arma cultural de gran interés. Rosemary Jackson, en *Fantasy: literatura y subversión*, dice que la literatura de lo insólito muestra aquello que debería permanecer oculto, por lo que sus efectos siniestros se revelan a partir de las zonas oscuras que se esconden en nuestra cotidianidad. Para nosotras, lo interesante es que lo insólito desenmascara la naturaleza relativa y arbitraria del sistema social, se opone al orden institucional y expresa los impulsos que deberían ser reprimidos desde la perspectiva de lo normativo, por lo que puede resultar lógico que las mujeres, como identidades que no han gozado del privilegio, encuentren un espacio de libertad en la narrativa no realista y su capacidad

para reflejar las tensiones entre la ideología y el sujeto humano.

La teórica y pensadora Donna Haraway, en el ensayo *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*, nos ofrece una herramienta política desde la que podemos hablar e iniciar nuestros análisis a partir del concepto del «saber situado». Haraway explica que este concepto tiene que ver con nuestra identidad y el lugar desde el que miramos y leemos el mundo. La autora propone especificar cuál es nuestro punto de vista, porque nunca somos neutrales y por eso nuestro conocimiento y nuestra visión del mundo son parciales y están situadas en un contexto y en la subjetividad de quien lo emite. De ahí la riqueza de esta antología de narrativas transatlánticas, ya que la experiencia de una escritora de El Salvador o de Colombia nos permitirá abordar en ocasiones líneas diferentes a las de una autora de Ecuador, España o Perú. Lo cierto es que el lugar desde el que escribe cada autor o cada autora (y desde el que los leemos) responde a cuestiones identitarias y de experiencia de vida que tienen que ver con la nacionalidad, la localización geográfica, el género, la raza, la formación, la lengua o la inclinación sexual, y en algunas ocasiones esa identidad se ve reflejada en los textos. Pero esto no tiene por qué suceder, ya que los creadores no tienen por qué hablar de su género o su sexualidad en las obras que escriben, y más cuando hablamos de ficción y no de autobiografías.

Conviene en este contexto recordar que el teórico de la literatura y crítico literario Harold Bloom, autor de *El canon occidental*, bautizó como «Escuela del Resentimiento» a las primeras reivindicaciones de la crítica literaria feminista y poscolonial, en las que se solicitaba una revisión del canon literario en los planes de estudio de la universidad norteamericana. El canon, como todo, se configura a partir de convenciones sociales y relaciones de poder y de clase que no pueden pasar desapercibidas ni para las lectoras, ni para la crítica, ni para la academia, ni para el discurso institucional. Repartir el pastel siempre supone una pérdida de poder, y las resentidas también tenemos derecho a comer una porción del pastel y no morir de hambre. Quizás sea necesario resignificar el término «resentimiento» de connotaciones positivas, tal y como sucedió con el término *queer*, ya que Bloom nos permite otorgarle un valor ético e ideológico. Si es así, muchas nos declaramos como resentidas que luchan por la justicia y la igualdad.

## Una historia silenciada

Se definan o no como «luchadoras» o «resentidas», las hijas de Metis han escrito siempre. La escritora Christine de Pisan, desde su habitación propia, decidió reclamar también una ciudad propia y escribió *La ciudad de las damas* (1405), donde imaginó un mundo gobernado y habitado solo por mujeres que reclamaban su derecho a la igualdad, estableciendo una genealogía de mujeres ilustres y pensadoras que pudieran servir de modelo para futuras generaciones; fue una de las primeras ginotopías<sup>4</sup> de la historia de la literatura. La científica británica Margaret Cavendish, por su parte, publicaba su utopía *El mundo resplandeciente* en 1666 —traducida al castellano por la escritora de ciencia ficción María Antònia Martí Escayol—, en el mismo contexto que Campanella (*Ciudad del sol*, 1623) y Francis Bacon (*La nueva Atlántida*, 1627). El texto lo protagoniza una mujer que llega a un lugar más allá del Polo Norte donde diferentes seres de naturaleza maravillosa habitan en una armoniosa civilización poblada por animales antropomórficos que se muestran críticos frente al androcentrismo y el antropocentrismo. Y, cómo no, la británica Mary Shelley inauguraba el género de la ciencia ficción con *Frankenstein o el moderno Prometeo* (1818).

Pese a todo lo anterior, mientras en el ámbito anglosajón Pamela Sargent editó la antología *Women of Wonder: Science Fiction Stories by Women about Women* en (*Mujeres y maravillas*) en 1974, y Jen Green junto a Sarah Lefanu la antología *Despatches from the Frontiers of the Female Mind* (*Desde las fronteras de la mente femenina*) en 1985, en España<sup>5</sup> no se ha publicado la primera antología de autoras de ciencia ficción hasta el año 2014, cuando nació el proyecto *Alucinadas* (promovido por la traductora Cristina Macías y la escritora Cristina Jurado, cuenta con la publicación de cuatro compilaciones hasta la fecha). *Alucinadas* incluía relatos de escritoras españolas y latinoamericanas de ciencia ficción, inaugurando un proceso que ha tenido continuidad en otros países como Cuba, con la publicación de la antología de escritoras *Deuda Temporal* (2015), o México, con *La imaginación: la loca de la casa* (2015), dentro del ámbito de la ciencia ficción. *Insólitas*, por consiguiente, es la primera antología que se publica sobre narrativas de lo insólito en español escrita por mujeres, a partir de un diálogo transatlántico entre Latinoamérica y España, y la primera que reúne a

escritoras de diferentes generaciones de trece países con textos de todas las modalidades del fantástico en español. Un eslabón más, creemos que necesario, para redefinir y resituar en definitiva una realidad demasiado tiempo oculta.

Se trata, por cierto, de una reivindicación basada en hitos incontestables. Así, en la narrativa latinoamericana la presencia de lo insólito ha formado parte del canon literario desde muy temprano, en concreto con la forma narrativa del cuento. Véanse si no la presencia de lo sobrenatural y las reivindicaciones feministas en la obra de la escritora mexicana sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695), los relatos de las escritoras argentinas Juana Manuela Gorriti (1818-1892) y Eduarda Mansilla de García (1834-1892) o la distopía de la escritora colombiana Soledad Acosta de Samper (1833-1913) en el contexto del romanticismo, bajo la influencia de Edgar Allan Poe, el positivismo, el científicismo y el mesmerismo, tal y como también reflejan los trabajos de Leopoldo Lugones y Rubén Darío. A partir de la década de los años cuarenta, además, los autores más relevantes del canon latinoamericano estaban escribiendo narrativas de lo fantástico, como Jorge Luis Borges o Felisberto Hernández, coetáneos de la escritora argentina Silvina Ocampo (1903-1993) y la mexicana Elena Garro (1916-1998). Pero lo cierto es que la presencia de lo insólito, sobre todo del realismo mágico, cuando cobra relevancia en Latinoamérica es a partir del *boom* de los sesenta, cuyo fenómeno editorial y literario no incluyó sin embargo a las escritoras latinoamericanas<sup>6</sup>. La década siguiente, la de los setenta, sería no por casualidad la del impulso recibido por la segunda ola de feminismos y la celebración de la Primera Conferencia Mundial sobre la Mujer en México en 1975.

En la narrativa de lo insólito latinoamericano del siglo xx son muy conocidos los trabajos de Guadalupe Dueñas, Carmen Boullosa y Laura Esquivel (México), Elena Aldunate, María Luisa Bombal e Isabel Allende (Chile), Ángelica Gorodischer (Argentina), Rosario Ferré (Puerto Rico), Daina Chaviano (Cuba) o Gioconda Belli (Nicaragua), además del auge del microrrelato fantástico cultivado por autoras como las argentinas Ana María Shua y Luisa Valenzuela o la uruguaya Cristina Peri Rossi. A este panorama se deben sumar aquellas autoras que han incursionado en algún momento entre lo insólito como Lina Meruane (Chile), Rita Indiana (Santo Domingo) o

Claudia Salazar (Perú), y lo cierto es que existe una larga nómina de autoras de las modalidades de lo insólito en la narrativa latinoamericana contemporánea<sup>7</sup> que no está pasando desapercibida por la crítica. En esta antología se ofrece una pequeña muestra de estos trabajos, cuya diversidad temática, uso del lenguaje y estilos narrativos no dejarán de inquietarles.

Al contrario de lo que ha sucedido en España, las narrativas de lo insólito en América Latina no han constituido una corriente definida al margen de la literatura general, por lo que siempre han formado parte del canon y del reconocimiento institucional, mostrando una gran creatividad y originalidad en todas sus modalidades. Son diecinueve los países latinoamericanos en los que se habla español, y cada uno está caracterizado por procesos histórico-políticos, raciales, económicos y culturales de diferente índole, por lo que estaríamos hablando de una gran heterogeneidad entre las zonas del Cono Sur, la zona Norte o el Caribe. La presencia indígena en los países andinos, la violencia de las dictaduras, así como las consecuencias del proceso colonial, hacen del panorama cultural latinoamericano un crisol mestizo con grandes variantes y diferencias, tanto en los procesos comerciales editoriales como en la tradición de la presencia de escritoras en el canon latinoamericano (hay una clara diferencia entre la presencia institucional y la visibilidad que han tenido las escritoras en el Cono Sur, por ejemplo, frente a las otras zonas geográficas). Lo mismo ocurre en cuanto a la narrativa testimonial, la representación de la violencia y el conflicto armado, la pobreza y la represión política, la preocupación por el medio ambiente (característico de algunas zonas de América Central), o la presencia del conflicto con Norteamérica (más propio del Caribe y del norte). Las modalidades de lo insólito en el continente americano son proteicas y en su mayoría están caracterizadas por mensajes políticos y de crítica social, ya sea a partir del uso de las voces de los desaparecidos en la dictadura a través de los relatos de fantasmas, o a partir de diferentes versiones de lo distópico y lo apocalíptico como un reflejo del proceso colonial y los efectos del capitalismo neoliberal en el continente.

En España, a su vez, se ha cultivado la narrativa no realista desde el siglo xviii sin interrupción hasta nuestros días, aunque lo cierto es que, al contrario de lo que ha sucedido en Latinoamérica, nunca ha tenido el mismo reconocimiento institucional que la literatura realista ni ha formado parte del

canon, y menos todavía si se piensa en las escritoras de lo insólito. La autora más relevante del siglo xix y principios del xx es la feminista Emilia Pardo Bazán (1851-1921), por haber cultivado el género de lo maravilloso religioso, lo fantástico y la ciencia ficción, aunque también es importante mencionar a Ángeles Vicente (1878-1912), Carmen de Burgos (1867-1932), Matilde de la Torre (1884-1946) y María Laffitte, condesa de Campo Alange (1902-1986). Pero lo cierto es que, tal y como afirman David Roas y Ana Casas<sup>8</sup>, la normalización del género fantástico en España no se produce hasta los años ochenta, y casualmente esta fecha coincide con el *boom* de la narrativa escrita por mujeres. Durante la Transición española se despertó un gran interés por parte del público lector, los medios de comunicación y las editoriales por las autoras de diferentes generaciones que publicaron entre 1975 y 1982. Pilar Nieva de la Paz<sup>9</sup> considera que desde mediados de los años setenta se percibe el deseo de abrir una nueva era de libertades con la progresiva desaparición de la censura, la novela de corte político, autobiográfica y de testimonios (tanto del exilio como de la represión franquista durante la dictadura), y es por ello que en ese período proliferan los nombres y los premios literarios conseguidos por autoras, dando lugar a un fenómeno socioliterario de primer orden. Así, en estos años se conoce la obra de autoras de género fantástico en las que predomina el elemento sobrenatural como Cristina Peri Rossi (uruguaya exiliada en España), Ana María Matute, Rosa Chacel, Mercè Rodoreda, Pilar Pedraza, Mercedes Salisachs o Cristina Fernández Cubas, pero no asistiremos a una mayor presencia de las narradoras de lo insólito hasta la década de los noventa (con Elia Barceló como cabeza visible en la ciencia ficción) y no podríamos hablar de una consolidación de la presencia de las escritoras de lo insólito hasta la primera década del siglo xxi, acompañada del impulso de lo que ya podemos denominar la cuarta ola del feminismo. Entre las autoras que han cultivado el género durante este último período pueden citarse muchas, entre ellas Care Santos, Rosa Montero, Julia Otxoa, además de las antologadas y de otras que han incursionado ocasionalmente en el género como podrían ser Flavia Company, Sara Mesa o Mercedes Abad<sup>10</sup>.

Es importante mencionar que un factor fundamental para que se produjera esa normalización de lo fantástico en España durante los ochenta fue la llegada del *boom* de la narrativa latinoamericana a Barcelona en los sesenta y

setenta. La renovación temática, estilística y del lenguaje, con obras en las que predominaba el realismo mágico y lo fantástico, y el relato frente a la novela, supuso un cambio en las letras españolas, que al fin fueron asumiendo con cierta naturalidad los géneros no miméticos. A este factor se suma la llegada en esas mismas fechas del editor argentino Francisco Porrúa, fundador de la editorial Minotauro, cuya labor de publicación se centró en el impulso de la ciencia ficción en español e incluyó a autoras como Angélica Gorodischer. Tras el *boom* de la producción femenina en la Transición y la normalización del género fantástico en los ochenta, podríamos hablar de una consolidación progresiva de la ciencia ficción con el impulso de tertulias y fanzines, el asentamiento de un *fandominasequible* al desaliento y la creación de la hoy llamada Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror (aeft).

### **Un cambio necesario**

El siglo xxi, por su parte, es ya el siglo de lo insólito. El cambio de siglo ha propiciado un cambio en la recepción del cultivo de lo fantástico que podríamos describir como un proceso de naturalización<sup>11</sup> del género en la tradición cultural de Occidente. Las series de televisión, el cine, las obras de teatro o algunas novelas no siempre se presentan además con esta marca de género y ello favorece un consumo sin viejos prejuicios. A esto debemos sumar la presencia cada vez mayor de las voces femeninas como otra de las características de lo insólito del siglo xxi. Este impulso se ha logrado gracias a los proyectos editoriales y las revistas que dirigen varias mujeres, a la presencia de escritoras en la organización de festivales, en la dirección de portales en la red y en las instituciones, así como a la labor de académicas y traductoras dedicadas a la visibilización de estos trabajos.

En *Insólitas* se ha buscado mostrar una panorámica global de lo que están escribiendo actualmente las narradoras latinoamericanas y españolas en el género del cuento (escogiendo autoras que lo cultivan con asiduidad y tienen al menos un libro de cuentos publicado o relatos escogidos en antologías relevantes). Nos hemos centrado por tanto en cuentistas vivas de al menos dos tercios de los países posibles cuyas últimas publicaciones están relacionadas con lo insólito (y no solo en el pasado o de manera ocasional).



Hemos querido además mostrar a autoras de varias generaciones, por lo que se puede distinguir una primera línea conformada por nombres consagrados dentro del canon como Angélica Gorodischer, Luisa Valenzuela, Amparo Dávila, Ana María Shua, Cristina Peri Rossi, Cristina Fernández Cubas y Pilar Pedraza; una segunda con exponentes como Ana Cristina Rossi, Elia Barceló, Daína Chaviano, Cecilia Eudave, Alicia Fenieux, Lola Robles, Jacinta Escudos, Susana Vallejo y Tania Tynjälä; una tercera, conformada por autoras como Patricia Esteban Erlés, Anabel Enríquez, Mariana Enríquez, Solange Rodríguez Pappe, Laura Ponce, Cristina Jurado, Sofía Rhei, Raquel Castro y Laura Gallego; y una última hornada de escritoras nacidas en la década de los ochenta que cuentan con varias publicaciones como Laura Fernández, Laura Rodríguez Leiva y Liliana Colanzi. Hemos seleccionado los que hemos considerado los mejores relatos de estas autoras y que no hubieran sido muy antologados. A los criterios de calidad, por consiguiente, se les han añadido para conformar la selección final los geográficos, los generacionales, los de la variedad de subgéneros y hasta los de extensión, siempre con el objetivo final de proponer una lectura orgánica y lo más satisfactoria posible. En cualquier caso, las ausencias que puedan encontrar las lectoras y las carencias que puedan observar las autoras serán siempre responsabilidad única y exclusiva de las antólogas.

Quizá convenga añadir para acabar que las temáticas abordadas son muy diversas. Queremos dejar claro una vez más nuestro punto de vista al respecto: no consideramos que exista una temática propia en la literatura escrita por mujeres, ya que los personajes y las temáticas que defienden la diversidad y exploran el arte desde la disidencia pueden estar escritos por mujeres y por hombres. Lo que no deberían esperar las lectoras es que los cuentos seleccionados se centren en cuestiones y problemáticas femeninas o que sean relatos feministas por el mero hecho de que los haya escrito una mujer. Las inquietudes de las escritoras responden a intereses particulares y a contextos sociopolíticos y geográficos muy variados, que desde sus *saberes situados* les convocan los monstruos y umbrales incorporados a estas páginas. Entre los temas que se abordan entre estas páginas, a título de anticipo (dado que cada relato irá presentado con una biografía de la autora y una breve introducción al cuento), destacamos en cualquier caso la violencia de género, la relación con el Otro, la diversidad sexual, la soledad, la misoginia, los

cuerpos no normativos, la infancia, la muerte, la enfermedad, las relaciones familiares, la metaliteratura, la lincantropía, la precariedad laboral, el canon de belleza occidental, la violencia, la desigualdad de clases, el monstruo, la ecología, la guerra, el amor, la política en la era de la globalización, la relación humano-máquina, la educación en la era de la cibercultura, la inmigración o la indiferencia de la sociedad frente los problemas ajenos, entre otras posibilidades que invitamos a descubrir como quien destapa el ánfora de Pandora.

Lo insólito nos permite observar el mundo desde el otro lado del espejo y deformar las imágenes de la realidad para mostrar su verdadero rostro. Insólito, repetimos, es que no se hubiera publicado antes ninguna antología de géneros no realistas escrita por mujeres en el ámbito transatlántico español. Insólita será, y esperamos que en positivo, la lectura que se agazapa entre estas páginas.

Metis, por su parte, debería dejar cuanto antes de ser insólita.

Así sus hijas, creadoras libres, podrían desarrollar toda legítima rareza.

Teresa López-Pellisa  
Ricard Ruiz Garzón

# JACINTA ESCUDOS

## EL SALVADOR, 1961

Ha cultivado los géneros de novela, cuento, crónica y ensayo. Tiene experiencia como editora, traductora y guía de talleres literarios, además de colaboradora en los periódicos *La Nación* (Costa Rica), *La Prensa Gráfica* (El Salvador) y *El Nuevo Diario* (Nicaragua). Vive en El Salvador donde escribe la columna quincenal «Gabinete Caligari» en la revista *Séptimo Sentido* de *La Prensa Gráfica*, imparte talleres de narrativa y realiza labores de difusión cultural. Fue escritora residente en la Heinrich Böll Haus de Alemania y de La Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs de Saint-Nazaire, Francia, ambas en el año 2000. Tiene diez libros publicados entre novela y cuento, destacando *El asesino melancólico* (2015), *Crónicas para sentimentales* (2010), *El desencanto* (2001) y *Cuentos sucios* (1997). Ha sido ganadora del I Premio Centroamericano de Novela «Mario Monteforte Toledo» (2003), con su novela *A-B-Sudario*, publicada por Alfaguara Guatemala.

El relato «Yo, cocodrilo» (en *El Diablo sabe mi nombre*, 2008) es un cuento fantástico de transformaciones y metamorfosis, que apela a la sororidad a partir de una ácida crítica social al sistema patriarcal perpetuado por las mujeres. Un relato sobre la violencia que nos interpela y reclama responsabilidades por parte de todos y de todas, independientemente de cual sea nuestro género.

## YO, COCODRILO

En las tardes de calor me convierto en cocodrilo.

Voy al arroyo, me quito la ropa, me tiro boca abajo, cierro los ojos, extendiendo los brazos, abro las piernas.

Siento el viento de los desiertos soplar sus aires calientes sobre mí. Me derriten. Me penetran ahí abajo. Y algo cambia, algo que ya no soy yo. Y que es esto: un cocodrilo.

Así comienza mi fuerza, arrastrándome seductoramente, como cintura de mujer que se menea cuando camina. Tengo escamas en mis manos y una nueva y larga nariz que se extiende y se pega a mi boca, llena de dientes filosos y puntiagudos. Los animalitos huyen de mí, se esconden. Tienen miedo.

Tienen miedo de que abra mis fauces. Tienen miedo de mis ojos.

Al principio no sabía qué pasaba. Y entonces recordé lo que decían en la aldea. La niña que no se somete al ritual se convierte en cocodrilo.

No podía imaginar cómo una niña se convertiría en cocodrilo. Pero no debía preguntar. Entendería después.

La primera tarde que me convertí en cocodrilo fue extraña. Me acosté boca abajo en el arroyo porque tenía calor, y el calor me da sueño. Quería dormir. Y lo hice. Y al despertar me descubrí animal. Conocí mis fauces, mis nuevas manos. Si me contorsionaba lo suficiente, hasta podía ver mi cola. ¡Mi propia cola!

Me pareció curioso. Ser animal y ser persona. No me preocupaba, me parecía divertido. Pasaba las tardes en los matorrales del arroyo con los demás amigos cocodrilos. Hablábamos de los animales cazados, de los críos, del calor y del agua. Y de los humanos que vivían en la aldea.

Los demás cocodrilos no creían que yo era humana. Hasta que me vieron convertirme en yo. Los cocodrilos más ancianos dijeron que el humano que podía transformarse en animal, era un hechicero. Y así, los demás cocodrilos

me respetaron y prometieron ayudarme en toda circunstancia, porque sabían que yo sería buena con ellos.

Yo me la pasaba muy bien entre mis amigos. Nadábamos, comíamos, jugábamos. Me enseñaron la cacería. Acechábamos a todos los animales que se acercaban a la orilla a beber agua: impalas, búfalos, leones, elefantes. Y también a los humanos.

No me gustaba ser humana. Prefería mis horas de cocodrilo. Madre había sido clara. Me dijo, «tienes que someterte al ritual». Y yo le decía «no, prefiero ser cocodrilo». Madre me tiraba al piso, me gritaba. Todas las mujeres hablaban conmigo. Me decían que tenía que hacerlo, que no temiera, que todas lo hacían.

Yo lloraba. No quería oírlas. Ponía mis manos sobre mis oídos y lloraba. Sabía de los gritos de las niñas cuando iban al ritual. Sabía de las que morían después.

«No te casarás nunca», me decían. Y madre también decía «nadie dará dote por ti, seremos miserables siempre». Será infiel, será lujuriosa, se enfermará de la carne y se le pudrirá todo. Sus partes le crecerán y crecerán y serán tan grandes como los cuernos de una cabra, decían a mis espaldas.

Yo tenía sueños. En el sueño estaba acostada boca arriba, sin ropas. Y en el sueño, veía que de mi entrepierna crecía una larga serpiente con un solo ojo en el centro, gruesa y rígida, del color de mi carne, y yo tomaba la cabeza de la serpiente entre mis manos y la metía en mi boca, y sentía cosas extrañas en mi cuerpo. Y despertaba apretando las piernas y sintiendo cómo algo se movía en esa parte donde salen las aguas del cuerpo. Algo que se movía y que palpitaba tan fuerte como los latidos de mi corazón.

Me dejaron a mi suerte. Madre no quería saber nada de mí. Dormía y comía allí, pero no les importaba si me iba o me quedaba. Era indigna de todos y temí que cualquier día me llevaran a la fuerza para hacerme eso que le hacían a las demás.

Ya no quería estar con ellos. Odiaba a madre. La vi llevar a mi hermanita, la vi llevar a otras más. Mi hermanita lloró días y días, y lo único que salía de su cuerpo era sangre, mucha sangre. Madre se pasaba los días cambiando los paños de sangre por otros con el oxidado color de la sangre mal lavada.

Yo lo vi todo una vez. Sabía que las llevaban a la choza de la curandera. Ella les quitaba la ropa, y las mujeres le abrían las piernas a las niñas y las

niñas lloraban y chillaban como animal que va a ser matado y la curandera cortaba con un cuchillo un pedazo de carne, del tamaño de una oreja, allí de donde salen las aguas del cuerpo. Y la sangre brotaba roja, en abundancia. Y no había manera de pararlo, ni con emplastos de barro ni con mezclas de yerbas. Y las niñas no tomaban brebajes ni polvos para aliviar sus dolores, nada más eran sujetadas por su propia madre, por su hermana mayor, mientras otra les cortaba las partes y la cosían con cáñamos y agujas de la planta de las espinas.

Prefería ser cocodrilo, indigna, impura.

Una mañana, madre me dijo que tenía que ir con ella. Yo sabía lo que significaba. Me llevaría con engaños a la curandera, me dominarían, me amarrarían como animal.

Corrí, corrí desesperada, gritando. Fui hacia el único lugar donde tenía amigos, el arroyo. Corrí y me metí al agua y recuerdo un grito extraño dado por madre. Sabía que allí vivían los cocodrilos. Madre pensó que yo estaba muerta.

Entré al agua y por primera vez me convertí en cocodrilo en las oscuridades del arroyo. Salí cocodrilo a la orilla y los demás me siguieron.

Fuimos a la aldea. Destruimos todo. A los únicos seres que despedazamos fue a las mujeres de la aldea. Algunos compañeros murieron en la hazaña. Los hombres se defendían. Pero los hombres no nos interesaban. Eran ellas las que hacían todo. Las que cortaban, obligaban, mantenían las piernas abiertas.

Madre murió y yo la vi morir, pero no sabía que su hija era yo, cocodrilo. Participé personalmente en la comida de la curandera. Y nos encargamos también de todas las demás, porque las niñas no eran felices nunca, después del ritual. Fue un acto de piedad terminar con ellas.

Cuando concluimos fue porque los hombres se habían ido. No pudieron defender a sus mujeres. Huyeron asustados de nosotros. Jubilosos, batimos nuestras fauces en señal de victoria.

Ahora soy el líder de este pueblo. Mis amigos cocodrilos se la pasan muy bien. Ya no trato de convertirme en humana. Prefiero ser así, un cocodrilo con una larga serpiente que le crece entre las piernas.

# LAURA RODRÍGUEZ LEIVA

BOGOTÁ, COLOMBIA, 1988

Maestra en Artes Plásticas y Magister en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia. Desde 2009, ha trabajado como directora de arte de cortos y largometrajes, series de televisión, programas de concurso, videoclips, piezas publicitarias y otros proyectos audiovisuales. También, codirigió, con Luis Carlos Barragán, el cortometraje *Mu* (2014). Actualmente, es la directora de arte de la serie científica *Yongaritmo y los Polinomios*, de Unimedios Televisión. Ha publicado en las revistas *Tamandúa* y *Circe*. En 2014, fue la ganadora del segundo concurso Mirabilia de cuentos, su texto fue publicado en el libro *Ahora después nunca* (2014). Ha publicado en la revista *Próxima*, así como en la antología de ciencia ficción colombiana contemporánea *Relojes que no marcan la misma hora. Antología de ciencia ficción colombiana*(2017). En 2011, fue ganadora del estímulo *Semilleros de creación* de la División de Investigación de la Universidad de Colombia.

El relato «Sangre correr» apareció en 2017 en el volumen *Relojes que no marcan la misma hora. Antología de ciencia ficción colombiana*. Se trata de un relato único en muchos sentidos: por su reinención de lo femenino, por su mezcla de cotidianidad y monstruosidad, por las implicaciones de sus numerosas hemorragias, por sus largos, larguísimos apéndices y por su lúcida hibridación de géneros, que podría haberse quedado en lo experimental y, sin embargo, alcanza la lucidez narrativa que solo se obtiene difuminando las fronteras de lo fantástico.



## SANGRE CORRER

La sangre que sale de la nariz choca contra la porcelana del lavamanos. Mientras tanto, Mabel ve las gotas y recuerda aquella vez en la clase del colegio. Todos los vestidos de baño eran iguales y las niñas del curso tampoco se diferenciaban mucho entre sí: eran bajitas, rozagantes y con los ojos alegres por estrenar el uniforme de natación que, como era inicio de año, no tenía el color mareado que solía tener en julio o agosto. Había un ambiente jovial que el profesor trataba de manejar con seriedad porque la clase de natación, decía, «no se trataba de entrar en la piscina por diversión, como si estuvieran en paseo familiar».

Tal como dispuso el profesor, Mabel respondió al llamado de la lista y se sentó en el borde de la piscina a chapalear. Luego, entró al agua y siguió el calentamiento de los músculos y los ejercicios de respiración. El profesor anunció que se harían unas cortas tandas de competencia por estilos durante la última parte de la clase. Mabel estaba alegre, se sentía la mejor en apnea. Entonces, llegada la hora, se sumergió con entusiasmo.

Le salía muy bien el estilo, incluso tenía el movimiento corporal de los profesionales: una ligera ondulación desde la nuca hasta los dedos de los pies que le permitía fluir a pocos centímetros del suelo enchapado de la piscina. La cara de Mabel era plácida, había rebasado la mitad de la piscina olímpica y estaba segura de que nadie la superaría en tiempo. Miró sutilmente hacia atrás, solo como un gesto de confirmación de su triunfo, y la vio. Era Marina, la hija del profesor, parecía haber usado la piscina durante las vacaciones y la acechaba a toda velocidad. Mabel volvió la mirada al frente y aceleró la brazada: estaba a diez baldosas de llegar, Marina no podía alcanzarla.

Mabel calculó que le faltaban dos brazadas para la meta, hizo la primera de ellas y se estiró; una más y tocaría el vértice formado entre la pared y el suelo de la piscina. Con este, ella se impulsaría para salir a la superficie. Cerró los ojos, siempre lo hacía para hacer la última brazada, y sintió el golpe en el gemelo derecho. Se contrajo, se abrazó el gemelo; la posición corporal, de rollito, la elevó a la superficie donde se oían gritos y el barullo de aquellas

que se apresuraban a salir del agua. Mabel estiró el brazo para tocar el borde de la piscina, se agarró con ambas manos a la orilla y levantó el pecho para apoyar el abdomen en el piso exterior, solo así pudo quitarse las gafas y ver con claridad. La piscina estaba roja, totalmente teñida con el líquido borgoña que emanaba de su entrepierna. Volvió a sumergirse en el agua turbia y se dijo: «aquí me quedaré para siempre». Solo su mamá, que pidió permiso en el trabajo y atravesó la ciudad para llegar al colegio, pudo sacarla de la piscina ese día.

La cara de Mabel tiene un gesto de rabia porque el tapón del lavamanos no ajusta y detesta perder sangre. Piensa que en esa clase de natación, así como durante toda su infancia, perdió demasiada sangre solo porque nunca tuvo una ayuda verdadera. Sus profesores, más por asco que por preocupación, la dejaban ir a la enfermería cuantas veces quisiera para que le regalaran toallas higiénicas «ultra», «extra» o «súper» y, así, evitar un «accidente» sobre algún pupitre del salón. Ellos creían innecesario inmiscuirse en esos «asuntos de mujeres». Entonces, Mabel les seguía la cuerda y se salía de clase cuando se aburría, aun cuando sabía que no se trataba de un asunto de precocidad hormonal, ni falta de conocimiento respecto a los métodos para asumir la menstruación.

Con un nudo hecho con el trozo largo de un guante de goma roto, Mabel asegura el desagüe y piensa «siempre es mejor mantenerla adentro del cuerpo». Así, viendo que la sangre no se filtra, endereza el tronco y tira la cabeza hacia atrás. El ardor que siente cuando la sangre pasa por la garganta, le recuerda las ocasiones en que se provocaba el vómito durante la adolescencia. Tose chispas rojas y no tiene otra alternativa que volver a inclinarse sobre la poceta. La gotera se engrosa. Mabel, agachada, se humedece el entrecejo y aprieta sus lagrimales en la parte más delgada de la nariz. Esto, según el otorrinolaringólogo que publica tutoriales en YouTube, disminuye la hemorragia «solo en los casos en que la hemorragia se ha iniciado por factores externos; quiero decir, un cambio abrupto en el clima o una rasquiña prolongada», recuerda Mabel que le ha escuchado decir, con su acento espanyolete, en la publicación que hizo el martes pasado.

Como el sangrado no se detiene, Mabel decide tomar medidas extremas: usar papel higiénico. Pero solo un tubito de cartón se encuentra en el puesto de lo que, días antes, había sido un esponjoso rollo. «Mierda», dice. De

inmediato, estira la pierna izquierda y, con ella, se agarra del soporte de la toalla, esto le sirve para no perder la posición de su cabeza sobre el lavamanos; así, extiende el brazo derecho. El brazo recorre el pasillo, dobla a la derecha por la columna que divide el comedor de la cocina, gira la perilla de la puerta, entra a la cocina, hala el cajón de la alacena y saca el empaque nuevo de rollos de papel higiénico. Con el paquete sin abrir sostenido por la mano derecha, Mabel, en el baño, asegura el brazo izquierdo a la manija de la puerta de la ducha y estira la pierna derecha. La pierna hace el mismo recorrido a través del apartamento y llega a la cocina para ayudar a romper el recubrimiento plástico del empaque. Las dos extremidades abren un hueco en el paquete para sacar un rollo. El pie lleva, con premura, el papel higiénico al baño y la mano se queda en la cocina acomodando la alacena, la cierra y aprovecha para sacar de la nevera varias frutas y verduras. Después de perder tanta sangre, a ella se le antoja un licuado que evitará el mareo.

Mientras la mano derecha licúa las verduras en la cocina, Mabel arma dos tacos de papel higiénico para incrustarse en las fosas nasales. Con esto, desobedece las indicaciones del otorrinolaringólogo *online*: «no podéis taponar las fosas nasales sin supervisión médica. Esto os puede causar un desvío del tabique», advierte en la publicación de hace un mes. Cada vez que ve las publicaciones del otorrino, Mabel lamenta haber acabado con la vida del único médico que intentó ayudarla. Era un dermatólogo que examinó las protuberancias que empezaron a salirle en la axila.

Las cosas sucedieron durante la consulta: Mabel rondaba los veinte años y estaba asustada porque temía que estas masas fueran como las que le habían extirpado a los senos de su mamá. El dermatólogo le pidió que no se predispusiera a las enfermedades, «lo más importante es que esté tranquila y que confíe en mí, yo le prometo ser sincero y buscar el mejor tratamiento para usted. Sin importar lo que sea, cuente conmigo», le dijo con una voz dulce mientras ella se desvestía para la auscultación. Mabel, desnuda, miraba al médico que la examinaba: sus ojos negros, su piel trigueña, sus labios rosados, sus manos de piel suave, las mangas impecables, el pelo sedoso. Mirarlo la tranquilizaba y, al mismo tiempo, se creía capaz de identificar la gravedad de su padecimiento en algún gesto del médico. Al mismo tiempo, mirarlo la tranquilizaba. La mirada del doctor estaba fija en la axila. Observaba sin expresar asco o asombro por las protuberancias, más bien

ternura por Mabel y compromiso por lo que le estaba pasando. Ella sentía vergüenza, estaba nerviosa y cerró los ojos. Pensó en su mamá. En aquella vez en que la ayudó a ducharse después de la operación de sus senos. Su mamá se veía pequeña, tan frágil que el cuerpo parecía no poder sostenerla y se encorvaba hacia las vendas manchadas que cubrían el pecho.

Aún hoy, Mabel se siente desconcertada por lo sucedido con el doctor Valencia. Reconoce que ni ella se lo esperaba, pero justifica la reacción de su cuerpo porque el dolor que sintió fue insoportable. Cuando el doctor Valencia oprimió la axila, Mabel sintió que las protuberancias se abrieron como una cicatriz que se corta: la piel se rompe y la herida sangra aún más que antes. El doctor apretó y su cara fue succionada por la axila de Mabel. Ella gritó, intentó apartar al doctor, quien se agarraba el cuello indicando que no podía respirar. Mabel se tiró de la camilla y salió al pasillo de la clínica arrastrando el cuerpo del médico. Hizo lo posible por pedir ayuda para él, pero era tarde. El dermatólogo se había desmayado y solo pudo ser retirado de la axila de Mabel cuando seis enfermeros lo halaron, después de darle varias inyecciones a Mabel para que relajara los músculos. Al doctor Valencia lo llevaron a una camilla de reanimación, pero la falta de oxígeno le había provocado un paro respiratorio y tuvieron que inducirlo al coma. Mabel se disculpaba con todos, aunque no pudiera hablar por tantos relajantes. Fue encerrada en una habitación del hospital y estuvo en cuarentena.

Mabel se recuesta en el sillón de la sala para recuperarse de la pérdida de sangre. Se envuelve en una cobija suave para no quedar pegada. Esto sucede cuando las ventosas de su espalda entran en contacto con la tela del sillón que es una especie de cuerina, incluso, si ella solo lleva puesta una camiseta de tela delgada, las ventosas alcanzan a chupar la superficie plástica del espaldar y no dejan que se levante. El desarrollo de las protuberancias de las axilas sucedió durante su estadía en la cuarentena del hospital. Además de exámenes en máquinas tubulares y análisis de sangre casi a diario, Mabel fue visitada por terapeutas que le ayudaron a pasar el tiempo. Le mostraban manchas con dibujos que, en la mayoría de las ocasiones, ella veía como pulpos o calamares enormes que capturaban humanos y animales con sus tentáculos y los embadurnaban con su tinta. Mabel empezó a imitar esas imágenes y, como no tenía otros materiales, dibujó sobre las paredes con la sangre que expulsaba cada mes. También hizo algunos retratos del doctor

Valencia, su cabeza perfecta, su sonrisa amable, su mirada tranquila. Como la familia del médico pidió que mantuvieran a Mabel alejada de él, mientras se mejoraba, ella nunca pudo volver a verlo, aunque estuviera solo a un par de habitaciones en el mismo pasillo.

Pasados varios años y cuando el hospital requirió la habitación de cuarentena para suplir su problema de espacio en las urgencias, llamaron a la mamá de Mabel para que viniera a recogerla. Ella dijo que solo podría ir el fin de semana porque la empresa estaba en crisis y no permitía a sus empleados atender asuntos distintos al trabajo diario. Los de la clínica accedieron a tener a Mabel unos días más y aprovecharon para hacer un último análisis de las ventosas, que, en ese entonces, ya le recubrían el torso y la espalda; los tentáculos, que le salían del cuello; y la sangre, que seguía estando sana, abundante sí, pero sin anomalías para una persona de treinta años. Cuando la llevaron por el pasillo, Mabel pudo ver al doctor Valencia de reojo. Seguía siendo hermoso, a pesar de estar mucho más delgado y de que su pelo estuviera blanco. Deseó tocarlo, así fuera como despedida, y alzó un brazo, este se extendió por el pasillo y entró a la habitación del doctor Valencia aunque Mabel ya estaba en la puerta de salida. Mabel alcanzó a tocarle un pie y fue expulsada de la clínica a gritos. «¡Fenómeno!», le dijeron desde la ventana los familiares del doctor.

Mabel mira hacia la ventana y hace un gran esfuerzo por eliminar la imagen doble y borrosa del parque del conjunto. Cierra los ojos y se pone a repasar mentalmente los pendientes del día: la cuenta de cobro a la editorial; doce dibujos; el domicilio del papel y lienzos. Con las alas nasales obstruidas, se queda dormida. Se despierta de golpe, siente el pecho húmedo y corre al baño para ver su reflejo. La sangre que goteó de su nariz formó una cadena montañosa sobre el entramado de la camiseta blanca. Claramente, se puede vislumbrar en esta superficie el perfil indio de El Zipa: el protagonista de ese mito en que un líder indígena prefiere morir desangrado que ver agonizar de gripa a su comunidad; o, a sus mujeres, parir mestizos ojiazules de hombros demasiado anchos. Mabel pasa las manos sobre la camiseta, como acariciando la imagen, sin frotar las yemas contra la superficie por miedo a maltratar el dibujo. Sonríe y se desviste.

Va hasta el taller y cuelga la camiseta en la cuerda, junto a varias prendas blancas dibujadas con sangre. Con cuidado, sobre la mesa de dibujo, hala los

tacos de papel comprimido de las fosas nasales. Los desenrolla y, aunque sigue sintiéndose mareada, observa la primera imagen: un mapa. Mabel piensa en complementar la imagen cartográfica con pequeños dibujos de veleros llenos de gente; así, esta podría referirse a los saqueadores de templos indígenas. La imagen del otro taco es un árbol; puede ajustarse si se le añaden frutos como libros gordos, similares a biblias. En el suelo, pueden insertarse tiestos rotos que señalen que el árbol está sembrado en un cementerio indígena.

Concentrada en las imágenes, Mabel no se percató de que su sangre sigue regándose mientras los cuatro tentáculos de su cuello se ocupan en ejecutar las ideas para mejorar los dibujos. Su cuerpo desnudo está cubierto de caudalosos ríos vino tinto que confluyen en los muslos y caen como cascadas sobre la alfombra. Mabel siente una picada en la cabeza, ve luces revoloteando en la habitación y cae de espaldas. Tendida sobre la alfombra, piensa en el batido verde que quedó licuado en la cocina. De nuevo, tose chispas de sangre; cierra los ojos y recuerda el único número telefónico que se sabe: 310-8543060, el de su mamá. Si no contesta, podría dejarle un mensaje. Estira uno de sus tentáculos hasta alcanzar la bocina del teléfono, descuelga. No puede marcar, la fuerza de su brazo es insuficiente. Enrolla el teléfono en un abrazo. Como último gesto, gira el cuerpo hacia la izquierda, en posición de rollito, como lo establece el consejo semanal del otorrinolaringólogo, para que «no nos ahoguemos con la sangre cuando una hemorragia nos pille acostados».

# CECILIA EUDAVE

GUADALAJARA, MÉXICO, 1968

Narradora, ensayista y profesora de literatura en la Universidad de Guadalajara (México). Doctora en Lenguas Romances por la Université Paul Valéry III, Francia, y profesora investigadora titular de la Universidad de Guadalajara. Autora de numerosos libros, entre ellos novelas como *La criatura del espejo* (2007), *El enigma de la esfera*(2008), *Pesadillas al mediodía* (2009) o *Aislados* (2015); recopilaciones de cuentos como *Técnicamente humanos* (1996) *Invenciones enfermas* (1997), *Registro de imposibles*(2000) o *En primera persona* (2014); y antologías de ficciones breves o microrrelatos como *Países inexistentes* (2004), *Sirenas de mercurio* (2007), *Para viajeros improbables* (2011) o *Microcolapsos* (2017). También es autora de libros infantiles y de ensayos como *Sobre lo fantástico mexicano* (2009). Ha recibido reconocimientos por su obra entre los que destacan el Premio de novela Juan García Ponce con *Bestiaria vida* (2008) y menciones honoríficas en el Annual International Book Awards por *Sobre lo fantástico mexicano* y *Técnicamente humanos y otras historias extraviadas*.

La deshumanización de la vida moderna, especialmente en espacios homogeneizados (o no lugares) como hoteles, aeropuertos y centros comerciales, sirve de trasfondo a «Sin reclamo», el cuento de Eudave que podríamos clasificar dentro de lo fantástico posmoderno. Aparecido en *En primera persona* (2014), narra en voz de un protagonista poco empático la historia de una parálisis a la que no dejan de añadirse características inquietantes, hasta el punto de significar mucho más que un trastorno pasajero.



# SIN RECLAMO

## I

Siempre he detestado viajar, pero lo prefiero a estar en casa. No soporto los fines de semana familiares porque no hago vida en familia aunque tenga una que cualquiera envidiaría. Y estoy ahora aquí en este aeropuerto, en medio de tanta gente que va y viene apresurando el paso porque ha perdido la puerta por donde sale su vuelo, o corren tras la voz que anuncia la partida inminente del avión. Otros tantos, supongo, se quedan dando vueltas por aquí, por allá, para ser los primeros en subir y atiborrar de maletas los compartimientos, no puedo hacer otra cosa que esperar. O mirar, por ejemplo, a ese puñado de gente bebiendo de más en el bar con el pretexto del retraso o el miedo a volar.

A todos los aborrezco.

Por ello no hablo con nadie y me acomodo en algún rincón donde los pueda ver o maldecir sin llamar la atención, sin ser notado. Nunca, esa es mi regla personal, me siento en la sala que corresponde a mi partida, es odioso de por sí convivir un rato dentro del avión con la gente que va a tu mismo destino, como para antes observarlas mientras esperan. Ahora no me resulta muy conveniente, pues en ese deseo mío de apartarme del mundo, estoy completamente aislado, y esto me viene mal porque no puedo mover ni un solo músculo. Me he quedado como un maniquí sin escaparate.

Si estaré maldito. De todos los lugares donde pudo pasarme esto, tenía que ser precisamente aquí, en medio de tanta gente, entre este tumulto de seres espantosos, esperpénticos, pues la gente tiene otra cara cuando viaja, aunque vayan muy contentos. Ojalá me hubiera caído en uno de esos agujeros que hay por todos lados en la ciudad, sería mejor a esta tortura. Para colmo nadie ha notado que llevo un día sentado sin poderme mover, soportando ese ir y venir del mundo como oleadas de un mar que arroja peces sobre la orilla, peces revolcándose por volver al agua, peces con sus ojos abiertos, ausentes, abstraídos en una sola idea: viajar. Me parecen abominables, no tienen un

sentido práctico, van como gitanos cargados de bultos, de sueños, de esperanzas.

Si fuera millonario establecería vuelos y salas estrictamente para personas que repelen a las otras, aunque no lo crea, somos muchos; en Suiza, por ejemplo, existen en los trenes vagones del silencio para aquellos que no desean hablar ni tener contacto alguno con nadie. Eso mismo debería aplicarse a los aviones, incluyendo al personal de tierra y azafatas. Han visto las caras de estas últimas, ni pagándoles, porque les pagan, pueden esbozar una sonrisa digna. Uno soporta la jeta, pero la ineptitud: cambian a su antojo los asientos, no validan la regla del equipaje, se sienten amas absolutas de la aeronave, ya ni se molestan por preguntar si te apetece tomar algo, y por supuesto están las manitas de palo que tiran la bebida sobre ti. Autoservicio en el avión, eso propongo... Sí, soy un anarquista del espacio.

Lo que uno aprende en la inmovilidad, lo que uno ve y percibe. Nunca había reflexionado sobre el por qué soy así y odio a todos. Quizá tenga que ver precisamente con el celo a mis espacios. Primero, cuando niño, mis hermanos ocupaban un lugar mejor, superior, yo era el último de diez, así que todo lo que quedó del amor de mis padres fue la recámara del que ya se había ido, la ropa del que me antecedía. Luego, en el trabajo, conseguí solo llegar al declive, los otros saquearon las arcas antes y se posicionaron bien. Sin más sitio en el negocio familiar, me busqué un empleo donde, por supuesto y merecidamente, soy mejor que muchos. Me ascendieron a jefe de sección en la empresa, contrato y despido a mi antojo, manejo y someto, soy el número uno, junto a mí no hay nadie más. Soy terriblemente despreciado, no me importa (déjenme pensar un momento) nadie.

Como es natural, me casé con una chica estupenda, de esas que uno puede moldear a su antojo, joven, guapa, la que me pareció adecuada para darme hijos, pero cosa curiosa, le dio por crecer como persona. ¿Por qué a las mujeres que uno diseña para ser esposas les da la loca idea de querer ser individuos? Ellas son colectivas: pertenecen a su marido y a los hijos. Invisibles: no las puede ver otro hombre. Atemporales: uno ya no se fija en ellas, así que da igual cómo estén. Entonces, ¿por qué esa preocupación loca por verse jóvenes? ¿Qué no escucharon decir al sacerdote: el matrimonio es para toda la vida? ¿Qué más quieren?

## II

La verdad no es tan molesto estar en este estado, afortunadamente se han paralizado, supongo, todas las funciones fisiológicas, aunque estoy un poco nervioso, pues no es bueno permanecer en una posición tanto tiempo, por aquello de crear un coágulo... Y me preocupan, también, esos dos tipos, a lo mejor cholos recalcitrantes (odio a los tatuados), que no han dejado de observarme desde hace mucho rato, seguro vinieron hasta acá (he dicho que estoy un poco aislado) a drogarse. Quién sabe cómo pasan esas porquerías sin que las detecten. Si yo creyera en las reencarnaciones (cosa estúpida y de débiles mentales), pediría ser perro para ajusticiarme a todos estos, o uno de esos agujeros que están saliendo por todas partes para tragarme a la humanidad entera.

Ahora cuchichean entre sí (no hay modales en esa gente). ¡Dios, cómo que quieren acercarse y no se animan! ¡Oh, no! Ahí viene uno.

—Qué fuerte. Casi ni parpadea.

—A ver, Gerardo, pellízcalo.

Si este idiota me toca, lo refundo en la cárcel.

—Nada. Lo que hace la gente por dinero. Estas estatuas vivientes se perfeccionan cada día, ahora hasta en el aeropuerto.

—¿Te acuerdas la que vimos en Madrid?

—Sí, muy buena.

—Pero esta, la verdad, la supera...

—Dale unos cincuenta pesos, se los ganó.

¿Cincuenta pesos? Con razón esos parásitos sociales no quieren trabajar, si así les va por estar de inútiles, quietecitos, haciéndose los artistas. Ya no hay valores...

—No tiene charolita.

—Pues sobre la maleta. Apúrale que ya sale el vuelo.

Si serán idiotas, no saben distinguir un paralizado de verdad de un performista, luego que por qué el país está como está. Por lo menos no me golpearon ni me desvalijaron. Pero, cómo iban a ser rateros, para eso se necesita coeficiente intelectual y estos... ya mejor ni me desgasto. Tengo la boca amarga y estoy imposibilitado de ir por un refresco para que me suba el

azúcar después del susto. Menos mal que esto me pasó en el aeropuerto, me sucede en la calle y ya me habrían encuerado y baleado. Sí, ya no hay valores...



¿Cuánto llevaré en esta pesadilla? Día y medio como mínimo. Qué raro, no ha sonado mi móvil. La junta era hoy por la mañana. Debieron notar mi ausencia, digo, no soy santo de la devoción de mis colegas, sin embargo tengo datos que necesitan, aquí mismo en la maletita que ahora tiene cincuenta pesos encima. A ver si esto no me afecta. Detesto a mis colegas, todos son una bola de advenedizos sin preparación, aprovecharán esta única mancha en mi expediente para sabotear mi trabajo en la empresa. Si están tras mi puesto como hienas hediondas. Ni cómo avisar de mi estado. Pues con la familia ni cuento. Pero qué puedo esperar si nunca les llamo ni para decir ya llegué, o ya voy, ni se imaginan por las que estoy pasando. En fin, así lo he decidido: no se metan en mi vida.

Es mi táctica, ¿saben?, así no tienen ni idea de cuándo se les va a caer el chahuistle, así puedo agarrarlos *in fraganti*, haciendo algo de lo cual yo ya de antemano estoy seguro que hacen. Sobre todo ella, mi mujer, un día la voy a pescar en la jugada y entonces: de patitas en la calle. No me trago eso de la esposa abnegada, fiel. En realidad ya me tiene hasta la madre, pero yo jamás seré el que la deje, ya me veo manteniéndola sin ninguna gratificación, ya me veo entregándole a los hijos y sobre todo mi casa. Nunca. Qué le vamos hacer, mientras tanto que hagan fiesta los ratones. Además, yo no quiero su cariño sino su miedo.

Y aterrados los tengo.

Por eso siempre llego a casa haciéndome el malhumorado, gritando y disconforme con todo, para poder echarme a ver la televisión mientras espero que me suban la cena, para no hablar con nadie. Como he dicho, detesto convivir con los hijos, siempre apesadumbrados y mirándome de reojo con reproche. Luego está ella, mi mujer, es la más fuerte, sin mirarme ni dirigirme la palabra me lo escupe todo, con esa actitud de ¿quién eres? y ¿por qué sigo aquí? Afortunadamente, y esto no sé de dónde me nace, soy inmune a los reproches porque tengo un gusto particular, una perversión maravillosa:

me gusta torturar a mi familia. A ella la tengo martirizada con el dinero, los celos y el insomnio. Sé que no soporta estar ni dos minutos conmigo, por eso se queda en la cocina o fingiendo hacer cualquier cosa hasta que yo apago la televisión o la luz. Entonces, sube despacito a acostarse en el último reducto de la cama. Pero yo prolongo eso hasta la madrugada a sabiendas de que debe levantarse a dar de desayunar, llevar a los niños a la escuela. La tengo mermada, demacrada y además solitaria, de cualquier persona sospecho y le armo un lío. Creo que si me aplico a lo mejor alcanzo la viudez, también es el mejor estado de los hombres... Con los hijos es más fácil, traerlos sin dinero, sin lujos, sin facilitarles las cosas, total, si no me aprecian peor para ellos, más me encajo: nada como la dependencia económica para simular que te aman, con eso me basta.

## IV

—Disculpe, señor, voy a limpiar esta zona, ¿quisiera cambiarse de lugar?, por favor.

La gente no tiene límites para la estupidez. Estoy aquí desde ayer, y esta señora me preguntó lo mismo la otra noche. ¿No se ha dado cuenta de mi estado? ¿Qué puedo pedir de alguien que se dedica a la limpieza? Lo cual me recuerda que también aborrezco a los criados. Voy a despedir a la de casa que, además de metiche, me observa siempre de soslayo (como lo hacen todos), me incomoda. Luego les da por hacer equipo con «la señora de la casa», como si ella les pagara. La solidaridad se hace con los inteligentes, con los aptos, no con los subyugados o mantenidos.

—¿Señor? ¿Se encuentra bien?

Cómo diablos voy a sentirme bien: no me puedo mover ni hablar. Se necesita tener poco seso para hacer esa pregunta. Vaya, por fin se ha dado cuenta, digo, ha puesto cara de susto. Quizá porque estoy moviendo los ojos como loco de un lado a otro a ver si así capta que algo no está en orden y manda por alguien que sí pueda tomar decisiones.

—Alicia, Alicia, ven aquí rápido...

Otra vieja. Seguro ahora se ponen a gritar como histéricas y a llamar la atención de todo el mundo. Lo que menos quiero es eso. Digo, no pueden hacer las cosas con discreción. Seguro caen los periodistas, esos siempre

rondan los aeropuertos por si pescan alguna noticia. Ya me imagino: «Empresario queda paralizado en sala de espera». «Sin moverse dos días en medio de un tumulto, nadie lo notó». «Hombre atrapado en su cuerpo solo puede mover los ojos». Me hace gracia pensar en la infinidad de variantes que pueden dar a las notas que irán desde el tono médico hasta las más imposibles aseveraciones. Cuánto desprecio a los periódicos.

—Alicia, apúrate, otro tieso.

¿Cómo que otro? Esto debe ser una pesadilla, no me está pasando a mí. Y además a merced de dos impedidas mentales...

—Oye tú, ¿habrá alguna epidemia?

—Sabe... Déjame darle una cachetadita a ver si reacciona...

No me toques, ni se te ocurra poner tu mugrosa mano en mí. Ya verás cuando me recupere, voy a demandar a este maldito aeropuerto, a su personal, a sus instalaciones, al gobierno de este inmundo país, a...

—Está igual que el último. ¿Qué hacemos?

—Carajo, siempre nos toca en esta sección. Van a pensar que somos nosotras.

—Pero si se ponen tiesos solos.

—Déjame ir por la silla de ruedas y a por Luis para que lo cargue. Mientras junta todas las cosas.

—¿Tú crees que por este sí vengan?

—Sabe, por lo pronto lo echamos con los otros y a ver si alguien lo reclama.

# PATRICIA ESTEBAN ERLÉS

ZARAGOZA, ESPAÑA, 1972

Profesora de literatura y de escritura creativa, Licenciada en Filología Hispánica y columnista en el periódico *Heraldo de Aragón*. Ha publicado varios libros de relatos; el primero de ellos, *Manderley en venta* (2008), obtuvo el Premio de Narración Breve de la Universidad de Zaragoza en 2007 y fue seleccionado en el V premio Setenil. Su segundo libro, *Abierto para fantoches* (2008), ganó el xxii Premio de Narrativa Santa Isabel de Aragón, Reina de Portugal. En 2010 publicó su tercer libro de cuentos, en este caso bajo el título de *Azul ruso*, que también estuvo seleccionado como uno de los candidatos al premio Setenil. Ese mismo año obtuvo el primer premio del concurso de microrrelatos organizado por la *Revista Eñe*. En 2012 publicó su primer libro de microcuentos, *Casa de Muñecas*. Una veintena de sus cuentos han sido antologados en volúmenes colectivos como *Pequeñas Resistencias 5: Antología del nuevo cuento español*, *Cuento español actual*, *Madrid Negro*, *Las otras. Antología de mujeres artificiales* y *Las mil caras del monstruo*, entre otros. En 2017 añadió una nueva línea a su trayectoria al ganar el Premio Dos Passos con su primera novela, titulada *Las madres negras*.

En un trayecto que, como ocurre a menudo, puede ser todos los trayectos, su relato «Línea 40» (*Manderley en venta*, 2008) disecciona con finísimo escalpelo la línea que separa el fracaso del éxito, la belleza de la vulgaridad, el androcentrismo de la misoginia y la vida de la muerte. Y todo ello, a partir de un elegante recurso estilístico que cambia el registro del texto hasta introducirlo en el más verosímil de los atributos del fantástico.

## LÍNEA 40

Gonzalo lanza una maldición mientras se levanta. Apaga un cigarro casi entero con el pie y antes de subir al autobús mira la papelera verde que hay junto a la marquesina.

A punto está de arrojar en su interior la bolsa con el anagrama del hospital, pero algo le detiene. Con ella suspendida en el aire y apuntando directamente a la boca abierta de la papelera recuerda de pronto la tez curtida por el frío del vagabundo que pernocta en esa misma parada. Hace tiempo que viene, los celadores le sacan a veces los restos de la cena envueltos en papel de plata y por ellos sabe que se llama Venancio. Puede ver su cara como si lo tuviera delante, ve a Venancio sentado de rodillas, desplegando su lecho de cartones en el suelo antes de dar un trago a su caja de vino con devoción de condenado y de hurgar en la papelera, esperando que con las prisas alguien haya olvidado el último cigarro dentro de una cajetilla. Sabe que muy probablemente será ese hombre quien encuentre la bolsa de plástico, entre periódicos gratuitos y revistas de propaganda inmobiliaria, si se decide al fin a soltarla y la deja caer en el fondo del cubo metálico forrado con sacos de basura. Será él quien, tras un breve instante de duda, extraiga de su interior un sobre rectangular de cartulina verde claro, llevado por la poderosa tentación que supone tener acceso a una desgracia aún mayor que la propia. Entonces, ese hombre de camisa harapienta, que quizás una vez hizo la comunión y trabajó como oficinista, y hasta tuvo una mujer y una familia, desplegará con gesto de arcángel la placa fotográfica que dormita dentro del sobre y mirará al trasluz el naipe de su mala suerte, tratando de descifrar el enigmático búho negro que aparece en la radiografía.

La sola idea de que un tipo mugroso encuentre consuelo en las sombras blancas y redondeadas que invaden la zona inferior de su pulmón izquierdo le resulta a Gonzalo todavía más insoportable que cargar con esa fotografía de su muerte en crecimiento. Si al menos así pudiera trasplantarle su infortunio, si al mirar la radiografía ese tumor en estado de gracia pasara a pertenecerle a él de por vida, Gonzalo le regalaría encantado su destino, incluso



intercambiaría con él su futuro, que a simple vista parece más miserable, pero también mucho más largo. Estos vagabundos no se mueren nunca, piensa finalmente, y decide cargar con el peso leve de la bolsa mientras se impulsa hacia delante para subir los tres peldaños del autobús y busca con la mirada un asiento libre.

Hace mucho que no coge el cuarenta. Desde que no tiene coche acostumbra a hacer el trayecto andando, casi podría asegurar que la última vez que subió a un autobús fue en el viaje de ida al hospital, la mañana en que le comunicaron que había sacado plaza fija en el Miguel Servet. Recuerda que se pasó la jornada entera canturreando *Satisfaction* y que se cambió de ropa a toda velocidad al terminar su turno, cerca de las cuatro de la tarde. No se entretuvo en comer, y ni el llanto del bebé de dos años, recién ingresado con un mapa de quemaduras severas arrasando más del setenta por ciento de su cuerpo, ni la lluvia torrencial que caía fuera cuando salió a la calle, lo disuadieron de ser feliz al más puro estilo masculino. Se marchó zumbando del clínico y echó a andar sin paraguas, porque había decidido celebrar su recién inaugurada estabilidad económica comprándose un coche nuevo en el primer concesionario que le saliera al paso.

Sonríe amargamente al caer en la cuenta de que justo en uno de aquellos días de vino y rosas, muy poco después de la asignación de la plaza y la compra del auto, coincidió con Berta en el ascensor y respiró por primera vez el perfume afrutado que desprendía su piel, cuando ambos se inclinaron hacia delante para pulsar el botón del mismo piso. Así que un par de semanas más tarde no solo era un médico joven de urgencias y el propietario de un flamante Audi azul marino, sino también el afortunado que se dejaba comer a besos por la enfermera más guapa del hospital mientras ambos se dirigían a una cala nudista de Gerona, dispuestos a pasar su primer fin de semana juntos.

Camina por el pasillo atestado del autobús y llega a la conclusión de que hay épocas en la vida de los hombres en que uno se limita a pisar alegremente baldosas iluminadas, como si jugara a una rayuela de la buena fortuna que alguien ha ido trazando en su camino. Una adolescente con gafas de pasta y el pelo lleno de horquillas de colores, que hasta entonces permanecía sentada a unos pocos centímetros de él, se levanta como impulsada por el soniquete electrónico que se escapa de su mp3, y Gonzalo ocupa su plaza sin más

preámbulos, fingiendo que no se da cuenta del gesto de disgusto de la anciana con abrigo de astracán a la que se ha adelantado vilmente. *Si me dice algo, como se le ocurra decirme algo, le cuento mi historial clínico y que por difícil que le resulte de creer voy a palmarla antes que ella, piensa.* Pero la abuela solo le fulmina con una mirada azulosa debida, probablemente, a las cataratas y se aleja en dirección a la puerta, despotricando sobre los modales de las nuevas generaciones. Gonzalo ya no le presta atención, está cómodamente sentado junto a una mujer joven de pelo rojizo, recordando cómo en aquellos días todas las piezas encajaban milimétricamente, cómo todas las casillas tenían premio, y pensando que alguien debería haberle avisado entonces de que tenía que aprovechar cada momento antes de que la racha terminara. *Antes, se dice, de que un estúpido octogenario cruzara en rojo por donde no debía e hiciera que me estrellara contra una farola al intentar esquivarlo. Antes de que me llamaran del seguro para notificarme que no se hacían cargo de la reparación de un siniestro tan total y de que Berta susurrara al otro lado del teléfono que teníamos que hablar de algo importante. De que me enterase de que llevaba dos meses largos poniéndome los cuernos con un teleoperador alcohólico del 061, que no es tan buen chico como yo pero que le escribía unos poemas preciosos en los posavasos del bareto que frecuentaban mientras yo estaba de guardia. Y antes de que en el reconocimiento médico anual me detectaran un jodido crecimiento anormal de células pulmonares y el especialista profetizara que con suerte me quedan seis meses de vida. Hay que joderse.*

Se inclina para dejar la bolsa de la radiografía apoyada en el asiento de delante y solo entonces repara en que ha olvidado cambiarse de zapatos y ha salido del hospital con los zuecos anatómicos que Berta le regaló por San Valentín. Son de color naranja y se siente bastante ridículo cuando imagina que va a plantarse en la consulta de un afamado oncólogo con ellos puestos. Recuerda el argumento esgrimido por su ex novia, siempre al tanto de las nuevas tendencias, mientras él sacaba de la caja aquel par de mandarinas del número cuarenta y cinco con un gesto extrañado: al parecer, los zuecos de colores y los gorritos de cirujano estampados son el no va más en moda clínica. Cae en la cuenta de que ya no tiene sentido llevarlos puestos, sobre todo desde que se tropezó al teleoperador poeta por el pasillo y vio que iba calzado con unos zuecos iguales, algo más pequeños y de un doloroso azul

eléctrico. Sí, es triste reconocerlo, pero también cambiaría su vida por la de ese tipo despreciable que muchas veces llega medio borracho al hospital, que duerme con su Berta por la noche y recibe sus absurdos regalos. Él también le regalaría encantado el mapa de los pocos kilómetros que le quedan por rodar a sus zuecos naranjas. Y está pensando que lo primero que hará al llegar a casa será tirarlos a la basura, cuando nota una suave palmada en su brazo izquierdo y escucha la voz de la chica pelirroja, dirigiéndose a él.

—¿Gonzalo?, ¿Gonzalo Salinas?, no me lo puedo creer, ¿eres tú?

Gonzalo se vuelve y la mira, pero al principio no acierta a reconocerla. Piensa, eso sí, en el asombroso parecido que la mujer guarda con Julia Roberts, y en lo muy ensimismado que ha debido de permanecer en sus pensamientos para no percatarse antes de ello. Mira su cabello rojo, ligeramente ondulado, suelto alrededor del rostro en una abundante cascada de puntas húmedas. Contempla anonadado el arco solar de las cejas, sus ojos almendrados, la tez casi transparente y la nariz, ligeramente retocada en el quirófano. Llega hasta la boca, que es el centro exacto de esa cara perfectamente clónica, y es entonces, a partir de su sonrisa enigmática, apenas insinuada en el perfil de los labios esculpidos con pulso certero cuando empieza a desenterrar otro rostro del pasado.

—Joder, ¿Marta? Pero chica, si pareces una estrella de Hollywood, estás genial... guapísima, en serio.

La inolvidable Marta Serrano. La única mujer de la Historia agraciada tres años consecutivos con el título *miss* Instituto José Manuel Blecua, en realidad los tres únicos cursos que permaneció en el centro, antes de dejar colgados el bup y su corona de hembra adolescente cañón para marcharse a Madrid a estudiar Arte Dramático, según le dijo alguien tiempo después. Marta, que gracias al bendito orden alfabético había compartido pupitre con él en primero y que ahora, casi veinte años después, volvía a ocupar el asiento de al lado, como para animarle el breve trayecto que lo separaba de la consulta del doctor Cerezuela y su segunda opinión de reputado especialista en tumores incurables.

Gonzalo es consciente de que no puede apartar los ojos de ella. Ciertamente, en sus rasgos cincelados apenas queda nada del rostro de hermoso cervatillo que tenía a los quince años, y en parte es una pena. Pero

mirarla y pensar en un corazón siguen siendo, como entonces, dos gestos naturales del mismo movimiento. Tal vez por eso, piensa Gonzalo, resultaba y resulta tan fácil empalmarse y enamorarse a la vez, desearla con toda la suciedad y la inocencia del mundo.

—En serio, estás fantástica, Marta, y dime, ¿qué tal tu vida?, ¿qué tal lo de ser actriz?, ¿para cuándo el Goya?

Marta sonríe y estira un poco el cuello de la gabardina negra que lleva puesta. Gonzalo repara entonces en su turbadora clavícula y el voluminoso contorno del pecho que se adivina bajo la delgada tela. *Se ha operado las tetas también, y me parece que no lleva nada debajo del abrigo, joder, joder, qué morbo*, piensa mientras ella le cuenta que la cosa está bastante parada pero que afortunadamente le van saliendo trabajos aquí y allá, algún bolo como azafata y modelo de publicidad. Gonzalo mira con disimulo sus magníficas piernas, enfundadas en medias de rejilla y botas de cuero negro. Marta le habla de algunos anuncios de televisión que ha hecho y a él no le suenan, pero la verdad es que tampoco le presta demasiada atención, porque recuerda de pronto que en los años del instituto soñaba a menudo que ambos se quedaban encerrados, desnudos, en una especie de habitación lavadora que evacuaba litros de nata en lugar de agua. Toneladas de nata blanca y espesa que los cubría enteros mientras Marta y él se besaban, despidiéndose de la vida con toda la desesperación y la pasión de que eran capaces. Por aquel entonces ella hablaba poco, pero siempre que lo hacía dudaba y ponía los labios como si estuviera a punto de apagar un enorme pastel de cumpleaños. Y cuando se le caía un boli al suelo se arrodillaba con una gracia infinita, trazando en el aire un conmovedor movimiento de renuncia al equilibrio, como si se abandonara por entero a todo aquel que quisiera mirarla. La doble hilera de pestañas, el cuello avainillado, las sinuosas caderas y hasta las rodillas entrechocando al inclinarse, todo parecía caer desde muy alto a la vez ante los ojos maravillados de profesores y alumnos.

Él contesta rápidamente a sus preguntas. Le dice que es médico y que sigue soltero, sin hijos, que apenas ve a nadie de aquel entonces. Ella le escucha interesada y parece bastante contenta de habérselo encontrado tanto tiempo después, medita Gonzalo cuando el autobús dobla la rotonda de la Plaza Aragón. Comprueba que no lleva anillo de casada y que tal vez sería una buena idea invitarla al cine, llevarla a cenar, encarar una nueva tanda de

escalones felices. Ella está llena de vida, a pesar de que por exigencias del guion haya debido renunciar a su propia belleza y copiar la de una actriz comercial para abrirse camino, a pesar de que seguramente no ha cumplido ni la mitad de sus expectativas. Es muy probable que algunos de sus sueños se hayan ido quedando desparramados en una mesa de operaciones, pero aún es joven y hermosa. Desea cerca su rostro, tomarla del pelo con fiereza y besarla, poseerla del todo, mejor aún, cambiarse por ella, convertirse en ser así de vivo, en una mujer que late y es capaz de provocar ese efecto en un futuro muerto como él. Le pilla desprevenido cuando Marta le avisa de que se baja en la siguiente parada, en la de Plaza Paraíso. Duda si pedirle el teléfono mientras ella le da dos besos en las mejillas antes de levantarse. Siente el aliento cálido de su respiración y aspira el aroma suave y ligeramente especiado de su pelo, parece que Marta está a punto de decir algo, pero no lo dice. Gonzalo cierra los ojos, buscando en su mente una manera ingeniosa de pedirle una cita, pero Marta se aleja ya, se vuelve hacia atrás pero ni siquiera alcanza a verla, llevada por la marea de gente que baja en la plaza, oculta por ese rebaño de desconocidos feos y anónimos. Y decide odiar sobre todo, con toda intensidad, al tipo moreno de mediana estatura que intercepta su campo de visión y le impide conservar en la retina una última imagen de ella, odia la forma en que levanta la bolsa blanca por encima de su cabeza, como si contuviera el corazón de su amada y debiera mantenerlo a salvo de empujones y sobacos malolientes. Odia mucho a ese tipo parecido a él, tanto que casi se asusta. Después el autobús arranca de nuevo y sin tanta gente es como si se hubiera convertido en el fantasma enfermizo de sí mismo. Gonzalo queda pensativo, se pone en pie y se prepara para bajar en la siguiente parada, ligeramente triste, pero aliviado también por no haber forzado una relación complicada. *No es plan decirle a tu amor de juventud, sal conmigo dos o tres veces, prometo morirme luego*, reflexiona rumbo a la consulta del doctor Cerezuela, sin reparar en las miradas indiscretas de algunos de los transeúntes con los que se cruza en el camino. Algo desorientado se detiene delante de un coqueto bloque modernista, una casa no demasiado alta, de fachada crema y color chocolate que parece haber sido construida con praliné de café. Comprende de pronto que se ha equivocado de camino. Esta no es la calle, y tampoco el vetusto edificio de granito gris donde ya el padre y el abuelo del doctor Cerezuela tenían sus despachos. Sin embargo se deja llevar, pone su mano sobre la manilla dorada del portal de

ese edificio años veinte, el número 9 de la calle Isaac Peral, que se abre como si lo estuviera esperando desde siempre. Entra en el chirriante ascensor de hierro forjado y pulsa instintivamente el botón del tercer piso, que hace primero porque hay entresuelo y principal. En el rellano le sorprende un silencio manso, de vivienda desocupada o clandestina. Enciende el interruptor de la luz, y la bombilla titila como el ojo de un carnicero nazi, para mostrarle las dos únicas puertas que ocupan esa planta. Solo después de llamar al timbre de la que queda a la derecha se da cuenta de que no trae consigo la radiografía. Escucha pasos que se acercan al otro lado, el inconfundible sonido de un par de tacones femeninos llegando a la altura de la puerta. Sabe que una mujer le vigila a través de la mirilla y se siente cada vez más nervioso. No comprende qué le ha llevado hasta allí y por hacer algo decide mirarse los zapatos, mientras la espía comienza a descorrer cerrojos y quita la doble vuelta a una llave. Pero al final de sus piernas no encuentra los detestables zuecos naranjas, sino un par de botas italianas de mujer, unas medias negras de red, el faldón de una gabardina. Un presentimiento le lleva a estirar su solapa y asomarse con recelo al interior. Descubre en su cuerpo dos pechos ajenos y de tamaño considerable, escalando un mínimo sujetador negro con bordados en rojo. Una pareja de ancianos salen justo entonces de la puerta de enfrente y pasan a su lado sin mediar palabra, camino del ascensor. Gira la cabeza a la izquierda y lee en la placa de latón que cuelga en la pared *Stars. Una compañía de cine*. De pronto lo comprende todo. Porque la puerta se abre como si dentro soplara una corriente de aire helado y al otro lado del umbral aparece la doble exacta de Angelina Jolie, vestida apenas con un salto de cama de raso blanco, recriminándole con acento cubano que siempre llega la última y diciéndole que debe apresurarse, porque el cliente lleva esperándolas casi una hora en la habitación...

# MARIANA ENRIQUEZ

**BUENOS AIRES, ARGENTINA, 1973**

Licenciada en Periodismo y Comunicación Social, trabaja como subeditora del suplemento *Radar* del diario *Página/12* y es profesora en la Universidad de La Plata. Ha publicado las novelas *Bajar es lo peor* (1995), *Cómo desaparecer completamente* (2004) y *Este es el mar* (2018); las colecciones de cuentos *Los peligros de fumar en la cama* (2009), *Cuando hablamos con los muertos* (2013) y *Las cosas que perdimos en el fuego* (2016); la novela corta *Chicos que vuelven* (2010); los relatos de viajes reunidos en *Alguien camina sobre tu tumba. Mis viajes a cementerios* (2013); y el perfil biográfico-literario *La hermana menor. Un retrato de Silvina Ocampo* (2014). Su obra se ha traducido hasta ahora a dieciocho idiomas y ha recibido premios como el Ciutat de Barcelona a la mejor obra en lengua española (2017). Su narrativa se mueve a caballo entre el fantástico y el terror, en una combinación que hibrida y renueva ambos géneros con resultados crecientes.

Perteneciente a su recopilación más aclamada, *Las cosas que perdimos en el fuego* (2016), el cuento «La casa de Adela» revisita a su manera el motivo de la casa encantada a partir de un triángulo plagado de pistas, falsas y reales. Como muchos relatos de la argentina, el que presentamos para esta antología juega con los códigos del género fantástico a partir de tres identidades en construcción, acaso en destrucción. Un relato que aborda la parte más siniestra de la infancia, y muestra la cara más descarnada de la diversidad y lo no normativo. El resultado, como siempre en Enriquez, es mucho más que la suma de sus partes.

## LA CASA DE ADELA

Todos los días pienso en Adela. Y si durante el día no aparece su recuerdo — las pecas, los dientes amarillos, el pelo rubio demasiado fino, el muñón en el hombro, sus botitas de gamuza— siempre regresa de noche, en sueños. Los sueños de Adela son todos distintos, pero nunca falta la lluvia ni faltamos mi hermano y yo, los dos parados frente a la casa abandonada, con nuestros pilotos amarillos, mirando a los policías en el jardín que hablan en voz baja con nuestros padres.

Nos hicimos amigos porque ella era una princesa de suburbio, mimada de su enorme chalet inglés insertado en nuestro barrio gris de Lanús, tan diferente que parecía un castillo, sus habitantes los señores y nosotros los siervos en nuestras casas cuadradas de cemento con jardines raquíticos. Nos hicimos amigos porque ella tenía los mejores juguetes importados. Y porque organizaba las mejores fiestas de cumpleaños cada tres de enero, poco antes de Reyes y poco después de Año Nuevo, al lado de la pileta, con el agua que, bajo el sol de la siesta, parecía plateada, hecha de papel de regalo. Y porque tenía un proyector y usaba las paredes blancas del living para ver películas mientras el resto del barrio todavía penaba con televisores blanco y negro.

Era fácil hacerse amigo de Adela, porque la mayoría de los chicos del barrio la evitaba, a pesar de su casa, sus juguetes, su pileta y sus películas. Era por el brazo. Adela tenía un solo brazo. A lo mejor lo más preciso sea decir que le faltaba un brazo. El izquierdo. Por suerte no era zurda. Le faltaba desde el hombro; tenía ahí una pequeña protuberancia de carne que se movía, con un retazo de músculo, pero no servía para nada. Los padres de Adela decían que era un defecto de nacimiento. Muchos otros chicos le tenían miedo, o asco. Se reían de ella, le decían monstruita, adefesio, bicho incompleto; decían que la iban a contratar de un circo, que seguro estaba su foto en los libros de medicina. A ella no le importaba. Ni siquiera quería usar un brazo ortopédico. Le gustaba ser observada y nunca ocultaba el muñón. Si veía la repulsión en los ojos de alguien, era capaz de refregarle el muñón por la cara o de sentarse muy cerca y rozar el brazo del otro con su apéndice



inútil, hasta humillarlo, hasta dejarlo al borde las lágrimas.

Nuestra madre decía que Adela tenía un carácter único, era valiente y fuerte, un ejemplo, una dulzura, qué bien la criaron, qué buenos padres, insistía. Pero Adela contaba que sus padres mentían. Sobre el brazo. No nació así. Y qué pasó, le preguntábamos. Y entonces ella daba su versión. La había atacado su perro, un dóberman negro llamado Infierno. El perro se había vuelto loco como a veces les pasa a los dóberman, una raza que, según Adela, tenía un cráneo demasiado chico para el tamaño del cerebro, entonces les dolía siempre la cabeza y se enloquecían. Decía que la había atacado cuando ella tenía dos años. Se acordaba, el dolor, los gruñidos, el ruido de las mandíbulas masticando, la sangre manchando el pasto, mezclada con el agua de la pileta. Su padre lo había matado de un tiro; excelente puntería, porque el perro, cuando recibió el disparo, todavía cargaba con Adela bebé entre los dientes.

Mi hermano no creía esta versión.

—A ver, y la cicatriz dónde está.

—Se curó re bien. No se ve.

—Imposible. Siempre se ven.

—No quedó cicatriz de los dientes, me tuvieron que cortar más arriba de la mordida.

—Obvio. Igual tendría que haber cicatriz. No se borra así nomás.

Y le mostraba su propia cicatriz de apendicitis, en la ingle, como ejemplo.

—A vos porque te operaron médicos de cuarta. Yo estuve en la mejor clínica de capital.

—Bla bla bla —le decía mi hermano y la hacía llorar. Era el único que la enfurecía. Y sin embargo nunca se peleaban del todo. Él disfrutaba sus mentiras. A ella le gustaba el desafío. Y yo solamente escuchaba y así pasaban las tardes después de la escuela hasta que mi hermano y Adela descubrieron las películas de terror y cambió todo para siempre.

No sé cuál fue la primera película. A mí no me daban permiso para verlas. Mi mamá decía que era demasiado chica. Pero Adela tiene mi misma edad, insistía yo. Problema de sus papás si la dejan: vos no, decía mi mamá y era imposible discutir con ella.

—¿Y por qué a Pablo lo dejás?

—Porque es más grande.

—¡Porque es varón! —gritaba mi papá, entrometido, orgulloso.

—¡Los odio! —gritaba yo, y lloraba en mi cama hasta quedarme dormida.

Lo que no pudieron controlar fue que mi hermano Pablo y Adela, llenos de compasión, me contaran las películas. Y cuando terminaban de contarlas, contaban más historias. Cuando Adela hablaba, cuando se concentraba y le ardían los ojos oscuros, el parque de la casa se llenaba de sombras, que corrían, que saludaban burlonas. Yo las veía cuando ella se sentaba de espaldas al ventanal, en el living. No se lo decía. Pero Adela sabía. Mi hermano no sé. Él podía ocultar mejor que nosotras. Supo ocultar hasta el final, hasta su último acto, hasta el accidente —hasta el suicidio, le sigo diciendo accidente a su suicidio.

La verdad es que no recuerdo cuáles de las historias eran resúmenes de películas. Nunca pude ver una película de terror. Después de lo que pasó en la casa les tengo fobia. Si veo una escena por casualidad o error en la televisión, esa noche tengo que tomar pastillas para dormir y durante días tengo náuseas y recuerdo a Adela sentada en el sillón, con los ojos quietos y sin su brazo, y mi hermano mirándola con adoración. Algunas de las historias que recuerdo: un perro poseído por el demonio —Adela tenía debilidad por las historias de animales—, otra sobre un hombre que había descuartizado a su mujer y ocultado sus miembros en una heladera; esos miembros, por la noche, habían salido a perseguirlo, piernas y brazos y tronco y cabeza rodando y arrastrándose por la casa, hasta que la mano muerta y vengadora mata al asesino, apretándole el cuello —Adela tenía debilidad, también, por las historias de miembros mutilados y amputaciones—; otra sobre el fantasma de un niño que siempre aparecía en las fotos de cumpleaños, el invitado terrorífico que nadie reconocía, de piel gris y sonrisa ancha.

Solamente me acuerdo en detalle de las historias sobre la casa abandonada. Incluso sé cuándo comenzó la obsesión. Fue culpa de mi madre. Una tarde después de la escuela mi hermano y yo la acompañamos hasta el supermercado. Ella apuró el paso cuando pasamos frente a la casa abandonada que estaba a media cuadra del negocio. Nos dimos cuenta y le preguntamos por qué corría. Ella se rio. Me acuerdo de la risa de mi madre, lo joven que era esa tarde de verano, el olor a champú de limón de su pelo y la carcajada de chicle de menta.

—¡Soy más tonta! Me da miedo esa casa, no me hagan caso.

Trataba de tranquilizarnos, de portarse como una adulta, como una madre.

—Por qué —dijo Pablo.

—Por nada, porque está abandonada.

—¿Y?

—No hagas caso hijo.

—¡Decime, dale!

—Me da miedo que se esconda alguien adentro, un ladrón, cualquier cosa.

Mi hermano quiso saber más, pero mi madre no tenía argumentos, solamente su aprehensión. La casa había estado abandonada desde que mis padres llegaron al barrio, antes del nacimiento de Pablo. Ella sabía que, apenas meses antes, se habían muerto los dueños, un matrimonio de viejitos. ¿Se murieron juntos?, quiso saber Pablo. Qué morboso estás hijo, te voy a prohibir las películas. No, se murieron uno atrás del otro. Les pasa a los matrimonios de viejitos, cuando uno se muere el otro se apaga enseguida. Y desde entonces los hijos se están peleando por la sucesión. Qué es la sucesión, quise saber yo. Es la herencia, dijo mi madre. Se están peleando a ver quién se queda con la casa. Pero es una casa bastante chota, dijo Pablo, y mi mamá lo retó por usar una mala palabra.

—¿Qué mala palabra?

—Sabés perfectamente: no voy a repetir.

—Chota no es una mala palabra.

—Pablo, te reviento eh.

—Bueno. Pero está que se cae la casa, mamá.

—Qué sé yo hijo, querrán el terreno, es un problema de la familia.

—Para mí que tiene fantasmas.

—¡A vos te están haciendo mal las películas!

Yo creí que se las iban a prohibir, pero mi mamá no volvió a mencionar el tema. Y, al día siguiente, mi hermano le contó a Adela sobre la casa. Ella se entusiasmó: una casa embrujada tan cerca, en el barrio, a dos cuadras apenas, era la pura felicidad. Vamos a verla, dijo ella. Salimos corriendo. Bajamos las escaleras de madera del chalet, muy hermosas, tenían de un lado ventanas con vidrios de colores, verdes, amarillos y rojos y estaban

alfombradas. Adela corría más lento que nosotros y un poco de costado, por la falta del brazo; pero corría rápido. Esa tarde llevaba un vestido blanco, con breteles; me acuerdo de que, cuando corría, el bretel del lado izquierdo caía sobre su resto de bracito y ella lo acomodaba sin pensar, como si se sacara de la cara un mechón de pelo.

La casa no tenía nada especial a primera vista, pero si se le prestaba atención, había detalles inquietantes. Las ventanas estaban tapiadas, cerradas completamente, con ladrillos. ¿Para evitar que alguien entrara o que algo saliera? La puerta, de hierro, estaba pintada de marrón oscuro; parece sangre seca, dijo Adela. Qué exagerada, me atreví a decirle. Ella solamente me sonrió. Tenía los dientes amarillos. Eso sí me daba asco, no su brazo, o su falta de brazo. No se lavaba los dientes; y además era muy pálida y la piel translúcida hacía resaltar ese color enfermizo, como pasa en los rostros de las geishas o de los mimos. Entró al jardín, muy pequeño, de la casa. Se paró en el camino de baldosas que llevaba a la puerta, se dio vuelta y dijo:

—¿Se dieron cuenta?

No esperó nuestra respuesta.

—Es muy raro, ¿cómo puede ser que tenga el pasto tan corto?

Mi hermano la siguió, entró al jardín y, como si tuviera miedo, también se quedó en el sendero de baldosas que llevaba de la vereda a la puerta de entrada.

—Es verdad —dijo.

—Los pastos tendrían que estar altísimos. Mirá, Clara, vení.

Entré. Cruzar el portón oxidado fue horrible. No lo recuerdo así por lo que pasó después: estoy segura de lo que sentí entonces, en ese preciso momento. Hacía frío en ese jardín. Y el pasto parecía quemado. Arrasado. Era amarillo, corto: ni un yuyo verde. Ni una planta. En ese jardín había una sequía infernal y al mismo tiempo era invierno. Y la casa zumbaba, zumbaba como un mosquito ronco, como un mosquito gordo. Vibraba. No salí corriendo porque no quería que mi hermano y Adela se burlaran de mí, pero tenía ganas de escapar hasta mi casa, hasta mi mamá, de decirle tenés razón, esa casa es mala y no se esconden ladrones, se esconde un bicho que tiembla, se esconde algo que no tiene que salir.

Adela y Pablo no hablaban de otra cosa. Todo era la casa. Preguntaban por el barrio sobre la casa. Preguntaban al quiosquero y en el club; a don

Justo, que esperaba el atardecer sentado en una silla sobre la vereda, a los gallegos del bazar y a la verdulera. Nadie les decía nada de importancia. Pero varios coincidieron en que la rareza de las ventanas tapiadas y ese jardín reseco les daba escalofríos, tristeza, a veces miedo, sobre todo de noche. Muchos se acordaban de los viejitos: eran rusos o lituanos, muy amables, muy callados. ¿Y los hijos? Algunos decían que peleaban por la herencia. Otros que nunca visitaban a sus padres, ni siquiera cuando se enfermaron. Nadie los conocía. Los hijos, si existían, eran un misterio.

—Alguien tuvo que tapiar las ventanas —le dijo mi hermano a don Justo.

—Vos sabés que sí, ahora que decís. Pero lo hicieron unos albañiles, no lo hicieron los hijos.

—A lo mejor los albañiles eran los hijos.

—Seguro que no. Eran bien morochos los albañiles y los viejitos eran rubios, transparentes. Como vos, Adelita, como tu mamá. Polacos debían ser.

La idea de entrar a la casa fue de mi hermano. Estaba fanatizado. Tenía que saber qué había pasado en esa casa, qué había adentro. Lo deseaba con un fervor muy extraño para un chico de once años. No entiendo, nunca pude entender qué le hizo la casa, cómo lo atrajo así. Porque lo atrajo a él, primero. Y él contagió a Adela.

Se sentaban en el caminito de baldosas amarillas y rosas que partía el jardín reseco. El portón de hierro oxidado estaba siempre abierto, les daba la bienvenida. Yo los acompañaba, pero me quedaba afuera, en la vereda. Ellos miraban la puerta, como si creyeran que podían abrirla con la mente. Pasaban horas ahí sentados, en silencio.

La gente que pasaba por la vereda no les prestaba atención. No les parecía raro o quizá no los veían. Yo no me atrevía a contarle nada a mi madre. O, a lo mejor, la casa no me dejaba hablar. La casa no quería que los salvara. Seguíamos reuniéndonos en el living de la casa de Adela, pero ya no se hablaba de películas. Ahora Pablo y Adela —pero sobre todo Adela— contaban historias de la casa. De dónde las sacan, les pregunté una tarde. Parecieron sorprendidos, se miraron.

—La casa nos cuenta las historias. ¿Vos no la escuchás?

—Pobre —dijo Pablo.

—No escucha la voz de la casa.

—No importa —dijo Adela.

—Nosotros te contamos.

Y me contaban.

Sobre la viejita, que tenía ojos sin pupilas pero no estaba ciega.

Sobre el viejito, que quemaba libros de medicina junto al gallinero vacío, en el patio de atrás.

Sobre el patio de atrás, igual de seco y muerto que el jardín, lleno de pequeños agujeros como madrigueras de ratas.

Sobre una canilla que no dejaba de gotear porque lo que vivía en la casa necesitaba agua.

A Pablo le costó un poco convencer a Adela de entrar. Fue extraño. Ella parecía tener miedo. Ella parecía entender mejor. Mi hermano le insistía. Le agarraba del único brazo y hasta la sacudía. Decidieron entrar a la casa el último día del verano. Fueron las exactas palabras de Adela, una tarde de discusión en el living de su casa.

—El último día del verano, Pablo —dijo.

—Dentro de una semana.

Quisieron que yo los acompañara y acepté porque no quería dejarlos. Yo tenía nueve años. Era más chica que ellos pero sentía que debía cuidarlos. Que no podían entrar solos a la oscuridad.

Decidimos entrar de noche, después de cenar. Teníamos que escaparnos pero salir de casa de noche, en verano, no era tan difícil. Los chicos jugaban en la calle hasta tarde en el barrio. Ahora ya no es así. Ahora es un barrio pobre y peligroso, los vecinos no salen, tienen miedo de que los roben, tienen miedo de los adolescentes que toman vino en las esquinas. El chalet de Adela se vendió y fue dividido en departamentos. En el parque se construyó un galpón. Es mejor, creo. El galpón oculta las sombras.

Un grupo de chicas jugaba al elástico en el medio de la calle; cuando pasaba un auto paraban para dejarlo pasar. Más lejos, otros pateaban una pelota y donde el asfalto era más nuevo, más liso, algunas adolescentes patinaban. Caminamos entre ellas, desapercibidos. Adela esperaba en el jardín muerto. Estaba muy tranquila. Conectada, pienso ahora.

Nos señaló la puerta y yo gemí de miedo. Estaba entreabierta, apenas una rendija.

—¿Cómo? —preguntó Pablo.

—La encontré así.

Mi hermano se sacó la mochila y la abrió. Traía llaves, destornilladores, palancas; herramientas de mi papá, que había encontrado en una caja, en el lavadero. Ya no las iba a necesitar. Estaba buscando la linterna.

—No hace falta —dijo Adela.

La miramos confundidos. Ella abrió la puerta del todo y entonces vimos que adentro de la casa había luz.

Recuerdo que caminamos de la mano, bajo esa luminosidad que parecía eléctrica, aunque en el techo, donde debía haber lámparas, solo había cables viejos, asomando de los huecos como ramas secas. Afuera era de noche y amenazaba tormenta, una poderosa lluvia de verano. Adentro hacía frío y olía a desinfectante y la luz era como de hospital.

La casa no parecía rara, al principio. En el pequeño hall de entrada estaba la mesa del teléfono, un teléfono negro, como el de nuestros abuelos.

Que por favor no suene, que no suene, me acuerdo que recé, que repetí en voz baja, con los ojos cerrados. Y no sonó.

Los tres juntos pasamos a la siguiente sala. La casa se sentía más grande de lo que parecía desde afuera. Y zumbaba, como si detrás de las paredes vivieran colonias de bichos ocultos bajo la pintura.

Adela se adelantaba, entusiasmada, sin miedo. Pablo le pedía «esperá, esperá» cada tres pasos. Ella hacía caso pero no sé si nos escuchaba claramente. Cuando se daba vuelta para mirarnos, parecía perdida. En sus ojos no había reconocimiento. Decía «sí, sí», pero yo sentí que ya no nos hablaba a nosotros. Pablo sintió lo mismo. Me lo dijo después.

La sala siguiente, el living, tenía sillones sucios, de color mostaza, agrisados por el polvo. Contra la pared se apilaban estantes de vidrio. Estaban muy limpios y llenos de pequeños adornos, tan pequeños que tuvimos que acercarnos para verlos. Recuerdo que nuestros alientos, juntos, empañaron los estantes más bajos, los que alcanzábamos: llegaban hasta el techo.

Al principio no supe lo que estaba viendo. Eran objetos chiquitísimos, de un blanco amarillento, con forma semicircular. Algunos eran redondeados, otros más puntiagudos. No quise tocarlos.

—Son uñas —dijo Pablo.

Sentí que el zumbido me ensordecía. Abracé a Pablo, pero no dejé de mirar. En el siguiente estante, el de más arriba, había dientes. Muelas con

plomo negro en el centro, como las de mi papá, que las tenía arregladas; incisivos, como los que me molestaban cuando empecé a usar el aparato de ortodoncia; paletas como las de Roxana, la chica que se sentaba adelante mío en la escuela; le decíamos Coneja.

Cuando levanté la cabeza para mirar el tercer estante, se apagó la luz.

Adela gritó en la oscuridad. Yo solamente escuchaba mi corazón: latía tan fuerte que me dejaba sorda. Pero sentía a mi hermano, que me abrazaba los hombros, que no me soltaba. De pronto vi un redondel de luz en la pared: era la linterna. Dije «salgamos, salgamos». Pablo, sin embargo, caminó en dirección opuesta a la salida, siguió entrando en la casa. Lo acompañé. Quería irme, pero no sola.

La luz de la linterna iluminaba cosas sin sentido. Un libro de medicina, de hojas brillantes, abierto en el suelo. Un espejo colgado cerca del techo, ¿quién podía reflejarse ahí? Una pila de ropa blanca. Pablo se detuvo: movía la linterna y la luz sencillamente no mostraba ninguna otra pared. Esa habitación no terminaba nunca o sus límites estaban demasiado lejos para ser alcanzados por la luz de una linterna.

—Salgamos —volví a decirle y recuerdo que pensé en irme sola, en dejarlo, en escapar.

—¡Adela! —gritó Pablo. No se la escuchaba en la oscuridad. Dónde podía estar, en esa habitación eterna.

—Acá.

Era su voz, muy baja, cercana. Estaba detrás nuestro. Retrocedimos. Pablo iluminó el lugar de donde venía la voz y entonces la vimos.

Adela no había salido de la habitación de los estantes. Nos saludó con la mano derecha, parada junto a una puerta. Después se dio vuelta, abrió la puerta que estaba a su lado y la cerró detrás suyo. Mi hermano corrió pero cuando alcanzó la puerta, ya no pudo abrirla. Estaba cerrada con llave.

Sé lo que Pablo pensó: buscar las herramientas que había dejado afuera, en la mochila, para abrir la puerta que se había llevado a Adela. Yo no quería rescatarla: solamente quería salir y lo seguí, corriendo. Afuera llovía y las herramientas estaban desparramadas sobre el pasto seco del jardín; mojadas, brillaban en la noche. Alguien las había sacado de la mochila. Cuando nos quedamos quietos un minuto, asustados, sorprendidos, alguien cerró la puerta desde adentro.



La casa dejó de zumbiar.

No recuerdo bien cuánto tiempo pasó Pablo intentando abrir la puerta. En algún momento escuchó mis gritos. Y me hizo caso.

Mis padres llamaron a la policía.

Y todos los días y casi todas las noches vuelvo a esa noche de lluvia. Mis padres, los padres de Adela, la policía en el jardín. Nosotros empapados, con pilotos amarillos. Los policías que salían de la casa diciendo que no con la cabeza. La madre de Adela desmayada bajo la lluvia.

Nunca la encontraron. Ni viva ni muerta. Estuvieron dentro de la casa durante horas, toda esa noche y hasta la madrugada. Adela no estaba. Nos pidieron la descripción del interior de la casa. Se la dimos. La repetimos. Mi madre me dio un cachetazo cuando hablé de los estantes y de la luz. «¡La casa está llena de escombros, mentirosa!», me gritó. La madre de Adela lloraba y pedía por favor dónde está mi hija.

En la casa, le dijimos. Abrió una habitación de la casa, entró y ahí debe estar todavía.

Los policías decían que no quedaba una sola puerta dentro de la casa. Ni nada que pudiera ser considerado una habitación. La casa era una cáscara, decían. Todas las paredes interiores habían sido demolidas.

Recuerdo que lo escuché decir «máscara», no «cáscara». La casa es una máscara, escuché.

Creían que mentíamos. O que estábamos *shockeados*. No querían creer, siquiera, que habíamos entrado a la casa. Mi madre no nos creyó nunca. La policía rastreó el barrio entero, allanó cada casa. Incluso detuvieron a algunos vecinos por sospechosos, pero tuvieron que dejarlos libres muy pronto: nada los relacionaba con un supuesto secuestro. El caso estuvo en televisión: nos dejaban ver los noticieros y leer las revistas que hablaban de la desaparición. La madre de Adela nos visitó varias veces y siempre decía: «A ver si me dicen la verdad, chicos, a ver si se acuerdan».

Nosotros volvíamos a contar todo. Ella se iba llorando. Mi hermano también lloraba. Yo la convencí, yo la hice entrar, decía.

Una noche, mi papá se despertó en medio de la noche, escuchó que alguien intentaba abrir la puerta. Se levantó de la cama, agazapado, pensando que encontraría a un ladrón. Encontró a Pablo, que luchaba con la llave en la cerradura —esa cerradura siempre andaba mal—; llevaba herramientas y una

linterna en la mochila. Los escuché gritar durante horas y recuerdo que mi hermano le pedía por favor, que quería mudarse, que si no se mudaba, se iba a volver loco.

Nos mudamos. Mi hermano se volvió loco igual. Se suicidó a los veintidós años. Yo reconocí el cuerpo destrozado. No tuve opción: mis padres estaban de vacaciones en la costa cuando se arrojó frente al tren, bien lejos de nuestra casa, cerca de la estación Beccar. No dejó una nota. Él siempre soñaba con Adela: en sus sueños, nuestra amiga no tenía uñas ni dientes, sangraba por la boca, sangraban sus manos.

Desde que Pablo se mató yo vuelvo a la casa. Entro al jardín, que sigue quemado y amarillo. Miro por las ventanas, abiertas como ojos negros: la policía derrumbó los ladrillos que las tapiaban hace quince años y así quedaron, abiertas. Adentro, cuando el sol la ilumina, se ven vigas, el techo agujereado, y basura. Los chicos del barrio saben lo que pasó ahí dentro. Los chicos creen nuestra versión. Nunca se pudo probar un secuestro. Nunca hubo pistas. Durante una época cambiaban al equipo de investigadores, echaban a policías, temblaba el gobernador. Ahora el caso está cerrado. Adentro de la casa, en el piso, los chicos del barrio pintaron con aerosol el nombre de Adela. En las paredes de afuera también. ¿Dónde está Adela?, dice una pintada. Otra, más pequeña, escrita en fibra, repite el modelo de una leyenda urbana: hay que decir Adela tres veces a la medianoche, frente al espejo, con una vela en la mano, y entonces veremos reflejado lo que ella vio, quién se la llevó.

Mi hermano, que también visitaba la casa, vio estas indicaciones e hizo este viejo ritual, una noche. No vio nada. Rompió el espejo del baño con sus puños y tuvimos que llevarlo al hospital.

No me animo a entrar. Hay una pintada sobre la puerta que me mantiene afuera. «Acá vive Adela, ¡cuidado!», dice. Imagino que la escribió un chico del barrio, en chiste, o en desafío, para asustar. Pero yo sé que tiene razón. Que esta es su casa. Y todavía no estoy preparada para visitarla.

# CRISTINA FERNÁNDEZ CUBAS

ARENYS DE MAR, BARCELONA, ESPAÑA, 1945

Estudió Derecho y Periodismo, aunque en el último cuarto de siglo se ha dedicado sobre todo al cultivo del cuento literario. Ha publicado seis libros de relatos —*Mi hermana Elba* (1980), *Los altillos de Brumal* (1983), *El ángulo del horror* (1990), *Con Agatha en Estambul* (1994), *Parientes pobres del diablo* (2006) y *La habitación de Nona* (2015, Premio Nacional de Narrativa y Premio de la Crítica)—, dos novelas —*El año de Gracia* (1985) y *El columpio* (1995)—, una obra de teatro —*Hermanas de sangre* (1998)— y un original libro de memorias narradas, *Cosas que ya no existen* (2001), además de la biografía *Emilia Pardo Bazán* (2001). Su obra está traducida a diez idiomas. Bajo el seudónimo de Fernanda Kubbs publicó *La puerta entreabierto* (2013). La recopilación de sus relatos hasta 2008 bajo el título de *Todos los cuentos* la hizo merecedora de reconocimientos unánimes como una de las grandes autoras españolas del género fantástico.

El clásico «Mi hermana Elba» (publicado en el libro de cuentos homónimo, 1980) es un relato de espacios (im)posibles que aborda el tema de la crueldad adolescente desde lo fantástico. Se trata, junto a otros como «El ángulo del horror», «Los altillos de Brumal» o «La mujer de verde», de uno de los cuentos más celebrados de la autora. La familia, la infancia, la soledad y la crueldad son algunos de los temas recurrentes en la inquietante narrativa de Cristina Fernández Cubas. Ambientado en la España franquista, el cuento seleccionado da la vuelta al tópico del internado infantil mediante dos hermanas y una amiga que, al crecer, van perdiendo las cualidades que hasta entonces las hacían especiales.

## MI HERMANA ELBA

Aún ahora, a pesar del tiempo transcurrido, no me cuesta trabajo alguno descifrar aquella letra infantil plagada de errores, ni reconstruir los frecuentes espacios en blanco o las hojas burdamente arrancadas por alguna mano inhábil. Tampoco me representa ningún esfuerzo iluminar con la memoria el deterioro del papel, el desgaste de la escritura o la ligera pátina amarillenta de las fotografías. El diario es de piel, dispone de un cierre, que no recuerdo haber utilizado nunca, y se inicia el 24 de julio de 1954. Las primeras palabras, escritas a lápiz y en torpe letra bastardilla, dicen textualmente: *Hoy, por la mañana, han vuelto a hablar de «aquello». Ojalá lo cumplan.* Sigue luego una lista de las amigas del verano y una descripción detallada de mis progresos en el mar. En los días sucesivos continúo hablando de la playa, de mis juegos de niña, pero, sobre todo, de mis padres. El diario finaliza dos años después. Ignoro si más tarde proseguí el relato de mis confesiones infantiles en otro cuaderno, pero me inclino a pensar que no lo hice. Ignoro también el destino ulterior de varias fotografías, que en algún momento debí de arrancar —y de cuya existencia hablan aún ciertos restos de cola casera petrificados por el tiempo—, y el instante o los motivos precisos que me impulsaron a desfigurar, posiblemente con un cortaplumas, una reproducción del rostro de mi hermana Elba.

\* \* \*

Durante el largo verano de 1954 sometí a mis padres a la más estricta vigilancia. Sabía que un importante acontecimiento estaba a punto de producirse e intuía que, de alguna manera, iba a resultar directamente afectada. Así me lo daban a entender los frecuentes cuchicheos de mis padres en la biblioteca y, sobre todo, las animadas conversaciones de cocina, interrumpidas en el preciso momento en que yo o la pequeña Elba asomábamos la cabeza por la puerta. En estos casos, sin embargo, siempre se deslizaba una palabra, un gesto, los compases de cualquier tonadilla a la

moda bruscamente lanzados al aire, una media sonrisa demasiado tierna o demasiado forzada. Mi madre, en una ocasión, se apresuró a ocultar ciertos papeles de mi vista. La niñera, menos discreta y más dada a la lamentación y al drama, dejaba caer de vez en cuando algunas alusiones a su incierto futuro económico o a la maldad congénita e irreversible de la mayoría de seres humanos. Decidí mantenerme alerta y, al tiempo que mis ojos se abrían a cualquier detalle hasta entonces insignificante, mis labios se empeñaron en practicar una mudez fuera de toda lógica que, como pude comprobar de inmediato, producía el efecto de inquietar a cuantos me rodeaban.

Nunca como en aquella época mi padre se había mostrado tan comunicativo y obsequioso. Durante las comidas nos cubría de besos a Elba y a mí, se interesaba por nuestros progresos en el mar e, incluso, nos permitía mordisquear bombones a lo largo del día. A nadie parecía importarle que los platos de carne quedaran intactos sobre la mesa ni que nuestras almohadas volaran por los aires hasta pasada la medianoche. Mi silencio pertinaz no dejaba de obrar milagros. Notaba cómo mi madre esquivaba mi mirada, siempre al acecho, o cómo la cocinera cabeceaba con ternura cuando yo me empeñaba en conocer los secretos de las natillas caseras o el difícil arte de montar unas claras de huevo. En cierta oportunidad creo haberle oído murmurar: «Tú sí que te enteras de todo, pobrecita». Sus palabras me llenaron de orgullo.

Tan largo me pareció aquel verano y tan frecuentes las conversaciones de mis padres, siempre a media voz, barajando docenas de nombres para mí desconocidos, que terminé por convencerme de que tampoco aquella vez iba a variar en nada mi monótona vida. Pero, por fortuna, la decisión estaba firmemente tomada y, aunque las palabras «separación» o «divorcio» nunca fueron pronunciadas, muy pronto me enteré de su más inmediata consecuencia. Elba y yo pasaríamos el invierno en un internado. Los prospectos, extraídos de un cajoncito secreto de un canterano junto al que había transcurrido la mayor parte de sus conversaciones, vieron entonces por primera vez la luz. Se trataba de un colegio grande y hermoso, situado a pocos kilómetros de la ciudad donde vivíamos habitualmente y rodeado de bosques frondosos y jardines de ensueño. Estas palabras, musitadas por mi madre con voz temblorosa, a medio camino entre la alegría y el llanto, nos fueron repetidas hasta la saciedad y acompañadas casi siempre de la misma

apostilla: «Os visitaremos cada domingo», decía y, enjugándose los ojos — una actitud que recuerdo muy frecuente en aquellos días—, nos preguntaba a continuación si deseábamos ir al cine, comprar lapiceros de colores o jugar con las muñecas. Fue —y mi diario se hace eco con infantiles expresiones de alegría— un final de verano feliz, unido, en mi memoria, a los uniformes de cuello marinero recién adquiridos y a las visitas constantes a los más variados comercios. Observé con sorpresa que no se reparaba en gastos y que cualquier objeto, inaccesible poco tiempo atrás, pasaba a formar parte de nuestras pertenencias solo con que la pequeña Elba demostrara un mínimo interés o que yo, no muy segura aún de los resultados, formulara tímidamente un deseo.

Con el fin del verano y el regreso a la ciudad llegaron también los últimos preparativos. Las compras se incrementaron vertiginosamente y, en algunos momentos, me costó un cierto esfuerzo disimular mi agitación o permanecer en aquel mutismo al que, sin saber muy bien la razón, atribuía gran parte del mágico cambio que se iba a operar en mi futuro. Contaba con impaciencia los días, muy pocos ya, que me quedaban para conocer mi nuevo colegio y, desesperada ante el paso lento de las horas, me entretenía en dividir el tiempo en unas fracciones, que denominé «pasos», y que comprendían, aproximadamente, unas seis horas cada una. De esta forma los días no me parecieron ya tan monótonos y, casi sin darme cuenta, me encontré a los pocos «pasos» en la estación de un pueblo costero con olor a sal y una deliciosa humedad que me rizaba el cabello. La noche había caído ya y mi padre no tuvo más remedio que avisar a un coche de alquiler para que nos condujera al colegio. Al llegar se despidió efusivamente de ambas. Luego, como obedeciendo a una súbita inspiración, se agachó junto a mí y me dijo casi en secreto: «Un día de estos cumpliste once años, ¿verdad? Toma, compra caramelos para ti y para tus amigas». Y entonces, mientras notaba el débil tintineo de unas monedas en mi bolsillo, sentí una infinita piedad hacia aquel hombre que en aquellos momentos me parecía tan pequeño y desamparado.

El lugar que me habían destinado era el tercio de un pupitre doble pintado de azul oscuro y repleto de inscripciones y manchas de tinta. Las otras dos partes eran ocupadas por la que iba a ser mi compañera obligada durante todo

el curso: una adolescente obesa de piel grasienta con la que, inútilmente, intenté en los primeros días hilvanar una conversación. Durante las clases escuchaba a sor Juana con la boca entreabierta y la mirada ausente. En los recreos no solía jugar con nadie, quizá porque el exceso de peso le impedía cualquier movimiento o, tal vez, porque sus ojos, siempre perdidos en el infinito, no le permitían concentrarse en ningún pasatiempo. Nuestras relaciones se limitaron, pues, a soportarnos lo mejor que pudimos y para ello no tuvimos más remedio que recurrir a las reglas al uso: trazar una línea divisoria entre nuestros respectivos territorios y morder las pastillas de chocolate de forma inconfundible, de manera que cualquier diente ajeno en aquellos tesoros almacenados en el pupitre fuera rápidamente detectado.

Casi enseguida el obstinado silencio de mi compañera, convertido tan solo en agudos grititos cuando la campana de la escalera nos avisaba de la hora del almuerzo, me obligó a lanzar una mirada a mi alrededor en busca de algún ser más comunicativo. Observé a todas las alumnas una a una y así, mientras sor Juana nos adentraba en los secretos de la aritmética, leía oscuras profecías o dibujaba en la pizarra los preceptos básicos de higiene y urbanidad, tuve tiempo para aprenderme sus caras de memoria y establecer mis preferencias. Me di cuenta muy pronto de que la mayoría de niñas formaba un grupo cerrado, y de que yo no era para ellas *la nueva*, como mi fantasía se había encargado de imaginar en la semana que precedió a mi ingreso en el internado, sino simplemente *una* nueva, categoría en la que, además de cuatro o cinco compañeras, se incluía a mi propia vecina de mesa.

Tampoco mis ensoñaciones protagónicas acerca de la singular situación por la que atravesaban mis padres iban a verse reflejadas en la realidad de aquellas estrechas aulas. Muchas de mis compañeras se hallaban internadas por circunstancias similares e incluso, en mi misma clase, había dos huérfanas, condición que en un principio envidié, pero a la que terminé por no conceder, como la mayoría, ninguna importancia. Comprendí pronto que mi vida en aquel apartado colegio se iba pareciendo cada vez más a la que con tanta ilusión había abandonado, y la sensación de que los días, tremendamente largos, no se iban sucediendo unos a otros sino repitiéndose de forma implacable, terminó por convencerme de que mi llegada allí no se había producido hacía meses sino siglos y que nada podía existir fuera de aquellos fríos mármoles, de los frutales del jardín o de los algarrobos que

flanqueaban la entrada. Las noches, además, en poco diferían de las que había dejado atrás. Elba, que a pesar de sus seis años cumplidos había sido destinada a la clase de párvulas, logró, con sus frecuentes lloriqueos, un inesperado trato de favor. Para su alegría y mi desgracia fue acomodada junto a mí, en el dormitorio de las medianas.

Decepcionada ante las escasas novedades que me deparaban aquellos largos días y convencida de la inutilidad de dividir el tiempo en «pasos» — que, esta vez, no iban a conducirme a ninguna parte—, me entretuve en imaginar que yo no era yo, y que todo lo que me rodeaba no era más que el fantasma de un largo y tedioso sueño. Pero las frías mañanas, los lloros de Elba o la presencia inevitable de mi compañera de mesa me devolvían continuamente a la realidad. Opté entonces por hacer como la mayoría de mis compañeras y dejarme arrastrar por el tono científico de sor Juana citando a Mendel sobre un capazo de guisantes, temblar de emoción ante el relato de fogosas y valientes mujeres bíblicas o discutir, a lo largo de toda la semana, sobre el posible argumento de la película prevista para el domingo. Al atardecer, cuando las externas recogían sus libros y abandonaban el edificio, me entretenía en observar las sombras que los pedestales de las imágenes dejaban sobre el falso mármol de la capilla. Algunas eran inamovibles. Otras, la sombra del púlpito, por ejemplo, no tenían una forma precisa y sus contornos estaban en relación directa con la cantidad de cirios encendidos o la presencia de flores, atriles y misales. Al terminar el rosario nos dirigíamos en fila al refectorio y de ahí al estudio. Yo, con la excusa de cuidar a Elba, era la primera en retirarme. La acostaba en la cama y, sin ningún cansancio, intentaba a mi vez dormir. No esperaba con ilusión la llegada del día porque sabía que nada nuevo podía depararme, pero cerraba los ojos como obedeciendo a uno de los numerosos actos rituales que una mente ajena y desconocida parecía empeñada en imponerme. Hasta que conocí a Fátima.

Fátima contaba unos catorce años de edad. Tenía por costumbre repetir curso tras curso y las profesoras acogían sus respuestas desatinadas con una curiosa mezcla de paciencia y abandono, como si nada se pudiera esperar de aquella alumna flaca y desaseada. Sin embargo, su actitud hacia las demás compañeras de clase era de arrogante superioridad. A menudo requeríamos su presencia para consultarle cuestiones importantes y su nombre, a la hora de formar equipos, era disputado con vehemencia. Pero a ella no parecían



interesarle nuestras diversiones y acostumbraba a emplear sus recreos en pasear por los jardines, conversar con unas y otras, sentarse bajo un algarrobo y descabezar un sueño, o desaparecer por espacio de más de una hora. Cuando esto ocurría, solía regresar con flores y hojas de ciertas especies que solo se daban al otro lado de la propiedad. Las alisaba y prensaba entre las páginas de sus libros como un extraño trofeo. Fátima, lo sabíamos todas, entraba y salía de las zonas prohibidas a las demás con la mayor tranquilidad del mundo.

Pero lo que más me llamaba la atención en ella era su actitud durante las clases de sor Juana. Se hundía en el pupitre con expresión de infinito aburrimiento, pendiente en apariencia del zumbido de una abeja o garabateando distraída sobre la última mancha de tinta caída en su cuaderno. Pocas veces era preguntada, pero, cuando esto ocurría, Fátima tardaba un buen rato en responder o, muy a menudo, se limitaba a encogerse de hombros. Sus notas eran siempre muy bajas, pero ella encajaba los resultados con indiferencia.

Me costaba comprender su comportamiento porque, en más de una ocasión, Fátima nos había demostrado dominar cualquiera de los temas fallados pocos minutos antes o, en todo caso, poseer un caudal de conocimientos muy superior al de todas sus compañeras. Recuerdo una mañana en que varias amigas nos preguntábamos acerca de lo extraño que parecía a simple vista que los hebreos, olvidados de Moisés, hubiesen fundido un ídolo para adorarlo. Fátima se había acercado al grupo y, como era habitual en ella, escuchaba nuestras intervenciones con una media sonrisa de condescendencia. Sin embargo aquella mañana tomó la palabra y, sentándose en el centro, nos explicó otros casos en los que, según la historia, se habían producido adoraciones semejantes. Nos habló de Mahoma, de la destrucción de ídolos de La Meca y de la caprichosa conservación en la Kaaba de una singular piedra negra caída del cielo. Nos describió a los antiguos egipcios y dibujó en el suelo el cuerpo de su dios, el buey Apis. De allí pasamos a Babilonia, sus famosos jardines colgantes y su fabuloso rey Nabucodonosor. Seguimos por la caja de Pandora, en cuyo seno se encerraban todos los males, para conocer, junto a Simbad, las enormes garras del pájaro *rokh* y los intrincados zocos de Bagdad y Basora. Embelesadas ante el relato de nuestra amiga, asistimos aún a la narración de varias

historias más procedentes de las más diversas fuentes y entremezcladas con tanta habilidad que a ninguna de las presentes se nos ocurrió poner en duda la veracidad del más ínfimo detalle. Cuando sonó al fin la campanilla de la cena, algunas intentaron arrancar de Fátima la promesa de que al día siguiente continuaría con su relato. Pero ella no comprometía jamás su palabra y se limitó, como solía, a encogerse de hombros. Ya en el pasillo y vivamente impresionada por todo lo que acababa de escuchar, me atreví a abordarla por vez primera. «Fátima», dije, «¿por qué no has contado todo eso en clase?». Mis compañeras me hacían señas de desaprobación y me indicaban, con nerviosos movimientos de cabeza, que la dejara en paz. Pero ella se detuvo y pareció recapacitar: «Pues no sé... Estaría pensando en otras cosas, supongo». Luego se fijó detenidamente en mí y me preguntó mi nombre.

Aquel día me sentí muy importante y me pareció incluso registrar una expresión de envidia en los ojos de muchas compañeras, que se iría acrecentando a medida que Fátima y yo nos convertíamos en amigas inseparables o, para ser más exacta, a partir del momento en que pasé a ser la seguidora fiel de la admirable Fátima. Porque aquella misma noche iba a descubrir algunas singularidades que hacían de mi nueva amiga la persona más atractiva que hubiera conocido hasta entonces, y gracias, por paradaja, al ser que menos me podía interesar de todo el colegio: mi feliz y obesa compañera de pupitre y dormitorio.

A las nueve de la noche, como siempre, acosté a Elba. Se sentía inquieta y tuve que contarle un par de cuentos para que consiguiera conciliar el sueño. Apagué después la luz e intenté dormir yo también, pero cierto olor ácido y penetrante me obligó a cubrirme la cabeza con las sábanas. Encendí de nuevo la luz. Elba dormía plácidamente y, tal como había supuesto, el hedor no procedía de su cama. Miré a mí alrededor y me topé con los ojos vacíos y la boca entreabierta de mi compañera de mesa. Me acerqué a su cama. Ahora no había duda de dónde procedía aquel tufillo tan semejante a algunos efluvios que, durante las clases, me veía obligada a soportar. Iba a decirle algo, pero ella se acurrucó entre las sábanas con expresión de animal acorralado. Añoré por un instante las tranquilas noches en la casa de mi familia y, por no sufrir aquella mirada perdida que durante el día me esforzaba en apartar de mi vista, salí del dormitorio y apagué la luz. El pasillo, de noche, me pareció más

desolado y frío que de ordinario. Me senté en el suelo y esperé a que llegara el sueño contemplando ensimismada los bordados de mi camisón y la felpa deshilachada de mis zapatillas. Entonces apareció Fátima.

Mordisqueaba un trozo de queso e iba vestida aún con la bata negra de cuello de piqué, como un desafío más a aquella rigidez de horarios que parecían destinados a todas nosotras menos a ella. Me miró sonriendo y me ofreció un poco de queso. «Ya», dijo después de un momento, «seguro que a tu vecina le ha dado por roncar... o algo peor». Yo asentí con la cabeza. Hacía frío y mis intentos por que el borde del camisón cubriera mis tobillos helados me parecieron en aquel momento absolutamente ridículos. Fátima sonrió de nuevo, engulló el último bocado y me hizo un ademán de despedida. «Hasta mañana», dijo. Y ante mi indescriptible sorpresa vi cómo, con una gran seguridad, se disponía a franquear la puerta de clausura. «¡Fátima!», grité incorporándome de un salto, «¿adónde vas?». Ella por toda respuesta me indicó el pasillo que la puerta entreabierta permitía adivinar. «Esto es el noviciado», dije dominada por una extraña agitación. «Si te descubren te expulsarán». Fátima se encogió de hombros sin dejar de sonreír y, abriendo de par en par la puerta que señalaba el límite de la zona permitida, me hizo señas de que me acercara y escuchara en silencio. «Sí, están cantando», dije yo para disimular el temblor que de repente se había apoderado de todo mi cuerpo. «Pero ¿y si nos descubren?». Y, aterrada aún por haberme incluido gratuitamente en la más alta transgresión que preveía la norma, no presté atención al dedo de Fátima que me ordenaba el más estricto silencio. Los cantos se habían interrumpido, pero al cabo de unos segundos se volvió a oír el armonio. «Tienen para una hora», me susurró al oído. «Si quieres seguirme, hazlo, y si no, cállate». Y así, casi sin pensarlo, me encontré con Fátima recorriendo los largos pasillos de la zona prohibida, contemplando imágenes y cuadros, abriendo y cerrando puertas, subiendo y bajando escaleras cuya existencia, hasta aquel momento, me había sido totalmente desconocida. Fátima iba respondiendo a todas las preguntas que yo, presa aún de una gran excitación, no acertaba a formular. «Estos son los dormitorios de las monjas», decía. «Has de saber que ni siquiera las criadas pueden entrar aquí». Aterrorizada, quise regresar a mi cuarto, pero me dio más miedo aún no reconocer el camino o mostrar cobardía ante la seguridad de mi amiga. Entramos en una amplia estancia repleta de libros y Fátima me

alcanzó un grueso volumen de grabados muy similares a los que adornaban las paredes de uno de los pasillos que acabábamos de abandonar. Abraham dispuesto a sacrificar a su hijo, José tentado por la mujer de Putifar, Rebeca dando de beber a Eliazar... Pero la biblioteca no parecía ser el fin de nuestra incursión. Seguimos avanzando —ahora con pasos lentos por la cercanía del oratorio— hasta llegar a un amplio cuarto provisto de diez camas, separadas entre sí por nueve mamparas, y de un enorme ropero sin puertas. «Esta es la habitación de las novicias», seguía explicando Fátima. «Y aquí está su ropa interior». Y apenas hubo pronunciado estas frases cuando, ante mi sorpresa, se había encasquetado un gorro de popelín blanco e intentaba ceñirse una enagua rayada con más de tres bolsillos. El aspecto de Fátima era tan cómico que, por unos instantes, mi miedo se apagó un tanto y me puse, a mi vez, a revolver el armario de las novicias y a hurgar en los bolsillos de los hábitos. Encontré misales, rosarios, un par de caramelos ressecos y un papel arrugado con algunas jaculatorias y buenos propósitos. También, en uno de los refajos, hallé un clavo oxidado. «Lo hacen para mortificarse», dijo mi amiga. «Algunas se los ponen en los zapatos y andan disimulando, como si tal cosa. Otras se pinchan un poco de vez en cuando y nada más». Luego, como viera que este descubrimiento me había dejado sobrecogida, se acercó a mi oído y susurró: «Pero hay otras que hacen cosas aún más extrañas». Y, rompiendo a reír, me mostró el interior de un calzón en el que, sin que yo pudiera explicármelo, aparecían tres estampas cosidas en el forro y una reproducción de la fundadora de la comunidad.

La sorpresa, unida al estado de inquietud en que me hallaba, hizo que mi boca prorrumpiera al fin en estrepitosas carcajadas que más se asemejaban a auténticos espasmos nerviosos. Recogía unas toscas medias de hilo y la perfección de los zurcidos me provocaba risa. Comparaba el tamaño de los calzones con mis propias medidas y tenía que llevarme la mano a la boca para contenerme. Leía alguno de los numerosos buenos propósitos y su candidez me resultaba desternillante. Contagiada por la seguridad de mi amiga quise incluso forzar un cofrecito que prometía encerrar nuevas maravillas y que yacía en el fondo del armario semioculto por un hato de faldones. Pero Fátima me ordenó silencio.

El roce de las gruesas cuentas de un rosario contra un hábito, un rumor que todas conocíamos bien, me dejó perpleja. Pronto, sin embargo, la

inminencia de que alguien se acercaba hizo que mi cuerpo volviera a temblar como una hoja y que mis piernas, dotadas de vida propia, empezaran a agitarse en todas direcciones posibles sin moverse apenas del lugar en el que me encontraba. «Vamos a escondernos», dijo Fátima, pero, ante mi estupor, no eligió una mampara cualquiera del dormitorio o el interior del armario, como mi imaginación se disputaba nerviosamente, sino que, sin abandonar su expresión de extrema tranquilidad, se acurrucó en una de las esquinas del cuarto y, con un gesto rapidísimo, me indicó que me sentara a su lado. Muerta de pánico, obedecí a Fátima, quien se arrinconó aún más contra la pared, y, ahogando los latidos de mi corazón, me dispuse a afrontar el fin de los acontecimientos mientras mi mente pugnaba por encontrar algún pretexto para mi inexcusable presencia.

A los pocos segundos se abrió la puerta y entraron dos novicias. Venían conversando entre risas, pero una de ellas, al ver la luz prendida, se detuvo en seco. Pensé que mi fin era próximo y me cubrí la cara con las manos. Pero las dos novicias se dirigieron cada una a su mesita de noche, sacaron un par de devocionarios del cajón, y, de nuevo entre risas, apagaron la luz y se perdieron por el pasillo. Cuando el chasquido del entarimado de madera bajo sus desgastadas zapatillas se hizo imperceptible, Fátima y yo salimos a hurtadillas de la habitación y repetimos el camino de vuelta que, esta vez, se me antojó interminable. Subimos y bajamos las numerosas escaleras y pasamos, sin detenernos, por aquel pasillo repleto de imágenes y escenas bíblicas que antes me había llamado poderosamente la atención, pero del que ahora solo deseaba huir. Cuando por fin, jadeantes, llegamos a la zona permitida, Fátima me indicó con un gesto que no pronunciara palabra y, sigilosa, se internó en su dormitorio.

Aquella noche no me fue posible conciliar el sueño. Por mi cabeza rondaban aún las imágenes de la peligrosa aventura que acababa de vivir pero, sobre todo, un montón de preguntas a las que, por más que me esforzaba, no podía hallar ninguna respuesta satisfactoria. Esperé con impaciencia a que llegara el día y, con este, la ocasión propicia de abordar a Fátima.

Desayunamos, como cada mañana, en mesas separadas, pero pude observar que Fátima escupía la leche con un gesto de repugnancia y se negaba a engullir el pan excesivamente seco y la mantequilla rancia. Parecía

de malhumor y la indiferencia de sus vecinas de mesa me dio a entender que estas reacciones debían de ser en ella bastante frecuentes y que, quizá, lo más prudente sería dejarla en paz y esperar a que se calmara. Tuve que aguardar, pues, al recreo del mediodía y seguirla discretamente en sus paseos solitarios por el jardín, esperando una mirada de complicidad que no llegaba o alguna indicación que me animara a conversar con tranquilidad. Ella andaba despacito, canturreando y recogiendo guijarros del suelo. De vez en cuando los lanzaba lejos de sí y volvía a repetir la operación. Simulaba no haber reparado en mi presencia, pero yo sabía que tal posibilidad era más que improbable. Ahora yo acababa de cubrir con decisión los escasos pasos que nos separaban y Fátima, con una expresión de tedio solo comparable a la desgana con la que atendía las clases de sor Juana, no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia. Se sentó fastidiada a la sombra de un algarrobo y me inquirió con la mirada. Yo me acerqué tímidamente: «Hay algo que no entiendo», dije. «Las novicias de ayer no nos vieron ni dijeron nada». Fátima se encogió de hombros y se puso a dibujar en la tierra con una ramita. «Pero estábamos allí mismo y ni siquiera nos miraron». Sus ojos me taladraron el rostro. «Eres más tonta de lo que parece», dijo. «Yo creí que tú sabías». Y, después de cerciorarse de que nadie podía escucharnos, prosiguió: «Estábamos allí pero no estábamos. Y aunque a ti te pudiese parecer que estábamos, no estábamos». Muda de asombro me senté a mi vez junto al algarrobo. No me atrevía a preguntar nada que pudiese interrumpir el discurso de Fátima, pero tampoco me sentía capaz de ocultar la admiración que sus incomprensibles palabras me habían producido. Me mantuve en silencio pero no aparté mis ojos de los suyos. Fátima suspiró con cansancio. «No me mires con esa cara de susto», dijo y, a continuación, como quien repite una tabla recién aprendida, se puso a canturrear: «En todas partes del mundo hay escondites. Unos son muy buenos y otros no. Algunos fallan a veces y otros nunca. El de anoche es pequeño pero muy seguro. Por eso casi siempre voy al dormitorio de las novicias». Y, olvidándose de mi presencia, volvió a garabatear sobre la tierra húmeda.

Quise preguntar algo más con relación a lo ocurrido, pero temí que mi excesiva curiosidad terminara con su paciencia y callé. Mi inquietud, sin embargo, me obligaría pronto a romper el silencio. «Fátima», dije al fin, «pero allí no había paredes ni nada». Ella suspiró de nuevo. «Veo», volvió a

decir en idéntico tono, «que todavía no has comprendido. Te repito que *no estábamos* allí, ¿lo entiendes ahora?». Asentí confusa con la cabeza. «En este colegio», siguió más animada mi amiga, «hay cuatro, cinco o quizá más, pero yo no los conozco todos. En casa de mis padres, cuando era pequeña, descubrí uno enorme. Luego ampliaron la habitación y no lo he podido encontrar nunca más». Mi vecina de mesa apareció en aquel momento devorando un plátano y Fátima enmudeció. Después, al tiempo que se incorporaba, me susurró al oído: «Cerca de aquí, en este mismo jardín, hay uno muy antiguo. El otro día me encontré allí con tu hermana Elba».

De la mano de Fátima aprendí a conocer los cuatro escondites del colegio. Tres, contando el de la habitación de las novicias, estaban situados en el interior del edificio y dos de ellos eran de parecida estructura. El tercero, en cambio, no ocupaba uno de los ángulos de la habitación como los otros, sino que se hallaba en la capilla, exactamente a la altura de la baldosa número diecisiete contando a partir del púlpito. Como la búsqueda resultaba un poco complicada, Fátima había marcado desde hacía tiempo la baldosa en cuestión con una cruz, pero, así y todo, el escondite era muy poco utilizado por la angostura de sus dimensiones. El cuarto se encontraba en el jardín. Era amplio y agradable y, durante un tiempo, acudíamos allí regularmente para conversar de nuestras cosas y observar sin ser vistas. Elba solía unirse a nuestros juegos con un brillo especial en la mirada y una emoción incontenible al comprobar cómo yo, de pronto, había empezado a considerarla seriamente. También Fátima trataba a mi hermana con mucho respeto y, en nuestras incursiones nocturnas, dejábamos que fuera Elba quien nos precediera. Su compañía nos resultó de gran utilidad. Elba descubrió por sí sola un escondite más situado en el hueco de la escalera que a Fátima no le pareció del todo desconocido pero que, según confesó, había olvidado inexplicablemente. Este último hallazgo, sin duda el mejor del colegio, nos deparó no pocas diversiones y a su utilización casi constante se debió el hecho de que una de las criadas se despidiera indignada (en el hueco de la escalera, decía, habitaba un brujo empeñado en levantarle las faldas) y que la pobre hermana cocinera, acostumbrada a pasar junto a la escalera para servir a la comunidad, cambiara un buen día prudentemente de itinerario.

Pero la facilidad con que Elba se movía en aquellos mundos sin límites

superaba, en mucho, a la de la propia Fátima. Más de una vez, mientras mi amiga y yo hojeábamos los gruesos volúmenes de la biblioteca, deteniéndonos ante la imagen de Sansón o pasando ávidamente los grabados referentes a las plagas de Egipto, Elba, a la que acabábamos de ver jugando en el jardín, aparecía de repente con la expresión inequívoca del pecadillo recién cometido. No se molestaba en aclarar cómo había logrado alcanzarnos con tanta rapidez y, si alguna de nosotras insistía en averiguarlo, se mostraba perpleja ante nuestras preguntas. Se diría que mi hermana había logrado descubrir algunos escondites más dentro de los ya conocidos o que, por misteriosos conductos cuya comprensión se nos escapaba, sabía cómo desplazarse sin ser vista por la mayoría de las dependencias del internado. Un día Elba nos habló de «caminos chiquitos», pero ni Fátima ni yo pudimos sacar gran cosa en claro de sus voluntariosas explicaciones infantiles.

Y así, sin que yo me preguntara ya más por la extraña inmunidad que parecía protegernos en ciertas zonas del colegio, transcurrió aquel inolvidable invierno y llegaron de nuevo las vacaciones. Fátima marchó con sus padres a un pueblo de montaña, y Elba y yo fuimos conducidas como cada verano a la playa. Mis padres habían llegado a un acuerdo en su situación personal, pero a mí, durante aquel verano, solo me interesaba la compañía de Elba, a la que, día a día, me sentía más apegada. Al principio Fátima me escribía cada semana y yo no dejaba de informarle de las habilidades de mi hermana. «No sé cómo lo hace», le escribí en una ocasión, «pero el reloj de la escalera se detiene cuando ella lo mira fijamente». Sin embargo, las cartas de Fátima, cada vez más espaciadas, se convirtieron pronto en postales y un día, en fin, dejaron de llegar. No sabía a qué atribuir el silencio de mi amiga pero me consolé pensando en la cantidad de novedades que podría contarle al empezar el próximo curso, y, olvidada de todo lo que no fuera Elba, me dediqué a anotar cuidadosamente en mi diario cuanto decía, hacía o balbuceaba en sueños.

Sin embargo, cuando las vacaciones tocaban a su fin, volvimos a oír cuchicheos en la biblioteca, frases a media voz y lloros lastimeros. Escuchamos detrás de la puerta y nos fuimos enterando de que el próximo invierno Elba no iría conmigo al internado. Mi propia madre intentó explicármelo el día en que cumplí doce años: «Elba», me dijo, «necesita estudiar en un colegio especial junto a niñas como ella». De nada sirvieron



mis protestas ni mi defensa vehemente de sus cualidades. Todo había sido programado desde hacía tiempo, a nuestras espaldas, mientras Elba, Fátima y yo jugábamos felices en el internado. Insistí a cada momento sobre su grave error pero de nada sirvieron las revelaciones con que, aun a costa de romper un secreto, intentaba aturdirles para salvar la suerte de Elba. Mi padre me ordenaba callar antes de que lograra hilvanar una frase y luego, haciéndose cargo de mi sufrimiento, intentaba, a su vez, que yo comprendiera razones que me parecían incomprensibles. «Tu hermana», solía decirme, «no es una niña normal. Tiene siete años y apenas habla. En ese colegio intentarán detener su retraso». Lloré, supliqué, pataleé, hasta que terminé entendiendo que mis posibilidades de éxito en aquel mundo de adultos regido por la inmediatez eran prácticamente nulas. Pedí ayuda varias veces a Fátima pero no obtuve respuesta. Solo al final, pocas semanas antes de volver al internado, recibí una postal: «Perdona por no haberte escrito antes pero estoy muy ocupada. Pronto empieza otra vez el colegio. ¡Qué rabia! Besos. Fátima».

El puesto que me habían asignado en el curso que ahora empezaba era mejor que el del año anterior. Esta vez tenía derecho a la mitad exacta del pupitre y mi compañera de clase era una nueva de aspecto mucho más agradable que mi antigua vecina. Pregunté varias veces por Fátima, pero mi amiga no había llegado aún. Me sentía triste y echaba mucho en falta la compañía de la pequeña Elba cuando, sin nadie con quien compartir mis juegos, rondaba sola por los pasillos de la clausura o me acurrucaba, durante los recreos, en el escondite del jardín. En la capilla habían realizado a lo largo del verano algunas reformas y ya no supe localizar el lugar exacto en el que antes se hallara la baldosa número diecisiete, pero tampoco me sentí disgustada. En realidad, los juegos que el año anterior tanto me fascinaran perdían ahora, sin la compañía de mi amiga y de Elba, la mayor parte de su interés.

Una mañana, cuando dominada por el aburrimiento estaba a punto de abandonar mi refugio y unirme a los juegos de las demás compañeras, observé cómo muchas de ellas corrían hacia un coche negro que acababa de detenerse ante la puerta. Comprendí que se trataba de Fátima pero no me moví, esperando con emoción a que fuera ella la primera en descubrirme.

Algunas niñas habían formado un corro en torno al auto y, aunque me era difícil observar sin abandonar por completo mi posición, pude oír con toda nitidez la inconfundible voz de mi amiga y sus sonoras carcajadas. Luego, cuando el corro se convirtió en un grupo que avanzaba hacia mí, la miré con mayor detenimiento. Había crecido y sus cabellos, recogidos en la nuca, le conferían un cierto aspecto de gravedad que en nada recordaba a la estudiante desaliñada de unos pocos meses atrás. Llevaba unos zapatos oscuros con una punta de tacón y colgado al hombro, en lugar de cartera, un bolso de cuero negro. Pasaron junto al escondite, y yo hice un gesto con la mano que Fátima pareció no detectar. Entonces esperé el momento de mayor confusión, salí del refugio y me abalancé sobre mi amiga.

Ella me saludó con cortesía, sin dejar de escuchar los cumplidos de cuantas la rodeaban, sin una frase especial o un brillo en los ojos que me hubiera bastado para reconocer una preferencia. Poco después, en las semanas que siguieron a nuestro reencuentro, terminaría comprendiendo que a Fátima no le interesaban ya unos juegos que ella, sin duda, consideraba ahora infantiles, y que mi propio aspecto, aún muy aniñado, convertía mi presencia en algo molesto y detestable. Tampoco mis explicaciones acerca de las habilidades de Elba y su trágico confinamiento en una institución lograron despertar su curiosidad. Me escuchaba siempre con desgana, fingiendo atender a todo lo que yo le estaba contando para, acto seguido, hablarme de sus últimas vacaciones, mostrarme fotos de su grupo de amigos o despotricar contra su actual reclusión en aquel colegio, lejos de la civilización y del mundo. Se hizo amigas entre alumnas de su edad que estudiaban cursos superiores y, ante la sorpresa de sus antiguas compañeras, se dedicó a trabajar con ahínco. Fátima, la gran Fátima que todas —y yo con mayor razón— admirábamos, había dejado de pertenecerme.

Pero yo no podía conformarme. Los ojos de Elba, la expresión de angustia con que se despidió de mí el día en que nos separamos, me perseguían a donde quiera que fuese. Por las noches creía oír su voz y, en sueños, se me aparecía constantemente con el brazo extendido, como si, a su manera, me solicitase una ayuda urgente que yo, desde el internado y sin la compañía de Fátima, me veía en la imposibilidad de conceder. En los recreos, más sola que nunca, cuando me refugiaba en el escondite del jardín, volvía a escuchar su voz. «¡Ayúdame!», me decía y sus palabras, cada vez más

apremiantes, se iban convirtiendo en una horrible pesadilla de la que ni siquiera despierta podía liberarme. A veces le suplicaba paciencia, otras, las más frecuentes, le rogaba que me dejase en paz. Parecía como si Elba no reposara nunca, como si se mantuviera siempre al acecho, como si temiera caer en el olvido.

Hice nuevas amigas y, en parte por el frío reinante, pero sobre todo porque intentaba apartar el recuerdo de Elba y de nuestras incursiones en los escondites, dejé paulatinamente de frecuentar aquellos refugios que ahora se me revelaban desprovistos de interés y de cuya existencia, por alguna oscura razón, me avergonzaba. Mis padres fueron a visitarme algunos domingos y, en esas ocasiones, solía unirse a nosotros mi compañera de clase, con la que, a medida que transcurría el curso, me sentía más identificada. Paseábamos por el pueblo, comíamos en el muelle y hacíamos excursiones en barca. Pero la voz de Elba no conocía la piedad ni el descanso. Se hacía oír en los momentos más inoportunos: cuando, con el balón alzado, estaba segura de encestar, cuando era yo precisamente la encargada de realizar la lectura que acompañaba al almuerzo, cuando intentaba ordenar mis ideas para responder con acierto a un examen. Siempre Elba, con su expresión de angustia y su brazo extendido, con una mirada cada vez más exigente, sonriéndome a veces, gimoteando otras, tomando nota de todos y cada uno de mis pensamientos. Hasta que su mismo recuerdo se me hizo odioso. «¡Basta!», terminé gritando un día. «Vete de una vez para siempre». Y progresivamente su voz fue debilitándose, haciéndose cada vez más lejana, fundiéndose con otros sonidos y, por fin, desapareciendo por completo. Fueron unos meses felices, colmados de proyectos para las próximas vacaciones. Mi compañera y su familia pasarían el verano en un viejo caserón junto a la playa, a escasos kilómetros de la casa que mis padres poseían en la misma localidad. Formaban un grupo numeroso del que yo, desde ahora, me convertía en miembro. Planeamos excursiones y especulamos con toda la gama de posibilidades que mi aparición podía provocar en su primo Damián, de cuya fotografía había logrado apropiarme en secreto y a quien iban encaminadas, desde hacía cierto tiempo, todas mis ensoñaciones.

Pero con el verano llegaría también la inevitable Elba. Mis padres fueron a recogerla a la ciudad y regresaron a la playa dando muestras de una gran satisfacción. Elba había efectuado ciertos progresos, decían, y, con un

contento que me pareció desmesurado, me mostraron el cuaderno de ejercicios de mi hermana en el que solo acerté a ver algunas letras mal trazadas y unos esbozos de cuadriláteros y circunferencias. En el momento de su llegada, cuando divisó mi rostro pegado al cristal de una de las ventanas, los ojos de Elba brillaron de satisfacción y, tendiendo hacia mí su bracito —aquel brazo que había llegado a detestar—, pronunció mi nombre con una claridad en ella desconocida. Luego, al reunirnos en el salón, la noté ya distraída y ausente. No buscaba mi mirada ni parecía dispuesta a prodigarme aquellas pruebas de afecto a las que, en otros tiempos, había sido tan aficionada. Recorría la casa con los ojos exageradamente abiertos y acariciaba el tapizado de los sillones como alguien que regresa a su ciudad natal después de un largo y agitado viaje. La sensación de que había perdido a una hermana me asaltó de repente pero, ante mi propio asombro, no sentí pesar alguno. Faltaban aún algunos minutos para que las bicicletas de mis amigos hicieran su aparición en el jardín. Me apresuré a vestirme con un traje nuevo y me aposté en la verja. «Ojalá no la vean», pensé.

Pasaron algunos días. Elba, desde su mundo, parecía intuir que su presencia me resultaba incómoda. No quiso volver a la playa —aquel lugar donde, un par de años antes, yo misma le había enseñado a nadar—, y sus frecuentes torpezas a la hora de las comidas determinaron que en lo sucesivo tomase sus alimentos en la cocina. Tampoco este año iba a compartir el dormitorio conmigo. Un llanto accidental me sirvió de excusa para exigir un traslado. Apenas la veía, pero sus ojos, cada vez más penetrantes, me acompañaban siempre en mis salidas desde las ventanas de su cuarto.

Una mañana la niñera apareció en la playa a una hora inhabitual. Me asió bruscamente del brazo y, con frases entrecortadas, vino a decirme que debía ir corriendo a casa. Bajo el toldo de los baños se había formado un grupo que me miraba con curiosidad. «Elba, se trata de Elba», oí. Por el camino fui informada a medias de lo ocurrido. Mi hermana había perdido el equilibrio en la terraza. ¿Se salvaría? La niñera esquivó la pregunta.

No quise ver el cuerpo ni mis padres me obligaron a ello. Pero, por las conversaciones que fui oyendo a lo largo de la tarde, me enteré de que la sangre corría a borbotones y de que fue mi padre quien primero acudió en su ayuda y cerró para siempre sus ojos.

Los días inmediatos fueron pródigos en acontecimientos. La casa se llenó

de gente y de llantos. Algunas mujeres se apoyaban en mi hombro y lloraban, otras me acariciaban compungidas. Discutieron acerca de las medidas y características de la caja. No llevaría cristal, oí decir a mi madre, su carita había quedado destrozada. Pero el color sería blanco, como las flores y el sudario en el que había sido envuelta.

En la iglesia se agolpaba la gente desde primeras horas de la mañana. Cuando mis padres y yo bajamos del coche negro todos se retiraron con respeto. Avanzamos por el pasillo central cogidos del brazo y nos arrodillamos en el primer banco, muy cerca del lugar donde cuatro cirios custodiaban el féretro blanco de pequeñas dimensiones. El sacerdote habló con mucho cariño de mi hermana y del dolor de los familiares que dejaba en el mundo. Cuando pronunció mi nombre sentí un estremecimiento y miré con el rabillo del ojo a los bancos traseros. Todos parecían pendientes de mi persona. Se rezó un padrenuestro y por mis ojos desfilaron toda suerte de imágenes. Fátima, Elba, Eliazar, mi obesa compañera de pupitre, Rebeca, la palabra «escondite»... No oía ya rezos sino un extraño zumbido. Mi madre me dio aire con las tapas de un misal. Me había desmayado.

Salimos de nuevo por el pasillo central y, por indicación de mi padre, nos detuvimos junto a la puerta. Siguieron las frases de condolencia y los apretones de mano. Me sentía observada. Pasaron una a una todas las familias del pueblo. Pasó Damián con los ojos enrojecidos y me besó en la mejilla.

Era el siete de agosto de un verano especialmente caluroso. En esta fecha tengo escritas en mi diario las palabras que siguen: «Damián me ha besado por primera vez». Y, más abajo, en tinta roja y gruesas mayúsculas: «hoy es el día más feliz de mi vida».

# ANA MARÍA SHUA

BUENOS AIRES, 1951

Se graduó en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Ha trabajado como periodista, guionista de cine, televisión y dramaturga. Autora de narrativa (para adultos y juvenil) traducida a catorce idiomas. Publicó su primer libro, el poemario *El sol y yo* (1967), a los dieciséis años. En 1980 le otorgaron el premio de la editorial Losada por la novela *Soy Paciente*, que también fue llevada al teatro. Sus otras novelas son *Los amores de Laurita* (1984) —llevada al cine por el director Antonio Ottone en 1986—, *El libro de los recuerdos* (1994, Beca Guggenheim), *La muerte como efecto secundario* (1997, Premio Ciudad de Buenos Aires y Premio Club de los Trece), *El peso de la tentación* (2007) e *Hija* (2016). En 2009 sus libros de cuentos se publicaron reunidos con el título *Que tengas una vida interesante*, y su microficción en *Cazadores de letras*. Entre sus libros de género destacamos *La sueñera* (1984), *Casa de Geishas* (1992), *Botánica del caos* (2000), *Temporada de fantasmas* (2004) y *Fenómenos de circo* (2011). Entre los galardones recibidos nos interesa resaltar los premios Konex de Platino y Nacional de Cuento y Relato (2014) y el I Premio Internacional Juan José Arreola de Minificción en México (2016), además de diferentes distinciones nacionales e internacionales por su producción infantil-juvenil.

En «Vida de perros» (*Como una buena madre*, 2001), Shua relata con humor y sentido de la cotidianidad las correrías de un lobisón judío y posperonista al que una novia poco crédula recomienda acudir al terapeuta. Con la tradición de la licantropía de por medio, la sorpresa, el guiño referencial y la sonrisa inteligente están aseguradas. El fantástico posmoderno, como el de Shua, desprende a veces más verdad que muchas formas de naturalismo.

## VIDA DE PERROS

Me llamo Juan Domingo Benjamín. Juan Domingo, por ser ahijado de Juan Domingo Perón, que fue tres veces presidente de la Argentina. Y Benjamín, por ser el menor de mis hermanos.

Benjamín es nombre de hijo menor. Yo digo: si mis padres me pusieron así es porque ya habían decidido que no iban a tener más hijos. Entonces, ¿no podían haberlo decidido antes de tenerme a mí? Como séptimo hijo varón, mi vida no fue fácil.

Por ejemplo, fue un problema tener de padrino a Perón, un presidente argentino al que muchos querían y muchos odiaban. Una ley nacional decía que el séptimo hijo varón tenía que ser ahijado del presidente, para que no lo trataran mal por lobisón. Pero mi familia era antiperonista. En el fondo, todos hubieran preferido que me convirtiera en lobo las noches de luna llena y no que me llamara Juan Domingo.

Lo más triste es que yo me convertía en lobo de todas maneras. No exactamente en lobo, sino en un perro negro y enorme, siempre muerto de hambre. En realidad, tampoco era en las noches de luna llena, sino todos los viernes a la noche y algunos martes.

Dice mamá que cuando era bebé me convertía en un cachorro peludito, suave y muy cariñoso, y con un poco de carne picada me calmaba, aunque no fuera carne humana. Todos tenían la esperanza de que criándome así, domesticado, de grande me iba a conformar con cualquier cosita que encontrara en la heladera.

Pero a partir de los diez años las noches de los viernes ya empezaron a ser un desastre. Ustedes tienen que entender que un lobisón es un bicho de campo. Vivir en la ciudad era para mí un motivo de tortura constante. Mamá había dispuesto que mis tres hermanos mayores tenían que turnarse para cuidarme y asegurarse de que no me pasara nada cuando andaba por ahí.

Ahora, imagínense lo que debe haber sido para un muchacho de dieciocho o veinte años, que hubiera querido ir al cine con la novia o salir a

bailar, tener que pasarse la noche del viernes corriendo detrás de su hermanito lobisón. Lo más natural hubiera sido que me odiaran y así pasó con Ariel y Marcos. En cambio siempre me llevé muy bien con Jonathan, que le encontró la vuelta al asunto de mis transformaciones y llegó a divertirse mucho conmigo en las correrías de los viernes.

Vivir conmigo en la ciudad era un problema constante para todos, pero papá no quería mudarse porque trabajaba en la construcción. «Si nos vamos a las afueras, me voy a tener que pasar la mitad del día arriba del auto», decía cuando mamá insinuaba que la familia podía vivir en el campo mientras él trabajaba en la ciudad.

Mientras tanto para mí era un problema tremendo el asunto de los cementerios. Los lobisones somos mansitos y nunca atacamos a la gente. Pero no nos queda más remedio, cuando somos perro, que alimentarnos de dos cosas: carne humana y caca de gallina. Yo sé que para la gente común suena repugnante, pero después de todo es una costumbre bastante inofensiva. Por eso en el campo se escuchan tantas historias de lobisones rondando los gallineros o el cementerio.

Como nuestra familia es judía, mamá, que no quería verse en problemas, les había aclarado muy bien a mis hermanos que no me dejaran meterme en cementerios católicos. Yo creo que un poco por protegerme, un poco porque consideraba que lo correcto era que cada uno se dedicara a lo suyo, y otro poco, porque pensaba que la carne de cristiano me podía caer pesada. En fin, todo el mundo tiene sus prejuicios.

—Si encuentran a un lobisón en el cementerio —decía mamá— lo van a correr con palos gritándole «maldito lobisón». Pero a vos te van a gritar «maldito lobisón judío».

—Es lo mismo —decía yo.

—No es lo mismo —decía mamá.

—Si encuentran un lobisón en el cementerio el pobre bicho lo pasa mal de todos modos, mamá —decía yo.

Mamá era un poco ingenua y creía que ella podía comprender mi sensación de ser diferente. Ahora digo un poco ingenua, pero entonces me daba rabia. Hay que haber sido lobisón para saber lo que es ser diferente de verdad.

Ahora me doy cuenta de que tener un hijo lobisón debe ser casi tan



terrible como ser lobisón uno mismo. Pero solamente casi.

Lo cierto es que desde casa hasta el cementerio judío había un tirón largo y cuando estaba transformado yo no podía usar ningún medio de transporte. Tenía un aspecto amenazador que asustaba a los guardas de tren y a los taxistas. Corría a mucha velocidad y a mis hermanos les costaba un montón mantenerse a la par mía, por más que me tuvieran atado con la correa. Pero igual no llegaba y finalmente terminaba comiendo de cualquier cadáver que encontrara por ahí, sin ninguna garantía de limpieza y buena calidad.

Siempre tuve un olfato fantástico para encontrar cadáveres: la gente común no se da cuenta, pero todas las noches hay crímenes, linyeras muertos, accidentes de auto en la gran ciudad. Mis hermanos cuidaban de que me conformara comiendo un poco de cada uno para que no se notara demasiado mi presencia. Hubiera sido muy desagradable encontrarse con comentarios sobre un cadáver extrañamente devorado en el noticiero de la tele o en el diario de la mañana.

Fue Jonathan el que tuvo la idea que finalmente solucionó una parte del problema: vivíamos a tres cuadras de la Facultad de Medicina. A principio el gusto a formol de los cadáveres que había en la morgue de la facultad me molestaba un poco y hasta me daba alergia. A la mañana siguiente me levantaba con los párpados hinchados y con mareos. Con el tiempo me acostumbé y el formol ya me parecía tan necesario para darle sabor a los cadáveres como la mostaza para la carne de puchero.

Jonathan, que estudiaba medicina, se había hecho juegos de llave de todas las puertas de la facultad. Los cadáveres de la morgue tenían la ventaja de que a nadie le llamaba la atención si les faltaba una parte, porque los estudiantes de medicina siempre se andan llevando manos, orejas o piecitos para hacer bromas espantosas.

Creo que esa necesidad mía influyó en mi vocación. Cuando llegó el momento yo también decidí ser médico, un poco por seguirlo a Jonathan y otro poco porque me resultaba tan cómodo para resolver el hambre de los viernes a la noche.

No crean que conseguir caca de gallina era mucho más fácil que conseguir cadáveres. Al principio, cuando era muy chico, todavía había algunos gallineros por el barrio y al Mercado Grande traían gallinas vivas, que venían todas apretadas en unos enormes jaulones. Mientras mis otros dos

hermanos perdían como tontos toda la noche y todas sus energías persiguiéndome por los suburbios, de gallinero en gallinero, una tarea agotadora y peligrosa, Jonathan, como siempre, encontró la mejor solución.

Por unos pocos centavos, los tipos que limpiaban el Mercado a la noche le juntaban los viernes todo el excremento de gallina en una bolsa. Jonathan se lo llevaba diciendo que lo necesitaba como abono para una quinta de fin de semana. Y yo podía comer tranquilamente en mi casa, debajo de la mesa en mi lindo plato verde.

Uno se acostumbra a cualquier cosa y mi familia inmediata me soportaba muy bien, menos la abuela Sara, que era muy religiosa. A ella la ponía furiosa que yo me transformara precisamente la noche de los viernes, cuando empieza el Sábado que es día sagrado y de fiesta. Tenía la esperanza de que mi mala costumbre cambiara cuando cumpliera los trece años, una edad en la que se supone que uno se hace cargo de sus responsabilidades.

La abuela no quería aceptar por nada que yo no elegía el momento de la transformación, pero por suerte no estaba enojada conmigo. Me llamaba su nietito preferido y me preparaba deliciosas galletitas con semillita de amapola: le echaba toda la culpa a mis padres por no saber controlarme y educarme mal.

Ya era casi adolescente cuando mamá y papá empezaron a asistir a un grupo de autoayuda para padres de chicos especiales. Los domingos se organizaban asados en la quinta de la familia de Gustavo, que se transformaba en chanco o en perro con cabeza de chanco y con el tiempo llegó a ser gran amigo mío. Su apetito por las gallinas podridas y los choclos crudos era más fácil de satisfacer que el mío, pero también le causaba dificultades.

Los chicos odiábamos esos asados, donde nuestros padres intentaban que nos hiciéramos amigos y jugáramos todos juntos. Era absurdo. En primer lugar, no hay tantos lobisones, de manera que nos juntaban con brujas, chicos-tigre, videntes, poseídos y toda clase de personajes cuyos problemas no tenían nada que ver con los míos.

Para los padres estaba muy bien, porque tener un hijo diferente puede ser un problema parecido para los padres de un lobisón o de una bruja. Pero nosotros nos mirábamos con desconfianza y no encontrábamos nada en común. Una bruja es bruja todo el tiempo y cuando yo no estaba convertido

en lobisón era un chico como cualquiera, salvo los sábados, que me pasaba todo el día en la cama para descansar de las correrías del viernes, tomando Paratropina para el dolor de panza por haber comido tantas porquerías.

Mi mamá insistía en que tenía que participar en esas reuniones porque me convenía el ambiente. Tenía la ilusión de que encontrara allí alguna chica lo bastante rara como para que su familia me aceptara con alegría. Me insistía mucho que fuera a los bailes del sábado a la noche y siempre me hablaba de los encantos de Juliana.

Juliana, pobrecita, era de esos lobisones que no se convierten en lobo sino en el primer animal que ven cuando se despiertan el viernes a la mañana. Gustavo, con ser chancho (a veces, perro con cabeza de chancho, que es bastante común) y yo con ser perro, estábamos mejor que ella, que había pasado por todas.

Durante mucho tiempo tuvieron en la casa un canario, para que lo viera en cuanto abriese los ojos. Pero los pájaros son demasiado frágiles, y los padres tenían terror de que se lastimara o la atacara un gato. Enjaulada sufría mucho. En verano tenían terror con los bichitos, en invierno se volvían locos con las cucarachas: desde que nació y se empezó a notar el problema, la madre dormía con un ojo solo, para asegurarse de que iba a estar despierta antes que ella, controlando lo primero que viera.

Después del canario tuvieron un perro grandote, un viejo pastor inglés, así Juliana se convertía en un animal robusto y seguro. Pero vivían en un departamento demasiado chico y con los dos perros se les hacía terriblemente incómodo. Cuando estuvo en edad de elegir, Juliana se decidió por un gato. Una vez las hermanas, por hacerle una broma, la despertaron con una lombriz delante de los ojos y fue horrible.

Era una chica malhumorada, con una cara completamente inexpresiva, como si sus músculos estuvieran tan agotados de modificarse en las transformaciones que ya no le quedaran fuerzas para sonreír o llorar. Lo único que le interesaba era estudiar. Una vez, por hacer un experimento, había dejado un microscopio al lado de la cama y se había convertido en bacteria. Le gustaban mucho las matemáticas y pensaba estudiar física nuclear. Ella suponía que su problema tenía alguna relación con los átomos y las moléculas.

Cuando pensábamos en nuestro futuro, de algún modo todos nos

inclinábamos por profesiones que pudieran ayudarnos a resolver nuestro problema, como biología, química, medicina, pero también sociología, filosofía y hasta ciencias ocultas.

A mí, las chicas del Grupo de Padres Especiales no me interesaban nada. Me irritaban las poseídas, tan imprevisibles y más todavía las brujas (séptimas hijas mujeres), que serían un problema para sus padres, pero estaban encantadas de jugar con sus poderes y se divertían ensayándolos.

Tenía diecisiete años cuando conocí a Débora. ¿Por qué las mujeres siempre creen que nos van a cambiar, a curar, a convertir en algo diferente a lo que somos? ¿Por qué en lugar de enamorarse de nosotros mismos, se enamoran de ciertas posibilidades que nos atribuyen? Débora decidió emplear todo su amor en convertirme en una persona normal.

Para entonces yo había leído todo el material literario y científico que existía sobre los lobisones. Incluso había aprendido inglés para poder leer textos que no estaban traducidos. Sabía que había muchos casos de hombres-lobo que llegan a casarse y convivir normalmente con sus mujeres sin que ellas se enteren de su condición. Todo está en encontrar una excusa adecuada para los viernes a la noche... y estar preparado para cuando la transformación sucede en un martes.

Pero yo había sido criado en una casa donde la gente hablaba libremente de sus problemas. ¿Cuánto tiempo podría haber guardado el secreto con la mujer de la que estaba enamorado? Necesitaba, sobre todo, besarla. Y no hay nada tan desagradable como el beso de un lobisón: cuando lame la boca de una persona, el otro queda con un gusto muy feo, con náuseas y arcadas y sin poder comer durante varios días.

Débora estaba convencida de que el mío era un problema psicológico. Insistía en que estaba «somatizando», es decir, expresando con el cuerpo problemas que en realidad habían empezado en mi cabeza. Como quien se engripa para no tener que dar examen.

Yo mismo empecé a pensar que tal vez fuera cierto y traté de darme cuenta qué había en la conducta de mis padres que me llevara a esta situación. ¿Quizás era porque me habían dejado dormir demasiado tiempo en su pieza cuando era bebé? ¿Trataba de espantar a mi padre con mis dientes de lobo para quedarme con mi madre, como un Edipo cualquiera? ¿Me convertía en lobisón como efecto del embarazo no deseado de mi madre? ¿Era una

reacción a la excesiva exigencia que tenían con respecto a mis estudios? ¿O solo era la manera de acaparar el cuidado de mis padres y ser alguien especial, distinto de mis hermanos, en una familia tan numerosa?

Débora me convenció de que tenía que tratarme. Así conocí al doctor Garber, que sabía mucho de pacientes neuróticos pero les aseguro que de lobisones no sabía ni jota. Cuatro veces por semana me acostaba en su diván y le hablaba de mis problemas, que eran bastante parecidos a los de todo el mundo. Mis relaciones con mis padres, con mis hermanos, con mi novia, y sobre todo, las dificultades que tenía para ganar suficiente dinero como para pagar el tratamiento. Este último tema nos llevaba buena parte de las sesiones.

Cuando llegaba a mis problemas específicos de lobisón, el doctor Garber se quedaba callado y no trataba de interpretar mis palabras. Yo le hablaba mucho de las molestias intestinales. Mi aparato digestivo de persona humana sufría muchísimo por tener que digerir las basuras que comía como lobisón. Como hay tanta relación entre los nervios y los dolores de panza, yo pensaba que el psicoanálisis iba a poder ayudarme mejor que un médico de los que dan pastillas. Sin embargo, después de varios meses de tratamiento, me di cuenta de que algo fallaba: el doctor Garber simplemente no me creía. Él entendía lo de «convertirme en perro» como una forma de expresar ciertos sentimientos o sensaciones, como una manera de decir. Y por más que yo le explicaba los detalles, cómo me crecía el pelo y los dientes, cómo me iba encorvando hasta caminar en cuatro patas, cómo me olvidaba de mi humanidad y solo sentía ese hambre horrible de cadáveres y gallineros, él seguía pensando que todo sucedía en mi imaginación. No me consideraba loco, porque fuera de esa manía persistente en todo lo demás yo razonaba como cualquier persona, pero sí un caso grave, casi al borde de la locura.

Empecé a tenerle un poco de bronca. Yo ya había empezado a estudiar primer año de medicina, pero no dejaba de investigar en los libros de leyendas o de ciencias ocultas. Ningún científico serio se había ocupado de nosotros, los pobres lobisones del sur, bastante distintos de los licántropos, los hombres lobos de la antigüedad, y distintos también de los temibles hombres lobo europeos, que atacaban ferozmente a las personas. Algunas de las cosas que decían en esos libros eran ciertas y otras eran puros inventos. Por fin descubrí algo que parecía interesante pero necesitaba alguien cuyo

destino me importara muy poco para atreverme a experimentar. El doctor Garber me tenía hartó. Averigüé algo sobre su vida: estaba separado y no tenía hijos. No quise contarle nada a Débora para no preocuparla.

En nuestro próximo encuentro desafié al doctor Garber a que me atendiera un viernes a medianoche. Naturalmente, se negó.

—Yo tengo que mantenerme afuera de su manía —me dijo—. Si paso a formar parte de sus delirios, ya no voy a tener la posibilidad de curarlo.

Pero finalmente lo convencí.

Eran las doce menos cuarto cuando llegué al consultorio. Como siempre, me abrió la puerta del departamento con portero eléctrico y me dejó sentado unos minutos en la sala de espera, como si estuviera atendiendo a otros pacientes. Como siempre, me quedé mirando el retrato de una mujer con la boca muy abierta, como en un grito mudo. ¿Qué le pasaría? ¿A quién estaría pidiendo ayuda?

Por fin me hizo pasar al consultorio. Me acosté en el diván como siempre y empecé a habar de tonterías. A las doce menos un minuto le mostré el dorso de la mano, que empezaba a cubrirse de pelos.

—A mí me pasó lo mismo —me dijo el doctor Garber— cuando estaba tomando Minoxile por boca para que me creciera el pelo en la cabeza: me salieron pelos hasta de las orejas.

—Pero no tan rápido, supongo —le contesté, y mi voz ya estaba empezando a cambiar.

Todo sucedía normalmente. La cara se me cubrió de pelo, me crecieron las orejas, la boca y la nariz se estiraron hacia adelante transformándose en un horrible hocico de perro mientras mi columna vertebral se prolongaba para formar una cola. Lancé un enorme aullido. Esta vez había una diferencia en mi transformación. A través de muchos meses de ejercicios y entrenamiento, yo podía conseguir que una parte de mi mente humana permaneciera conmigo en ese cuerpo perruno. Tenía un cierto control de mis actos, el suficiente como para poner en práctica mi experimento.

El doctor Garber, que al principio había intentado alguna interpretación psicológica de lo que estaba pasando, había abandonado toda razón y era solo una pobre cosa asustada, un cuerpo sacudido por el terror.

En su desesperación por escapar de mí tiró al suelo su hermoso y cómodo sillón de analista. Lo perseguí por el consultorio, poniéndome delante de la

puerta para impedirle escapar. El lugar era chico. Corriendo, volteamos las macetas del potus y el helecho y también la lámpara de pie.

Desesperado, el pobre doctor Garber abandonó todo intento de escapar y se acurrucó en un rincón, tapándose la cabeza con los brazos. Así no me servía. Con un poderoso aullido lo hice poner de pie otra vez y fingí apartarme de la puerta para que otra vez tratara de salir.

Entonces, me abalancé sobre él.

O, mejor dicho, debajo de él.

Pasé por entre sus piernas.

Había leído que cuando un lobisón pasa por entre las piernas de una persona, le traspasa su maldición y se libra de su mal: el otro queda transformado en lobisón para siempre. ¡Y estaba dando resultado!

Un par de semanas después, cuando recibí un llamado desesperado del doctor Garber, le recomendé consultar a un psicoanalista.

# SOLANGE RODRÍGUEZ PAPPE

GUAYAQUIL, ECUADOR, 1976

Catedrática universitaria y coordinadora de talleres de escritura desde 2005. Fue la creadora del *Taller de la imaginación* en 2014, que busca incorporar lo fantástico y la ciencia ficción al canon de la literatura ecuatoriana. Es además investigadora especializada en terror, microrrelato y narraciones sobre el fin del mundo. Cuenta con una maestría en Estudios de la Cultura y es docente de la Universidad de las Artes de Guayaquil. Narradora entre lo extraño y lo fantástico, ha publicado: *Tinta sangre* (2000); *Dracofilia* (2005); *El lugar de las apariciones* (2007); *Balas perdidas* (2010); *Fantasma entre letras* (2011); *Caja de magia* —en digital— (2013); *Episodio aberrante* (2014), —en digital—; *La bondad de los extraños* (2016), *Levitaciones* (2017) y *La primera vez que vi un fantasma* (2018). Ha sido ganadora del premio nacional Joaquín Gallegos Lara (2010) al mejor libro de cuentos con *Balas perdidas*; del certamen internacional Microrrelatos de miedo de las Microlocas (2014) y del premio Nacional a la Trayectoria docente Matilde Hidalgo de Prócel (2017).

«Pequeñas mujercitas» (*La bondad de los extraños*, 2016) es un relato fantástico lleno de humor que contraviene las expectativas de sororidad que el lector podría tener respecto de una narradora y protagonista que encuentra un inesperado mundo de féminas, domésticas aunque no domesticadas. Se trata de un relato breve en el cual se rehuye con habilidad lo políticamente correcto.



## PEQUEÑAS MUJERCITAS

Mientras llenaba cajas y cajas con basura sacada de la casa de mis padres, vi a la primera mujercita correr hasta el sofá y escabullirse bajo sus patas con un grito de alegría eufórica. Tampoco es que me sorprendiera demasiado topármela. Ser hija de una pareja de acumuladores que durante toda su vida no habían hecho más que almacenar bolsas vacías de papel, recipientes plásticos y bichos de porcelana aumenta la posibilidad de que, si haces una exploración profunda, des con cosas muy extrañas escondidas en el hogar de tu infancia.

Una de las actividades preferidas de mi aburrida niñez era revisar cajones para hurgar en su contenido, pero desafiándome a dejar las cosas tal como las había encontrado. Así, di con una colección de llaveros de la Segunda Guerra Mundial, unos posavasos pornográficos y con la colección de puñales que guardaba celosamente mi padre bajo las tablas de la cama. «¡Ya has estado trasteando entre las cosas!», vociferaba mi madre si notaba un leve cambio de orden entre alguno de los cientos de objetos recolectados y luego me daba unos buenos bofetones con la mano abierta o un golpe de cinturón en las palmas. «Aprende de tu hermano, que jamás da qué hacer». Obvio, desde que tenía memoria Joaquín había pasado jugando en la calle, con sus carritos, con su bicicleta, con sus patines, con su pandilla, con sus noviecitas. Se había negado a ser uno de los tantos adminículos de colección de mi madre.

Una vez en el asilo, mis padres no necesitarían nada más que lo esencial, así que llevaba casi una semana separando en pilas lo que donaría a la caridad, lo que regalaría, vendería y subastaría a buen precio; y también con lo que iba a quedarme para observarlo y ponerle las manos encima, pero primero había que deshacerse de toda la suciedad. Entre los cachivaches de la cocina hallé algunas lagartijas, una rata y hasta un murciélago muerto. Incluso, si lo pensaba con cuidado, la rata parecía ser el cadáver de un viejo hámster que perdimos en la infancia. Mientras perseguía con un zapato a unas arañas, vi a la mujercita desnuda atravesar el salón en pleno grito de guerra. Entre todas esas rarezas que descubría, una pequeña mujer salvaje corriendo

por ahí no me parecía tan increíble.

Miré bajo el sillón y, tal como me lo había imaginado, existía toda una civilización de diminutas mujeres haciendo su vida. Algunas estaban sentadas en grupos muy juntas, peinándose el cabello entre ellas, contándose cosas y riendo; unas más fumaban, tumbadas, trozos de hojas arrancadas a un helecho cercano al sofá; y otras se trenzaban en guerras de placer lamiéndose el sexo y los pechos por turnos, mientras se mordían los dedos de sus minúsculas manitos o emitían agudos gemidos de gozo. Estos ejercicios que cuento los hacían a la vista general de toda la población sin ningún pudor o recato. No vi hijos ni embarazos entre las mujercitas, todas jóvenes y magras. Lo que sí, me parecieron bastante hedonistas por no decir indecentes.

A media tarde sonó el teléfono. Contesté con una mezcla de coraje y desconcierto por las mujercitas que ahora dificultaban mi limpieza de la sala. Era mi hermano Joaquín que me pedía un espacio en la casa para pasar la noche porque su esposa lo había echado otra vez a la calle. «Se dio cuenta de que no terminé la relación con Pamela, como le prometí. Tú sabes que mamá siempre me daba una mano en ese asunto y me dejaba dormir en el sofá». «Estoy aseando la casa, todo está revuelto y lleno de polvo. Pero si crees que puedes soportarlo, pues ven». «Gracias», me dijo, «no sé qué ha tenido siempre ese sofá, que me hace dormir muy bien». Entonces sentí escalofríos.

Armada con una escoba fui a barrer la ciudad de las mujercitas. Con la fuerza de mis escasos kilos, le di la vuelta al sillón y, cuando estuvo patas arriba, a escobazo limpio como una ama de casa experta en matar insectos rastreros, dispersé, sacudí y victimé a las que pude. No fue fácil, pelearon lo suyo y tenían dientecitos filudos; pero en menos de una hora ya habían desalojado el sofá. Una que otra se escapó en dirección de los dormitorios, pero estaba segura de que solo había sido un pequeño número en comparación con todas las que eliminé. Justo cuando volví a colocar el mueble en su posición original, sonó el timbre. Joaquín me sonrió encantador como Clark Gable desde el otro lado de la mirilla. Juntos pusimos en la vereda las fundas llenas de mujercitas que yo ya tenía listas para que se las llevase el camión recolector.

Tomamos como cena rápida una sopa de sobre. De vez en cuando la vista se me iba al piso al ver pasar a una que otra mujercita correteando mientras se tiraba de los cabellos o lloraba con la boca abierta, vagando sin rumbo. Pero

yo procuraba no prestarles atención, mientras mi hermano me contaba los detalles de su sofisticada vida como asesor de un político, de los viajes que realizaba, de las personas que conocía, mientras yo apartaba de un puntapié discreto a las mujercitas que intentaban subirse por mi pierna.

«Yo no quiero tener que elegir a ninguna mujer porque la impresión que tengo es que ellas, más bien, quieren que elija para tener pretextos para sus batallas. Los hombres somos para las mujeres un motivo más para su guerra, y no: yo me niego a ese juego. Estoy feliz con las dos, con las tres, con las cuatro que haya en mi vida», y yo fingía un picor en la pierna para espantar a la mujercita que me clavaba una flecha vengativa en la rodilla. Sí que era miserable Joaquín, que había vuelto a la infidelidad contumaz una postura filosófica. Lo pensé, no lo dije. Más bien le sonreí con un gesto muy parecido a la complacencia. Tal como lo hacía mamá.

Antes de dormir, mientras yo llevaba los trastos a la cocina, lo vi sacarse la ropa en la penumbra de la sala, iluminado solo con la luz eléctrica de la calle. Mi hermano era un hombre muy bello. Alto, de musculatura firme, con una sólida nuez de Adán atravesándole el cuello fuerte, y un par de brazos vigorosos, fraguados en el gimnasio y en los ejercicios de pulso con otros hombres tan competitivos como él. Mientras se lanzaba al sofá, semidesnudo, listo para entrar al mundo de los sueños, buscando seguir también allá la conquista de espacios y de hembras, las pequeñas mujercitas sobrevivientes se agrupaban en el suelo y armaban una estrategia de defensa.

Una de ellas se escaló temerariamente al sofá y exploró con curiosidad el cuerpo de mi hermano. No sé si había hombres pequeñitos en su mundo, pero dar con uno bastante grande la tenía fascinada: olisqueaba y mordía su piel mientras Joaquín se rascaba aquí y allá. Más mujercitas lograron trepar y fueron a pararse en su pecho peludo, agazapándose y rodando entre el vello; y otras tantas inspeccionaron el bulto que se adivinaba entre sus pantalones. Se las veía cómodas en esa tierra nueva que habían descubierto.

Antes de salir, dejé la luz de la cocina encendida. Me acerqué en silencio a Joaquín, que respiraba con un ritmo pesado, mientras numerosas mujercitas armadas se empeñaban en trepar con escándalo a su entrepierna. Él exhibía una desparpajada sonrisa de placer que venía desde el fondo de su cerebro de varón satisfecho. Sentí un fastidio profundo. Tomé sin hacer ruido las llaves de su coche de la mesa mientras más y más mujercitas despelucadas y feroces

llegaban a revisar el estado de su nueva colonia. Cuando cerré la puerta y le eché doble llave atrancando la salida, me pregunté si los gemidos de mi hermano, que alcancé a escuchar del otro lado del umbral, serían de dolor o de placer.

# LAURA FERNÁNDEZ

TERRASSA, BARCELONA, ESPAÑA, 1981

Escritora, periodista y crítica literaria y musical. Trabaja para *El País*, y antes lo hizo en *El Mundo*, *El Cultural*, *La Luna de Metrópoli* y *Vanity Fair*, además de un buen número de revistas entre lo *pop* y lo *underground*. Su peculiar voz literaria combina humor, géneros no miméticos y el absurdo para hablar de la tragicomedia humana. Bajo el seudónimo de Laura Malasaña publicó la antología *Dos y dos son cinco* (2006). Ya como Laura Fernández, es autora de cinco novelas no realistas y un puñado de relatos que la han incluido en distintas listas sobre la nueva narrativa extraña en español. Los títulos de sus novelas son hasta el momento *Bienvenidos a Welcome* (2008), *Wendolin Kramer* (2011), *La chica zombie* (2013), *El show de Grossman* (2013) y *Connerland* (2017).

El trabajo de Laura Fernández recuerda sin serlo a la ciencia ficción, aunque a ella le gusta también decir que escribe *sitcoms* galácticas. Reinventa códigos del género de ciencia ficción a partir de lo extraño y lo terrorífico risible, uniendo el humor, el absurdo y lo *pop* con reminiscencias del cine norteamericano, las series de televisión, la música y la literatura *pulp*. Buena muestra de ello es «El redactor estrella de *Rocketbol Amazing Times*», aparecido en la revista española *Presencia Humana*(núm. 2, 2014). Decir que aborda la precariedad laboral del periodismo resulta tan absurdo como recordar que su protagonista, por el hecho de estar muerto, no debería perder sus derechos.

## EL REDACTOR ESTRELLA DE ROCKETBOL AMAZING TIMES

Una semana después de su muerte, Elwood Trivian se instaló en la pensión para fantasmas de Dorrie Louis. Colocó una aspidistra junto a su ventana, enmarcó su fotografía favorita de Karen Silverman y le pidió a su intercomunicador espacial que le pusiera en contacto con la centralita de *Rocketbol Amazing Times*. Su intercomunicador espacial *sonrió*. Su intercomunicador espacial no era más que un teléfono intergaláctico llamado Ross, pero era un teléfono intergaláctico capaz de *sonreír*.

—¿Tengo que recordarle que está usted (EJEM) *muerto*, señor Trivian?

—No es necesario, Ross, lo único que quiero es que me pongas con Red Finenberg.

—¿Y luego qué? ¿Piensa ir a trabajar aunque esté (EJEM) *muerto*?

—Ponme con Red, Ross.

Ross permaneció en silencio un buen rato, rato que Elwood Trivian, el redactor estrella de *Rocketbol Amazing Times*, empleó en tratar de arrancarle una hoja a su aspidistra. No lo consiguió. Lo único que hizo fue traspasarla limpiamente.

Tal vez aún no esté preparado, se dijo.

Red descolgó al fin.

—*Rocketbol Amazing Times*, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Red?

—Sí, ¿con quién hablo?

—Oh, Red —Elwood reprimió un sollozo. Había pasado una semana en el Infierno, pero estaba de vuelta. Estaba *definitivamente* de vuelta.

—¿*Elwood*?

Elwood llenó sus inexistentes pulmones de aire, el aire viciado de aquella habitación de pensión para fantasmas, y dijo:

—He vuelto, Red.

—¿Cómo que ha vuelto? ¿No estaba *muerto*? —susurró Lisa Mae Helmetz, mordisqueando su emparedado de queso terrícola.

—El nuevo también está muerto, pequeña. Y eso no le impide teclear como un *demonio* —le contestó Vandie, Vandie Maloy, sin dejar de teclear.

—¿Creéis que está aquí ahora? ¿Creéis que puede estar escuchándonos? —preguntó Sarah Francis Drake, la cronista más leída de la revista, y, por extensión, del planeta.

—No —respondió Ronnie MacKenzie, visiblemente harto de la situación—. Ha salido en busca de una de sus *exclusivas*.

—No es justo, ¿creéis que es justo? ¿Acaso alguna vez podremos volver a conseguir una exclusiva si tenemos a *dos* muertos trabajando para nosotros? —se preguntaba Sarah Francis Drake—. Nadie puede competir con un muerto en cuestión de cotilleos.

—No, un momento, ¿quiere eso decir que Elwood Trivian, el GRAN Elwood Trivian, va a dedicarse a los cotilleos? —quiso saber Lisa Mae.

—Eso parece —dijo Vandie—. Conociéndole no tardará en iniciar una serie basada en los diarios íntimos de las jugadoras más famosas.

—No pueden readmitirle —sentenció Ronnie—. Está muerto.

—¿Y, Ron? —La impertinente voz de Sarah Francis atajó el comentario de Ronnie—. ¿Acaso crees que ahora que Wicks ha descubierto lo *rentable* que puede resultar contratar a un muerto no va a readmitir a su querido *Elwood*?

Ronnie MacKenzie sacudió la cabeza, con sus tres ojos cerrados.

No, se dijo.

He esperado demasiado para esto, se dijo a continuación.

Elwood está muerto y los muertos *no* regresan, se añadió.

Tras la marcha de Elwood, Ronnie se había convertido en el nuevo redactor estrella de *Rocketbol Amazing Times* y así lo demostraba el hecho de que su fotografía hubiese sustituido a la de Elwood en el Pasillo de la Fama, el pasillo que conectaba la redacción con el despacho de Leyden Rockingham Wicks, el dueño de la revista. Pero los avances que en tan solo una semana había hecho aquel condenado *muerto* y el posible regreso del maldito Elwood Trivian ponían en peligro el logro que le había permitido conseguir (POR

FIN) una cita con Debra Brandywine, la estrella de los Debney Rhino Pigs.

—Por supuesto que lo readmitirá —dijo Vandie.

—¿Y qué será lo siguiente, sustituirnos a todos por muertos adiestrados? —se preguntó Lisa Mae.

—No —sentenció Ronnie, poniéndose en pie—. No pienso permitir que ese *engreído* del demonio acabe con nuestra profesión.

Las chicas le miraron sorprendidas. Era la primera vez que el orondo reportero levantaba la voz por encima del resto. Una de sus pequeñas antenas temblaba, la otra se mantenía firme, decidida a salir airoso de aquella ridícula situación.

Porque era una situación ridícula.

¿En qué clase de mundo viviríamos si los muertos pudieran sustituir a los vivos en sus puestos de trabajo? ¿En un mundo de redacciones *vacías*?

Leyden Rockingham Wicks era un terrickiano. Eso quería decir que su madre era terrícola y que tenía una única antena y dos ojos en vez de tres. Eso también quería decir que tenía nariz. De hecho, era su nariz lo que le había convertido en uno de los empresarios de mayor éxito de Rethrick. Su revista era la más vendida de todas cuantas se dedicaban a *destripar* el deporte estrella del planeta (el rocketbol) y a sus protagonistas (las jugadoras), precisamente porque, a diferencia del resto de propietarios de revistas por el estilo, Leyden Rockingham Wicks tenía nariz. Lo que demostraba que era prácticamente un terrícola. Y no hay nada que los rethrickianos y, sobre todo, la rethrickianas, adoren más que cualquier cosa que provenga de la Tierra. Y cualquier cosa incluye a tipos del tamaño de elefantes como Leyden Rockingham Wicks. Tipos que, cuando se reían, se reían así:

—JOU JOU JU JU, Ron, JOU JOU JU JU.

—No es divertido, señor Wicks.

—¿Ah, no? ¿Y puede saberse por qué no, Ron?

—Porque Elwood está muerto.

—¡Claro que lo está! ¿Y no es eso estupendo? ¡Mira a ese tal Lummerland! ¡Nos está consiguiendo crónicas *desde dentro*! ¡Se sienta en el sofá junto a Karen Silverman y anota *todo* lo que ella hace! ¿Acaso tienes idea de cuántas revistas vamos a vender a partir de ahora? ¡CIENTOS DE



MILES DE MILLONES, RON! ¡CIENTOS DE MILES DE...!

—¿De veras quiere ensuciarse las manos hasta ese punto, señor Wicks?

—¿Ensuciarme las... *qué*, señor MacKenzie? —Leyden se abalanzó hacia el reportero desde el otro lado de la mesa que les separaba, con sus afilados colmillos terrickianos *listos* para el ataque—. No soy yo quien va a salir esta noche con Debra Brandywine.

—No se le ocurra meter a Debra en esto.

—No he sido yo, ha sido mi nuevo redactor *estrella*. El chico *muerto*. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí. Merriwatter. Merriwatter Lummerland.

—Esto no es un juego, señor Wicks. La presidenta Grawk no lo permitirá.

—¿Cree que soy estúpido, señor MacKenzie?

El redactor sacudió la cabeza.

—No, señor Wicks.

Leyden Rockingham Wicks sonrió.

—La presidenta Grawk sabe en qué consiste el periodismo de investigación, ¿lo sabe usted, señor MacKenzie? —respondió, con malicia.

—¿Insinúa que cualquier muerto puede hacer mejor mi trabajo que yo, por el mero hecho de estar *muerto*?

La sonrisa del señor Wicks se ensanchó.

—No estamos hablando de *cualquier* muerto, Ron —dijo.

No, claro, pensó Ron.

Estamos hablando de Elwood.

El *maldito* Elwood Trivian.

Por indicación de Dorrie Louis, la propietaria de la pensión para fantasmas a la que había ido a parar Elwood Trivian una semana después de su muerte, Elwood no acudió solo a su cita con su ex jefe, sino que lo hizo acompañado de un *visionario* llamado Timothy Tox. Timothy Tox había superado con éxito todas las pruebas a las que el inspector jefe de la Agencia Para El Control Del Visionario le había sometido y, por lo tanto, podía acreditar *oficialmente* su condición de médium ante cualquiera, incluido, por supuesto, su ex jefe, Leyden Rockingham Wicks.

Fue Red Finenberg el primero en *toparse* con el decididamente siniestro Timothy Tox. No era solo que el chico vistiera de negro, era que le faltaban

un par de ojos (los tenía ocultos bajo dos parches, tan oscuros como su mirada de cíclope) y que, cuando sonreía, a menudo *rasgaba* parte de su labio inferior con su amarillento colmillo izquierdo.

—Uh, esto, ¿en qué puedo ayudarle, *señor*?

Timothy extendió sus pálidas manos de dedos interminables sobre el mostrador tras el que se escondía Red y dijo:

—Señor Wicks.

Lo dijo con una voz que parecía provenir de otro planeta. Un planeta muy lejano y muy *oscuro*. Su único ojo pestañeó.

—¿De parte de quién? —preguntó Red, alzando el auricular de su intercomunicador.

Timothy Tox sonrió. Cuando lo hizo, una gota de sangre brotó de su labio inferior.

—Dígale que el señor Trivian desea verle —dijo.

Leyden Rockingham Wicks despidió a Ronnie de su despacho con un encogimiento de hombros cuando Red Finenberg anunció la llegada de aquel condenado *muerto*. Ronnie salió y masculló un airado (DEBERÍAS ESTAR PUDRIÉNDOTE EN EL INFIERNO, ELWOOD) cuando se cruzó con Tox. Dedujo que debía tratarse de su *intérprete*, oh, bueno, ¿cómo los llamaban? *Visionarios*.

—El señor Trivian también se alegra de verle, señor MacKenzie —respondió Tox, dejando que una de aquellas sonrisas sangrientas *iluminara* su rostro pálido.

—Estúpido mayordomo —contraatacó el redactor, visiblemente malhumorado.

—Su ira no le deja pensar con claridad, señor MacKenzie. No soy un mayordomo. Soy un *visionario*. Puede llamarme *señor Tox*.

Ronnie gruñó y regresó a su cubículo.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Sarah Francis.

—No —susurró el redactor.

—Dice Red que Elwood está aquí. ¿Está aquí de verdad? —quiso saber Lisa Mae, que acababa de extraer de su envoltorio otro emparedado de queso.

Ronnie asintió.

Vandie le miró por encima de la pantalla de su microprocesador de textos y, sin dejar de teclear, dijo:

—Lo siento, Ron.

—Yo también lo siento, Van —dijo Ron.

—¿Por qué? ¿Ha muerto alguien más? —preguntó Lisa Mae.

—Todos nosotros, Lisa —respondió Ron—. Todos nosotros.

—¿Estamos *muertos*? —Lisa parecía realmente alterada.

—Un momento —atajó Sarah Francis—. ¿Y si hiciéramos un par de llamadas anónimas? ¿Y si *avisáramos* a Karen Silverman y al resto de las chicas? ¿Y si les aconsejáramos que contrataran a su propio *visionario*?

Ronnie sonrió.

Claro, se dijo.

Eso es.

—Yo llamaré a Debra.

Debra Brandywine acababa de tumbarse en el sofá y ordenar a su pequeño Lilistar, el robot limpia azoteas al que había rescatado del *despiece* hacía tan solo un año, que empezara a masajear con cuidado las plantas de sus maltratados pies, cuando su intercomunicador espacial (BRRRB) vibró.

—¿Quién es? —le preguntó, antes de descolgar.

—Ron —respondió su intercomunicador.

—Oh, descuelga —dijo Debra, y a continuación—. ¿Ron, eres tú?

—Deb —dijo Ron, en tono misterioso—. Quiero que llames a Visionarios Armand y Louise Spark y hagas que te envíen un par de ejemplares a casa.

—¿Un par de ejemplares?

—Un par de *visionarios*.

—¿Cómo? ¿Uno de esos tipos que ven *muertos*?

—No uno, Deb, sino dos.

—Pero ¿por qué?

—Tienes a un muerto en casa.

Debra tragó saliva con un sonoro (GLUM).

—¿Es una broma, Ron?

—No. Desgraciadamente no lo es, Deb. Necesito que llames a tus

compañeras de equipo y a la Federación. Es muy probable que la revista para la que trabajo empiece a publicar extractos de vuestros diarios personales a partir de la semana próxima si no lo hacéis. Elwood Trivian ha vuelto.

—¿Cómo? ¿Extractos de *mi* diario, Ron?

—Deb, Elwood Trivian ha vuelto.

—¿No estaba muerto?

—Lo estaba, pero ahora va a volver a escribir para nosotros.

—¿Estando *muerto*, Ron?

—Sí. Así que a menos que haya un visionario con nosotros esta noche, Deb, no estaremos solos.

—Oh —susurró la jugadora del Debney Rhino Pigs y, mirando a su alrededor, incapaz de concentrarse en el cuidadoso masaje que le estaba dando su pequeño Lilistar, preguntó—: ¿Está él ahora aquí, Ron?

Tres días después de su millonaria *readmisión*, Elwood Trivian descubrió que el periodismo *post mortem* no era, en absoluto, pan comido. En menos de una semana, su trabajo había vuelto a ser el mismo, solo que sus fuentes habían dejado de ser entrenadores y ex parejas y habían pasado a ser otros muertos y visionarios, es decir, meros empleados y fantasmas que, como él, habían tratado alguna vez de arrancarle una hoja a la aspidistra que habían colocado junto a la ventana el día en que iniciaron su *nuevavida*.

Pero, pese a todo, lo que peor llevaba el GRAN Elwood Trivian era que su foto hubiese desaparecido para siempre de aquel condenado pasillo.

# LUISA VALENZUELA

**BUENOS AIRES, ARGENTINA, 1938**

Periodista y novelista argentina, Luisa Valenzuela ha trabajado para numerosos medios de comunicación, como Radio Télévision Française o el diario *La Nación*. La dictadura argentina censuró parte de su obra y en 1979 se trasladó a Estados Unidos (donde vivió durante diez años). A lo largo de su carrera ha disfrutado de becas como la Fullbright (1969) o Guggenheim (1983) en apoyo a su obra literaria. También ha residido en París o Nueva York, con largas estancias en Barcelona o México. Valenzuela ha sido nombrada Doctora Honoris Causa por la Universidad de Knox, EE .UU., y la Universidad Nacional de San Martín. A lo largo de su carrera ha recibido numerosos galardones, entre otros la Medalla Machado de Asís (1997), y últimamente el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores (2017) y el Premio León de Greiff, (Colombia, 2018). De entre sus títulos, más de una treintena y presentes en diecisiete países, podrían destacarse las novelas *El gato eficaz* (1972), *Cola de lagartija*(1983), *La travesía* (2001), *El mañana* (2010), así como volúmenes de cuentos que hasta 1999 fueron recopilados en *Cuentos completos y uno más*, tras lo cual aparecieron *Tres por cinco* (2008), *Brevs. Microficciones completas hasta ayer* (2017), *ABC de las Microfábulas* (2018), y diversos libros de ensayos. Ha sido ampliamente traducida y antologada.

«La densidad de las palabras» (en «Cuentos de Hades», *Simetrías*) empieza con la relectura en primera persona de un cuento de hadas, se revela como una poderosa arma metaliteraria y concluye con bella magia poética. Se trata de un relato con fuertes cargas de humor y feminismo, pero ante todo de una narración con voluntad de estilo, con amor, en fin, por las palabras.

Todas.

## LA DENSIDAD DE LAS PALABRAS

Mi hermana, dicen, se parecía a padre. Yo —dicen— era el vivo retrato de madre, genio y figura. «Como todo el mundo quiere generalmente a quien se le asemeja, esta madre adoraba a su hija mayor y sentía al mismo tiempo una espantosa aversión por la menor. La hacía comer en la cocina y trabajar constantemente». Así al menos reza el cuento, parábola o fábula, como quieran llamarlo, que se ha escrito sobre nosotras. Se lo puede tomar al pie de la letra o no, igual la moraleja final es de una perversidad intensa y mal disimulada.

Padre, en el momento de narrarse la historia, ya no estaba más acá para confirmar los hechos.

El hada tampoco.

Porque hada hubo, según parece. Un hada que se desdobló en dos y acabó mandándonos a cada una de las hermanas a cumplir con ferocidad nuestros destinos dispares. Destinos demasiados esquemáticos. Intolerables ambos.

¿Qué clase de hermanas fuimos? ¿Qué clase de hermanas, me pregunto. Y otras preguntas más: ¿quién quiere parecerse a quién? ¿Quién elige y por qué?

Bella y dulce como era, se cuenta —parecida a nuestro padre muerto, se cuenta—, mi hermana en su adolescencia hubo de pagar los platos rotos o más bien lavarlos, y fregar e ir dos veces por día a la lejana fuente en procura de agua. Parecida a madre, la muy presente, tocome como ella ser la mimada, la orgullosa, la halagada, la insoportable y caprichosa, según lo cuenta el tal cuento.

Ahora las cosas han cambiado en forma decisiva y de mi boca salen sapos y culebras.

De mi boca salen sapos y culebras. No es algo tan terrible como suena, estos animalejos tienen la piel viscosa, se deslizan con toda facilidad por mi garganta.

El problema reside en que ahora nadie me quiere, ni siquiera madre que

antes parecía quererme tanto. Alega que ya no me parezco más a ella. No es cierto: ahora me parezco más que nunca.

De todos modos es así y no tengo la culpa. Abro la boca y con naturalidad brotan los sapos y brotan las culebras. Hablo y las palabras se materializan. Una palabra corta, un sapo. Las culebras aparecen con las palabras largas, como la misma palabra culebra, y eso que nunca digo víbora. Para no ofender a madre.

Aunque fue ella quien me exilió al bosque, a vivir entre zarzas después de haberme criado entre algodones. Todo lo contrario a mi hermana que a partir de su hazaña vive como princesa por haber desposado al príncipe.

«Tú en cambio nunca te casarás, hablando como hablas actualmente, bocasucia», me increpó madre al poco de mi retorno de la fuente, y pegó media vuelta para evitar que le contestara y le llenara la casa de reptiles. Limpitos, todos ellos, aclaro con conocimiento de causa.

Ya no recuerdo en cuál de mis avatares ni en qué época cometí el pecado de soberbia.

Tengo una vaga imagen de la escena, como en sueños. Me temo que no se lo debo tanto a mi memoria ancestral como al hecho de haberla leído y releído tantas veces y en versiones varias.

Todo empieza —empezó— cierta mañana cuando mi hermana de regreso de la fuente nos dijo buenos días y de su boca saltaron dos perlas enormes que se echaron a rodar. Mi madre les dio caza antes de que desaparecieran bajo la alacena. Bien, rio mi hermana y de su boca cayó una esmeralda, y por fin puesta a narrar su historia regó por todo el piso fragantes flores y fulgurantes joyas.

Mi madre entonces ni corta ni perezosa me ordenó ir a la misma fuente de la que acababa de retornar mi hermana para que la misma hada me concediera un idéntico don. Por una sola vez, insistió mi madre, ni siquiera debes volver con el cántaro lleno, solo convidarle unos sorbos a la horrible vieja desdentada que te los pida, como hizo tu hermana y mira qué bien le fue. No es horrible, protestó mi hermana la muy magnánima y de su boca chorrearon unas rosas y me pregunté por qué no se pincharía de una vez con las espinas. Para nada horrible, claro está, se retractó mi madre rápidamente, para nada: se trata de un hada generosa aunque muy entrada en años que le concedió a tu hermana este resplandeciente don y contigo hará lo propio. Tu



bella hermana, dice ahora al verla por vez primera.

Fue así como me encaminé a la fuente, protestando.

Llevaba un leve botellón de plata y me instalé a esperar la aparición de la desdentada pedigüeña. Dispuesta estaba a darle su sorbo de agua al hada vieja, sí, pero no a la dama de alcurnia, emperifollada ella, que apareció de golpe y me reclamó un trago como quien da una orden. No señora, le dije categórica, si tenéis sed procuraos vos misma un recipiente, que yo estoy acá para otros menesteres.

Y fue así como ahora estoy sola en el bosque y de mi boca salen sapos y culebras.

No me arrepiento del todo: ahora soy escritora.

Las palabras son mías, soy su dueña, las digo sin tapujos, emito todas las que me estaban vedadas; las grito, las esparzo por el bosque porque se alejan de mí saltando o reptando como deben, todas con vida propia.

Me gustan, me gusta poder decirlas aunque a veces algunas me causen una cierta repugnancia. Me sobrepongo a la repugnancia y ya puedo evitar totalmente las arcadas cuando la viscosidad me excede. Nada debe excederme. Los sapos me rondan saltando con cierta gracia, a las culebras me las enrosco en los brazos como suntuosas pulseras. Los hombres que quieren acercarse a mí —los pocos que aparecen por el bosque— al verlas huyen despavoridos. Los hombres se me alejan para siempre.

¿Será esta la verdadera maldición del hada?

Porque una maldición hubo. Hasta la cuenta el cuento, fábula o parábola del que tengo una vaga memoria —creo haberlo leído—. La reconozco en esto del decir mal, del mal decir diciendo aquello que los otros no quieren escuchar y menos aún ver corporizado. Igual al apropiarme de todas las palabras mientras merodeo por el bosque me siento privilegiada. Y bastante sola. Los sapos y las culebras no son compañía lúcida aunque los hay de colores radiantes como joyas. Son los más ponzoñosos. Hay culebras amigas, sin embargo, ranitas cariñosas. Me consuelan.

Me consuelan en parte. Pienso a veces en mi hermana, la que fue a la fuente y regresó escupiendo tesoros. Sus dulces palabras se volvieron jazmines y diamantes, rubíes, rosas, claveles, amatistas. El recuerdo no me hace demasiado feliz. Mi hermana, me lo recuerda el cuento, era bella, dulce, bondadosa. Y además se convirtió en fuente de riquezas. El hijo del rey no

desaprovechó tamaña oportunidad y se casó con ella. Yo en cambio, entre sapos y culebras, escribo. Con todas las letras escribo, con todas las palabras trato de narrar la otra cara de una historia de escisiones que a mí me difama.

Escribo para pocos porque pocos son los que se animan a mirarme de frente.

Este aislamiento de alguna forma me enaltece. Soy dueña de mi espacio, de mis dudas —¿cuáles dudas?— y de mis contriciones.

Ahora sé que no quiero bellas señoras que vengan a pedirme agua. Quizá no quiera hadas o maravillamientos. Me niego a ser seducida.

Casi ni hablo.

A veces lo viscoso emerge igual, en un suspiro.

De golpe se me escapa una lagartija iridiscente. Me hace feliz, por un buen rato quedo contemplándola, intento emitir otra sin lograrlo, a pesar de reiterar la palabra lagartija. Solo sapos y más sapos que no logran descorazonarme del todo. Beso algunos de los sapos por si acaso, buscando la forma de emular a mi hermana. No obtengo resultado, no hay príncipe a la vista, los sapos siguen sapos y salidos como salen de mi boca quizás hasta pueda reconocerlos como hijos. Ellos son mis palabras.

Entonces callo. Solo la lagartija logra arrancarme una sonrisa. Sé que no puedo atraparla y ni pienso en besarla. Sé también que de ser hembra y bajo ciertas circunstancias podría reproducirse solita por simple partenogénesis, como se dice.

Ignoro a qué sexo pertenece. Otro misterio más, y ya van cientos.

Pienso en mi hermana, allá en su cálido castillo, recamándolo todo con las perlas de palabras redondas, femeninas. Mi lagartija, de ser macho, de encontrar su hembra, le mordería el cuello enroscándose sobre ella hasta consumir un acto difícilmente o imaginable por la razón pero no por los sentidos. Mi hermana allá en la protección de su castillo azul —color de príncipe— estará todo el día armando guirnaldas con sus flores, enhebrando collares de piedras preciosas variopintas y coronas que caducarán en parte.

En cambio yo en el bosque no conozco ni un minuto de tedio. Yo me tengo que ir abriendo camino en la maleza, mientras ella andará dando vueltas por un castillo rebosante de sus propias palabras. Debe proceder con extrema cautela para no rodar por culpa de una perla o para no cortarse la lengua con el filo de un diamante. Sus besos deben ser por demás silenciosos.

Dicen que el príncipe es bellísimo, dicen que no es demasiado intelectual y la conversación de mi hermanita solo le interesa por su valor de cambio. No puede ser de otra manera. Ella hablará de bordados, del tejido, de los quehaceres domésticos que ama ahora que no tiene obligación alguna de ejercerlos. El castillo desborda riquezas: las palabras de ella.

Yo a mis palabras las escribo para no tener que salpicarlas con escamas. Igual relucen, a veces, según como les de la luz, y a mí se me aparecen como joyas. Son esas ranitas color de fuego con rayas de color verde quetzal, tan pequeñas que una se las pondría de prendedor en la solapa, tan letales que los indios de las comarcas calientes las usan para envenenar sus flechas. Yo las escupo con cierta gracia y ni me rozan la boca. Son las palabras que antes me estaba prohibido mascullar. Ahora me desacralizan, me hacen bien. Recupero una dignidad desconocida.

Las hay peores. Las estoy buscando.

Antes de mandarme al exilio en el bosque debo reconocer que hicieron lo imposible por domarme. Calla, calla, me imploraban. El mejor adorno de la mujer es el silencio, me decían. En boca cerrada no entran moscas. ¿No entran? ¿Entonces con qué alimento a mis sapos?, pregunté alarmada, indignada más bien sin admitir que mis sapos no existen antes de ser pronunciados. Triste es reconocer que tampoco existiría yo sin pronunciarlos.

A mi hermana la bella nadie le reclama silencio, y menos su marido. Debe sentirse realizada. Yo en cambio siento lo que jamás había sentido antes de ir a la fuente. No me importa avanzar entre las zarzas e ir apartando ramas que me obstruyen el paso, menos me importa cuando los pies se me hundan en la resaca de hojas podridas y los troncos de árboles caídos ceden bajo mi peso. Me gustan las lágrimas del bosque llorando como líquenes de las ramas más altas: puedo hablar y cantar por estas zonas y los sapos que emergen en profusión me lo agradecen. Entonces bailo al compás de mis palabras y las voy escribiendo con los pies en una caligrafía alucinada. Aprovecho las zonas más húmedas del bosque para proferir blasfemias de una índole nueva para una mujer.

Esta es mi prerrogativa porque de todos modos —como creo haber dicho— de mi linda boquita salen sapos y culebras escuerzos, renacuajos y demás alimañas que se sienten felices en lo húmedo y retozan. También yo retozo con todas las palabras y las piernas abiertas.

Pienso en la edulcorada de mi hermana que solo tiene al alcance de la boca palabritas floridas. La compadezco, a veces.

Pienso que si ella se acordara de mí, cosa poco probable allá en su limbo, también quizá, me esté compadeciendo.

Equivocadamente. Porque en el bosque en medio de los batracios soy escritora y me siento en mi casa. A veces. Cuando no llueve y truenan y el croar se me hace insoportable como el mugido mil toros en celo.

Los detesto. Les temo. A los toros en celo que no existen.

Mi hermana en cambio solo ha de conocer dulces corderillos entre cuyos vellones ella enhebra zafiros y salpica con polvo de topacios y adorna con hibiscos detrás de las orejas. Monumento al mal gusto.

Yo, el mal gusto, solo en la boca cuando alguna de las siguientes preguntas se me atraganta: ¿Quién me podrá querer? ¿Quién podrá contenerme?

Pero soy escritora. Sapos y culebras resumen mi necesidad de amor, mi necesidad de espanto.

Conste que no pronuncio la palabra cobra, o yará, la palabra pitón o boa constrictor. Y en ese no pronunciar puedo decirlo todo.

Necesario es reconocer que tanto mi hermanita como yo disfrutamos de ciertos privilegios. Casi ni necesitamos alimento, por ejemplo; las palabras nos nutren. A fuerza de avanzar por el bosque yo me siento ligera, ella debe de estar digamos rellena con sus vocablos dulces. Un poquito diabética, la pobre. No quiero imaginarla y la imagino, instalada en su castillo que empiezo a divisar a lo lejos. No quiero ni acercarme.

La corte de sapos croa, las víboras me van guiando por una picada en el bosque cada vez más ralo, voy llegando a la pradera y no quiero acercarme al castillo de mi hermana. Igual me acerco.

La veo a la distancia: ella está en una torre de vigía, me aguarda, la veo haciéndome gestos de llamada y seguramente me llama por mi nombre porque en el aire vuelan pétalos blancos como en una brisa de primavera bajo cerezos en flor. Mi hermana me llama —caen pétalos—, yo corro hacia ella. Hacia el castillo que en ese instante va abriendo su por suerte desdentada boca al bajar el puente levadizo. Corro más rápido, siempre escoltada por mi corte de reptiles. No puedo emitir palabra. Mi hermana se me acerca corriendo por el puente y cuando nos abrazamos y estallamos en voces de

reconocimiento, percibo por encima de su hombro que a una víbora mía le brilla una diadema de diamantes, a mi cobra le aparece un rubí en la frente, cierta gran flor carnívora está deglutiendo uno de mis pobres sapos, un escuerzo masca una diamela y empieza a ruborizarse, hay otra planta carnívora como trompeta untuosa digiriendo una culebra, una bromelia muy abierta y roja acoge a un coquí y le brinda su corazón de nido. Y mientras con mi hermana nos decimos todo lo que no pudimos decirnos por los años de los años, nacen en la bromelia mil ranas enjoyadas que nos arrullan con su coro digamos polifónico.

# ALICIA FENIEUX CAMPOS

SANTIAGO DE CHILE, CHILE, 1960

Periodista por la Universidad de Chile, trabajó varios años como reportera y realizadora en televisión. Desde sus inicios como escritora ha centrado su trabajo en temas de futuro y ecología. *La mujer del café virtual* (2010), de cuentos futuristas, recibió la Mención Honrosa del Premio Municipal de Literatura de la Municipalidad de Santiago. Uno de sus relatos forma parte de la antología *Semillas para la Memoria*, publicado por la Comisión Bicentenario. Su segundo libro, *Cita en la burbuja* (2012), retoma esa línea, y el tercero, *Futuro imperfecto* (2014), cuenta con el patrocinio de la Comisión Chilena de Cooperación con unesco. Su primera novela, *Amor de Clones*(2016), ganó la categoría Novela Inédita que otorgó el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. *Una vida encantadora* (2017) ha sido finalista del Festival Literario de Texas, EE. UU. Es un referente de la ciencia ficción y el género distópico en Chile.

El cuento seleccionado de Fenieux Campos para esta antología, proveniente de *Cita en la burbuja* (2012), propone el *nóvum* de unas bacterias lipívoras o comedoras de grasa que revolucionan la vida de la protagonista. Ansiedad, gordofobia, tiranías del cuerpo y secretos mal guardados se dan la mano en el relato cuando la solución que parecía mágica se convierte en clandestina. «Lipívoras», en fin, es ciencia ficción de aquella que Ballard preconizaba: la que plantea futuros que podrían alcanzarse en cinco minutos.

## LIPÍVORAS

Pi desciende de una casta de grandes gordos que apenas logró vivir hasta los noventa años; mórbidos que padecieron todos los martirios que se inventaron en el siglo pasado para atacar la epidemia: corchetes y globos en el estómago, cánulas de succión, despostes de grasa, píldoras vomitivas, inyecciones, dietas, fajas, radiaciones... Lo que ella ha visto y escuchado sobre el horror de ese tiempo se le ha quedado en el alma como un mal olor que se pega en las narices. Sí, porque ella, la famosísima Pi, también pudo ser una gran gorda si hubiera nacido solo unos años antes. En realidad lo fue, aunque eso duró poco. Justo cuando se estaba convirtiendo en una quinceañera de ciento cuarenta kilos, inventaron la píldora.

¿Qué habría sido de ella y de toda esa generación de niños enfermos de gordura si no hubiesen creado la bacteria devoradora de lípidos? Fue ese invento extraordinario de mediados de siglo xxi el que desvió su destino y el de tantos otros hacia el actual escenario de circunstancias espléndidas. A Pi le gusta recordar cómo su figura fue cambiando progresiva y rápidamente apenas empezó a ingerir las píldoras. Ella y todos los que la conocían fueron testigos de la metamorfosis que la transformó en una joven especialmente hermosa, de líneas largas, ligeras y definidas. La eficiencia de esos pequeñísimos organismos fue impresionante. El asombro era evidente en la mirada sobrecogida de sus padres y en los halagos del resto. Para ellos, los adultos, ya era tarde; sus cuerpos no resistían agentes tan agresivos. «¡Qué suerte has tenido, hija!», le dijo su madre en una oportunidad, y Pi advirtió un rasgo de envidia en sus ojos de obesa vieja.

Desde entonces, Pi ha disfrutado enormemente de su nueva condición física. Pasa las tardes visitando galerías virtuales en busca de ropa linda que esta vez sí le calza. ¡Cuánta ropa hermosa se ha comprado en el último tiempo!... Tal como si fuera una recién nacida. Y eso es, una recién nacida, porque antes no existía para los otros. En las fiestas o en las reuniones entre conocidos la gente la miraba como si se tratase de un mueble mientras ella, ahogándose bajo su gordura y el oprobio, se hundía hasta desaparecer. Ahora

camina por las calles con la frente en alto y advierte que ya no es invisible a los demás. Las mujeres la observan con recelo y los hombres le sonrían. Algunos la han seguido por cuadas y los menos audaces, la acarician con los ojos largos y vencidos de los embobados.

Por eso, a ninguno de sus cercanos le extrañó que Dijeí, el productor del momento, el hombre de los ojos amarillos, le haya ofrecido protagonizar la campaña de lanzamiento de una línea de ropa fotocromática. Solo a ella, a Pi, le cuesta creer tanta maravilla. ¿Cómo iba a imaginar que se convertiría en una belleza famosa en el ciberespacio y en las pasarelas? Ella, la niña de muslos tan gruesos que formaban aros hasta las rodillas, la del talle redondo, la que tenía rozaduras dolorosas en la piel de la entrepierna. Ella, la que respiraba con un silbido estrangulado después del menor esfuerzo y sufría el ensañamiento de sus compañeros: «Te vamos a pinchar a ver si te revientas». La discriminación crecía según los grados de gordura y Pi era la más gorda de todos. Cada vez que piensa en sus años de adolescente obesa, levanta la mano en un acto inconsciente y la sacude frente a su cara como si quisiera espantar a un insecto.

La nueva Pi acepta la oferta de Dijeí sin pensarlo dos veces. En tanto, se imagina a sí misma vistiendo una segunda piel que va cambiando de colores según la luz mientras Dijeí, el productor, la sigue con su mirada de ámbar a lo largo de la pasarela. Basta tomar una vez al mes la cápsula de mantención de bacterias lipívoras para permanecer en el lado luminoso de la vida; literalmente luminoso, gracias a los focos y los flashes que vendrán.

Llega entonces lo único que le faltaba: el amor. Dijeí ha puesto en ella sus ojos de fiera y la está cortejando con las maneras propias de un seductor. Incluso, la llevó a la luna y allá, en medio de ese paisaje plateado, le entregó una orquídea eterna con aroma a menthol-miel y azahares, la última creación de la industria verde. Dijeí la contiene, la completa, la inunda de sensaciones que nunca antes ha vivido. Pi se siente inmensamente afortunada. El amor que en otros tiempos consideraba algo imposible se ha desplegado radiante ante ellos, tanto, que ambos están deslumbrados, casi enceguecidos el uno con el otro.

Del pasado no hablan; ese es un tema que apenas aparece ambos hacen a un lado como si fuera una pelusa molesta. En un par de ocasiones Pi ha intentado hurgar en la niñez de Dijeí pero él le ha impedido seguir. «No me



gustan los recuerdos, déjalos para cuando no haya futuro», le dijo la última vez y ella percibió un resabio de tristeza en el fondo de la voz. Hay tristeza en el alma de Dijei, una melancolía que rebasa por los gestos, la mirada e incluso, en la forma sarcástica en que ríe. Varias veces lo ha encontrado sumido en sus propias tinieblas decantando una pena larga. Pi las respeta porque las reconoce en las suyas. Ella también esconde un pasado triste; penas que siempre rozan los contornos sensibles de esa niña gorda y maltratada que aún vive en ella.

En la cima de ese ascenso inesperado, vertiginoso y feliz, Pi comienza a engordar nuevamente. El riesgo del éxito es el frenesí —ya se lo han dicho— y desde ahí es fácil caer en el desquiciamiento ansioso. Ella sabe que el límite es difuso y la ansiedad, peligrosa. Tendrá que reiniciar la terapia intensiva de bacterias.

—¿No supiste que la bacteria fue prohibida la semana pasada? La cepa original mutó hasta transformarse en un organismo letal que consume las entrañas —le explica el doctor durante una consulta virtual—. Es una suerte que tú no sufieras consecuencias.

No, no sabe, no tiene ni idea. Su terapia de mantención distancia las dosis de un mes a otro.

—Bueno, algo habrá que las reemplace. Yo no puedo volver engordar, menos ahora, en el *peak* de mi fama. Mañana inicio una nueva campaña.

El médico se mantiene en silencio y la imaginación de Pi se dispara. Se ve así misma creciendo como un globo que se infla. La grasa se apodera de su cuello, sus muslos, sus tobillos; su cuerpo de obesa rompe las costuras de la ropa y ella queda desnuda con sus cuelgas de piel frente a personas que se burlan, entre ellas, Dijei.

—Tendrás que mantenerte a dietas e introducirte un chip para quitar el apetito —agrega el doctor.

—¡No! Esas cosas nunca funcionaron conmigo y no puedo volver a engordar—dice ella, desesperada—. ¡Dame esas bacterias!

—Son veneno puro —el hombre la mira con firmeza—. ¡Pi, por ningún motivo las vayas a tomar! ¡Son bacterias asesinas!

Se produce un nuevo silencio. Ella reconoce en la aprensión del médico la evidencia de que la bacteria aún está disponible.

Pi termina la consulta y sale del centro de conexión. La angustia ha vuelto

a poseerla tal como aquella vez, más de diez años antes, cuando los niños del barrio la rodearon para tomarla entre todos y llevarla hasta el basurero. No pudieron moverla, menos botarla dentro, pero le quebraron el alma para siempre. Entra en su casa arrastrando con la prisa ráfagas de aire. Impulsada por la urgencia se cambia la ropa en menos de dos minutos y vuelve a salir. Tiene que conseguir las píldoras de bacterias y sabe dónde puede encontrarlas.

Vestida para no llamar la atención, empieza a recorrer el submundo del comercio clandestino. Cruza pasajes atestados de piratas, se detiene, consulta, hace depósitos inmediatos desde su *cel-phone* y sigue buscando. Los callejones se estrechan a medida que avanza. Pi pasa a llevar con los hombros ropa que cuelga, bolsos falsificados, fuentes de energía sucia, fibras naturales cuya venta está prohibida... La última pista, por la que ha pagado una suma considerable, la lleva hasta un antro escondido en el más oscuro de los zocos. Su instinto le advierte del peligro pero no le importa; abre la puerta y entra. Contra el muro del fondo destaca el perfil del vendedor de bacterias: un hombre muy grande, de facciones duras y una mueca de asco en la boca. Se gira hacia ella, le clava los ojos y adivina, con un desplazamiento burlón de los labios, su pasado de obesa mórbida. ¿Buscas la bacteria?, le pregunta mientras mide sus fuerzas. Pi asiente. El gigante hace el ademán de asir algo desde un costado del mesón y arrastrarlo hacia él. Una caja de piel refractaria adquiere de pronto consistencia y se hace visible. Él la abre y saca las píldoras. Pi las recibe con ambas manos, agradecida. Levanta la vista y se topa con la mirada penetrante del vendedor quien espera una respuesta. Un brillo sórdido y estancado en el fondo de esos ojos le recuerda las palabras del médico: «Son asesinas, veneno puro». La duda se instala y, sin querer, Pi da un paso hacia atrás. Por primera vez en esa búsqueda siente miedo; un miedo creciente que se extiende como escalofrío desde el centro de su pecho hasta más allá de la piel dejándole la garganta seca y un vacío rotundo. Con los dedos temblorosos devuelve las cápsulas de bacterias, niega con la cabeza y sale del antro casi corriendo.

\* \* \*

El cráneo redondo, perfecto, se adivina a través del cuero despoblado de la

cabeza. La nariz se ha transformado en un par de cavernas negras cubiertas por una piel traslúcida. Las manos parecen las garras de un ave. «Ya no hay esperanzas. Tiene el hígado carcomido y apenas le queda un pedazo de riñón», le explicó el médico cuando autorizó la muerte asistida.

—¿Por qué nunca me lo contaste? —Pi se sienta junto a la cama y le toma una mano.

—No hablemos de eso, menos ahora —le responde Dijeí con un hilo de voz que sale quebradizo desde su cuerpo mutilado.

—Teníamos tanto que compartir: el mismo pasado, el mismo dolor.

—Un dolor tan grande que es preferible la muerte —concluye Dijeí.

Un silencio pesado se impone entre ambos. Permanecen juntos con las manos enlazadas, decantando cada cual su propia pena.

—Podríamos haber sido felices a pesar de todo y, quizá, no habrías tomado esas píldoras —Pi se lamenta.

Dijeí tiene las pupilas inánimes en un punto lejano. Por la ranura de sus párpados entrecerrados, la luz empieza a extinguirse. En un momento sin tiempo, Pi comprende que ya ha partido. Le cierra los ojos y deja sobre las sábanas la mano de ese hombre de ojos amarillos que fuera el más bello que jamás conoció. Lo mira por última vez con el pasmo inevitable que siempre acompaña a la muerte.

Se levanta con dificultad y se encamina hacia la salida del pabellón de eutanasia. Va tambaleándose, a paso lento. Aún no alcanza la envergadura de las grandes mórbidas pero ya le cuesta moverse y se cansa a poco andar. Se detiene bajo el dintel, se apoya contra la pared y toma aire para calmar el silbido ahogado de su respiración.

# PILAR PEDRAZA

TOLEDO, ESPAÑA, 1951

Escritora y doctora en historia del arte por la Universidad de Valencia. Es autora de diferentes ensayos sobre el Renacimiento y el Barroco, sobre la imagen de la mujer en la historia audiovisual como *La bella, enigma y pesadilla* (1991), *Máquinas de amar. Secretos del cuerpo artificial* (1998), *Espectra* (2004), *Venus barbuda y el eslabón perdido* (2009) o *Brujas sapos y aquelarres* (2014), además de publicaciones sobre cine de género y de vanguardia, como *Metrópolis, Fritz Lang: estudio crítico* (2000), entre otros. En narrativa, destaca por novelas y libros de cuentos fantásticos y de terror entre los que resaltamos *Necrópolis* (1985), *Las joyas de la serpiente* (1984), *La fase del rubí* (1987), *Las novias inmóviles* (1994), *El síndrome de Ambras* (2008), *El amante germano* (2018) o la recopilación de cuentos en *Arcano trece. Cuentos crueles* (2000). Ha recibido el Premio Ciudad de Valencia y Premio de la Crítica (1984), el Premio Ignotus al mejor libro de ensayo (2005), el Premio Noche (2013), el premio Sheridan Le Fanu (2016), el premio Golem de honor y el Gabriel (2018) de la AEFCFT por su trayectoria.

«Balneario» (*Necrópolis*, 1985), aunque menos difundido que el popular relato «Mater Tenebrarum», es igualmente representativo del humor negro y la visión mordaz del terror sobrenatural, inteligente y transgresor que Pedraza aplica a sus personajes. En la narración, una mujer en situación insólita le cuenta a un recién llegado su historia. Gracias a ello, la autora desgana algunos de sus motivos más habituales bajo un halo de desparpajo que no hace más que subrayar su lacerante denuncia en torno a cuestiones relacionadas con el cuerpo y el género. Desconfíen mientras leen de todo, incluso del título.

## BALNEARIO

*A Ángel G. del Val*

¡Buenos días, señor! Acomódese como pueda, pero, por favor, no empuje. Cabemos todos, aunque estemos un poco apretados: se lo digo yo, que conozco el paño. Tiene usted el codo como una piedra y me lo está clavando. No es que me duela, no, ni siquiera me molesta. Además, ¿qué puede hacer usted?

No se preocupe ni ponga esa cara, hombre. Su estancia aquí no será larga; como mucho, dos semanas. Se lo digo por experiencia. A estas alturas del curso, nos necesitan más que nunca, y los que tienen la suerte de estar tan delgaditos como usted, no duran nada. Pronto descansará y se librará de estas apreturas y, sobre todo, de este olor. Yo ya ni lo noto, pero comprendo que un recién llegado...

Cuando me trajeron a mí, me mareé muchísimo.

¡Creí que me moría! ¿No es gracioso?

No se apene, señor; uno acaba por acostumbrarse. Dígamelo a mí, que llevo aquí dos años. Se dice pronto ¡dos años! Y ya me ve, tan fresca. Bueno, es un decir: de fresca, nada. Estoy muy correosa, cada día más. A veces me desespero ¿sabe? Me gustaría tumbarme y sobre todo estar seca. Este caldo es mi desesperación, pero ¿qué voy a hacer?

Ni puedo salir, ni me sacan. A ratos pienso que me han olvidado, pero ¡quia! Sé que tarde o temprano les seré útil, y la espera me da una ansiedad. Si al menos supiera que me han olvidado para siempre, tal vez yo también me olvidaría de mí misma y dejaría de sufrir.

Cuando me trajeron, me sentí tan incómoda y tan asustada como usted, hasta que un señor me puso al corriente de todo y esperé que acabaran conmigo y me dejaran en paz. Por fin, un día me sacaron. No se crea que fue fácil: peso mucho, y estaba aún más hinchada que ahora. Me puse muy contenta cuando vi que, después de muchos tirones y entre dos hombres,

conseguían izarme. Me dije que pronto acabaría todo y que, al fin y al cabo, iba a ser útil a alguien. Pero cuando me destaparon en la sala de prácticas y vi la cara que ponía el ayudante, me temí lo peor. Y así fue. Dijo que estaba muy gorda y que no servía, y por si fuera poco tuve que aguantar bromas del peor gusto por parte de los muchachos. Una chica vomitó y se fue llorando, diciendo que no volvería más. Era finita como una caña. Los otros le dijeron que sí volvería, y que con ella podrían hacer un ejercicio realmente bueno.

El caso es que me devolvieron aquí. ¡Qué mal lo pasé! Yo soy una mujer sencilla y sin estudios, pero tengo mi dignidad. No podía protestar, ni quejarme, ni siquiera llorar. Pero lo peor no fue la humillación, no señor: lo peor fue caer de nuevo en el caldo, volver a estas apreturas, a este frío, a esta oscuridad.

Antes cuidaba de nosotros un señor muy amable, que se llamaba Hidalgo. Tenía la costumbre de hablarnos. A veces me decía alguna chanza cariñosa, y un día me prometió que, aunque estuviera gorda y no sirviera para los ejercicios corrientes, me utilizaría para otras cosas y luego me enviaría a descansar. Era un caballero y llegué a creerle, pero desde que se jubiló, nadie ha vuelto a mirarme a la cara. Es más, creo que sus compañeros me están tomando manía. Claro, me tienen tan vista... Me llaman La Barrila y me vuelven la espalda cuando busco conversación. ¿No le estaré molestando? ¡Gracias! ¡Ojalá mañana piense lo mismo y no haga como ellos!

A veces creo que la culpa de todos mis males la tengo yo, pero luego me digo que no, que si estoy así de gorda no es porque comiera mucho o por el alcohol. Es de nacimiento. Nací gorda y torpona. Hay gordas simpáticas y guapas, o ricas y muy listas, que se abren camino en la vida y lo pasan tan divinamente. Algunas ganan concursos y salen en las revistas, pero esas son las gordísimas, las verdaderas reinas de la grasa. Yo era una gorda normal y nací sin ningún don y con poco seso, aunque sin ser tonta, eso no. Al menos, yo creo que no era tonta, aunque la verdad es que hasta mi madre me lo decía; y mis hermanos, para qué le voy a contar... Mi padre, como se pasaba la vida borracho, ni se daba cuenta de mi existencia. Era el único de la familia que no se metía conmigo, pobre hombre.

En las escuelas de barrio las niñas gordas lo pasan fatal, créame. Mis maestras me tiraban del pelo, y las compañeras decían que olía mal. Tenían más razón que un santo. Los humos de la cocina del bar se me agarraban a la

ropa y al pelo y, como no teníamos cuarto de baño, apenas podía lavarme salvo en el verano, en el río del pueblo. ¡Ya ve lo que son las cosas: ahora me paso los días, las semanas y los años con el líquido hasta la coronilla! Claro que tampoco este olor es el de las rosas, pero de todas formas...

Los granos que cubrieron mi cara a partir de los doce años no contribuyeron precisamente a hacerme más bonita, ni tampoco el bizqueo de mi ojo derecho. Ahora que ya nada me importa y que no deseo más que descansar, puedo decirle sin sentir vergüenza que, cuanto más crecía, más repugnante me volvía. Todos lo gritaban a los cuatro vientos; y no es que fueran malos: es que pensaban que mis sesos de mosquito me impedían sufrir. Hablaban de mí como de una piedra que ni siente ni padece, como los muchachos cuando me tuvieron en la mesa de disección y se pusieron a hacer chistes a mi costa. ¿Cómo iban a saber ellos el daño que me estaban haciendo? Hidalgo sí sabía, por eso me hablaba amablemente y me consolaba. Pero Hidalgo era un caso aparte, algunos decían que estaba loco porque hablaba con nosotros como si estuviéramos vivos.

Cuando tenía quince años me violó un borracho en un solar abandonado, pero no una vez sino todas las que le dio la gana durante más de un mes. A mí me daba vergüenza y no decía nada a nadie. Pero, claro, me quedé embarazada. Estaba tan gorda de natural que el embarazo ni se me notaba, pero yo me desesperaba, porque no sabía qué iba a ser de mí. Aquí trajeron una vez a una embarazada. ¡No vea usted qué revuelo! Todos querían estudiarla, porque tenía el niño dentro. ¡Muerto, claro! La habían encontrado en la calle, más tiesa que un palo, y nadie la reclamó.

Un día aborté. Nada, que se me cayó la criatura solita, de cuatro meses. Me puse fatal, pero nadie se enteró, porque lo que es yo, si hay que aguantar, aguanto lo que sea. En el fondo, estaba muy contenta. Lo peor fue deshacerme de aquello. Temía que si lo tiraba a la basura, lo encontrarán. Al final, lo metí en una bolsa para el pan con una piedra y lo tiré al río. Si me hubiera tirado yo también, ahora no estaría aquí fastidiándole a usted. Ya sé que soy una pesada, pero es que nunca hablo con nadie. Nunca me han hecho caso, ni en vida ni después.

Tiene usted razón, así entretenemos la espera. Total, no tenemos nada que hacer; y es seguro que a por usted ya no vendrán hoy, con la hora que es. No se preocupe tanto, yo creo que no sentirá nada. Ahora, eso sí, no es como

antes. Antes el señor Hidalgo hacía maravillas con nosotros, con aquellas manos de artista... ¡Y las cosas que nos decía! ¡Qué hombre! Algunos días venía y se pasaba las horas muertas con nosotros, sobre todo en verano, cuando aprieta el calor y aquí se está fresquito. Le respetábamos y le queríamos, aunque no podíamos decírselo. Pero creo que él lo notaba, porque eso se nota, ¿no cree usted?

Lo que ocurrió con el borracho me hizo ir por la vida con más ojo. Bueno, eso creía yo, pero ¡ca! Ya le he dicho que nunca fui un lince: todas me las daban en el mismo carrillo. Me harté de mi familia y me puse a servir en una casa bastante buena. Tenía que cuidar de una vieja y de un par de criaturas, además de cargar con todas las faenas pesadas. La compra y la comida las hacía mi compañera, que era más presentable; aunque, no se crea usted... ¡vaya pendón que estaba hecha! Sisaba y robaba por las dos, porque yo nunca fui capaz, pero cuando la pescaban me echaba la culpa a mí, así que acabé en la calle. Hasta que encontré trabajo con las monjas, hice lo que pude para ganarme los garbanzos, teniendo buen cuidado de que no volvieran a preñarme.

Con las monjas, la cosa no mejoró. No es que fueran malas, eso no, pero yo no les caía bien, aunque me esforzaba por hacer todo lo que me mandaban. ¡Y anda, que los mandados eran finos! Me pasaba la vida vaciando orinales y limpiando la mierda de los viejos. Y luego, que si comes demasiado, que si estás como un tonel... ¡Claro! ¿Qué gusto le iba yo a sacar a la vida, sino el de atiborrarme siempre que podía? Tampoco crea usted que aquello era el paraíso por ese lado. La verdad es que se comía fatal, porque las cocineras eran unas petardas que no echaban sal ni a los huevos. Yo siempre me quedaba con hambre y me comía las sobras de algunas ancianitas; señoras muy limpias, eso sí.

¿Usted viene de un asilo? ¡Entonces, qué le voy a contar! Ya sabe usted lo que es eso. Con la edad la gente se agría, como la fruta, y aunque hay de todo, se encuentra uno con cada elemento... Yo tenía bien controlados a los viejos, pero así y todo no crea, me decían a veces cosas muy sucias, y si me descuidaba me metían mano. No le hacían remilgos a mi gordura, no.

Un día me harté y me fui. Viví un tiempo como una perra, y a veces tuve que rascar algo en los mercados para poder comer. ¿Cree usted que adelgacé? ¡Ni un gramo!



Acabé juntándome con unos que vivían en unas chabolas, por La Espina. Fue una buena época. Vivíamos de recoger papeles y trastos de las basuras y de los tallercillos de por allí, y al menos comíamos todos los días y nos hacíamos compañía. Tampoco aquellos me hacían ascos, ni tenían por qué hacérmelos: éramos tales para cuales. Fue entonces cuando me aficioné a empinar el codo, pero no por vicio, sino para entrar en calor, porque hay que ver el gris que se cuele por las ventanas tapadas con hojas de periódicos y por los tejados de uralita.

Creo que fue el aguardiente barato lo que me nubló un poco el seso. El caso es que me dio por hablar a gritos por la calle yo sola, y por meterme con los chavales. Al principio, me huían. Cuando me veían aparecer por los solares, con mis sacos y mis andrajos, echaban a correr como gallinas. Yo les insultaba y les mentaba la madre. Ahora que he tenido que pensarlo despacio, metida dos años en este caldo, me he dado cuenta de lo imbécil que era. ¿Qué gusto le sacaría yo a aquello? ¡Vaya usted a saber! Ya no me acuerdo.

Pero dicen que a cada cerdo le llega su san Martín. Una noche que volvía de recoger cartones, me salieron al paso cuatro o cinco chicos bastante mayorcitos. Estaba todo oscuro y no se veía un alma por aquellos andurriales, porque hacía un frío que pelaba. La botella de vinacho que llevaba en el cuerpo hizo que no sintiera miedo. Me levanté las faldas y les enseñé el trasero. En vez de reírse, se asustaron, ya ve lo que son las cosas, pero no se movieron del sitio y uno me dio un puñetazo en el pecho. Luego, otro cogió un pedazo de lavabo de un montón de desperdicios y se vino derecho a mí, como si quisiera estampármelo en la cara. ¡Ya no supe más del mundo! Me desperté, rodeada de muertos tiesos, en esta fosa de formol.

Yo también estaba muerta, pero no acababa de creérmelo, porque... no sentí la muerte. Me vino como me había venido todo en la vida, sin darme cuenta cabal de las cosas. Un muerto me tuvo lástima y me explicó dónde estábamos y qué iban a hacer conmigo. Me consoló diciéndome que, cuando acabaran, me enterrarían y por fin podría descansar. Me habló del señor Hidalgo y de lo bien que se portaba con los cadáveres, y no tardé en comprobarlo.

¡Tener que estar en el otro mundo para conocer a una persona decente! Los médicos y los estudiantes nos tratan como si fuéramos puro palo, pero él no. Él era especial, tenía usted que haberle conocido. Cuando nos hablaba,

nos hacía sentirnos vivos.

Nos llamaba con nombres que se inventaba, ¡y se le ocurrían algunos muy graciosos! A mí me puso Bolita de Sebo, y decía que era su preferida. Claro, como estaba aquí tiempo y tiempo, llegó a tomarme afecto. Yo iba viendo entrar y salir muertos, y nunca me llegaba el turno, después de haber sido desechada la primera vez. Él me lo explicó con mucha educación. Me dijo que la capa de grasa hacía difícil trabajar conmigo, y que los estudiantes no se aclaraban con tanto tocino. No lo dijo así, pero no puedo acordarme de sus palabras; era un hombre muy sabio y siempre llamaba a las cosas por su nombre.

Tenía razón, pero, fíjese, me lo tomé muy a mal. Me dio por pensar que ni en la muerte me trataban como a los demás. No solo no me enterraban, como a cualquier cristiano, sino que me metían en este pozo y además no me daban el uso que a mis compañeros, como harán con usted. En fin, quejarse no sirve de nada, ya se sabe, y por eso he acabado por aguantarme. Sigo esperando que alguien se acuerde de que todavía estoy aquí y me entierre.

A veces pienso que estaré siempre aquí, y entonces me entra una congoja que para qué. Preferiría el infierno: al menos allí estaría caliente. Un día se me ocurrió que esto era el infierno, pero no. Si lo fuera, no habría tantas idas y venidas. Esto es la Facultad de Medicina: me lo dijo el señor Hidalgo y lo sé de sobra por experiencia.

Pero ¿qué dice usted, hombre? ¿Cómo va a tener cada uno un entierro particular? ¡Pues vaya derroche! Oiga, si lo que quiere es asustarme, lo va a conseguir. ¡No, no! Un día me sacarán con el gancho, me meterán en una caja y, al cementerio. ¡Ojalá no tarden!

¡Oh, ya se lo llevan! Adiós, señor.

¡Eh, llévenme también a mí! Es inútil, no pueden oírme. Bueno, por lo menos he podido hablar con alguien. ¡Qué señor tan agradable!

Tal vez mañana. Aquí van quedando pocos y estamos en plenos exámenes. Seguro que mañana... o pasado. Al fin y al cabo, ¿qué prisa tengo yo? ¡Eh, oiga, córrase un poco hacia allá! ¿No ve que me está clavando el codo en el estómago?

# LILIANA COLANZI

SANTA CRUZ, BOLIVIA, 1981

Residente en Ithaca, Nueva York, estudió comunicación social en el Universidad Privada de Santa Cruz de la Sierra (Bolivia) y es doctora en Literatura Comparada por la Universidad de Cornell (EE. UU.), donde enseña en la actualidad. Ha colaborado en medios como *Letras Libres*, *Gatopardo*, *Granta*, *Orsai* y *The White Review*, entre otros. En 2009 fue coeditora de *Conductas erráticas* y en 2013 editó la mini-antología de cuento *Mesías*. También ganó el premio de literatura Aura Estrada, en México, en el año 2015. Fue seleccionada entre los treinta y nueve mejores escritores latinoamericanos menores de cuarenta años por el Hay Festival, Bogotá39-2017. Como escritora, ha publicado tres libros: el de cuentos *Vacaciones permanentes* (2010), el misceláneo *La ola* (2014) y el libro de relatos *Nuestro mundo muerto* (2016). Este último fue finalista del premio de cuento Gabriel García Márquez y ha sido traducido al inglés, francés, italiano y holandés.

«Alfredito» es un cuento publicado por primera vez en la revista *The Buenos Aires Review* (2014), incorporado posteriormente en el libro *La ola*. Se trata de un texto fantástico sobre la muerte y sus retornos. Emula con maestría la voz de una niña que pierde a un amigo y desgrana con cadencias de real maravilloso las horas previas a su entierro. Y, de su terrible inicio a su más terrible final, emite destellos narrativos tan poderosos como el de la cruz de neón del propio Alfredito.

## ALFREDITO

*Para Alfredo Parada Chávez,  
amigo, inmortal*

Una vez, cuando era niña, vi matar a un chanco. Era verano. Las moscas se lanzaban contra los cristales. Me gustaba masticar hielo, y en las tardes subía al balcón con un vaso rasante de cubitos a observar al vecino, don Casiano, serruchar muebles viejos en su patio. Pero no ese día. Apenas me apoyé en la baranda un chillido me golpeó de frente. Don Casiano machacaba al bicho a martillazos. El chanco aullaba —¿o gruñía? ¿o bramaba?— y corría por su vida, la mitad de la cara destrozada, pero estaba atado por el cuello al carambolo y la soga solo le permitía dar vueltas frenéticas y cada vez más cortas alrededor del árbol. Don Casiano se paraba de vez en cuando para limpiarse el sudor con la manga de la camisa y darle una nueva calada al pucho que le asomaba entre los labios. Solo tenía que esperar a que el chanco pasara corriendo a su lado para rematarlo con otro martillazo en el lomo o la cabeza, y entonces el chanco tropezaba y caía sobre sus patas y volvía a levantarse gimiendo y arañando el suelo. Según mi nana Elsa, que sabía de estas cosas, debió haber sido en ese momento cuando se me metió el susto, la ñaña, la cosa mala, porque desde entonces me convertí en una criatura nerviosa, llorona, impresionable. Dicen que con el susto a veces también viene un don: la clarividencia, por ejemplo, el ver sin haber visto. Pero todo eso estaba ahí desde antes. Lo que es, vuelve, solía decir mi nana. Yo creo más bien que todo comenzó con la muerte de Alfredito.

Mi nana Elsa era la nieta de una india ayorea. Mi abuela se había encargado de sacar a Elsa del monte cuando era jovencita, pero años de vida en la ciudad no habían podido sacar al monte de adentro de mi nana. Una de las costumbres que había heredado de sus antepasados nómadas era el gusto por masticar los piojos que extraía de mi cabeza cada vez que yo era víctima de una nueva epidemia en el colegio. ¡Qué torazo!, gritaba muerta de delicia cada vez que encontraba un macho alfa en mis cabellos, y sus dedos ágiles y

fuertes apresaban al intruso para colocarlo entre sus dientes, donde lo reventaba de un golpe de mandíbula. Mi madre aborrecía estas prácticas.

Precisamente el día en que me enteré de la muerte de Alfredito, mi nana Elsa me estaba limpiando la cabeza de piojos y yo me quejaba a los gritos. Mamá apareció en la puerta de la cocina, precedida por el clic clac de sus tacos.

¡Elsa me está lastimando!, chillé, deseando que mamá la retara, pero ella no me hizo caso. Tenía la vista clavada en el piso, como si se avergonzara de algo.

Alfredito se murió, dijo mamá, y solo entonces las manos gruesas de Elsa aflojaron los mechones de mi cabello. Me reí, mareada, porque era la primera vez que alguien me traía noticias de un muerto, y porque el nombre no admitía equívocos.

¿Alfredito Parada Chávez?, pregunté, como si hubiera otro.

Alfredito era el más chiquito de la clase. El profesor de música lo adoraba porque tocaba el piano de maravillas; en todas las otras materias estaba a punto de aplazarse. La semana anterior, cuando la Vaca, la profesora de lenguaje, pasó lista de asistencia con su voz rasposa («Parada Chávez, Alfredo»), Alfredito había contestado «Presente y parada, profesora». Yo no entendí el chiste, pero a Alfredito lo mandaron —¡una vez más!— a la oficina del director a hablar con el hermano Vicente. Alfredito debía conocer de memoria esa oficina.

Le dio un ataque de asma anoche, dijo mamá. Dicen que estuvo jugando hasta tarde en el patio, con semejante aguacero, y se fue a dormir mojado. Nadie se dio cuenta en su casa. Tita lo encontró en la madrugada, boqueando. Morado. Cuando lo llevaron a la clínica ya no respiraba. Se murió esta mañana.

Me largué a llorar. Elsa me abrazó.

El velorio es a las siete, dijo mamá. Y dirigiéndose a Elsa: que se bañe y se cambie, yo voy a pasar a recogerla a las siete menos cuarto. Si llama Cuculis, decile que me fui donde Michiko.

Cuculis era mi tía; Michiko, la peluquera japonesa. Elsa subió conmigo al cuarto.

Ay, Señor, qué maldad tan grande la tuya, suspiró. Apenas un niño.

Yo ya me había olvidado de que estaba llorando, y mi imaginación se

esforzaba por capturar la enormidad de lo sucedido. ¿Dónde podría estar Alfredito? ¿En el cielo o en el infierno, o acaso su espíritu vagaba por el mundo? ¿Lo sabría ya el hermano Vicente? ¿Y la Vaca? Elsa encendió la ducha: ráfagas de vapor huyeron flotando por encima de la cortina. Me quité la ropa y la arrojé al piso. Apenas me encontré desnuda, un miedo repentino hizo que corriera a cubrirme con la toalla. Ahora que había muerto, ¿era posible que Alfredito se escurriera hasta mi cuarto a observarme? No hay secretos para los fantasmas y no quería que Alfredito —que tenía la costumbre de espiar a las chicas de intermedio en los vestidores del colegio— me viera chuta, por más que fuera un fantasma bueno.

¿Qué juéee...?, dijo Elsa.

Nada, respondí, porque todo era de pronto muy difícil de explicar, y tirando la toalla salté bajo el agua que caía.

En algún lugar, en ese mismo momento, el cuerpo de Alfredito —demasiado pequeño incluso para sus diez años: un cadáver de alasitas— comenzaba a descomponerse, a agusanarse. Hacía apenas un mes, durante la excursión que hicimos los de quinto a Samaipata, Alfredito sacó de la mochila una botella de licor de frutilla que había robado en el pueblo. La bebimos a escondidas mientras el viento aullaba en los cerros. Cubierto con un pasamontañas, el guardia de las ruinas nos mostró el lugar donde los incas hacían sacrificios humanos. Las almas de las víctimas todavía sobrevolaban las piedras. Algunas noches bajan hasta acá naves espaciales, dijo el guardia, señalando el cielo azul metálico. La Vaca opinó que solo la gente ignorante y vulgar creía en esas cosas. El licor nos había dejado a los chicos las bocas manchadas de rojo, pero no sentíamos nada de lo prometido. Den vueltas, ordenó Alfredito cuando bajamos hasta la planicie donde estaba el esqueleto de la avioneta abandonada, y nos pusimos a girar en medio de los remolinos de viento. Entonces el licor de frutilla disparó algo en mi cerebro, me hinchó el pecho y la garganta, y el cielo se abrió de repente en una espiral gigante. Reía. Todos reíamos. ¿Ven, cojudos?, decía Alfredito corriendo a lo loco en dirección contraria al viento con los brazos abiertos. Claro que veíamos. Esa noche, espoleada por el licor, Yeni trepó hasta mi cama y, aprovechando que la Vaca roncaba con la boca abierta unos metros más allá, me dio un beso torpe y húmedo en los labios, mi primer beso. Después explotamos en risas...

Y ahora tenía que acostumbrarme a la idea monstruosa del cadáver de

Alfredito listo para ocupar su lugar en el cementerio, donde comenzaría su lento viaje hacia la podredumbre. Alfredito, me daba cuenta, había dejado de ser el niño corriendo en el campo con los brazos abiertos; ya era otra cosa. Sus padres, ¿tendrían miedo del cadáver de Alfredito? ¿Serían capaces de tocarlo, de besarlo?

Elsa abrió la cortina un par de veces para asegurarse de que me lavara bien la cabeza; en casa habían descubierto mi aversión hacia el champú y decían que esa era una de las razones por las que la epidemia de piojos no se me curaba nunca. Elsa lo había probado todo, desde peinarme con un peine de hueso de dientes apretados hasta bañarme la cabeza con vinagre. Era igual: cada día encontraba en mis cabellos nuevos huevitos translúcidos que reventaba entre sus dientes.

Elsa, le pregunté mientras me trenzaba el pelo, ¿adónde se van los muertos?

Los muertos nunca se van, me contestó con la boca llena de grampos.

Iba a hacer más preguntas pero justo nos interrumpió mamá, que llegaba olorosa a peluquería. Camino al velorio, mamá me advirtió que había faltado a su cena de señoras por mi culpa. Pero esto es importante, dijo. Luego me contó que Alfredito había nacido con un defecto en el corazón y que era un milagro que hubiera llegado a los diez años. Sus padres sabían que podían perderlo en cualquier momento y por eso lo habían consentido tanto.

¿Y Alfredito sabía que se iba a morir?, pregunté, desconfiada, porque Alfredito era el bromista de la clase, el que nos había puesto los apodosos por los que ahora nos conocían, y de ninguna manera podía entender que alguien fuera riendo hacia su propia muerte.

Él era un niño, dijo mamá, como si esa fuera una respuesta.

Llegamos al velorio. Costaba creer que el cadáver de Alfredito fuera capaz de convocar a tanta gente. En el salón vi al hermano Vicente rascándose la narizanga, irreconocible con la barba recién afeitada y sin los tirantes que le sujetaban la panza, y a las madres de casi todos los de quinto. En el centro de la sala, bajo un crucifijo que derramaba su luz de neón hacia nosotros, estaba el ataúd de Alfredito disimulado entre los ramos de flores. Era un cajón blanco y pequeño, hecho a su medida, casi un barquito. El olor maduro de las flores lo anegaba todo y daba un poco de asco.

Mamá buscó las sillas del fondo del salón. Escuché a alguien contar en

susurros que la madre de Alfredito estaba todavía en el hospital, recuperándose de la impresión. Unas filas más adelante vi a Yeni, sentada junto a su madre, la costurera coja a la que le decíamos la Tullida. Yeni llevaba cintas violetas en el cabello húmedo y un vestido de pechera cuadrada que seguramente le había hecho la Tullida. Cuando me vio me hizo señas para que nos encontráramos en la calle. Afuera descubrimos a Pupa y Felipe sentados en los escalones de una fotocopidora. La muerte de Alfredito nos daba un aire de suspenso y algo parecido al entusiasmo, como si esperáramos la sorpresa en una fiesta de cumpleaños. Había algo chocante y raro en estar reunidos un día de semana a esa hora, vestidos como para una fiesta, rodeados de adultos y crucifijos, y por causa de Alfredito.

Hace poco llegó la Vaca, dijo Felipe. Estaba con su marido.

¿La Vaca tiene marido?, gritamos nosotras al unísono.

Tiene, dijo Felipe. Es un petiso que no le llega ni a los hombros.

Y en vez de decirle Magda le debe decir Muuuuugda, dijo Yeni, y todos nos reímos.

Ese era un chiste de Alfredito. Nos gustaban los chistes.

¿Qué le dice un jaguar a otro jaguar cuando se encuentran en la selva?, siguió Yeni. Jaguar you.

Felipe y yo nos reímos, pero Pupa parecía ausente. A Pupa la habían encontrado encaramada en el confesionario con Alfredito, besándose. Los habían suspendido por una semana, y a Pupa el incidente le había dejado una fama que la hacía repulsiva y misteriosa por partes iguales. Tenía la voz ronca y unos ojos castaños maravillosos. Sus padres se habían divorciado en una época en la que nadie se divorciaba, y la gente decía que a la madre de Pupa le gustaba la pichicata. A mí nadie me quería explicar lo que era la pichicata, así que llegué por cuenta propia a la conclusión de que se trataba de un juego de mesa, como la loba o el cacho, de esos que hacían que las mujeres regresaran a la casa trasnochadas y con el aliento a whisky.

¿Lo entendiste?, le pregunté a Pupa.

¿Qué...?

El chiste, sonsa, reprochó Felipe.

Anoche se me apareció Alfredito, dijo Pupa de repente.

Qué hablás..., dijo Felipe.



Es verdad, insistió Pupa. Vino en sueños. Yo no sabía que se había muerto. Tenía los ojos rojos y la cara hinchada. Daba miedo.

No se juega con esas cosas, Pupi, dijo Yeni, de pronto muy seria.

Pero no es juego. Yo lo vi. Quería decirme algo. Estaba sufriendo. «¿Qué tenés?», le pregunté. «No me gusta acá, no se puede respirar», me dijo, y se agarró la garganta. «Decile a los otros que me esperen porque voy a volver».

Mentirosa, dijo Yeni, enojándose.

Estaba por añadir algo cuando vimos frenar en seco un Fiat negro en la puerta de la funeraria. De su interior bajó una mujer alta, imponente, arrasadora. La madre de Alfredito. Tenía la cara de alguien que se ha detenido a contemplar por mucho tiempo una visión destructora, y en su dolor había algo salvaje y vivo. Una señora gorda emergió de la otra puerta del auto e intentó arrollarla, pero la madre de Alfredito la apartó de un empujón y corrió hacia el interior de la funeraria. Escuchamos su grito desde la calle: de sus pulmones salió el chillido de un halcón.

Entonces corrimos hacia el interior de la sala como persiguiendo una tormenta. La madre de Alfredito había caído de rodillas frente al ataúd, en medio de las flores nauseabundas. Un hombre calvo y triste que debía ser el padre de Alfredito se inclinó sobre ella y, sujetándola por la espalda, la obligó a levantarse y se la llevó casi a rastras.

Vamos a ver a Alfredito, me susurró Felipe, señalando la pequeña procesión de gente que se había demorado con la escena y que ahora esperaba su turno para desfilarse frente al ataúd. Eran casi todos vejastorios que se persignaban cuando les tocaba el turno de orarle al difuntito. Me puse en la cola detrás de Pupa. Su cabello olía a champú Bubble Gummers. ¿Podríamos ver el cuerpo de Alfredito? Me acordé de la historia que mi nana Elsa me había contado una vez, sobre un tío al que se lo llevó el diablo en cuerpo y alma. El tío de Elsa había vendido su alma al diablo a cambio de una casa para su madre, que era anciana. El diablo le dio poderes. El tío de mi nana podía despertar en otras partes del mundo con solo desearlo. También sabía hacer trucos. ¿Querés comer?, le decía a mi nana, y metía una piedra en una bolsa vacía de yute. Cuando Elsa abría la bolsa, la encontraba rebosante de papas o camotes. ¿Querés ver una víbora?, le decía, y arrojaba el cinturón al suelo, y apenas tocaba la superficie se convertía en una culebra que huía ondulando de la habitación. Un día se murió de una enfermedad fulminante.

Cuando los parientes alzaron el ataúd para llevárselo, se dieron cuenta de que estaba liviano como una cáscara. Entonces lo abrieron y se encontraron con que en el interior solo había unas cuantas piedritas negras. A mí la historia me había causado pesadillas y mamá había amenazado a Elsa con botarla de la casa si seguía inventando disparates.

Ahora, en el velorio de Alfredito, haciendo fila para verlo, me pregunté si su ataúd estaría vacío o si encontraríamos ahí al cadáver. Si yo me muriera, pensé, no me gustaría nada que vinieran a espíarme. Presentí que a Alfredito tampoco le gustaría lo que estábamos haciendo, pero también supe que él entendería. Necesitábamos verlo. Cuando llegó nuestro turno, nos persignamos frente al ataúd y fingimos rezar un padrenuestro. Pero lo que en realidad queríamos era acercarnos lo más posible al cajón para comprobar si Alfredito estaba muerto de verdad. La llama de un cirio temblaba en el piso de cerámica. Los ramos de flores estiraban hacia nosotros sus brazos vegetales. El ataúd tenía una ventanita en la parte superior, como si el muerto precisara echarle un último vistazo al mundo que se le clausuraba, y esa ventanita estaba abierta para que la gente pudiera asomarse a su vez a la cara del difunto. La luz de neón del crucifijo refractaba sobre el cristal, pero entre los reflejos distinguí la fina nariz de Alfredito. Sus fosas nasales estaban taponadas por dos gruesas bolas de algodón. Me pareció ver que las aletas de su nariz se inflaban y desinflaban, como si intentara respirar a pesar de las dos gruesas bolas de algodón que bloqueaban sus fosas nasales. Pupa me pegó un codazo y me miró con esos enormes ojos suyos, desmesurados. Yeni y Felipe observaban el vidrio con la boca abierta. El ataúd vibraba y se estremecía con la respiración rítmica y profunda de Alfredito.

Alfredito, ¿dormís?, dijo Pupa.

En ese momento la cruz de neón centelleó sobre nosotros con la intensidad de un diamante. El salón, la gente, el ataúd, las flores, nuestros propios cuerpos asombrados: todo levitó en un solo haz de luz iridiscente. Era como si la vida nos abandonara para luego relumbrar en una visión que nos dejó rebosantes, inundados.

Un momento más tarde un par de ancianas impacientes, vestidas con el hábito violeta del Señor de los Milagros, nos hacía a un lado llorando sobre sus rosarios. Nos miramos unos a otros con la bruma de lo que habíamos visto estallando en los ojos, y entonces supimos que Alfredito iba a volver.

# ANACRISTINA ROSSI

SAN JOSÉ, COSTA RICA, 1952

Cuentista, ensayista y novelista. Es ambientalista y lideró importantes luchas en el Caribe sur de su país. Ha trabajado con mujeres de las Naciones Originarias en Talamanca, Costa Rica. Tiene una Maestría en Mujer y Desarrollo del Instituto de Estudios Sociales de la Haya, Holanda, y un Diploma de Estado en Traducción de la Escuela Superior de Intérpretes y Traductores (esit) de la universidad de París Sorbona Nueva. Ha publicado las novelas *María la Noche* (1985) —Premio Nacional de Novela en Costa Rica, 1985 y Premio Áncora—, *La Loca de Gandoca* (1992), *Limón Blues* (2002) —Premio Nacional de novela en Costa Rica, Premio Áncora y Premio Latinoamericano de Narrativa José María Arguedas de Casa de las Américas, 2004—, *Limón Reggae* (2007), *La romana indómita* (2016) y *Tocar a Diana* (2019). Sus cuentos han aparecido en numerosas publicaciones y en el volumen *Situaciones Conyugales* (1993). También ha publicado ensayo y literatura infantil, y el gobierno de Chile le entregó la Medalla Presidencial del Centenario del Nacimiento de Pablo Neruda por el alcance social de su obra. Algunas de sus narraciones se trabajan en centros de secundaria y universitarios, y ha sido traducida al italiano y al francés.

«Abel» (en la antología *Lunas en vez de sombras*, 2013) es una historia pos-apocalíptica y de supervivencia, un giro de tuerca al mito adánico con trasfondo feminista. Su minuciosa descripción del deterioro de la humanidad, la adaptación de los mutantes y la tragedia familiar de la desdoblada protagonista no evita que el cuento crezca progresivamente en tensión, relecturas míticas incluidas, hasta su brillante final. Como el fin del mundo imaginado por Rossi, se trata de un texto repleto de capas más allá de sus

lecturas sobre ecología, política o monstruosidad.

# ABEL

*Para Patricia Marraco*

Lalia se rascó el espacio entre las cejas. Desde meses atrás venía sintiendo un escozor allí, a veces como una cosquilla. ¿Qué podría ser?

Pero era vano ocuparse de eso después de todo lo que había pasado.

A veces no podía creerlo, había sido tan rápido. Y sin embargo siempre supieron que sería así. ¿Había quedado sola para poder contarlo? ¿Contarlo a quién?

El Centro de Investigaciones donde quedé —sola— estaba en las faldas de un volcán en un país del sur de Centroamérica.

Desde el observatorio del Centro podía ver los dos mares y muchísimos kilómetros a la redonda antes de llegar al mar. No parecía haber más vida que un musgo anaranjado. Ni las plantas de antes, ni animales viejos o nuevos, ni humanos. Ni siquiera quedaban árboles vivos. El cielo se había ido poniendo de un color entre anaranjado y rojo. En la noche, las estrellas se veían rojizas. Y seguía la lluvia. No llovía seguido, como antes. Llovía intermitentemente. El agua se almacenaba en las cisternas del Centro. Lo único que debía hacer era limpiarlas con un cepillo porque se formaban algas. Sí, algunos procesos se habían mantenido, como la formación de algas. Y mi respirar. Y mi comer. Y mi beber. Aunque no eran los mismos de antes. Comía poco y comía flores, la única especie que sobrevivía, como yo. En el pueblo solían llamar a esas flores «chinas». Tenían buen sabor pero lo más nutritivo, lo más importante, eran las semillas que venían en un cartucho verde que reventaba cuando estaba maduro. Debía estar atenta a cogerlos antes de que estallaran y dispersaran las diminutas esferas que me hacían sentir extraordinariamente bien.

Estaba totalmente sola y me sentía tranquila. Eso era extraño.

También cada vez necesito menos agua, pensé mientras volvía a rascarme el entrecejo (algo me estaba brotando allí, algo raro). Había semanas en que

me bastaba con unas gotas o con salir y absorber por la piel la humedad del ambiente. La sentía penetrar por los poros. Mi piel había cambiado, no quería aceptarlo pero sí, sí, mi piel estaba extrañamente lisa y como hulosa, parecida a la piel de ciertas ranas. Por lo demás, ya no había ranas, no había nada.

Pero me encantaba mojarme, salir a la lluvia, el aire estaba tibio desde hacía mucho tiempo y después de la catástrofe se puso caliente. Me desnudaba y salía al aguacero y sacaba la lengua. Y era el agua absorbida a través de la lengua y a través de la piel la que más me sustentaba.

Lo más raro de todo, sin embargo, era el respirar. La necesidad de inhalar era mucho menor. Las inhalaciones eran más largas, más hondas, pero muy espaciadas. Ese, el respirar, había sido el proceso definitivo, el cambio que me había convertido en superviviente. No tenía la menor idea de por qué y de cómo se había dado esto. Había visto a los otros morir boqueando como peces acabados de sacar del agua.

El cambio en el aire había sido casi súbito, pero eso también lo habíamos esperado. Se dio en cosa de dos noches. Dos noches, porque fue al irnos a dormir que la gente lo sintió. Yo no, pero justo después de acostarme había oído la tos de mis padres y la de mi hermana. Y poco a poco la tos incontrolable de los demás investigadores y del personal del Centro. Luego les dio como un asma, jalaban un aire que no les alcanzaba. Solo yo, de todos, alentaba normal. Pero nadie se dio cuenta, tan prensados estaban por su propia congoja.

Como a la hora, las dificultades mayores habían cesado y a la mañana siguiente todos parecieron mejorar. Pero no se hicieron ilusiones. Se pusieron en contacto con los otros Centros y dieron la alarma al mundo. Era su deber hacerlo pero para qué. El mundo tenía que saber lo que estaba pasando: bajaban peligrosamente los niveles de oxígeno.

Llamamos a la gente que aún quedaba en el pueblo, nos reunimos y nos despedimos diciéndonos «Bueno, esto es». Porque una vez empezado no había forma de pararlo.

Ya no.

Veinte años atrás, sí.

Veinte años. ¿Qué quería decir veinte años?

Los paneles solares aún funcionaban y funcionarían por un tiempo más, eran excelentes y yo sabía darles el mantenimiento. Usaba la energía para leer

en las noches. Había releído mi biblioteca, la de mis padres y los libros del Centro que podía comprender. Pero ¿qué quería decir veinte años? ¿Cuánto llevaba sola en la estación?

Salí al antiguo jardín buscando el tronco donde hacía los cortes: marcaba los años por el día de menos luz. Porque ya no había estaciones.

Todavía de niña mi vida había estado ritmada por el régimen del pacífico centroamericano: período de lluvias y período seco.

Recordaba muy bien el año en que habían desaparecido las estaciones. Fue cuando aún el pueblo estaba entero, tenía escuelas, colegios, veinte mil habitantes. Yo estaba en quinto grado. Fue el año de la última campaña. Había visto a mi madre bajar a menudo con otros científicos a la capital. Después tomaron aviones, fueron de país en país y se quedaron un mes en cada una de las dos capitales del imperio.

Mi mamá: no muy alta, morena, de cabello negro largo y lacio, la nariz muy respingada, demasiado, mostraba los hoyos, eso la hacía verse simpática.

Ese año de la campaña intensiva falló la estación seca y las cosechas se pudrieron, hubo poco que comer. Cuando yo nací ya habían muerto las abejas. Todas, las silvestres y las otras, las domesticadas. Decían que las habían matado los agroquímicos o el exceso de ondas electromagnéticas de la civilización, pero nunca se supo con seguridad. También murieron cantidades de otros polinizadores: murciélagos, colibrís, moscardones, cucarachitas. De polinizador seguro solo quedó el viento. Y la mano humana. En el pueblo contaban historias antiguas de producción en masa de papayas y melocotones, de fresas, naranjas, manzanas y melones, de exquisitas calabazas y calabacines. Me costaba creerlo.

«Al morir las abejas y otros polinizadores murió casi la mitad de la población mundial», me había dicho mi padre, «y todos pensaron que esa era la solución, que con menos gente la cosa mejoraría. Pero la cosa empeoró». Ese era el mundo en el que yo nací, un mundo «empeorado», pero era el único que conocía y que por lo tanto amaba. Sí, era un mundo de calor y constantes tormentas y muchas sequías o mucha lluvia. Un mundo de poca diversidad —de alimentos, organismos, sistemas— pero yo tenía mis perros y mis conejos, había árboles y ríos y ese mundo «empeorado» me gustaba. La gente se había adaptado. Yo les ayudaba a polinizar las frutas y las verduras a

mano, y no extrañaba las abejas ni las lamentaba porque no las había conocido, solo en videos o fotos.

Cuando falló la estación seca nuestras cosechas se pudrieron. Hubo hambre y quedamos flaquísimos. Tiempo atrás el Centro de Investigación había rogado a los pequeños agricultores de la zona eliminar vacas y cerdos pues sus pedos y su aliento eran de los mayores causantes del desastre mundial. Los agricultores estuvieron anuentes hasta cierto punto: algunos se dejaron las cabras alegando que no eran pedorras ni tenían mal aliento. La leche y el queso de cabra —y también la carne de uno que otro cabrito— nos ayudaron a sobrevivir ese año. Y los otros. Porque desde ese momento ya no hubo estaciones, en algunos lugares del trópico predominó el período seco, a nosotros nos tocó el predominio de la lluvia por estar en lo que se llama —¿o llamaba?— la zona de convergencia intertropical. Pero otra vez la gente se adaptó: empezamos a cultivar frutas y verduras en invernaderos para que no se pudrieran y para poder regular su crecimiento pues la lluvia era constante pero a la vez intermitente, errática. Para desesperación de mis padres y de la gente del Centro el año que no hubo estación seca los agricultores decidieron volver a los cerdos y a las vacas, semiestabulados, que alimentaban con una gramínea transgénica polinizada por el viento y que resistía el exceso de agua. Y si ese año en las faldas de nuestro volcán ya no hubo período seco, tampoco hubo estaciones en el resto del trópico ni en las zonas templadas, solo el cambio en la duración de la luz, días más cortos o más largos. Solo nos quedó eso en el mundo empeorado, ese mundo que mi madre había recorrido sola y acompañada para rogar a los líderes que hicieran un último esfuerzo y decretaran alerta general.

Lalia recordaba la Gran Resistencia y un grupo que había inventado una nueva, simple y revolucionaria tecnología de comunicación que se llamó técnica *Assange*. Lo recuerdo porque estaban felices, usaban la técnica *Assange* para unir a los resistentes, a los que decidían salirse del sistema, cada vez más numerosos. La Gran Resistencia empezó y se propagó en las dos capitales del imperio, la americana y la asiática. En la americana fue una unión enorme de comunidades que se habían adueñado de terrenos urbanos vacíos —había grandes cantidades de terrenos vacíos y casas derruidas por la pérdida de población—. Allí habían instalado sus invernaderos y cultivos. Eran autosuficientes por un ingenioso sistema de trueque. Ciertas



comunidades polinizaban a mano sembradíos de algodón y lo intercambiaban con las comunidades que producían comida. Hilaban su ropa, eran alfareros y con la madera y los materiales de las casas derruidas fabricaban a mano todo lo que necesitaban. Hacían su papel de fibras vegetales, y también hacían tinta. Tenían sus propias fuentes de agua. El movimiento crecía rápidamente por una razón muy sencilla: les daba felicidad. Y el sistema *Assange* los mantenía comunicados.

La venganza y el desquite vinieron pronto. Ya no había en el planeta administración de justicia así que, como pasó con la muerte de los polinizadores, no se pudo establecer quiénes eran culpables. Pero en el fondo la gente lo sospechaba porque los resistentes eran los únicos que no compraban celulares ni carne ni agua ni antidepresivos ni neurolépticos. Y no se enfermaban.

Primero les envenenaron los manantiales. Después les enfermaron los frágiles ecosistemas de su agricultura. Sin agua y sin comida fueron doblegados.

La Gran Resistencia había surgido también en la capital asiática. La población del mundo se había reducido en más de la mitad pero los chinos ¡eran tantos! y la resistencia contaba millones. Recuerdo ver videos de hombres y mujeres polinizando a mano hectáreas y hectáreas de manzanas y peras en un área privilegiada donde el clima seguía siendo más o menos normal, esto fue antes de que desaparecieran las estaciones. También los vi hacer ejercicios colectivos en las plazas y en los campos, miles de personas bellamente sincronizadas, y recuerdo que mamá decía: «Es una especie de Tai-Chi». De eliminar la Gran Resistencia asiática se encargó la aviación del imperio. Los envenenaron desde el aire.

Por supuesto que nada de esto se divulgó. Nosotros lo supimos por lo que quedaba del sistema *Assange* y por los videos. Lo que se dijo en la prensa mundial fue que una extraña gripe aviar había matado millones de gringos y de chinos, qué mala suerte.

El resultado fue parecido en las dos capitales pero no igual. En la capital asiática fue rápido y sin sobrevivientes. En la capital americana hubo sobrevivientes que se integraron a las masas y siguieron resistiendo en su corazón. Por eso hubo quienes, como mi madre, continuaron con las campañas. Apelaban a las masas devoradas por el túnel de la subsistencia.

Pero ¿cómo convencerlos de no comer carne cuando lo único que tenían eran trozos inmundos de vaca o de cerdo? La producción masiva de esos animales en condiciones infrahumanas se había disparado desde la muerte de las abejas, y los dueños de esas industrias eran tan ricos como los antiguos magnates del petróleo o los magnates de las farmacéuticas, del agua, del gas y de los celulares en ese momento.

Lalia tiene pésimos recuerdos de la última campaña, la del año en que se acabaron las estaciones. Mamá, que no se deprimía nunca, por primera vez llegó arrastrándose. Recordaba las conversaciones —mis hermanos y yo estábamos siempre presentes— a la hora de las comidas, y a mamá diciendo «Los líderes no nos quieren escuchar», «Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen». Y después, al acostarse, yo los seguía subrepticamente y me llegaban los susurros: papá le decía a mamá: «Tenemos que prepararlos». Mamá respondía angustiada «No, no. Son demasiado jóvenes. No podemos sentenciarlos, aún nos queda una esperanza». Y papá: «Pero es una esperanza loca, como creer en Dios». Poco a poco yo me había ido enterando, uniendo cabos sueltos de conversaciones, de que la esperanza era una nueva era glacial que llegaría al interrumpirse la corriente del golfo por el exceso de agua dulce en el Atlántico. Pero la bendita era glacial nunca llegó y por eso cuando todos volvieron a toser y toser la segunda noche, cuando los oí hundiéndose en esa especie de asma pegajosa y terrible, jalando aire y no pudiendo y saliendo a la calle y saliendo al jardín y aun así no lográndolo, ya sabíamos que los niveles de oxígeno se habían desplomado y no había vuelta atrás.

Lalia era la única que seguía respirando y no tuvo previo aviso de que eso fuera a sucederle.

Tenía veinte años. Era fuerte y alta. De mi padre tenía la altura y la fuerza física. De mi madre los ojos negros, la piel morena, el cabello largo y lacio.

Los presenté en la noche, tendidos en el suelo, casi todos afuera, en los jardines, en la calle. Los hombres, las mujeres, las aves de corral, los animales de tiro y los de compañía.

Tomé una linterna y me fui al pueblo. Recorrí los barrios que desde tiempo atrás se habían vaciado pero en los que aún, hasta esa noche, vivían varias familias. Esperaba encontrar a alguien como yo, algún superviviente, una rana o un perro. Nada. Nada estaba vivo. Ni siquiera las ratas.

Yo sabía que en el calor que iba aumentando los cadáveres empezaban a podrirse inmediatamente y a envenenar el aire aún más y, si yo llegaba a poder respirarlo, sin embargo no soportaría el hedor.

No podía quedarme allí.

Agarré una pala y en la noche, a la luz de la linterna, cavé y me asusté al hallar lombrices muertas. En ese momento me inundó el saber y ya no volví a asustarme: nada sobreviviría porque todo, todo en el planeta necesitaba oxígeno. Todo menos yo. Enterré a papá, a mamá y a mi hermanita en el jardín y les dije en voz muy alta «Que la tierra les sea leve». Después llené un salveque con comida —barras de avena, carne seca, leche en polvo—, metí una manta, un suéter y subí a la cumbre del volcán.

No me costó subir, sentía las fuerzas redobladas. Llegué cuando el sol ya caía. Vi los cadáveres de los guardaparques en el corredor de la casona. Los arrastré hasta la orilla del cráter y en la luz vacilante del atardecer los eché a rodar volcán abajo. «Que las cenizas y los ácidos les sean leves», les dije en voz alta. Me persigné, un gesto que le había visto hacer a la señora que me cuidaba cuando yo era pequeña, la señora que me regaló una Biblia.

En el volcán, Lalia tenía la casona para dormir. Comía poquísimo de las raciones que se había llevado, y tomaba el agua azufrada de un arroyo. Se sentía sana.

Esperé semanas allá, en la cumbre, junto al cráter. Cuando el hedor de los animales muertos del páramo por fin cesó, empecé a pensar en volver al Centro.

Allá arriba en el volcán me di plena cuenta de que casi no necesitaba comer ni beber.

Cuando iba a medio camino ladera abajo, empezó la lluvia.

Cuando llegué a las instalaciones del Centro era una especie de diluvio. Me acordé de Noé pero después me reí, esto no era el Génesis, era el cambio climático.

Pero esa vez llovió más, o tal vez más seguido, no como para un diluvio universal pero sí suficiente para limpiar huesos y restos, lo que agradecí sin saber a quién o a qué.

De todo eso hace exactamente seis años, tres meses y cinco días, me dije contando las incisiones grandes —los años— y las pequeñas —los días— en el tronco muerto.

Y entonces pensé que ya era hora de moverme. De bajar a la costa, a la capital, al canal interoceánico.

Estuve varios días recogiendo flores y las semillitas de los cartuchos. Metí eso y ropa limpia en una mochila. Cogí un sombrero, un impermeable, un paraguas, una linterna y un frasco de protector solar.

Bajé.

Me tomó tiempo. Mientras seguía el camino asfaltado donde habían quedado los carros y los buses tirados llenos de esqueletos, constataba que nada era como lo había conocido. Los árboles y todas las plantas —salvo las «chinas» y unos raros helechos— habían muerto. Todo lo cubría una especie de musgo, anaranjado como las algas. En las noches el cielo era mucho más negro que antes y las estrellas y la luna cada vez más rojizas. Pero lo más opresivo era el silencio. Antes se oía rumorosa la vegetación con sus miles de bichos. Ahora el único sonido era el viento o la lluvia, cuando los había. No había quedado ni un mínimo zumbido o croar, ni una mísera rana, ni un mísero pájaro.

Lo que más echaba de menos eran los pájaros.

Volvió a llover. Me puse el impermeable, no abrí el paraguas.

Iba pensando en lo que encontraría al llegar abajo y me acordé de cuando subió el nivel del mar. Fue como un año o dos antes del desplome del oxígeno. Había subido ciento treinta centímetros, lo que no había interrumpido las funciones del canal, nada más se habían construido diques para protegerlo de las mareas fuertes y se habían reforzado las instalaciones. Parte de la capital había sido abandonada y hubo bastantes muertos pero después los capitalinos se trasladaron más arriba con sus actividades y la vida siguió. La vida había seguido en todo el mundo. El metro de Nueva York quedó inutilizado y también se abandonó parte de la ciudad y también hubo muertos. Sí, en las ciudades costeras y sobre todo en las islas mucha gente murió. Pero el imperio mundial otra vez se alegró, eso decían los científicos del Centro y en eso pensé mientras iba llegando.

Entonces vi la capital.

Todo era ruina.

El nivel del agua había subido varios metros y las instalaciones del canal yacían bajo el agua, apenas asomaban las puntas de las grúas. Quién sabe qué más habrá debajo, pensé, pues media ciudad había desaparecido. Solo

quedaban casas en los barrios del cerro, pero esas viviendas lucían desastrosas, las puertas y las ventanas caídas, caídos en parte los techos de teja, de zinc, o de materiales más recientes.

Era muy extraño ver los rascacielos de Paitilla surgiendo del mar. El mar tenía un color en partes amarilloso, en partes rojo, debe haber un aumento enorme de esas algas, pensé. Había un olor raro y muy fuerte que me apretaba la garganta. Pero más se me apretó al ver la desolación tan grande y me hizo falta un ser —una mujer, un niño, un perro— para compartir lo que veía. Sin embargo el solo sonido del mar, el rumor de las olas chocando contra los despojos, me solazó y me ayudó a sobreponerme a la tristeza.

Caminé hacia el cerro emboscado cuyos árboles yacían en el suelo y cuyos manantiales ya no cantaban. Y entonces me di cuenta de que si ya no había oxígeno la lluvia no podía ser de agua. ¿De qué era?

En la parte alta del cerro estaban los barrios de los ricos. Vi las inmensas mansiones: derruidas, caídas, deshechas. Lo único que se sostenía en pie era un hotel de lujo. Todavía estaba el rótulo: *Gran Hotel Ancón*.

Caminaba por la acera hacia el *Gran Hotel Ancón* cuando vio venir en sentido contrario a su hermano Abel. ¡Abel! ¿Qué hacía él aquí? Se había ido a estudiar a la capital lejana del imperio años atrás. ¿Por qué no se había muerto?

Corrieron. Se abrazaron.

Cuando nos separamos me di cuenta de que Abel tenía algo raro entre las cejas. Era como un diminuto huevo pasado por agua. Se lo miré y le pregunté: «¿Te pica eso?». Él me dijo: «Al principio me picaba. Ahora no». Sentí que me empezaba una taquicardia y me acordé de que andaba en la bolsa del pantalón uno de esos neurolépticos que el gobierno repartía. Lo saqué y me lo puse debajo de la lengua. Abel me vio.

—¿Qué hacés?

—Nada. Tomo una pastilla, no seas curioso.

Abel se alzó de hombros. Era cuatro años mayor que ella. Ahora tenía la piel curtida como cuero, los bordes de los párpados quemados, las manos arrugadas. Pero no estaba flaco. Lalia observó su respiración. Era como la suya: lenta, profunda, espaciada. De pronto, él le dijo:

—Estás bonita, Lalia.

Lalia sintió náuseas.

Sentí náuseas.

—Murieron todos —le expliqué—, mamá, papá, Lucía, la gente que se había quedado en el pueblo, los del Centro...

Me interrumpió alzando la mano.

—Sí, Lalia, lo suponía. Lo sé.

—¿Cómo llegaste? ¿No estabas en China?

—No. Estaba en Siberia estudiando el permafrost. Sabés que finalmente los jefes del imperio nos hicieron caso y pusieron las torres para enfriar...

—Que no sirvieron —dije.

—No sirvieron. Hubieran servido treinta años antes.

—Cuando todavía no habíamos nacido —dije, no sé por qué.

—Cuando yo estaba recién nacido —me corrigió Abel.

—¿Fue el metano que estaba encerrado en el permafrost? —era una pregunta ociosa.

—Sí. Y después se liberó el del fondo del mar.

—¿Los clatratos?

—Eso —dijo Abel con una sonrisa amarga.

—¿Cómo llegaste? —insistí.

—Sobreviví porque tenía la máscara y porque el metano es más liviano que el aire y sube muy rápido —me dijo.

—No. ¡Qué tonto! No fue por la máscara. Fue por otra cosa.

—Sí, es otra cosa, pero acordate que yo estaba en el permafrost. Las burbujas me hubieran podido estallar en el rostro. De no haber tenido máscara...

—Pero si es más liviano que el aire las burbujas no te hubieran estallado en la cara. No fue la máscara la que te protegió. ¿Y qué hiciste después?

—Después tenía una brújula. Caminé. Caminamos meses. Éramos quince al principio. Todos con máscara. Había tormentas enormes, mucha rayería. Todos se fueron muriendo. A los seis meses quedé solo. Caminé.

—¿Caminaste por Siberia, cruzaste el estrecho de Bering, y bajaste, todo a pie? No te lo creo. Es imposible —le dije.

—No fue fácil. Había mucha más agua. Atravesé el estrecho de Bering en un barco solar. En todo el recorrido duré muchos años.

—No, muchos no. Duraste aproximadamente seis años y cuatro meses —

dije.

—¿Cómo sabés? —preguntó Abel.

—Llevo la cuenta en un tronco, arriba, en el Centro —le dije, y me sentí amenazada.

—Lo que pasa es que no solo los barcos, también los autos de energía solar funcionaban, los que no estaban deteriorados o vandalizados. Hice largos trayectos en carro. En carro atravesé todo Canadá.

—Ahora sí me lo explico. Y decime, ¿no había nadie más?

—No había nada vivo, Lalia. Nada, nadie.

—¿Estás seguro, bien seguro?

—Totalmente seguro, hermanita.

A pesar de que la pastilla ya me estaba haciendo efecto, me asusté.

—Claro que los magnates deben estar escondidos en la Antártida —le comenté (desde que éramos pequeños mi padre llamaba magnates a los hombres y mujeres más ricos del mundo).

—Sí, seguramente, rodeados de un oxígeno que pronto se les va a acabar o que ya no podrán extraer y de los científicos que le vendieron el alma al diablo. Es un decir. En todo caso pronto van a estar todos muertos. Si no lo están ya —dijo Abel arrugando la frente y los ojos y agregó, mirándome otra vez—: Lalia, vamos a un lugar donde haya sombra. Ese hotel que pasé, el *Gran Ancón*, creo que nos puede servir. También para pasar la noche.

Asentí y lo seguí con desgana disimulada. Entramos.

El *Gran Ancón* era un desastre de basura y humedad pero parecía entero. Por supuesto, nada funcionaba, menos aún el ascensor. Buscamos cuartos en el primer piso. Yo había encontrado escobas de plástico que aún servían. Barrimos y limpiamos dos habitaciones. Afortunadamente todavía se cerraban por dentro con una sólida cadena de seguridad. Pero ¿qué tan fuerte sería Abel?

Salimos. Abel buscaba la terraza. Lo seguí con mi linterna, ya había anochecido. Encontró la terraza que miraba al mar, ahora tan cerca. Las sillas y las mesas, también de plástico, estaban sucias pero incólumes. Abel andaba un trapo y las limpió. Nos sentamos.

—Apagá la linterna —me dijo.

—No es necesario, durará mucho tiempo, es solar —le respondí.

—Apagala te digo —Abel a veces era autoritario—. Yo tengo candelas.

—Tonto. Las candelas no encienden porque ya no hay oxígeno.

—Es verdad, sí, qué tonto. Debe ser un reflejo de la niñez. Estas las tomé de una tienda de artesanía indígena en otro país, en el norte —dijo entre avergonzado y excusándose.

—Me imagino que los indígenas también sucumbieron —comenté.

—Sí. ¿Por qué habrían de sobrevivir? —me contestó.

—Pues no sé. ¿Por qué hemos sobrevivido nosotros?

—Yo tengo mi teoría...

—No me la digás ahora —lo paré, y sentí revolotear el corazón pero como había tomado la pastilla no me dio taquicardia—. Me preocupa eso tan feo que tenés entre las cejas, es como un huevo de codorniz pasado por agua, Abel.

—Es parte de todo este asunto. Mirá, ya te está saliendo a vos. Tenés como una membrana.

Me toqué y era verdad. Algo suave, membranoso. Y ya no me escocía.

—¿Cómo era el clima por donde pasaste? —le pregunté para cambiar el tema.

—No había puntos medios. En algunas zonas siempre llovía. En otras jamás. Pero yo casi no necesito agua, ¿sabés?

—¿Cómo sabemos que es agua? No puede ser agua —le dije—. En todo caso, sea lo que sea, yo tampoco necesito mucho.

—Decime, ¿cómo estaban papá y mamá y Lucía en los últimos tiempos? —me preguntó.

—Por muchos años estuvieron bien, sorprendentemente bien, como seguro sabrás por sus cartas. Pero en los últimos tiempos tomaban antidepresivos y calmantes. Por orden del imperio el gobierno los compraba y los repartía gratis, a toda la población. En el Centro se opusieron al principio. Después terminaron aceptándolos.

—¿Lucía también los tomaba? ¿Qué edad tenía cuando todo acabó?

—Tenía diecisiete. Sí, ella también los tomaba.

—¿Y vos?

—Yo no. Yo nunca los necesité. A papá en los últimos tiempos le dio por hablar mucho, no sé si era el efecto de las pastillas. Hablaba de lo que él



llamaba su mejor edad, sabés, cuando aún era soltero y ayudó a que nuestro país se uniera con este, el del canal interoceánico, después de que desaparecieron totalmente las abejas, cuando murió tanta población. No se justificaban dos países despoblados, mejor unirlos. Él estaba muy orgulloso de haber ayudado.

No me gustaban los ojos de Abel. Pero yo tenía hambre. Saqué la cajita con flores y semillas.

—Yo como de esto, ¿querés?

—Yo también como de eso. Las descubrí en Estados Unidos.

Abel sacó una bolsita. La abrió.

Comimos.

Después de comer les entró mucho sueño. Pero Lalia quería seguir conversando, a pesar de que Abel insistía en que se fueran a dormir.

—¿Cuál crees que fue el punto de inflexión definitivo? ¿La muerte de las abejas? —le preguntó.

—Sí, la muerte de las abejas fue uno... —a Abel se le estaban cerrando los ojos.

—¿Y el otro? —insistió Lalia.

Abel se estaba quedando dormido.

—Cuando aplastaron la Gran Resistencia... —murmuró y su cara cayó rendida contra la mesa.

—Vámonos a dormir —lo sacudió Lalia, no quería tener que llevarlo arrastrado ni dejarlo afuera.

Lalia lo ayudó a llegar a su cuarto y a caer en la cama. Luego ella se fue a acostar.

En algún momento de la madrugada oyó pisadas en el pasillo, y que forzaban la puerta de la habitación. Pero la cadena no había cedido.

Entonces el terror que le había entrado al encontrarse con Abel se convirtió en una certeza. Ese era su futuro, lo que le tocaba. Como en la Biblia. Porque esto iba más allá del cambio climático. Su hermano la iba a obligar a reproducirse con él. Como los hijos e hijas de Adán y Eva.

No, ella no lo aceptaría. Por nada del mundo copularía con Abel. No tendría hijos con su hermano. Ni siquiera si ese era el único modo de que continuara la humanidad.

Salió sigilosa, descalza. Caminando de puntillas acercó el oído a la puerta del cuarto de Abel. Lo oyó roncar.

Bajó a la planta baja. Después de mucho buscar lo encontró.

Subió. Como sospechaba, Abel no había puesto seguro en su puerta.

Abel dormía de costado y profundamente. Inmóvil.

Lalia procedió en forma certera y veloz. Cuando sintió hundirse el cuchillo en el cuello y cortar la arteria, vomitó, vomitó, hundiéndolo más, sin soltarlo.

Siempre le había repugnado matar animales.

# ELIA BARCELÓ

ELDA, ALICANTE, ESPAÑA, 1957

Profesora y escritora de narrativa fantástica y ciencia ficción, así como de novelas realistas y de literatura juvenil. Estudió Filología Anglogermánica e Hispánica, e hizo el doctorado en la Universidad de Innsbruck (Austria), donde trabajó hasta 2017, año en el que pasó a dedicarse exclusivamente a la escritura. Es una de las autoras más reconocidas en el ámbito de lo fantástico en España. Entre sus publicaciones cabe destacar *Sagrada* (1989), *El mundo de Yarek* (1993), *Consecuencias naturales* (1994), *El vuelo del hipogrifo* (2002), *El secreto del orfebre* (2003), *Disfraces terribles* (2004), *Anima Mundi* (2013) o *El color del silencio* (2017). Parte de su obra ha sido traducida a dieciocho idiomas. Entre sus galardones cabe destacar el upc (1993), el Premio Edebé de literatura juvenil (1997 y 2006), el premio Gabriel otorgado por la aefcft a toda su trayectoria literaria (2007), el Celsius (2014), el Premio de la Crítica Literaria Valenciana (2016) por su libro de relatos *La Maga y otros cuentos crueles* (2015), así como varios Ignotus recibidos a lo largo de su trayectoria. Ha cultivado el género de ciencia ficción, el terror, el fantástico, el histórico y el policíaco (tanto para el público juvenil como adulto).

Autodefinida como cortazariana, Elia Barceló aparece en numerosas antologías con cuentos como «La estrella», «Mil euros por tu vida», «Hijas de Lilith» o «Humo y espejos». Hemos seleccionado «Loca», publicado en la revista *Tránsito* n.º 18 (1993), por ser una rareza de la autora que sin embargo concentra algunos de sus rasgos esenciales: el riesgo formal y temático, la cara oculta del amor, el potencial de la literatura especulativa para suscitar reflexión. En el relato, la violencia inherente al ser humano se combina con la

temática de los viajes en el tiempo.

## LOCA

Es de noche. El gran hotel se encoge en la calma y el calor de mediados de verano y el agua de la piscina tiene reflejos de metal líquido, como un animal gigante que durmiera. La luna juguetea con unas nubes grises, plateadas. Huele a clavel y a mar. Oye su rumor sobre el silencio. Es ya tarde y las sillas de lona esperan calladas el sol de mediodía. Las gotas se deslizan por el vaso y van mojando el brazo de la hamaca. Sabe a ginebra, muy fría. Mira sus piernas morenas limitadas por la seda azul como un corte preciso hecho de agua. El mundo se mece blandamente al compás del hielo de su vaso. La soledad es un peso dulce, como un edredón de plumas del tamaño de un planeta. Brilla una llama con un chasquido y, por un momento, el humo vela las estrellas. Se levanta, camina lentamente entre ecos de tacones que devuelven las paredes, se triza el vaso en una lluvia de chispas y queda abandonado entre los hibiscos. Los pasillos tapizados y secretos, perdidos en la luz, amortiguan los pasos que se alejan. El bar está cerrado, los peces del acuario sueñan su mundo verde tras el cristal. Silencio de interiores hacia las puertas dobles que limitan el mundo. Las traspone. Los coches aguardan en hileras, monstruos de una exhibición abandonada. El golpe de la puerta y la luz de los faros delimitan la vida de la noche. Caliente, late la música sobre el motor. Una voz de polvo y fuego teje su telaraña espesa, de terciopelo, mientras los anuncios de color se enredan en el espejo y van quedando atrás arrastrados por la autopista. El aire de la marcha se agita sobre un cabello corto y alborota las perlas de un collar. Colgada de la voz y su palabra lánguida, conduce hasta el final del sortilegio; luego apaga el motor, se recuesta en el asiento, fuma un cigarrillo, mira en torno, lentamente, con los ojos muy abiertos y los labios pálidos brillando en la penumbra. La serenidad le está haciendo perder la calma; toma una decisión brusca y se dirige hacia las luces, hambrienta, deseando que suceda lo que teme, deseando que suceda cualquier cosa. Brilla la piscina en el jardín, deslumbradora, como una joya barata. Los surtidores rompen su superficie y la agitan para que no refleje las estrellas. La música grita y se retuerce como un cuerpo torturado y los otros

seres hacen muecas bebiendo de sus vasos, fingidamente en calma, los ojos agonizantes de búsqueda y fracaso. Se siente la soledad como un peto de acero salpicada de abrazos fingidos por el terror. En la barra pide otra ginebra al camarero que se contorsiona sobre la cubitera. Se queda allí, expectante, pasando el dedo enjorjicado sobre el vaso húmedo. No sabe cuánto tiempo le queda; no sabe si aún le queda tiempo, pero ya casi no le importa. Tiene los ojos fijos al frente, clavados en los reflejos de neón rojos y azules sobre la caja plateada de una botella. Sabe que debería tener miedo, pero no siente nada, solo hastío y decepción. Imaginar tampoco le sirve, nunca le ha servido, pero la ginebra es real y también la noche de verano, solo que no es bastante.

No le sorprende la mano posada en su hombro y sabe instantáneamente que no es una mano, que es tal vez una prótesis, tal vez el camuflaje de otro tipo de garra. No le importa. Se vuelve lentamente y se encuentra con sus ojos, oscuros y no a la altura que esperaba.

—Te invito a una copa.

Dice que no con la cabeza y murmura un «gracias» señalando su vaso. El hombre insiste:

—¿Vienes mucho por aquí?

—Es la primera vez.

—Te gustará. Hay mucha marcha.

Da otro sorbo a la ginebra y lo mira, como si pudiera ver a su través; trata de enfocarlo. Desiste. Él interpreta sus palabras y sus miradas:

—Creo que será mejor que vayamos a otra parte. Aquí hay demasiada gente. Conozco un sitio precioso que ya está cerrado, pero lo abrirán para nosotros. Conozco al dueño.

Asiente con la cabeza, se separa lentamente de la barra y avanza hacia la puerta sintiendo la presencia a sus espaldas. En la salida se detiene un instante, echa la vista atrás y se queda clavada como si quisiera fijar para siempre la imagen de aquel lugar que no le importa y que está a punto de perder. Él presiona su brazo con una mano grande, morena y peluda. Siente un escalofrío y sigue avanzando negándose a registrar su sonrisa, esa mueca cuajada de dientes amarillos.

—¿Tienes coche?

Dice que no sacudiendo la cabeza, sin saber por qué. Tratando quizá de

ganar unos instantes.

—Verás qué pronto nos consigo uno. ¿Cuál te gusta?

Se gira, indiferente, y se deja llevar por la luz parpadeante.

—El quinto de la izquierda.

—¿El rojo?

—Sí.

Él la deja parada en la acera y se acerca lentamente a la forma suave que resplandece más allá. Siente un breve impulso de huir. ¿Huir adónde? ¿Para qué? Y sigue parada sintiendo la brisa cargada de sal cachetearle la cara. La soledad se ha desvanecido y todavía no hay miedo. Se da cuenta de que aún sostiene el vaso en una mano y bebe el sabor frío, húmedo, como si lo aspirara. El último quizá. El ruido de un motor rasca sus nervios y el brusco resplandor de los faros pone estrellas entre sus pestañas. Se acerca, urgida por la mano de él que se agita en el interior del coche como un animal encerrado. Abre la portezuela y estrella el vaso a sus pies, deliberadamente. Se encuentra de nuevo con la sonrisa amarilla.

—Eres total, nena.

La aceleración la aplasta un segundo contra el asiento y su estómago se retuerce, agradecido por lo familiar de la sensación. Sin darse cuenta, sonrío mientras él pone la mano, con una pequeña vacilación, en su rodilla. Baja la vista, levemente interesada, hacia esa mano peluda que sube poco a poco por su pierna. Sus miradas se cruzan un instante y él retira la mano, como asustado. Se pregunta cuándo lo va a hacer y cómo pero en realidad no le importa. Todavía. Hace mucho que sabe que está muerta; solo es cuestión de tiempo y el tiempo se le ha acabado ya.

Él carraspea sin mirarla, lo que significa que quiere empezar a hablar y no sabe cómo. Buen entrenamiento. Todos los cropol están bien entrenados.

—A todo esto —acaba de decir él—, ¿cómo te llamas?

—¿Aquí, quieres decir?

Una expresión de sorpresa, cejas fruncidas, boca entreabierta.

—¿De veras te importa? —añade ella.

—Hombre, es lo normal, ¿no?; de alguna manera tengo que llamarte.

—«Suponte que te digo que me llamo Libertad» —canta ella a media voz  
— «y te propongo dar un paseo por las estrellas; entonces tú me besas porque

piensas que estoy loca, yo te clavo la lengua entre los ojos y tú te mueres despacio».

Es una canción antigua, aproximadamente de esa época, le parece, pero el hombre no reacciona. Un cropol debería conocerla.

La luna raya el mar a su derecha, una autopista ilusoria que no lleva a ningún sitio. Luego, poco a poco, el mar se va perdiendo tras de las montañas.

—Estás loca, ¿sabes? —dice él por fin, encendiendo un cigarrillo—. Yo me llamo Manolo. ¿Cómo te digo a ti?

—Así está bien.

—¿Así, cómo? ¿Loca?

—Loca.

*Las montañas, fosforescentes casi bajo la luna, parecen un decorado de tridi. Falsas montañas de rocas falsas en un paisaje falso de noche extraterrestre, extratemporal, extrahumana. El motor y el humo llenan la noche. Y la espera. El mundo falso se desenrolla al ritmo de la autopista. El coche corre a ciento ochenta sobre un piso aparentemente sólido que se deshace en curvas y barrancas.*

Flotaban en el no ser. Los cuatro. No había necesidad de materializarse. No habían registrado nada. Sabían la dirección y orientación aproximadas: Siglo xx al xxi, costa del Mediterráneo. Terra. Sol.

Solo esos datos se habían escapado de la mente del fugitivo veinticinco crons atrás. Desde entonces, nada. Era un desertor inteligente, bien entrenado, con la experiencia de dos huidas previas. Esta vez era la definitiva. Si lo localizaban, lo acabarían, pero de momento no tenían nada por lo que guiarse y por eso esperaban. Ni siquiera esperaban. Eran, existían, flotaban, en la zona sin tiempo, conectados a la Central.

Recoge las rodillas sobre el asiento y apoya el mentón mientras se acaricia el pelo con las dos manos. Él pone la suya en el muslo que ha quedado al descubierto. Acaricia la piel con la mano caliente y enorme que tiembla un poco.



—Me gustas —dice en voz baja.

Ella lo mira sin expresión, pero él está moviendo el volante en una larga curva con su mano libre y no lo registra.

Sabe que en ese siglo la gente se toca incluso para la copulación, pero nunca lo ha probado y no lo entiende. Se pregunta si es eso lo que quiere y por qué. ¿*Sightseeing* antes de volver a casa? Los cropols son seres extraños, eso se dice.

Dejan la autopista y el coche se interna por caminos de tierra en dirección al mar, que ha quedado abajo. Olor a yerbas sobre el olor del mar. El viento es frío.

—Estarnos muy alto, ¿sabes? Por eso hace frío, pero ya falta poco y verás como el sitio vale el paseo.

Ella cierra los ojos y reclina la cabeza en el asiento.

—¡Eh! Loca, no te vayas a dormir ahora, ya casi estamos.

Detiene el coche en ninguna parte y apaga los faros. Roza un instante con la mano su hombro y su cabeza y, de golpe, abre la puerta y baja. A través del cristal lo ve dirigirse a una casucha blanca a su izquierda. La rodea y desaparece. Ella aspira fuerte el aire de la noche, frío y especiado, preparándose para lo que va a suceder. Serán cuatro, como siempre, quizá ya sin disfraz de humano, inquietantes en su realidad, terribles en su calma. Cuatro cropols para acabar a un desertor. Esta vez ha sido muy fácil, muy rápido. Se ha dejado llevar porque sabía que esta vez era definitivo. La primera huida, al siglo xxiii, casi había tenido éxito. Corrió como el viento, pero la capturaron y la devolvieron; la segunda, al xxv, había durado muy poco; casi estuvieron a punto de creer que era solo una excursión ilegal. La tercera era la última. La acabarían. Tampoco había más posibilidades en cualquier caso; no podía ir más atrás del xx. Había sido su última carta. Negra. Pierdes todo. Hasta el derecho a seguir siendo tú.

Se pasa las manos por el cuerpo falso que lleva desde hace unos crons y al que ya se ha acostumbrado. Tan firme, tan sólido, la cabeza pequeña, las piernas útiles, el sexo único, dientes en la boca, uñas en las manos, pelo por todas partes, todo material biológico. Quizá le dejarán tiempo para volver a su cuerpo antes de acabarla, para preservar la dignidad. Quizá no.

Lo ve acercarse al coche y deja de pensar. Por reflejo, por costumbre. Los cropols localizan los procesos mentales codificados en nueva lengua y se

orientan por ellos. La única garantía es no pensar. Si se puede. Si lo aguantas. Nada de filosofar, ni recordar, ni hacer planes. Vivir el momento. Sentir. Escondarse. Mezclarse con la sociedad sin hacer nada, sin interferir. Imposible, todo imposible. Ellos lo saben y te buscan. Y te encuentran.

El chasquido de la puerta y todo su cuerpo tenso como un alambre. La mano de él.

—Ven. Baja.

¿Por qué no se quita de una vez ese ridículo disfraz de humano? ¿Por qué prolongar la agonía? Los cropols son eficientes, pero no crueles, no hay necesidad, no entra en sus esquemas.

Baja del coche y da unos pasos, vacilando en la noche fría sobre los altos tacones. Él le pasa el brazo por los hombros. Esta vez la sensación de asco es apenas soportable. Piensa una fracción de segundo en agredirlo y ver qué pasa, pero su cerebro se encoge aterrorizado ante la monstruosidad. Se ha vuelto más humana de lo que hubiera creído posible; nunca antes se le había ocurrido la posibilidad de una agresión contra la vida.

Camina lentamente hasta el borde de un precipicio. Siente que sus ojos se llenan de lágrimas y su garganta se cierra de terror. Es el final. Aquí, en un mundo extraño. Sin belleza. Sola.

Se esfuerza por controlarse y se separa de él; lenta, deliberadamente empieza a caminar hacia adelante, hacia la cortada. Llega al borde y, con una inspiración profunda, abre los brazos y salta, como un pájaro, como un pájaro que sabe que no puede volar.

El impacto la deja unos segundos sin respiración; el filo de una roca le ha hecho un corte profundo encima de la ceja y tiene la cara caliente y viscosa de sangre. El dolor es intenso, pero de algún modo más allá de su comprensión está viva. Cree percibir un jadeo en algún punto cerca de donde está, investiga su cuerpo mentalmente y se da cuenta de la presión en sus tobillos. Alguien la sujeta por los pies. No ha caído al barranco. El golpe ha sido solo de dos metros. Por eso sigue viva. El cropol la sujeta y le grita ahora entre jadeos. O quizá llama a otro cropol. Solo distingue algo que suena como «mudo, mudo». Y luego otras dos manos, otras dos zarpas que apresan sus piernas y tiran, tiran hacia arriba.

El mundo gira con sabor a sal. La sangre empapa su vestido y las perlas se desparraman una a una como microcrons.

Las caras se agrandan tras el velo rojo que cubre su vista y las voces, distorsionadas, se pierden en su oído, gruñidos de animales de una feria prehistórica.

La sujetan por los brazos, la arrastran, descalza, sobre las piedras. Ya todo da igual. Dentro de la casa la luz de una bombilla pone aristas a la realidad. Cortantes. Cierra los ojos y la sangre coagula sus pestañas con tibieza.

Oye insultos que nada significan. La náusea llena el mundo y la hace vomitar sin darse cuenta apenas. Luego se siente mejor, casi etérea, casi como en casa.

Algo húmedo y frío en la cara. Un vaso apretado contra sus labios. Ginebra. Sin hielo.

—¡Estás loca, gilipollas, loca! Como una cabra. ¿Qué querías? ¿Suicidarte? ¿Tú te crees que yo te he traído aquí para eso? ¡Me dan ganas de partirme la cara!

Abre los ojos con un esfuerzo tratando de enfocar los rostros y conservar la dignidad a pesar del vómito y la sangre.

Hay alguien más en la habitación, de espaldas, dejando correr el agua en un fregadero. Se vuelve y se acerca con una toalla mojada en la mano. Sin expresión, pone el paño sobre su ojo y lo sujeta allí mirándola con un leve destello de curiosidad.

Manolo pasea arriba y abajo dando palmadas sobre la barra del bar. Tiene sangre en la camisa y arrugas profundas entre los ojos.

El otro habla por fin:

—No hay manera de pararlo, tío. Habría que llevarla al Hospital a que le den un par de puntos.

—Sí, hombre, en un coche robado y con mis antecedentes —ruge Manolo.

—Pues tendré que llevarla yo.

—Sí, y luego le compras flores y la llevas a casa.

—Aunque sea buscar un médico.

Ella se pone en pie de un salto.

—No, a un médico no.

Los dos la miran y ella se sienta de nuevo, avergonzada. No entiende lo

que está pasando, pero sabe que no puede dejar que un médico la vea. Un médico, aunque sea del siglo xx, puede ver cosas extrañas en su cuerpo, cosas que pueden alterar el equilibrio temporal.

Hay un largo silencio. La herida late de un modo casi audible, pero el miedo ya no está. De nuevo tiene fuerzas para sentirse digna. Se pone en pie lentamente, se alisa la falda, los mira a los ojos tratando de descubrir lo que hay debajo de ese simulacro. Habla por fin, despacio, en nueva lengua:

—Caballeros, no entiendo lo que ocurre, pero conozco mis derechos. Sé que he cometido un grave crimen, sé que voy a ser acabada por ello, pero no veo la necesidad de esperar más. Estoy a su disposición.

Los dos la miran fijo sacudiendo la cabeza; luego se miran entre ellos, perplejos:

—Como no hables en cristiano, nena... —masculla Manolo.

Ahora es ella quien los mira atónita. Abre la boca y la vuelve a cerrar. Tarda unos segundos en comprender.

—Vosotros... —balbucea— ¿no sois cropols?

—¿No somos qué?

Ella busca en su cerebro:

—Policía, policía temporal.

Más allá de su comprensión, los dos rompen en carcajadas. Manolo se dobla en dos, rugiendo casi y al otro le resbalan las lágrimas por las mejillas. Palabras entrecortadas salen de sus bocas:

—Nosotros..., policías..., la loca..., policías, macho..., nosotros...

Poco a poco consiguen calmarse mientras ella empieza a mirar a su alrededor con ojos nuevos. Si eso es verdad, aún no la han encontrado, aún no la tienen, aún hay esperanza.

—Pero ¿cómo se te ocurre una estupidez así? ¿Tú crees que la policía va robando coches por ahí?

—Yo no sabía...

—Venga, tía, tú misma lo elegiste. Vale que estás loca, pero tan idiota no puedes ser. ¿Qué te figurabas?

—Yo creía que erais cropols. Creía que me habíais encontrado, que ibais a acabarme.

—¿A qué?

Busca un término que ellos puedan comprender. Duda un momento ante la obscenidad de la palabra. Le dice.

—Matarme.

—¿A ti? ¿Por qué? —perplejidad en su voz, en su rostro.

Ella vuelve a sentarse y oculta el rostro entre las manos.

—¿Tú tampoco estás limpia, eh? —la voz del hombre se ha dulcificado

—. ¿Drogas, terrorismo, contrabando? ¿Qué has hecho?

Su voz es apenas un susurro.

—Huir.

—Sí, ya, pero ¿por qué?

—Porque no soy como ellos, porque no aguantaba más. Era mi última oportunidad —se ahoga en un sollozo y guarda silencio.

—Mudo, tráele otra ginebra.

Ella dice que no con la cabeza, pero toma un par de sorbos quemantes. El mundo vuelve a girar, pero la hemorragia se ha detenido y la herida empieza a cicatrizar.

—Quiero irme —susurra.

—¿Adónde?

—Al hotel.

—¡Serás idiota! Ahí te cogerán enseguida. Aquí estás más segura. Por lo menos por esta noche. ¿Puede quedarse, Mudo?

El Mudo se mete las manos en los bolsillos y se chupa los dientes.

—Vale, a las horas que son, ya da igual. Quedaos. Pero yo me largo al pueblo.

La náusea vuelve a atraparla en sus zarpas viscosas:

—¿Podría acostarme en algún sitio? Por favor...

El Mudo le hace un gesto y ella lo sigue por una escalera estrecha hasta una pequeña habitación con un catre, un lavabo y un espejo picado. Cuelga del techo una bombilla, negra de insectos negros.

El Mudo se acerca a la ventana, la cierra y se vuelve para salir.

—Gracias —su voz tiembla.

El Mudo se aclara la garganta.

—Vete a la cama, chica, estás verde. He visto muertos con mejor pinta.

Se queda sola en el cuarto, mirando el catre de sábanas amarillentas y

arrugadas. Se quita el vestido que la sangre ha pegado a su cuerpo y, evitando cuidadosamente pasar por delante del espejo se acerca a la ventana y la abre de par en par. La luna ya se ha ido. Inspira profundamente. Abajo, muy abajo, le parece ver el mar.

*Un rumor. Un flujo deslizándose por el no ser y dándole vida. Una señal. Un indicio. Una lenta toma de conciencia. Orientación. Adecuación. Existencia consciente. Un cron. Otro cron. Salto. Salto. Salto. Estructuración orgánica. Llegada.*

*La violenta luz del sol y cuatro cronopols frente al mar. 1995.*

Manolo se rascaba la barba, fuerte y negra, que había empezado a crecerle y se concentraba en las curvas de la carretera dedicando un insulto ocasional a nada en particular, al paisaje cada vez más seco que, poco a poco, se volvía rosado. El Mudo, mientras tanto, daba vueltas al botón de la radio, palabras desconectadas, estática, fragmentos musicales.

—¿Te quieres estar quieto, joder?

—Deben de ser cerca de las cinco. Quería ver si en las noticias daban algo de ella.

—¿De ella? ¿Qué coño van a dar?

—La buscan, ¿no? Lo mismo nos enteramos de algo.

—A esa tía no la busca ni su padre. Lo ha estado pensando. Es todo cuento. Está loca.

—Puede que esté loca, pero está claro que tiene miedo.

—Manía persecutoria, lo llaman. En el cuartel también teníamos un tipo así. Se creía que lo buscaba la Mafia.

El chasquido de un encendedor. Una bocanada de humo, un largo silencio.

—¿Qué vas a hacer con ella?

Manolo vuelve a rascarse la barba.

—No sé. Volverla a llevar al sitio donde me la encontré y pasar de todo. Bueno, y si puedo, cobrarle las molestias —se gira hacia el Mudo con una amplia sonrisa, apretando el cigarrillo entre los dientes.

—Tendrías que lavarla primero —contesta el Mudo sonriendo también.

La luz empieza a ser naranja sobre la autopista, Manolo se frota los ojos y enciende un cigarrillo.

—¿Te dejo en casa de tus viejos?

—Sí. No subiré hasta la tarde. ¿Vas a volver ahora?

—Me tomaré un café antes. Llevo dos días sin dormir.

—Túmbate un rato en mi casa. A la vieja no le importa.

—No. Tengo que volver. Cualquiera sabe lo que se le va a ocurrir a la loca.

—Como no se vaya volando...

—¿Tú no tienes allí la furgoneta?

—No. Está en el taller.

—¿Y cómo pensabas bajar?

—Con el camión de reparto, listo. Anda, te pago un café.

Aparcan el coche en un callejón lateral y se acercan andando hasta la plaza. Lllaman en un cierre metálico y esperan un buen rato con las manos en los bolsillos hasta que el dueño se asegura de que son amigos.

Sentados en la barra, el Mudo se chupa los dientes mientras Manolo se limpia las uñas con un palillo.

—¿Qué será eso de policía temporal? —murmura el Mudo a media voz.

—¿El qué?

—Lo que ella dijo anoche.

—Yo qué sé. Otra chifladura.

—Sí, pero ¿por qué temporal? Esa no existe. Hay nacional, municipal, autonómica, pero temporal solo sale en las novelas de ciencia ficción.

—¿Tú lees esas gilipolleces?

El Mudo se encoge mirándose las uñas.

—Hombre, no sé. De vez en cuando, como todo el mundo. A veces allá arriba pasan las horas y no sabes qué hacer.

El silencio de Manolo lo envalentona.

—Son muy distraídas.

—¡Joder! —explota por fin Manolo, levantándose—. Yo ya sabía que eras tonto, pero no se me había ocurrido que llegaras a subnormal.

Toma su café de un trago y se da la vuelta.

—¿Adónde vas?

—¡A mear! —su voz es un rugido mientras desaparece tras la puerta marcada «Caballeros».

Se despierta bruscamente, sobresaltada, ahogando el grito que se le prende a la garganta. Casi sin darse cuenta se encuentra sentada en el catre, con las sábanas húmedas arremolinadas en torno a su cintura. Tarda un momento en darse cuenta de dónde está y, lentamente, se deja caer de nuevo con las manos bajo la cabeza. Otro amanecer. Unos crons ganados. Si consigue aguantar un poco más, ellos perderán la partida. Se habrá convertido en parte del devenir temporal del veinte y no podrán tocarla para no afectar la trama del futuro, de su presente, del presente de ellos, siglo treinta y tres de la vieja cuenta. Unos miserables cronos entre su presente actual y la seguridad, pero tendrá que ganárselos a pulso. Los cropols no abandonarán mientras quede un microcrón. Se da cuenta con espanto de que ha estado pensando, pensando en nueva lengua. Se levanta de un salto y empieza a pensar palabras, palabras sueltas, incoherentes, en todas las lenguas muertas que conoce, esforzándose por recordar una canción, la que sea, una canción que pueda mantener ocupado su cerebro y ahogar el flujo de pensamiento que se escapa contra su voluntad.

«Cigarrillos, cigarrillos, tengo que encontrar mis cigarrillos», empieza a decir en voz alta. Es una palabra casi mágica, en nueva lengua no existe ni el referente ni el concepto, es algo que solo se aprende voluntariamente para especializarse en Historia Social de la antigüedad. «Cigarrillos, ginebra, sexo, trabajos domésticos, familia, tortura, animales, niños, viejos, sociedad de consumo».

Baja las escaleras, «dios», va a beber un vaso de agua al fregadero, «necesidades físicas», busca su bolso bajo las sillas, «copulación», encuentra el paquete de cigarrillos bajo una mesa, «miedo», y el encendedor unos metros más allá, «ficciones, extraterrestres, armas, guerras», enciende un cigarrillo y va hasta la puerta. Forcejea un poco con la cerradura y se queda quieta, apoyada en el quicio contemplando el paisaje. El sol está ya alto y el mar brilla al fondo. Apenas una cinta resplandeciente en la lejanía. Calor, una ligera picazón en la piel. Dolor de cabeza. Latidos encima de la ceja. Un vacío en el estómago punteado de espasmos. «Hambre», probablemente. El vibrar insistente de miles de insectos. Un sonido seco, repetitivo,



enloquecedor. El sonido de un motor en la distancia. El vuelo de un pájaro. La vida.

«Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar que es el morir».

Un motor acercándose. Y otra vez la náusea y el miedo. «No pueden ser ellos» —en español— «no tan pronto», murmura.

Manolo acaba de llegar envuelto en una nube de polvo rojizo. Baja del coche guiñando los ojos a la luz y se queda clavado al verla. Ella sigue quieta. No sabe qué hacer. Él se acerca por fin, muy despacio, un absurdo contoneo de caderas estrechas, «masculinas», una sonrisa lenta cruzándole el rostro.

—Aparte de que eres una cerda, no estás del todo mal.

Se da cuenta de que está desnuda y sabe que debería sentir vergüenza, pero es una sensación que nunca ha estudiado en profundidad y no sabe fingirla, así que se queda apoyada contra el quicio sosteniendo el cigarrillo entre los dientes, mirando avanzar a Manolo que apoya los pies en el polvo como si fuera la tierra la que tuviera que desplazarse a su paso.

Lleva una camiseta roja, sin mangas, que ajusta su torso como una funda de goma y unos vaqueros elásticos. Se acerca hasta casi tocarla, sin expresión.

Le arranca el cigarrillo de la mano y lo lanza al polvo. Sus ojos se entrecierran de sorpresa, pero no se mueve, espera simplemente mientras él le retuerce la muñeca y la obliga a caminar hacia dentro de la casa. Se muerde los labios mientras siente el dolor que sube hasta su hombro, agradecida por la sensación que adormece su cerebro. Llegan a un baño olvidado de azulejos rotos y él la fuerza contra un rincón donde el suelo está cubierto de una espuma grisácea y reseca cuajada de pelos. Siente que su estómago se revuelve y mira hacia arriba tratando de apartar los ojos de la mugre que rodea sus pies y, en ese momento, él abre la ducha y el agua choca, fría, contra su cara, contra su pelo, se desliza por su espalda punteando su cuerpo de sacudidas, dejándola débil y mareada. Siente que se ahoga y empieza a toser y a luchar contra el cuerpo que le impide la salida. Cierra los ojos y golpea el pecho del hombre que la empuja más y más contra la pared. La presión se detiene unos instantes y, al lanzar una rápida mirada aturdida, la sonrisa amarilla la fuerza a pegarse por su propia voluntad a la pared helada. Manolo está desnudo frente a ella, sonriendo como una fiera. Se oye a sí

misma gritar un «no» desgarrador casi antes de comprender lo que quiere hacer con ella y la voz del hombre le llega como el sonido de una grabación antigua.

—Eres una gata, pero no tienes nada que hacer, nena. Voy a cobrarme igual.

Los dientes de él en su cuello y todo el cuerpo retorciéndose de asco ante el contacto de tanta piel, la mano entre sus piernas como una araña peluda. Su risa en el oído.

—Sois todas unas putas. Decís que no, pero os gusta.

Y ella solo grita «no, no, no...». Se oye gritar y no comprende por qué lo hace, por qué se resiste. Sabía que iba a ser así. Sabía cómo era la época a la que venía. El contacto, la violencia, el dolor. Lo sabía, lo aceptaba con tal de huir de la asepsia, de la soledad, de la cerebralidad, pero grita y grita bajo el chorro de agua helada hasta que él saca la mano de entre sus piernas y se la mete en la boca, salada y pegajosa, y ella tiene que dejar de gritar y trata de morderla, espantada de sí misma, con sus dientes de calcio endurecido, mientras siente un dolor desgarrante que le sube por el vientre y por la espalda hasta la nuca y la respiración caliente y viciada en su cuello. Él la tiene cogida por los muslos y la levanta del suelo, la clava contra la pared y le muerde la oreja diciendo palabras que ella no comprende porque ya no comprende nada, ya no siente nada salvo el dolor y el miedo y el asco. Y el asco. Pero su cerebro está vacío, vacío. Y entonces se echa a reír. A reír de pura felicidad, de liberación, por encima del asco y del miedo, mientras él se afloja poco a poco, la deja en el suelo y sale del baño sin cerrar la ducha.

Ella se deja resbalar lentamente hasta el suelo y se queda mirando el agua que se lleva los pelos oscuros, los últimos restos de espuma gris, las gotas blanquecinas que escurren de sus piernas, mientras canta una canción en inglés, la lengua franca del veinte.

—¡Joder, Manolo! ¡Qué bestia eres! ¿Qué le has hecho a esta pobre chavala?

—Nada, ya te lo he dicho —Manolo mira por la ventana, sin volverse a contestar. Tiene las manos hundidas en los bolsillos traseros del pantalón y se chupa insistentemente un colmillo—. Lo normal. Bueno, esto... he tenido que obligarla un poco. Al principio, no quería, pero luego sí, como todas.

—¿Ah sí? ¿Y entonces qué coño le pasa? ¿Por qué está así?

—Y yo qué sé, ¡maldita sea su estampa! Me fui a dar una vuelta y cuando volví me la encontré ahí igual que ahora. En esa silla, como una zombi, cantando con voz de idiota como si no me viera. Le iba a dar un par de hostias, pero no me atreví. Como no sabía qué hacer, me fui a buscarte.

—¿Quieres decir que lleva ahí todo el tiempo que has tardado en bajar al pueblo y volver a subir?

—Más. Ya te he dicho que primero me fui a dar una vuelta.

—¡Joder, Manolo!

—¡Qué joder ni qué leches! ¿Qué quieres que haga?

—Podías habérmelo dicho y me habría traído a mi primo que es ats.

—Sí hombre. Y a la pasma.

—Pues algo habrá que hacer.

—Sí, claro. Largarse.

El Mudo se pasa las manos húmedas por las perneras de los tejanos y se pone en pie lentamente, cansado de mirar los ojos que no ven y de escuchar el sonsonete de una canción pasada de moda. Se acerca a Manolo y lo obliga a girarse de un empujón en el hombro.

—¿Conque largarse, eh? Muy guapo. Esto a las siete empieza a llenarse de gente. Son casi las cuatro. Ahora mismo viene Tony con los de la cerveza. ¿Tú crees que te puedes largar y dejármelo a mí todo?

Manolo se mira las botas y se encoge de hombros.

—Yo decía largarnos los dos.

—¿Y el bar?

—Se lo dejas a Tony. No sería la primera vez.

—¿Y ella?

—La subimos arriba. Seguro que ni se entera.

—Y si alguien se la encuentra, nos enchironan. Por lo menos a mí. El bar es mío.

—Entonces, ¿qué?

—Está claro. Hay que sacarla de aquí.

—¿Y adónde la llevamos?

Mudo repasa mentalmente todos los posibles escondrijos y los va descartando uno por uno.

—¿Tienes aún la llave del piso aquel de los de Barcelona?

—Claro, pero ni se te ocurra. En el mes de julio, aquello debe de estar de bote en bote.

—¿No me dijiste que es un picadero que tienen a medias cuatro tíos?

—Sí, ¿y qué?

—Pues que no creo que sus mujeres sepan que existe. Y en julio todo el mundo está de vacaciones con la mujer y los hijos, así que el piso ha de estar vacío.

—O hay un tío dentro con la fulana. O una de sus amigas se ha hecho copia de la llave, como yo, y está de verano.

—Pues tú dirás.

—¡Yo qué coño voy a decir!

—Tú la has traído.

—¡Maldita sea! Ojalá se hubiera caído ayer al barranco. Un problema menos.

El Mudo crispera los puños, inspira fuerte y mira para otro lado.

—Si tú te hubieras tirado por un barranco hace unos años, todos nos habiéramos ahorrado problemas, Manolo, pero ya ves...

—¿Me vas a cobrar los favores que me has hecho?

—No, gilipollas, pero esto es serio y ya estoy hasta las pelotas de ti y de tus líos.

Un motor renqueante rompe el silencio. El camión de la cerveza.

—¡Hay que moverse! ¡Llévatela al coche y espérame allí!

Manolo se acerca con repugnancia a la mujer desnuda que canta a media voz con los ojos fijos en la nada, mientras el Mudo se dirige hacia la puerta.

—¡Mudo! ¡Su vestido!

El Mudo se lanza escaleras arriba y baja con un guiñapo en la mano.

—¡Busca el bolso y los zapatos, Manolo! ¡De prisa!

—No encuentro los zapatos, Mudo. Se le debieron caer ayer noche.

—Entonces estarán cerca del barranco. ¡Lárgate, rápido! No hay tiempo.

Le ponen el vestido entre los dos mientras ella los mira sin verlos, subiendo y bajando los brazos. Manolo la coge en vilo y el Mudo deja caer el bolso en su regazo.

—¡Rápido, rápido, imbécil! ¡Ya llegan!

Mientras Manolo camina tambaleándose hacia el coche, el Mudo sale por la puerta posterior y empieza a saludar al camión que ya corona la última curva.

Ella parpadea locamente al sol de las cuatro y su ensueño se rompe cuando Manolo la deja en el suelo de piedras. La mano del hombre se estampa contra su boca.

—No se te ocurra gritar, loca. Vamos a sacarte de aquí, pero si abres la boca, te mato.

Sus ojos se abren desmesuradamente, pero consigue decir que sí con la cabeza y Manolo la suelta.

—Sube ahí detrás y estate quieta. Voy a buscar tus zapatos.

Ella cierra la puerta y apoya la frente contra el cristal, los ojos clavados en el azul casi blanco del cielo, tratando de no pensar en nada. Una mosca choca contra su cara y ella se sobresalta sin darse cuenta de que está fuera del coche. Sabe que hay insectos dañinos, pero no puede distinguirlos de los que no lo son. A pesar de toda su vida de estudio no está preparada para el pasado. Hay muchos detalles que desconoce, que solo se aprenden en la realidad, con el tiempo. Pero ella no tiene tiempo.

La mosca choca una y otra vez contra el cristal sin comprender por qué no puede pasar al otro lado, esperando tal vez conseguirlo a fuerza de insistir. Ella la mira, fascinada, reconociéndose en el estúpido insecto, sin atreverse a pensar. Dos portazos. Manolo y el Mudo están sentados delante, la respiración agitada, la nuca sudorosa.

El coche arranca con un rugido doloroso y la polvareda anula el mundo. Ninguno de los dos se vuelve a mirarla y ella se deja resbalar en el asiento mientras sus ojos se cierran y su consciencia gira y gira hasta desaparecer.

Abre los ojos bruscamente y, de momento, no sabe qué es lo que la ha despertado, una curva, un bache, el claxon de un camión, pero siente el miedo sorbiéndola como una ventosa. Y, de repente, comprende con un escalofrío.

—Están aquí —dice—. Me han encontrado.

Los dos hombres se giran perplejos.

—¿Qué? —pregunta el Mudo.

—Están aquí. Ya han llegado. Ahora empieza la caza. Saben dónde estoy.

—¿Quién?

—Ellos. Los cropols. —Su voz es un susurro de muñeca mecánica.

—Pero ¿cómo lo sabes?, y ¿cómo van a saber ellos dónde estás? ¿Te han visto?

Ella niega con la cabeza, sin expresión:

—Me han oído. Me han oído pensar en mi lengua. Así se orientan. Por eso sé que están aquí. Yo también puedo oírlos, pero no los comprendo, no tengo su clave.

—¿Y sabes dónde están?

—No, yo no puedo orientarme. Me encontrarán.

—¡Joder, Mudo, deja de darle cuerda! Parece que te gusta. ¿No ves que está loca? —Manolo acelera furiosamente y el claxon de un camión se distorsiona con la velocidad.

El Mudo sigue vuelto hacia ella, ignorando a Manolo.

—¿No puedes despistarlos?

Ella niega a medias con la cabeza:

—Solo si consigo dejar de pensar. Yo solo puedo pensar en mi lengua, ¿comprendes? Tengo que anular mi cerebro para que no me encuentren y eso... eso es casi imposible y ellos lo saben. Y esperan.

—¿Y qué haces normalmente? Quiero decir, ¿qué has hecho hasta ahora?

—Tratar de sentir, solamente. Ya sabes, calor, frío, sed, dolor, asco — echa una mirada a la nuca de Manolo—. Y cantar. Cantar obsesivamente una canción hasta caer en trance.

—Oye, ¿y si tomaras una droga? Un somnífero fuerte.

—Solo cuenta el tiempo que estoy consciente.

—¿Qué quieres decir?

—Hay un tiempo límite. Si no me cogen hasta entonces, ya no pueden acabarme. Tienen que dejarme libre.

—¿Cuánto tiempo?

De repente las manos de ella se crispan en los hombros de Manolo, el coche da un bandazo y él se vuelve hacia atrás rojo de ira. Ella lo ignora.

—Manolo, por favor, hazme lo que me hiciste esta mañana. Eso me dio mucho tiempo. Durante muchos crons no pude pensar. Solo sentía. Por favor, por favor, vuelve a hacerme daño como antes.

Manolo suelta un bufido y se agarra al volante hasta que sus nudillos se

vuelven blancos.

El Mudo mira de uno a otro, de la cara enrojecida a la cara pálida y desvía la vista hacia la carretera.

—¡Mudo! Vete al asiento de atrás, ya la has oído.

Él se gira a mirarla, ve sus ojos llenos de lágrimas y vuelve a dejarse caer en el asiento.

—No puedo.

—¿Que no puedes, gilipollas? —Manolo lanza el coche a la cuneta y frena en seco con un chirrido—. Coge ese volante. Te vas a enterar, puta.

El Mudo se sienta frente al volante en silencio.

Las primeras bofetadas suenan como disparos. Luego el aire de la marcha amortigua su ruido, pero no es bastante, no es bastante para acallar los golpes, los gritos, los insultos, ni siquiera la radio con su disco-sound puede apartar de su mente los gritos de ella mientras Manolo la golpea una y otra vez. Conduce como enloquecido por la autopista, toma una desviación y adelanta en línea recta a una larga fila de turismos, tratando de llegar, de llegar cuanto antes y que cesen los gritos y las risas. Sobre todo las risas de Loca.

En el balcón del apartamento, recortada contra el atardecer, lavada y envuelta en un albornoz blanco, parece más pequeña. Tiene el ojo hinchado debajo de la herida de la frente y un corte en el labio. Debe tener el cuerpo lleno de moratones pero quedan cubiertos por el albornoz y el Mudo no quiere pensaren ellos mientras prepara los *gin-tonics*. Manolo se ha ido. Desde la cárcel no soporta los espacios cerrados.

—¿Cómo estás?

Ella inicia apenas una sonrisa:

—Mejor, gracias.

Toma el vaso que le ofrece el Mudo.

—Más serena, más lejos de todo.

—Háblame. Así pensarás menos.

Ella sonríe abiertamente y hace una mueca cuando se tensa el labio herido.

—¡Qué extraño! Nosotros solo hablamos como expresión del

pensamiento.

—Nosotros a veces también, pero casi siempre hablamos por hablar. Dime qué sientes, por ejemplo.

Ella toma un sorbo y se queda quieta contemplando el mar que se ha puesto violeta:

—Cansancio. Soledad. La sensación de que nada vale ni ha valido nunca la pena. El tintineo del hielo, un ruido frío. Olor a sal y a tu sudor. Todo falso. Como si estuviera en una película antigua. Hastío, decepción. Lástima.

—¿Por ti? —su voz es casi un susurro.

—Por todo.

Se gira hacia él y el Mudo se encoge en su tumbona. No se había dado cuenta de que sus ojos fueran tan grandes, ni tan claros.

—Perdona —acaba de decir ella—. No quería herirte.

—No me has herido.

—Sí, puedo sentirlo. Y me disculpo.

—No tiene importancia, de verdad. Yo no soy nada para ti.

—Me has ayudado por nada. Eso en mi mundo es normal, pero no aquí.

—No, tienes razón. Aquí no.

Hay una larga pausa. La noche ha caído y una claridad amarillenta se extiende hacia el Oeste. Algunas barcas brillan en el mar como estrellas bajas.

—¿Es verdad que vienes de otro mundo? —pregunta por fin el Mudo.

Ella lo mira, sorprendida:

—De otro mundo no. De este. Solo que de otro tiempo. Pero, sí, es casi otro mundo. El mío no es así.

—¿Cómo es? —ha puesto los pies en el suelo y la mira expectante, inclinado hacia ella.

—Hay menos tierras, casi todo es mar. Y hace mucho más frío. En el exterior, quiero decir. Nosotros vivimos en inmensas ciudades climatizadas con una red de transportes transmateria, sin tiempo, quiero decir. No sé qué contarte... —se acerca a la barandilla y mira hacia abajo, como haciendo un inventario—. No hay bosques, no hay niños, no hay viejos, no hay animales, no hay suciedad, ni enfermedades, ni pobreza, ni violencia.

—Pero eso es el Paraíso.



—Supongo que sí.

—¿Y qué es lo que va mal? Si yo viviera en un mundo así, no querría irme.

—Yo soy desviante. No era feliz.

El Mudo da un trago a su *gin-tonic* y se queda mirando el hielo, casi derretido.

—¿Hay ginebra? —pregunta casi en broma.

Ella responde con seriedad:

—No. No hay drogas, ni venenos, ni comida, ni juegos, ni sexo, ni estado, ni religión.

—¿No hay sexo? —la voz del Mudo tiene mucho de incrédulo y algo de horrorizado.

—No como aquí.

Él la interrumpe:

—Si piensas en lo que te ha hecho Manolo, olvídale. Eso no es.

—Nuestros historiadores no estarían de acuerdo. Sabemos que el sexo hasta el siglo veintidós es contacto y violencia. Nosotros tenemos fisiológicamente dos sexos. Somos andróginos, pero no hay contacto físico entre nosotros.

—¿Entonces para qué queréis dos sexos?

—En el siglo veintiséis la humanidad decidió implantar la androginia; más adelante con la revolución transmateral se mantuvo la forma externa, pero dejó de usarse en la práctica.

—¿Qué es eso de la revolución transmateral?

—Nosotros tenemos muy poca materia. Si nos vieras, ni siquiera te pareceríamos humanos. La cabeza es más grande que la vuestra, lo demás es mínimo.

En vuestro cómputo, un adulto pesa apenas quince kilos.

—Pero ¿cómo podéis andar, levantar cosas, trabajar?

—No usamos la fuerza material. Flotamos y hacemos flotar los pocos objetos que usamos. No nos movemos casi.

—No entiendo nada.

—Es todo demasiado diferente. Si tuviera tiempo, te explicaría mucho más.

—Tenemos tiempo.

—Yo no, Mudo.

El Mudo se muerde el labio inferior, sintiéndose culpable. Se toma el vaso de un trago y mira el mar intentando decir algo que salve la situación. Ella se adelanta:

—¿Por qué te llaman Mudo?

—Una broma de críos. Yo antes hablaba mucho.

—¿Y cómo te llamas?

—Diego. ¿Y tú? En tu tiempo, digo. Una sombra pasa por sus ojos.

—Alia —contesta y, de repente se lanza sobre el Mudo derribándolo en la tumbona.

—Haz algo, Diego, por favor. Pégame. Hazme daño. Estoy pensando en mi lengua otra vez. ¡Por favor! ¡Estoy pensando!

Él levanta la mano por instinto y la deja caer, horrorizado ante la tortura que hay en la mirada de Alia. Entonces se acuerda de la autopista y se pone a cantar, histérico, desafinado.

—¡Canta, Loca, canta, canta!

Ella comprende y los dos rompen a cantar a voz en grito el corro de la patata:

«Con un pie, y otro pie»,

—¡Vamos Loca, canta!

«una mano y otra mano»

Manolo abre la puerta y los mira a la luz de la luna.

«Un codo y otro codo»,

«la nariz...»

Sin llegar a entrar en la salita, cierra de un portazo mientras Diego revuelve el pelo de Alia:

«... y el gorroooo!» —como un poseso.

Las manos del Mudo acarician ahora las mejillas de Loca.

«Al corro de la patata comeremos ensalada»

se deslizan por sus hombros y bajan directamente hasta las caderas

«como comen los señores»

sueltan el cinturón del albornoz y tocan la piel tibia que se estremece

«con ajitos y limones»

Busca los labios y la besa mientras el cerebro de ella repite

«con un pie y otro pie»,

y lentamente el Mudo la recuesta en el colchón neumático,

«una mano y otra mano»

hasta que el cerebro de Alia se pierde en la canción y en la sensación desconocida del suave contacto de la piel.

Buscan. A través de la noche de verano sólida de gente, de luz y de ruido, buscan. Atentos a cualquier rumor, cualquier indicio. Sus cuerpos fingidos rechazando las miradas que se posan sobre ellos como si no tuvieran existencia real. Son conscientes de que algunos primitivos registran su presencia con una mínima parte de su mente, pero eso no importa. La caza acabará pronto. Luego regresarán.

Alia y Diego contemplan la luna desde la terraza. Cada uno en su hamaca, el vaso al alcance de la mano, un cigarrillo en la boca, en silencio. Desde la calle suben los gritos de los niños jugando al escondite mientras los padres juegan a las cartas entre risotadas, la música disco al paso de los coches, los disparos de alguna serie de televisión amplificadas por docenas de aparatos, el estruendo de las motos que cruzan la noche en busca de algún placer que siempre está en otra parte. Alia tiene los ojos abiertos y mira la luna fijamente mientras sus labios se mueven en silencio, como si rezara. Diego siente la necesidad de estar a su lado, cogerle una mano, abrazarla, tratar de protegerla. Siente también que no es posible y la impotencia le hace suspirar:

—¿Por qué te fuiste, Alia?

—¿De mi tiempo? —Hace una pausa y da una larga calada, sin mirar a Diego—. Por aburrimiento. Es absurdo, lo sé. Ahora lo sé. Supongo que llegué a identificarme mucho con las épocas históricas que estudiaba. La nostalgia del pasado era muy fuerte. La nostalgia de un pasado que no conocía realmente. Mi propia época me parecía aburrida y estéril. Yo estuve aquí un tiempo, ¿sabes? A finales del veintiuno. Casi dos de vuestras semanas, en misión de estudio.

—¿Y qué estudiabas?

Ella sonríe apenas, un fantasma de sonrisa en sus labios hinchados:

—La violencia.

—¡Qué raro!

—Sí. Pero entonces yo era ciudadana de pleno derecho. Podía asistir a los acontecimientos sin sufrirlos; podía desmaterializarme y estudiar luego lo que había visto. Nunca me golpearon. Quizá por eso me interesaba tanto. Porque solo lo había visto desde fuera.

—Pues ahora ya sabes lo que es.

Hay un largo silencio mientras ella recorre su rostro con las dos manos, acariciando las huellas dejadas por Manolo.

—¿No preferirías volver a casa?

—Tal vez sí. Esto no es como yo lo imaginaba. Pero ya es tarde. He elegido mal.

—¿Tan malo es esto?

Ella gira la cabeza hacia él; sus ojos parecen anaranjados a la luz de las farolas del paseo marítimo.

—¿Tú no has deseado nunca vivir en algún tiempo pasado?

Diego se encoge de hombros, una sonrisa avergonzada jugando en sus labios:

—Siempre pensé que tenía que ser estupendo ser pirata del Caribe.

—Siglos diecisiete y dieciocho —contesta ella como una máquina—. Sin medios para combatir las enfermedades ni cirugía fiable en caso de heridas o accidentes, sin antibióticos, ni higiene de ningún tipo. Hambre, peste, sociedad jerarquizada, arbitraria administración de justicia, autos de fe, persecución política y religiosa, esclavitud. Violencia constante, sin sentido, sin justificación. Morir y matar. Matar. Siempre matar. Por dinero, por dios, por el rey, la gloria, el honor. Torturas, mutilaciones, horribles sufrimientos físicos y psíquicos. ¿Era eso lo que querías?

Diego se chupa los dientes, se muerde los labios y baja la vista:

—Yo me lo imaginaba de otro modo. No se me había ocurrido todo eso. Yo... pensaba solo en la parte bonita: la libertad, el surcar los mares, lo de un amor en cada puerto... todo eso.

—A mí me pasó igual. Pero yo debía haberlo sabido. Soy historiadora social. Era historiadora social. Yo elegí también ver la parte bonita: la

libertad, la pasión de vivir del siglo veinte, la sensación de estar vivo en una época en que la humanidad está empezando a despegarse del animal que le dio origen, los grandes inventos, la conquista del espacio, la revolución sexual, la revolución política y social, la cultura del ocio... No quise ver lo otro.

—¿Lo otro?

—La violencia ciega sin razón ni sentido, la falta de trascendencia, la desintegración de los viejos valores antes de que hayan surgido otros para ocupar su lugar, la destrucción del planeta, la sensación de vacío vital, la falta de solidaridad... —su voz se corta y enciende un cigarrillo con una mano que tiembla—. El aburrimiento. El aburrimiento tan grande o peor que el de mi mundo. Ayer, cuando me encontré con Manolo —su voz oscila entre la risa y el llanto— ya casi no podía más. Pero no era miedo, Diego, no solo. Era... era que... que me aburría, que no sabía qué hacer con esa aparente libertad, con ese mundo perverso de placeres que yo imaginaba.

Diego baja de la tumbona y se acerca vacilante. Se acucilla junto a ella, le coge la mano y besa le cara interior de la muñeca:

—Yo te ayudaré, Alia.

Tensión en todos los músculos de su disfraz. La intensidad de Mudo duele en algún punto ilocalizable pero lo otro duele más. El sinsentido, el fracaso. El miedo se ha desvanecido por completo. Si aguanta hasta la salida del sol, habrá acabado la caza. Y luego ¿qué? Sobrevivir en el veinte entre ruidos, hedores y violencia, arrastrando un cuerpo que la clava al suelo y le pesa como un mundo. Fumar, beber, alienarse para no pensar constantemente en su renuncia, en todo lo que ha perdido al escapar. Ha sido una imbécil pensando que el tiempo pasado era mejor, que el veinte le daría todo lo que le faltaba. El fallo está en su interior y no tiene arreglo posible. Casi es mejor que la encuentren los cropols.

Diego suelta su mano y siente cómo los músculos de Alia se distienden. ¿Cómo va a ayudar a alguien que ni siquiera se deja tocar? Se pone de pie y se acerca a la baranda a ver el mar. Esto no es para él; es demasiado. Alia está loca, pero habla de una forma que le hiela el corazón. Si la escucha más tiempo, acabará como ella, odiando su mundo y todos los mundos pasados.

Tendría que pasarse por el chiringuito, ver cómo van las cosas, volver más tarde. Manolo no aparecerá en toda la noche y Loca también necesita

descansar; han sido demasiadas emociones juntas.

—¿Estarás bien si te dejo sola unas horas? Tendría que ir a ver cómo van las cosas en el bar.

Ella asiente con la cabeza, los ojos cerrados.

—Te dejo el número de teléfono. Si pasa algo, llámame y estoy aquí en media hora, ¿vale?

Siente el deseo de Diego de salir de allí, de alejarse de ella y de toda la situación que no comprende; es un deseo tan fuerte que se huele como un perfume. Ella sabe lo que es desear así.

—Sí, vete.

—Luego vuelvo. —Diego se aleja unos pasos hacia la puerta; desanda el camino, se inclina sobre ella y la besa ligeramente en la comisura de los labios—. No abras la puerta a nadie. Manolo, si vuelve, tiene llave. No te muevas de aquí. Yo vuelvo luego.

Ella asiente otra vez y se queda escuchando sus pasos que se alejan, la puerta al cerrarse, el gemido del ascensor. Sola de nuevo.

Han pasado apenas dos minutos cuando el ruido de la llave en la cerradura acelera el ritmo de su corazón. Luego las voces, los pasos, los gritos de Manolo llamándola:

—¡Loca! ¡Loca! ¿Dónde estás, nena? Tienes visita.

Todo se detiene. El tiempo, su respiración. Por un instante hasta su corazón se calla. Luego la zarpa de Manolo se estrella contra su hombro y la fuerza a girarse hacia el interior de la casa. Son tres. Vestidos de motorista. Cuero negro claveteado de plata, gafas oscuras, botas pesadas. Uno lleva un pañuelo de calaveras atado a la cabeza, otro pasea un palillo entre los labios, finos como una cuchilla.

—¿Dónde está el Mudo, nena?

—En el bar.

Manolo sonrío con todos los dientes, la saca de la tumbona a viva fuerza y la arrastra hasta ellos. Su mano libre planea un instante sobre la cabeza de ella y se aplasta contra su sien y su mejilla en un golpe que la deja ciega por un momento.

—Ya veis —le oye decir—. A la muy puta le gusta.

Le abre el albornoz y muestra sus magulladuras con orgullo de experto.

Luego la suelta de golpe y la deja tumbada en el suelo de losetas.

—Me voy a dar una vuelta. Ahí la tenéis.

Uno de los motoristas le da a Manolo un paquete pequeño con tanta rapidez que ella no es capaz de adivinar de qué se trata. Luego la puerta se cierra de un portazo mientras las botas de los hombres se acercan rodeándola.

Orientación. Reconstrucción. Estimación de origen y distancia. Salto. Salto. Cada vez más cerca. Buscando.

Diego aprieta las manos sobre el volante tratando de quitarse la sensación de náusea que le sube desde el fondo del estómago. No ha debido dejar sola a Alia. Algo le dice que está a punto de sucederle algo terrible. Piensa en volver, pero no logra decidirse; ya está casi llegando al chiringuito, no faltan más que tres curvas.

La explanada está llena de coches, como todos los sábados. Tony irá loco sirviendo mesas aunque Paqui haya subido a ayudar. Y al fin y al cabo el bar es suyo. No ha debido dejar sola a Loca. Manolo es peligroso cuando se cabrea y se cabrea siempre que no entiende algo. No ha debido dejarla sola.

Dos parejas se acercan riendo y tambaleándose. El ruido de las puertas del coche al cerrarse se le clava entre los ojos; en dos días no ha dormido más de cuatro o cinco horas. No ha debido dejar sola a Loca.

Mete la marcha atrás y sale levantando polvo antes de que el coche de las dos parejas pueda enfilarse la carretera. Tiene que volver a ayudar a Loca. Se lo ha prometido. Tiene que volver.

El dolor le estalla en la cabeza y pinta el mundo de rojo, un escarlata oscuro con flores negras. Los hombres golpean obstinadamente, con ritmo de tambor: Primero uno, luego otro, luego otro. Con los puños, con las botas, los codos, las rodillas. Alguien la sujeta por el pelo mientras otro golpea con una rodilla entre sus piernas y el otro hace palmas llevando el compás. Oye risas y palabras que no comprende. La sangre moja su cara. No se había dado cuenta nunca de lo salada que es la sangre. Y lo caliente.

Ya casi no duele. Las imágenes se desdibujan y están a punto de desvanecerse, como ella. Entonces la sueltan y la arrojan a un sofá. Uno se planta frente a ella y empieza a desabrocharse la gran hebilla de plata que

refleja la luz de la lámpara y la hace cerrar los ojos.

—La tía es la hostia —oye decir, entre brumas de dolor y latidos calientes—. Ni siquiera grita.

No se había dado cuenta. Quizá debería gritar. Pedir ayuda. ¿De quién? ¿Policía? ¿Cropols? Quizá debería... El pensamiento se rompe en un lanzazo de dolor. Algo se clava en algún lugar de entre sus piernas y se abre paso hacia arriba, como si le estuvieran rompiendo la columna hueso a hueso. Algo que quema y desgarrar y arranca pedazos de su carne. Ahora sí quiere gritar, pero ya no puede. Tiene la garganta contraída de dolor y de angustia y hay algo caliente y viscoso que llena su boca y la ahoga.

Diego conduce enloquecido. No sabe por qué pero sabe que no llegará a tiempo, que sea lo que sea, está pasando ahora, en el mismo momento en que se enciende la luz roja y tiene que esperar detrás de otros tres coches a que crucen por el paso de peatones las familias que van al paseo a tomar el último helado del día. Alia está loca, está loca, no hay más que mirarla a los ojos y oírla hablar. No viene de otro mundo ni de otro tiempo. Lo que va mal es algo que hay en su mente, algo que le hicieron de pequeña, como en las películas de horror. Pero le está pasando algo en este mismo momento, lo siente, lo sabe, y él no puede hacer más que gritar de impaciencia insultando a los conductores borrachos de la noche del sábado que se cruzan en su camino y le impiden ir a toda velocidad a ayudarla.

Un dolor de quemadura en el pecho izquierdo la saca de la inconsciencia y le obliga a abrir los ojos a la luz amarilla de la cámara de tortura en que se ha convertido la polvorienta salita con sus muebles baratos. Los tres hombres la rodean con una navaja en una mano y una cadena en la otra. Ella vuelve a cerrar los ojos tratando, con eso, de negar su presencia.

El primer corte marca una delgada raya roja sobre su vientre y, durante unos segundos, antes del dolor, no hay más que la sorpresa del calor de la sangre. Luego otra hoja, muy fría, se apoya entre sus pechos, una presión mínima que avanza lentamente hasta su ombligo pintando su piel de rojo oscuro, dejando un dolor de quemadura a su paso.

Sin ser consciente de haber tomado una decisión, empieza a pensar en su lengua. Frases largas, complejas, bien articuladas. Frases que requieren toda



su concentración. Frases que ningún cropol puede ignorar porque son la pura esencia del pensamiento del estadio más elevado de la evolución humana.

Abriendo su cuerpo al dolor de las navajas, Alia se retira al refugio de su mente cubriendo su fuga con un laberinto de oraciones subordinadas de sutil complejidad y matices semánticos devastadoramente precisos.

Diego golpea las puertas metálicas del ascensor que un vecino descuidado ha dejado mal cerradas en algún punto del enorme edificio y, maldiciendo, se lanza por las escaleras con el corazón en la garganta y la sangre latiéndole en las sienas. Ocho pisos.

Detrás de la puerta no se oye más que un gemido suave, continuo, un sonido que no puede proceder de una garganta humana. Diego siente cómo se le electriza el vello y, por un segundo, está a punto de dar media vuelta y echar a correr.

Luego empieza a golpear la puerta con los puños cerrados mientras grita:  
—¡Policía! ¡Policía! ¡Abran o echamos la puerta abajo!

Dentro se oyen pasos apresurados, ruidos metálicos que no consigue identificar. El gemido se quiebra en un grito agudo y desaparece.

—¡Loca! ¡Loca! —grita, mientras patea la puerta con todas sus fuerzas hasta que cede por fin la endeble cerradura del piso de verano.

No hay nadie en la salita. La lámpara de pie da una luz amarilla, incierta. El cuerpo de Loca sobre el sofá es un mapa sangriento. Un tajo semicircular resalta el bajo vientre de donde se escapa la sangre a borbotones y otras cosas que no quiere mirar. La náusea le atenaza la garganta y tiene que hacer un esfuerzo para acercarse a ella. Se arrodilla a su lado tratando de registrar algún resto de vida. Loca aún respira, pero a Diego le cuesta un tiempo darse cuenta porque su vista está desenfocada.

—Los cropols —susurra ella.

—¿Ellos? ¿Ellos te han hecho esto?

Loca niega con la cabeza, muy despacio:

—Manolo —su voz es apenas un graznido.

—¡Hijo de puta!

—Eran tres.

—¡Me las pagará ese cabrón! ¡Te juro que me las pagará!

—Los cropols—insiste ella con sus últimas fuerzas.

Diego levanta la vista del rostro desencajado de Loca y allí, la cadera apoyada contra la puerta forzada, ha aparecido Manolo. Tiene una sonrisa boba en los labios y le brillan los ojos de una forma antinatural.

—¡Joder, qué bestias! —masculla—. Yo solo les dije que podían divertirse un rato.

Diego sacude la cabeza como si acabara de salir de las profundidades de un mar de hielo. Todos los músculos de su cuerpo se contraen y se distienden al ritmo de un calambre que no puede controlar. Quisiera decirle algo, pero no sabe qué y su garganta no podría articular las palabras aunque supiera cuáles son las que quiere pronunciar.

—¿Está muerta? —pregunta Manolo.

Diego afirma con la cabeza.

—Pues la hemos jodido. A ver qué hacemos ahora.

Diego se levanta sin saber bien qué quiere hacer. Se acerca a Manolo que ya no es él sino una máscara de cera amarilla distorsionada por el veneno que le corre en las venas.

—No irás a cabrearte conmigo, ¿eh, Mudo? Yo no tengo la culpa. — Manolo arrastra las palabras, como si tuviera la boca llena de algodón.

—¡Maldita sea tu alma, Manolo! ¡Te voy a matar, hijo de puta! —la voz de Diego es casi un sollozo mientras se abalanza sobre Manolo y caen los dos al suelo entre una lluvia de puñetazos rabiosos.

Diego monta sobre Manolo y le ciñe la garganta con las manos, apretando con todas sus fuerzas, enloquecido por la forma en que sus ojos se agrandan y parecen querer salirse de la cara.

De pronto un dolor desconocido le atraviesa los riñones y le sube por el flanco hasta la boca. Separa las manos del cuello de Manolo y, sin acabar de creérselo, encuentra la navaja clavada hasta las cachas en su espalda.

—¡Manolo! ¡Manolo! —boquea.

Manolo le aparta la mano, saca la navaja y vuelve a clavársela una y otra vez mientras Diego repta casi a ciegas hacia el sofá.

—¿Querías matarme, hijo de puta? ¿Eh? ¿Querías matarme? —grita Manolo, su rostro convertido en una roja máscara de locura absoluta.

Diego casi ha conseguido llegar al sofá cuando toda la salita empieza a

cargarse de electricidad. Pequeños relámpagos azules surgen y desaparecen sobre los muebles, como fuegos de san Telmo apenas entrevistos. Hay un olor extraño, dulzón y metálico a la vez, y un pitido insistente que casi no se capta con los oídos, sino que vibra por dentro de los huesos.

Manolo se detiene y, tambaleante, consigue ponerse de pie. Diego aprovecha el respiro para arrastrarse hasta el sofá; la mano de Loca cuelga por el borde rozando su frente helada y sudorosa.

—Los cropols —susurra ella.

Diego siente un absurdo deseo de reír, pero duele demasiado y prefiere gastar la poca fuerza que le queda en seguir respirando.

—Ahora ya no pueden matarte —consigue articular.

—¿Matarme? Los cropols no matan.

Diego siente un principio de vértigo:

—Tú dijiste... —la náusea le impide seguir hablando.

—Mi cuerpo sí. Ya no sirve. Mi mente... seguirá. Transformada.

Diego busca a Manolo con ojos que se van nublando, pero se ha ido. En el piso no quedan más que cuatro bolas de fuego blanco que no producen calor y que dañan la vista si se miran de frente.

—¿Y yo? —consigue decir con sus últimas fuerzas.

—Lo siento, Diego —oye decir a Loca y su voz viene de lejos—. Nunca debí venir.

La busca con la vista, pero no consigue encontrar su cuerpo. Los globos de luz brillan un momento más y desaparecen también dejando por todo rastro una impronta en su retina.

Sabe que debería arrastrarse hasta la puerta y buscar ayuda. Alguien lo encontrará, lo llevará al Hospital, lo curarán. Si consigue llegar hasta la puerta, alguien le echará una mano. No va a morirse aún. No puede uno morirse a los veintitrés años por culpa de una loca y un amigo que es un hijo de puta. Si llega hasta la puerta, se salvará. Tiene que intentarlo. Pero no se siente capaz. Aún no.

Cuando descansa un poco. Cuando pase la náusea. Cuando pasen los vértigos. Cuando abra los ojos en el catre del bar y se dé cuenta de que todo ha sido un mal sueño. Pero aún no. Aún duele demasiado. Aún no.

Cierra un instante los ojos y vuelve a abrirlos al sol del Caribe, a un mar

brillante y azul.

Los abre de nuevo y el dolor le corta la respiración que ya se va apagando.

Alguien tiene que haber oído algo. Alguien se asomará antes o después a echar una mirada. Y lo salvarán.

Ya no oye los gritos de la vecina de al lado. Ya no oye más que la voz del vigía gritando:

—¡Nave a estriboooooor!

Es un barco pirata. No. El suyo es el barco pirata. Él es el capitán y en la otra nave va Manolo que tiene prisionera a una mujer extraña de algún lugar lejano. Sonríe.

Sus ojos se abren a la luz de la lámpara que brilla como el sol y se quedan abiertos para siempre ya.

Destrucción de materia biológica desechable. Recuperación psíquica del sujeto. Desestructuración orgánica. Un cron. Otro cron. Salto. Salto. Salto. Llegada.

Índice de éxito: cero punto nueve.

Reintegración del desertor: positiva.

Transformación: realizada.

Incidencia en el devenir del siglo xx: desestimable.

# DAÍNA CHAVIANO

LA HABANA, CUBA, 1957

Mientras estudiaba en la Universidad de La Habana, ganó el Premio David de Ciencia Ficción. Tras obtener la Licenciatura en Lengua y Literatura Inglesa, fundó y dirigió el primer taller literario de ciencia ficción en la isla. En 1991 se estableció en Estados Unidos, donde aún reside. Sus libros de poesía, cuento y novela, para jóvenes y adultos, han sido traducidos a casi treinta idiomas y le han valido numerosos galardones, entre ellos el Premio Anna Seghers (Alemania, 1990), el Azorín de Novela (España, 1998), el Nacional Malinalli para la Promoción de las Artes, los Derechos Humanos y la Divulgación Cultural (México, 2014) y la participación como invitada de honor en eventos de Estados Unidos, España, México y Puerto Rico. Entre sus títulos destacan *Los mundos que amo* (1980), *Historias de hadas para adultos* (1986), *País de dragones* (Premio Nacional de Literatura Juvenil «La Edad de Oro» en Cuba, 1989), *Fábulas de una abuela extraterrestre* (1988), *El hombre, la hembra y el hambre* (1998), *Casa de juegos* (1999), *Gata encerrada* (2001), *La isla de los amores infinitos* (2006), *El abrevadero de los dinosaurios* (1990) y *Extraños testimonios* (2017). Su obra se caracteriza por estar ambientada en el Caribe a partir de elementos del gótico, el horror, el erotismo, la fantasía épica y la ciencia ficción.

Publicado por primer vez en 1986, en *Historias de hadas para adultos*, el cuento «La dama del ciervo» es la muestra más clara de fantasía épica de este volumen, aunque conecte a la vez con la ciencia ficción, la mitología y los cuentos de hadas. Ofrece un gran amor, una gran batalla, grandes criaturas y grandes monstruos y prodigios, y nos permite llevar a cabo una reinterpretación intertextual de los orígenes de la humanidad. Es un relato que

contiene no un mundo, sino muchos, acaso todos.

## LA DAMA DEL CIERVO

El cristal de agua relució como una joya viva en la copa del árbol donde acababa de nacer. Vrena sonrió ligeramente nerviosa, pero apartó con suavidad las ramas hasta alcanzar el cristal. Era hermoso. Brillaba cegadoramente y, sin embargo, vapores azules nublaban sus entrañas. Apartó el manto floreado y desnudó sus senos ante el cielo. Entre ellos colocó la piedra, que se mantuvo erguida y flotante bajo las telas.

En silencio, Vrena se proclamó reina ante los ojos invisibles del bosque.

«Ha terminado la prehistoria», pensó con un suspiro de alivio.

Los rayos de Helios arrancaron luz de sus cabellos, doraron un poco más su piel y la acariciaron con furiosa lascivia, antes de que ella lograra ponerse a salvo bajo la sombra de los árboles más espesos.

El cristal rielaba tentador entre sus pechos. Vrena los miró con orgullo de hembra. Se veían más hermosos, ahora que custodiaban la joya.

Avanzó por el bosque, apartando ramas y arbustos. Necesitaría un guardián que fuese a la vez símbolo, y ella sabía dónde encontrarlo. Caminó más de mil pasos y se detuvo cerca del río que atravesaba el bosque de un extremo a otro. Sus aguas relucientes refrescaban la sed de los pobladores del bosque y proveían de alimentos a una buena parte de ellos. Pero ahí terminaban sus beneficios. La navegación por él estaba prohibida.

Vrena se detuvo tras unas rocas y observó la orilla opuesta. Ni un sonido, ni un movimiento, delataron presencia alguna. Aunque sabía que nada le ocurriría mientras no cruzara las aguas, su temor era más grande que su conocimiento, y no pudo evitar el acecho antes de acercarse a la orilla. Finalmente apartó las ramas y avanzó por la arena. Llegó hasta la boca de una cueva, semioculta tras ramilletes de helechos.

Silbó. Hubo un movimiento dentro de la gruta y varias piedras se desprendieron del techo, casi a la entrada. Los ojos brillantes y rojizos parpadearon en las sombras, deslumbrados por la fuerza de Helios. Vrena silbó de nuevo.

—Ven —ordenó en voz baja.

El ciervo salió a la luz.

—Precioso —dijo ella, acercándose—. Ya eres mío.

Colocó su mano sobre la cabeza del animal y suavemente la deslizó a todo lo largo del lomo.

—Me gustas —susurró ella—. Tu piel es suave, hecha para las caricias. Te sientes independiente y no lo ocultas... Eres realmente hermoso.

Mientras hablaba, seguía palpándolo con ternura.

—Vamos —se separó de pronto y miró a su alrededor—. Tenemos mucho que hacer.

Reinició la marcha sin volverse. Como un cordero, el ciervo siguió a Vrena. Juntos caminaron durante media jornada. Las aves y los pequeños mamíferos quedaban sorprendidos al ver el confiado andar de la hembra humana, que era custodiada por el más salvaje de los ciervos.

A punto de llegar a su destino, Helios echó a volar sus dorados corceles. El cielo se destiñó y los brochazos de algún pintor furioso dibujaron trazos grises y rosas sobre su pálido azul. Hilos de oro bordearon las nubes.

—¡La reina! ¡Ha llegado la reina!

El grito atravesó la aldea como una ráfaga. Asustados, los caballos tiraron de las amarras relinchando con pavor. Los hombres dejaron sus lanzas, los niños soltaron sus juguetes, y las mujeres olvidaron la comida que se calentaba en las ollas sucias de grasa y hollín. La algarabía inundó la región.

Vrena entró en la aldea, seguida del enorme ciervo. La multitud se agrupó en torno a ella, pero se mantuvo a respetable distancia del animal.

—Como ven, ha llegado el momento —anunció en voz alta—. El Árbol del Saber ha cumplido cien años y una flor me ha ofrecido su único fruto. Aquí lo tengo.

Desplegó las transparentes telas y sacó el cristal de agua que pareció más brillante en la moribunda tarde.

Un ahogado suspiro nació de la multitud.

—He visto el surgimiento del cristal —continuó— y su fuerza me permitió escoger guardián. Lo llevaré conmigo y su símbolo será el símbolo de los hombres.

Como si hubiera comprendido, el ciervo sacudió su cuerpo y miró en



todas direcciones. Sus cuernos de oro reflejaron la luz y varias chispas cayeron sobre su blanquísimo pelaje.

Vrena observó a la multitud en silencio. Todos parecían fatigados, pero sus ojos recorrían con avidez su figura. Esperaban. Tal vez la pregunta prohibida retozaba en la mente de muchos que solo anhelaban una respuesta. Sin embargo, ella no pudo darla.

—Este cristal de agua mostrará nuestro futuro cuando haya llegado el momento —pronunció con voz clara, alzando la joya para mostrársela mejor a todos.

Doscientos pares de ojos se clavaron en el fruto. Los últimos rayos de Helios alcanzaron su cuerpo cristalino para dividirse en mil reflejos de colores.

—Anochece —susurró alguien de la multitud.

Vrena volvió el rostro hacia el disco naranja que se hundía en el horizonte.

—De hoy en lo adelante, debemos cuidarnos más que nunca —advirtió—. Muchas tribus cercanas querrán saber. Habrá ojos y oídos que acechen desde el otro lado del río. Debemos actuar con cautela.

Las sombras se acercaron al bosque y ocuparon sus puestos entre las chozas y en el fondo de las vasijas. Poco a poco fueron ganando posiciones en una silenciosa batalla.

La oscura noche regresaba. Era el tiempo de los brujos y los vampiros, de las hadas y los duendes, de los espectros y las parcas... Era el tiempo en que la bondad era desplazada por el espíritu enhiesto y cruel del Mal.

Los seres de la tribu del Ciervo buscaron refugio en las chozas y Vrena se dirigió a la suya.

—Enviadme a los pequeños —ordenó mentalmente a sus padres.

\* \* \*

Los chicos comenzaron a llegar en pequeños grupos. Antes de entrar en la limpia madriguera de Vrena, se detenían temerosos a contemplar el ciervo que, junto al umbral, los miraba fijamente con las pupilas rojas por la oscuridad.

Unas veinte criaturas ocuparon sus puestos frente al taburete de la reina.

—Ya estáis todos —dijo ella, poniéndose de pie—. Es necesario que prestéis atención a cuanto diré, porque luego no habrá lugar para más preguntas... Las preguntas están prohibidas en nuestra tribu.

El resplandor de la lámpara de aceite arrancó reflejos verdosos a los ojos de Vrena.

—Todos sabéis lo que es esto —sacó la joya de su pecho y la mostró sobre la palma abierta—. Es el único fruto del Árbol del Saber.

Los niños miraron el objeto.

—Nuestra tribu cometió un terrible pecado. No explicaré en qué consiste porque no lo entenderíais. Solo diré que llevamos a cabo ciertas ceremonias prohibidas y, por eso, la tribu fue castigada.

Tomó aliento antes de continuar:

—Y cuando hablo de tribu, no me refiero solo a nosotros. Hablo también de aquella donde existen los no-muertos.

El horror se dibujó en las caritas infantiles.

—Debo hablarles claramente, por vuestro bien y por el nuestro. Hace muchos, muchísimos años, nuestra tribu y los que habitan al otro lado, más allá del río, vivíamos juntos en ciertas tierras lejanas. Un día ellos empuñaron la antorcha del Mal, nos tentaron y caímos en falta mortal. Violamos la más sagrada de las leyes y fuimos condenados al dolor y a la incertidumbre. Aún estamos sufriendo ese castigo, que solo terminará cuando el fruto hable. En cuanto a ellos... Su culpa era terrible; más aún que la nuestra, pues habían alimentado la idea durante mucho tiempo y lograron tentarnos con sus promesas. Por eso fueron confinados en aquella tierra de la cual nadie vuelve, al otro lado del río Leteo, y se convirtieron en no-muertos, pues es cierto que aún no han muerto del todo, pero tampoco están vivos: no puede ser vida aquella que obliga a unos seres a salir por las noches.

Las criaturas miraban a Vrena con temor. La nueva reina pronunciaba en voz alta las palabras y los hechos proscritos. Pero ella era fuerte y poderosa; arrojaba su belleza a los rostros de los hombres con el orgullo de su intocable soberbia, y los chicos conocían de su poder y escuchaban.

—Este fruto puede hacernos libres de nuevo... Ya no soy una adolescente; cumpliré doscientos cincuenta años la próxima cosecha, y ustedes —paseó la vista sobre ellos—, ninguno de ustedes llega a los quince

años. Por eso no conocen que hace exactamente un siglo, manos desconocidas plantaron el Árbol del Saber en el fondo del bosque. Y entonces surgió la Ley:

*El Árbol del Saber ha nacido en el bosque,  
ignorado y oculto entre mil plantas más.  
Dentro de cien años dará un solo fruto  
a un rey o una reina que símbolo tendrá.  
Alguien lo hallará —algún predestinado—,  
llevará a su tribu tras la huella del Bien  
hasta que la joya nacida del pecado  
muestre en sus entrañas un destino sin ley...*

—Conocemos la canción —la interrumpió un pequeñín, que continuó las estrofas:

*¡Penad! ¡Penad! Pues seréis los condenados  
de un largo castigo que nunca olvidaréis.  
El final se acerca, no encontraréis reposo  
hasta que la joya se ilumine otra vez.*

Vrena sonrió con amargura. ¡Cuán crueles sonaban las viejas estrofas en labios de un niño!

—Pues bien, esta mañana el Árbol fructificó ante mis ojos —continuó—. El cristal de agua brotó tan de repente que, cuando pestañeé, ya estaba ante mí el fruto brillante del Saber. Nadie había visto nunca el fruto, puesto que es único; ni siquiera se sabía cuál era el Árbol... Solo conocíamos que estaba en algún lugar del bosque, esperando por nacer.

Se produjo cierta agitación en el grupo. Las sombras se movieron en las paredes y ella asintió.

—Sé lo que estáis pensando. Fue fácil reconocer el fruto, porque la ley lo describe

*brillante como bólido encarnado,  
su vientre nublado de vapor azul...*

Y allí estaba, redondo y rielante, de cristal profundo y azul. Entonces busqué mi símbolo: el ciervo libre y hermoso... Será también vuestro símbolo y el de toda la tribu. En esta tierra del Bien que es nuestra patria, la vida es dura, pero hermosa. Frente a nosotros fluye la fría corriente del Leteo. ¡Cuidaos mucho de querer navegarlo! Es el río del Olvido y quien lo cruza, no regresa jamás... Al otro lado de las aguas, la tierra del Mal abriga los peores engaños. ¡No escuchéis las voces que os llamarán desde allí! Sus promesas son falsas; sus bondades, mentiras. El terror y la perfidia aguardan a quienes lo cruzan.

Se detuvo. Instintivamente miró por sobre su hombro hacia una de las ventanas. El frío aliento de la noche llegó a ella, disfrazado de una brisa nocturna que apenas tenía fuerzas para agitar algunas hojas. Sin embargo, ella no se dejó engañar.

—Se acercan tiempos extraños. Los muertos dejarán sus tumbas lejanas y vendrán a visitar nuestras memorias. Ustedes no podrán verlos o escucharlos porque nunca los conocieron; pero quienes pecamos hace años, hemos de cuidar nuestros deseos.

Vrena llamó a los adultos en silencio.

—Vuestros padres solo podrán ser felices si son perdonados. Yo... Pero eso no tiene importancia; el tiempo de las lamentaciones ya pasó. ¡Vigilad y estad alertas! Avisad sobre cualquier hecho inusual, por pequeño que sea, y recuerden, ¡la tierra del Mal acecha!

\* \* \*

Quirón emprendió el descenso. Las hojas de los arbustos golpeaban sus muslos en un vano intento por impedirle el avance. Miró las altas nubes y respiró con delirio. Su madre había ido de caza, dejándolo solo el resto del día.

Antes de salir al claro de la orilla, atisbó entre unas rocas la margen opuesta. La tarde era dulce como las aguas del río prohibido, pero no debía arriesgarse inútilmente.

Salió a la luz y mojó las pezuñas en el transparente líquido.

—Oye...

Quedó paralizado como si una víbora lo hubiese mordido.

—¿Quién llama? —su voz apenas se escuchó sobre el murmullo del agua.

—Soy el dragón Tragón —murmuró alguien a sus espaldas, forzando la voz hasta hacerla parecer ronca.

—¡Por todos los infiernos, Medussa! —gritó—. Por poco me matas del susto.

La muchacha salió del bosque.

—¡Cobarde! ¡Miedoso!... ¡Ratón!

Se persiguieron chapoteando a lo largo del canal; gritaron y rasgaron sus ropas; se revolcaron y levantaron nubes de polvo...

Tras ellos, silenciosamente, una silueta de piel oscura apartó los matorrales y aguardó oculta entre las sombras.

Los jóvenes salieron del agua.

—Tengo hambre —se quejó Medussa.

Quirón se aproximó a los árboles cargados de frutos y los despojó de peso.

—Mañana me marchó —anunció él, mordiendo la rojiza cáscara de un mango.

—¿A la cueva?

—No. Iré a la montaña para estudiar el fuego.

—¡Bah! Pronto la clarividencia será un juego de niños. El fruto no tardará en hablar y entonces...

—¡Silencio! —susurró Quirón, y le tapó la boca.

Varios arbustos se estremecieron.

—¡Déjame en paz! —contestó ella—. Helios no se ha marchado.

—Pero la tarde muere.

—Nada puede suceder —Medussa arrojó una semilla a las aguas—. El cristal de agua es nuestro y nadie se atreverá a desafiar su poder. *Ella* encontró la joya; por tanto, la joya nos pertenece.

—¿Te vas a callar? —Quirón observó con desconfianza las sombras de la otra orilla.

Una bandada de aves voló sobre ellos. Sus plumas lanzaron destellos de fuego que iluminaron el bosque.

—Cada día te pareces más a mis padres —le reprochó ella—. Odio sus temores.

—Es que son viejos...

—¡Oh, por el último infierno! Eso no justifica sus acertijos.

—¿De qué estás hablando?

Medussa observó las fuertes pezuñas de Quirón.

—Por ejemplo—aventuró ella—, ¿qué quiere decir «mutación»?

Quirón se encogió de hombros.

—No sé... ¿Es algo que se come?

El viento nocturno comenzó a soplar desde las estrellas.

—No lo creo —repuso Medussa mientras recogía sus verdes cabellos—. Se refieren a ella como si fuera una enfermedad... o una maldición.

—Sí —asintió Quirón, rascándose entre los cuernos—. Tiene nombre de maldición.

Tras ellos, manos de piel oscura se retiraron de la maleza.

\* \* \*

Vrena colocó el lucero a la entrada de su cubil. Cerró los ojos y aspiró la brisa donde se mezclaban los olores de la noche. Junto a su puerta, la falsa estrella arrojó débiles destellos rojizos, anunciando la cercanía de un ritual. Durante unos instantes, ella permaneció allí para palpar las señales: la luna salió tras la Montaña Árida; bandadas de búhos estremecieron el mundo con sus chillidos; dos bebés sollozaron en sueños, junto al regazo de una loba dormida... Al final entró y caminó hacia un mueble, de donde sacó un objeto de contornos suaves.

Algo semejante al fuego estalló de pronto ante ella: el objeto vibraba en su regazo. De un tirón se despojó de sus ropas y quedó desnuda en medio de la habitación. Siluetas vagas flotaron en el aposento. Aparecieron unas luces que luego intentaron esfumarse; pero tras varios ágiles movimientos de Vrena, los colores se hicieron más definidos y el aire se llenó de ecos.

La mujer sonrió. No había olvidado nada: la magia funcionaba después de tanto tiempo. Cuando pasó sus dedos sobre el objeto, un rostro conocido surgió ante ella; pero enseguida lo rechazó con un gesto. Luego vino otro, y otro, y otro... Los muertos comenzaron a desfilar.

—No... no... no es eso lo que quiero —su voz temblaba—. Necesito

saber qué ocurrirá.

Las imágenes palpitaron, prontas a extinguirse.

—¡No te vayas! —revolvió el bulto que yacía a sus pies—. Mira, Apolo, aquí tengo el fruto. Aún no ha hablado, pero pronto lo hará... Ahora dime, necesito conocer la verdad.

Surgió un murmullo. Vrena se inclinó hacia el objeto, deseosa de escuchar mejor.

—No puedo contestar. No estoy preparado.

Ella se agitó impaciente.

—Sí puedes —insistió—, conoces mi situación... y la suya. Te he mostrado el fruto. ¿Qué más necesitas?

Luces semejantes a luciérnagas parpadearon en el aire.

—No puedo predecir el futuro. No soy humano.

—¿Entonces...?

—Solo puedo indicar un camino —las luciérnagas saltaron, languidecieron y volvieron a surgir con nuevos bríos—: Busca un ser humano.

—¿Un ser humano? —su sorpresa fue demasiado grande para intentar discutir.

—Está en tus orígenes.

Ella contempló el fruto silencioso que dormía en sus manos.

—¿Qué quieres decir?

—Busca un ser humano —repitió la voz—. Está en tus orígenes.

Estalló un chisporroteo ensordecedor que solo cesó cuando las manos de Vrena hicieron un movimiento.

—No te comprendo, Apolo —dijo pensativa—. A veces hablas como una *ouija*.

Su cuerpo desnudo se erizó cuando ráfagas heladas penetraron por la ventana.

—Necesitabas una respuesta. ¿Sí o no?

—Por algo te saqué a la luz.

—Aquí la tienes: busca un ser humano. Está en tus orígenes.

Las luces palidecieron. Un ruido diferente llegó desde el exterior y, sobresaltada, escondió el cristal bajo sus ropas que aún yacían en el suelo.

—Vete, hay alguien cerca —susurró al crepitante resplandor—. Ya volveré a llamarte.

Las formas llameantes crujieron como insectos y sus reflejos se extendieron por la madriguera.

—¡Vamos! ¡Márchate!

Apolo susurró débilmente, antes de que los fulgores se apagaran del todo. Ella se agachó a recogerlo y casi con voluptuosidad acarició sus bordes pulidos. «De todos modos», pensó, «eres mío, igual que la fruta prohibida». Lo guardó en un mueble y después buscó el cristal de agua, oculto entre sus ropas.

De pronto, se echó a reír.

—Soy una idiota —murmuró mientras se vestía—. ¿Qué puede sucedernos?

Las palabras retumbaron en su memoria: Busca un ser humano. Está en tus orígenes. Vrena se encogió de hombros. Los difuntos reposaban en sus tumbas y los fantasmas no regresarían... a menos que ella los llamara.

Caminó hasta la entrada. Suaves murmullos y viento fresco fueron sus últimos visitantes. Ya se disponía a regresar, cuando le vio: estaba allí, junto a la ventana. Pero ella no tuvo tiempo de acercarse. La sombra desplegó sus enormes alas en dirección al cielo y Vrena la siguió con la vista, hasta que se perdió rumbo al otro lado del río Leteo.

\* \* \*

—¡La tienen!

El grito resonó huecamente en el salón vacío.

Adante, señor del Mal y las Tinieblas, aleteó con furia y revolvió el vaho denso y pestilente que reposaba junto al trono de ébano.

—Sí —agregó pensativo—, eso confirma algo que me dijeron hace dos noches: una reunión, los chicos...

Se volvió de pronto.

—Y tú, insecto, ¿no hiciste nada para robarlo?

La figura alada que yacía acurrucada a unos pasos del trono, se encogió aún más.



—No pude —susurró, y su voz nació gangosa del fondo de su garganta  
—. La casa estaba rodeada con collares de ajo.

—¿Ajo?

—Soy solo un vampiro, señor.

—¡Ah! Y supongo que también habría un crucifijo a la entrada.

Adante había intentado una broma, pero el vampiro no comprendió.

—¿Crucifijo? No, señor. Todavía no han inventado a Cristo.

—Estúpido —murmuró Adante, volviéndole la espalda.

—¿Puedo marcharme ya? —preguntó el vampiro humildemente.

—Sí... ¡No!

El vampiro había abierto sus alas, pero volvió a cerrarlas con tristeza.

—Cuéntame... Háblame de ella.

—Oh, señor. Es hermosa. Cuando habla, el viento se transforma en tinieblas. Si respira, el aire se perfuma de rosas.

—Debiste ser poeta.

—Lo fui, señor. En aquel tiempo, cuando vivíamos en...

—¡Cállate!

El grito se extendió como un huracán incontenible en medio del océano. Treinta bandadas de murciélagos rojos se lanzaron sobre el bosque, chillando desconsoladamente.

—No vuelvas a mencionar eso, si no quieres definir tu condición.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Dejarás de ser un no-muerto para convertirte en un irreversible cadáver.

—No, no, señor. Le prometo que no volveré a recordárselo nunca. Lo juro, lo juro...

—¡Basta! Vete ya.

El vampiro se inclinó. Con ademán majestuoso tendió sus enormes alas para saltar a la noche. Adante hizo un gesto y el vampiro desapareció por una ventana.

El señor del Mal y las Tinieblas se dejó caer sobre el trono.

«Estamos envejeciendo», pensó. «La vida se nos termina y aún no hemos recibido perdón. Ah —sonrió amargamente—, pero somos los ángeles caídos que hemos de pagar nuestras culpas, aunque nunca tengamos la absolución».

Acomodó sus alas en el mullido sillón, antes de cerrar los ojos.

«Me estoy poniendo viejo», repitió para sí. «¡Cien años! No pensé que hubiera pasado tanto tiempo».

Abrió los ojos y sus labios se deformaron en un gesto de dolor.

«Estoy cansado de ser rey del Mal. Regresaré ante ellos para echarles en cara su crueldad; y si no quieren escucharme...».

Cerró los ojos y cayó sin fuerzas sobre el trono.

«Estoy tomando mi papel demasiado en serio. Creo que todos hemos ido muy lejos».

Sus cejas se unieron con tristeza. De pronto, la expresión de su rostro se suavizó.

«¡Vrena!», murmuró.

Y una lágrima de plata rodó por sus mejillas oscuras.

\* \* \*

El pegaso abrió sus alas y se lanzó por el cielo a todo galope. Vrena se aferró a las crines para no caer. Entre sus pechos, el cristal de agua vibraba como la nota de un arpa mágica. La mujer palmeó el cuello de la bestia, que apresuró su vuelo hacia el sur. Pronto dejaron atrás la extensión verde del bosque y cruzaron una cadena de montañas azules con cúspides de nieve. El valle que se abría en el regazo de las montañas mostró los surcos de sus arroyuelos breves y silenciosos. Al final del valle, crecía un bosquecillo donde anidaban las aves de fuego. Vrena hizo descender al animal que planeó en el aire antes de intentar una curva feroz.

En lo más profundo del bosque se alzaba una cabaña, sostenida por dos columnas semejantes a las patas de una gallina. Vrena dejó al pegaso pastando entre violetas y se dirigió a la casita. No llamó a la puerta. Con suavidad la empujó, dejando que chirriara alegremente sobre sus goznes mohosos. Junto a la rueca, hilaba Baba-Yaga.

—Pasa, no te quedes en la puerta —le dijo la anciana—. ¿Acaso han transcurrido ya los cien años?

Vrena avanzó unos pasos y, sin pronunciar palabra, sacó de su pecho el cristal y se lo mostró a la vieja.

—¡Vaya, vaya! Estuve a punto de creer que algo había salido mal. Entonces ellos cumplieron su promesa.

—Sí, abuela. El Árbol del Saber existe, y hace dos días fructificó.

—¡Qué bien! A ver, dame acá.

Tendió la mano con ansiedad y Vrena depositó en ella la joya.

—Brillante... Traslúcida... Hermosa... —fue murmurando a medida que daba vueltas al cristal entre sus manos antiguas—. ¿Cuándo crees que hablará?

—No lo sé, abuela. He venido para que tú me informes —bajó la voz—. Ayer hablé con Apolo. Necesitaba saber, pero él no supo darme una respuesta. Sus últimas palabras fueron «Busca un ser humano. Está en tus orígenes». Entonces pensé en ti. Eres mi abuela y, además, eres de ascendencia *pitonisa*... Tengo razones para creer que Adante ya conoce el nacimiento del cristal y quiero saber qué piensa.

—No sé si pueda averiguarlo, niña.

—Por favor, es vital para todos. Eres la única que puede ver y yo soy la única que puede decidir.

—Bien, bien. Ya pasó la época en que me hacía de rogar. No me queda mucho por vivir y dentro de algún tiempo —se rio suavemente— me convertiré en una bruja muy mala.

—¡Oh!

—No te aflijas. Cuando eso ocurra, ya yo habré muerto. Ahora, mientras aún soy buena —volvió a reírse—, haré todo lo posible por el bienestar de otros.

Se levantó de su asiento junto a la rueca y se acercó a una silla colocada en el centro de la cabaña. Después de sentarse, cerró los ojos y se relajó. Vrena siguió sus movimientos, conteniendo la respiración.

—Veo nubes —dijo la anciana con voz cansada—. Nubes y árboles. Es un inmenso bosque de piedra... Oh, no. Parece coral. Es un bosque, Vrena, el bosque donde vives...

—¿De coral? ¿Por qué?

—No lo sé. Pero está vivo: las aves se mueven en sus nidos y la aldea, allá abajo, hierve en actividad. ¡Se aprestan para una batalla! Los hombres embridan sus caballos y los chiquillos llevan arcos y flechas de un lado a

otro. Las mujeres lloran y preparan las ropas de sus hombres. El cielo se ha nublado... ¡No! Es una nube de seres oscuros y alados... ¡Son ellos, Vrena! ¡Y él los guía!

—¿Lo ves? —Vrena se aferró al brazo de la anciana—. ¿Lo ves bien?

—Monta un pegaso plateado y lleva un manto azul y negro. Empuña su espada engarzada en ónix. Es ligero como un fantasma del Mal, brioso como un caballero, gallardo como un príncipe de las Tinieblas...

—¡Basta! ¡Basta! —se llevó las manos a la cabeza y se tapó los oídos.

Baba-Yaga abrió sus ojos y la miró perpleja.

—¿Qué tienes?

—Nada. Creo que debo retirarme.

—¿Te vas tan pronto? Quédate un rato. Hace mucho que no tengo compañía.

—Lo siento, abuela. Debo irme. Están los otros, ¿no entiendes?

La vieja suspiró con tristeza.

—Debiste pensar en ellos antes de actuar como lo hiciste.

—¡No hables así! —los ojos de Vrena relampaguearon con furia.

—Perdona... Yo también tuve mi parte de culpa.

Vrena le volvió la espalda y, sin despedirse, se montó en su pegaso y emprendió el vuelo.

—Adiós, Vrena —murmuró la anciana, que se acercó al umbral para seguir con la vista la figura que se perdía en la lejanía—. Ahora eres reina, pues la joya te ha dado poder y responsabilidad. Velarás por tu pueblo sin descanso, pero ¿podrás cuidar de ti misma?

Torpemente se volvió y entró en la cabaña. La puerta se cerró sola y un silencio helado descendió sobre el bosque.

\* \* \*

El malva oscuro de la noche crecía más allá de las estrellas. Vrena acarició el lomo del pegaso. Nació la luna detrás del bosque y el polvo luminoso de sus cráteres descendió hasta hundirse en el blanco pelaje. Junto a la entrada, el ciervo dormía echado sobre sus pezuñas de bronce. Sus astas doradas temblaban ligeramente al compás de su respiración. Vrena atravesó el

umbral.

Sentado en una silla, el vampiro aguardaba.

—Entra, ¿a quién le temes? —dijo él, cuando la vio detenerse en el umbral—. ¿O ahora desconfías de nosotros? ¿Te ha dicho algo el cristal?

—Silencio —replicó ella—. Aquí no se admiten preguntas.

El vampiro rio suavemente.

—Dejémonos de farsas. Ya nos conocemos... al menos, de referencia.

Vrena frunció el entrecejo y caminó hacia el otro extremo de la habitación, esforzándose por parecer tranquila.

—Estás nerviosa —le dijo el vampiro.

Ella no se dignó a responder. Apartó el taburete de la pared y lo llevó casi hasta el centro de la habitación.

—Habla —dijo, mirándolo con firmeza.

—¿No vas a preguntarme cómo entré?

—Las preguntas están prohibidas en esta aldea... para ti también.

El vampiro se encogió de hombros.

—De todas formas, te lo diré. —Miró en todas direcciones y volvió a reírse—. ¿No notas algo extraño?

Vrena recorrió con la vista las paredes de la choza. Faltaban las ristas de ajo.

—Supongo que alguien te habrá ayudado. No puedes haberlo hecho solo —y agregó despacio—: *estás condicionado*.

—Claro que alguien me ayudó: un duendecillo.

—Muy inteligente de tu parte —respondió ella fríamente—, pero cuídate de volver a hacerlo o se lo diré a tu señor.

—Esta vez, no. Él mismo lo ordenó.

Vrena saltó de su asiento.

—Él no puede... Sabe que está prohibido, y además...

—Fue solo por esta vez. Ya sabes: es imposible desobedecer el condicionamiento. Cada cual tiene una oportunidad de transgredirlo, y yo acabo de usar la mía. No volverá a ocurrir.

—Muy bien —dijo ella, volviendo a sentarse más tranquila—. Dime rápido qué te trae por aquí. Debes marcharte antes de que alguien pueda verte.

El vampiro se recostó en el asiento, tras acomodar sus enormes alas.

—Tienes que darnos el fruto.

—¿Tengo?

Él no respondió. Se limitó a mirarla con cierta insolencia.

—Lo siento mucho. Has perdido tu tiempo viniendo a mí con semejante propuesta.

—No es ninguna propuesta —repuso él, sin inmutarse—. Es una orden.

Vrena rio con ganas.

—Eres un idiota. Hablas como si desconocieras la ley.

—Mi amo ha dicho...

—Tu amo es un déspota —lo interrumpió ella con furia—. No quiero oír hablar de él en mis dominios.

El vampiro sonrió.

—Pues sí que me han engañado —dijo con sorna—. Alguien me contó que en otros tiempos, él y tú...

—¡Cállate, imbécil!

Como una fiera se levantó y rebuscó entre unos bultos para sacar de allí un manojo de ajos que arrojó a los pies del vampiro. Este dio un grito y saltó tan bruscamente que la silla rodó por el suelo.

—No puedes... No puedes... —sollozaba, temblando desde su rincón.

Ella lo miró adolorida.

—Tú tampoco debiste hacerlo —murmuró.

—Lo siento. No sabía que tú aún... No lo diré más. Perdóname...

—Habla de una vez —ordenó.

El vampiro dejó de temblar, pero no volvió a sentarse. De pronto pareció tener mucha prisa y comenzó a hablar atropelladamente.

—Mi señor cree que no estás preparada para asumir la tarea de cuidar el fruto y quiere que se lo entregues.

Vrena separó los ojos del visitante y su vista se perdió entre las ramas cobrizas de los árboles.

—Dile a Adante —respondió sin mirarlo— que estamos obligados a cumplir la ley; y esta dice bien claro que quien encuentre el fruto mágico será rey o reina de la región y verá, además, el destino de los hombres. Recuérdale que fui yo quien lo encontró. Por tanto, sobre mis hombros pesa la

responsabilidad de guiar a la tribu por el camino de la redención y, tal vez, del perdón... No creo que haya sido casual mi encuentro con el Árbol en el preciso instante en que nacía el fruto. Pienso que fue planeado por aquellos-aquienes-no-podemos-nombrar y, si eso es cierto, mi culpa debe ser menor ante sus ojos que la suya... ¡Ah! Y ruégale que no hable de debilidades ajenas. Recuérdale que todos estamos aquí, pagando por la debilidad de alguien...

Y sin añadir más, le volvió la espalda y salió de la choza. Se detuvo junto al ciervo, que suspiró feliz bajo sus caricias. Desde el interior de la vivienda le llegó una tímida advertencia:

—Habrà guerra.

Ella hundió sus dedos en la suave piel de la bestia.

—Habrà guerra —contestó con determinación.

De nuevo se hizo el silencio bajo las sombras de los álamos y los pinos. El aire susurró conjuros macabros que incendiaron la noche de presagios.

Vrena recordó las visiones de Baba-Yaga y recorrió con la vista los troncos vivos de los árboles, la hierba sonora, las pálidas siluetas de las flores cercanas.

«¿Por qué el bosque parecía de coral?», se preguntó.

A sus espaldas, un aletear de alas membranosas se adentró en la noche.

\* \* \*

Transcurrieron dos semanas en la aldea del ciervo. Todas las mañanas Vrena miraba el cristal de agua, cuyo interior se despejaba hora tras hora.

«Pronto veré el futuro», se decía. Y la llegada de su propio destino la agitaba cada vez más.

A lo lejos, las brumas verdes de la tierra del Mal cubrían las torres del castillo. Entre sus ventanas, los cuervos salvajes oteaban la lejanía, al acecho de posibles caravanas de mercaderes para robar sus riquezas. Pero la ruta de sus latrocinios no traspasaba los umbrales del río Leteo. A salvo de tales bandidos, los hombres y mujeres de la tribu se afanaban en sus labores.

«Pronto conoceré la respuesta», repetía Vrena todas las mañanas.

El ciervo dormía junto a la vivienda, custodiando la sagrada joya que su

dueña jamás dejaba en otro sitio que no fueran sus pechos. Y cada mañana el vientre del fruto se aclaraba cada vez más, y el presentimiento de una desgracia crecía en el corazón de la reina.

Por fin llegó un día a finales del verano. Aquel amanecer, las aves se habían despertado más temprano que de costumbre y enseguida prorrumpieron en salvajes cantos, distintos a cuantos habían escuchado Vrena y los suyos desde hacía mucho tiempo. El sonido despertó a la reina, que miró el cielo parduzco.

«Mañana pudiera ser», pensó.

Ese día las nubes vagaron de un extremo a otro, ocultando a ratos la piel dorada de Helios. De vez en cuando dibujaban las siluetas de enormes bestias que se embestían unas a otras.

«Mañana puede ser», repitió.

Varios relámpagos cayeron sobre el bosque y un viento gélido y persistente comenzó a soplar en ráfagas, amenazando con llevarse los árboles menos fuertes.

«Mañana será», se dijo con resolución.

La tarde se disfrazó de nubes plomizas con olor huracanado. Los animales se refugiaron en cuevas, nidos, madrigueras, fosos, cavidades, guaridas, cavernas y covachas, en cuanto árbol, piedra, laguna o pantano se mostró propicio para cobijar a cualquier criatura del bosque.

«Mañana ocurrirá», aseguró.

Y ordenó a los hombres que sacaran sus armas; a los niños que dejaran los juguetes; y a las mujeres que prepararan alimentos, ropas y medicinas. La actividad se desató en la aldea con la misma furia del vendaval vespertino. Los gritos de los hombres apurando a sus hijos, las quejas de los hijos bajo el peso de los encargos, y el llanto de las mujeres que acumulaban vendajes, llenaron la atmósfera de la región.

Y la reina envió mensajes a los mil puntos cardinales. Partieron los jinetes en los pegasos blancos, sorteando las corrientes de aire que soplaban con furor. Llevaban con ellos la convicción del triunfo, como la más poderosa de las armas. Ella los vio marchar hasta que se perdieron, hundiéndose en la oscura tarde.

La dama del reino del Bien hizo una leve señal y los hombres y mujeres y niños marcharon hacia sus chozas, en busca de la comida que habían



preparado. Pronto el pan blanco y las carnes picantes derrotarían con su aroma el resto de los olores. Pronto los alientos perfumados de vino rojo se mezclarían con el sabor de las golosinas azucaradas. Pronto el tañer de los instrumentos sería el pretexto para contar antiguas historias. Pero eso sería más tarde.

Ahora todos se apresuraban a buscar refugio ante el vendaval de tierra y hojas que azotaba los cuerpos fatigados. Y en algún lugar de la atmósfera, un rayo azul desgarró las nubes que comenzaron a derramar sus licores purísimos sobre la tierra.

\* \* \*

Los restos del huracán nocturno goteaban aún de las hojas cuando el primer rayo de Helios avanzó lentamente desde el cielo hasta la cumbre nacarada de una montaña.

La aldea despertó con la muerte de las últimas estrellas y, en pocos instantes, todos se afanaban en los preparativos finales. Secaron y pulieron nuevamente las armas, vertieron los vinos en las olorosas escudillas de madera que luego sellaron con cuidado, prepararon ungüentos mágicos para las heridas, sacaron el pan que sudaba calor y grasa de los hornos, almacenaron especias, salaron enormes trozos de carne, acumularon ristras de cebollas y ajos, guardaron con celo el grano de las aves y finalmente pusieron al sol sus ropas húmedas. Entonces se echaron sobre improvisados lechos de hierbas y dormitaron bajo los árboles.

Un grito espantó el sueño con la rapidez de una bofetada. Los ojos buscaron en todas direcciones hasta distinguir la nube de contornos sombríos que avanzaba desde el otro lado del Leteo. Las bocas entreabiertas, los corazones helados, las frentes sudorosas, permanecieron en absoluta inmovilidad como si alguna ráfaga de nieve hubiera llegado súbita y silenciosamente para detener la vida. El manto de niebla se acercaba con lentitud y la tribu apenas intentó adivinar lo que podían guardar sus entrañas, pero los gritos de las aves de rapiña anunciaron al mundo que la muerte se acercaba.

Envueltos en los oscuros velos del Mal, surgieron las bandadas de grifos con sus garras de bronce y sus picos enlodados de carroña; los ejércitos de

vampiros planeando con alas furiosas; las nubes de murciélagos rojos y negros, que embestían ciegamente contra cualquier objeto vivo; brujos de cien categorías que se lanzaban invisibles, ocultos tras las mañas de sus artes; las hadas malas con sus túnicas de color azafranado; los escuadrones de duendes perversos que robaban las flechas y desviaban los dardos certeros; los hechiceros de pupilas blancas que aborrecían su propia sombra... Miles de criaturas abandonaban la tierra del Mal para lanzarse en cerrado ataque contra la tierra del Bien.

La tribu del ciervo contempló la nube que se acercaba segundo a segundo.

—¡Alarma! ¡Todos a sus puestos! —gritó Vrena—. ¡Hoy es el día! ¡No permitiremos que nos quiten el fruto!

Desde el peñón sur de la aldea, la mujer se dirigía a toda la tribu. Su túnica azul de abundantes pliegues dejaba al descubierto las blancas rodillas. Con el carcaj al hombro y un arco en la mano izquierda, incitaba a los hombres con la fiereza de una diosa que algún día se convertiría en leyenda.

—¡La joya hablará antes del anochecer! ¿Queréis que nos roben nuestro destino?

Un griterío se elevó tras las palabras de la joven reina.

—¡Todos a combatir! —voceó ella con ardor—. Debemos conservar esto...

Y se abrió en dos la túnica para sacar sus pechos al viento. La joya sagrada brilló sobre su mano como el ojo sangrante de un cíclope. Sin aguardar un instante, los hombres y mujeres de la tribu corrieron al combate protegidos por armaduras y conjuros.

Hordas de vampiros se lanzaron contra los grupos de guerreros casi indefensos desde sus posiciones terrestres. Varias decenas de mujeres defendían la zona oriental de la aldea donde se guardaba la mayoría de los víveres y estaban las casas para albergar a los heridos.

Durante toda la mañana combatieron sin descanso. Desde lo alto del firmamento, Helios arrojaba terribles dardos sobre las cabezas de los no-muertos que habían violado la orden de no salir durante el día; pero su intento fue inútil.

Adante, señor del Mal y las Tinieblas, también luchaba con bravura. Su instinto de jefe lo hizo volverse para mirar a su ejército que comenzaba a desfallecer bajo la luz del astro diurno. A un movimiento suyo, las brumas

del pantano se levantaron obedientes y cubrieron a los dos ejércitos. Casi enseguida, la fuerza de la tribu del Ciervo pareció decaer. Sus golpes de espada se hicieron débiles y los tiros de arco menos certeros. Vrena peleaba con la furia de una leona salvaje. La joya temblaba entre sus senos y a cada instante palidecía más.

Al final del mediodía, el cielo se cubrió de vapores pestilentes nacidos de los antiguos fosos que rodeaban el castillo de Adante. Helios desapareció, ahogado por la niebla del pantano.

Un grito de rabia nació de la garganta de Vrena.

—¡A ellos! —rugió—. ¡A ellos con nuestras armas o estamos perdidos!

Haciendo un nuevo esfuerzo, los hombres sacaron sus armas de cristal. Las espadas expulsaron ramilletes de luz que emergieron a chorros de los filos transparentes y rasgaron las carnes oscuras de sus enemigos.

—¡Traición! ¡Traición! —gritó Adante, con voz ronca—. ¡No podéis usar las armas prohibidas!

Pero los guerreros de la tribu del ciervo no escucharon sus quejas. Las espadas de cristal relucieron entre los jirones de niebla. La gritería se convirtió en un aullido insoportable que las lejanas manadas de lobos corearon con regocijo. Los haces de luz barrieron huestes enteras de enemigos, antes de que estos pudieran comprender qué estaba ocurriendo.

—¡Las armas! ¡Las armas antiguas! —el grito de Adante se elevó sobre la multitud.

Los no-muertos de la Tierra del Mal echaron a un lado su temor a los conjuros y a las hechicerías, y las espadas de cristal surgieron de sus ropas. La ventaja obtenida por la tribu momentos antes desapareció. Las armas luminosas hicieron estragos entre las filas de hombres que peleaban al descubierto contra sus enemigos alados. En breves instantes, el final pareció decidirse.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen! —nuevos gritos estremecieron a los contendientes—. ¡Hermanos, a nosotros!

La batalla casi se detuvo. Una nube blanca bajaba del cielo, desde el extremo sur del horizonte. Llegaron veloces como un viento de primavera los pegasos azules, de vientres lisos y abundantes crines; acudieron también las más viejas deidades del Bien, portadoras de todo lo hermoso y lo bueno; las enormes bandadas de fénix que cegaban a los no-muertos con el brillo de sus

ojos; los ejércitos de unicornios rojos, con sus astas de vidrio estriado que brillaban al atardecer; los elfos y los geniecillos que se escurrían entre la multitud; las brujas bondadosas, montadas en rápidas escobas; los escuadrones de aves de fuego, que dejaban un rastro de plumas luminosas a su paso... La tribu del ciervo gritó de júbilo: se acercaba el ejército del Bien, con los mejores mitos del hombre.

Vrena redobló la furia de su combate. Junto a ella, el ciervo luchaba con igual ferocidad. A tiempo llegaron los refuerzos. Dos fénix con garras de plata se precipitaron desde el aire contra los vampiros que rodeaban a Vrena y a su ciervo. El pecho de la mujer se congeló de pronto como si una flecha de hielo lo hubiera atravesado. Se llevó las manos a él y tocó el frío cristal de la joya.

—Vamos —le dijo al ciervo—. Ha llegado la hora.

Echó a correr con el fruto entre sus manos. Descalza y con los cabellos salpicados de sangre, se deslizó por la boca del peñón dejando atrás la batalla. Miraba en todas direcciones para asegurarse de que nadie la había visto, pero sus esfuerzos resultaron vanos. Dos ojos rojizos siguieron su esbelta figura, mientras bordeaba el camino que la llevaría hacia el río.

La joya resplandecía con reflejos intermitentes. Vrena se detuvo junto a unos helechos y nuevamente observó con cautela los alrededores. El cercano fragor de la batalla había privado a la tarde de los suaves cantos vespertinos. Las aves guardaban un extraño silencio, interrumpido a veces por chillidos desentonados.

Un resoplido del ciervo impidió que Vrena sacara a la luz el fruto. Por el sendero recién abierto se acercaba la silueta oscura envuelta en un manto azul y negro, con los cabellos revueltos y los ojos llameantes. Ella retrocedió unos pasos, pero conservó su acostumbrada altivez.

—Necesito el fruto, hermosa.

El corazón de la mujer se debatía entre echar a volar o detenerse.

—No puedo. Es de mi tribu y ya sabes que la ley...

—La ley no se hizo para nosotros dos —la voz de él sonó dulce e insinuante—. Somos distintos, ¿recuerdas? ¿O es que ahora juegas a engañarte?

—Por lo que más quieras, Adante, vete y déjame sola.

El ciervo dobló su cuello para embestir y dio un paso hacia él.

—¡No!

Con un reflejo tan rápido como el grito que la había traicionado, la mujer se llevó una mano a la boca. Adante pareció sorprendido.

—¡Vrena! —De pronto la expresión de su rostro fue más dulce—. Vrena, dejemos aquí la joya y busquemos otro lugar.

La reina gimió.

—No puedo abandonar a mi tribu. ¡Ellos me necesitan! Y los tuyos te necesitan a ti.

—No es cierto. *Yo* te necesito a ti. *Tú* me necesitas a mí. Debemos pensar en nosotros.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Acaso nosotros pensamos en ellos cuando los empujamos al experimento? ¡Hubo millones de muertos por culpa nuestra, en nuestro afán por demostrar que podíamos viajar a cualquier sitio en un instante! ¿Acaso pensamos en lo que podría sucederles si todo fracasaba? ¡Y sabíamos lo que podía ocurrir! ¡Lo sabíamos!

—¡Vrena, no hables así! No puedes hablar de eso *aquí*.

—¡Déjame! —continuó ella, intentando escapar—. Ahora tenemos que asumir nuestro castigo: nosotros y quienes nos siguieron... incluso los inocentes, incluso los pequeños monstruos que nacieron malditos y que están ahí para que no podamos olvidar nunca el horror...

Se detuvo porque los sollozos no la dejaron continuar.

—Vrena —susurró él con ternura.

El aliento del hombre le llegó al rostro. Ella perdió fuerzas y sus ojos se cerraron cuando los labios oscuros acariciaron sus mejillas.

—Oh, Adante.

El beso nació y creció como la gota que cae en un río. Las alas de Adante temblaron y lentamente rodearon el cuerpo de la mujer, convirtiendo el abrazo en un tibio capullo. Los cuerpos se entrelazaron en una cópula desesperada.

Durante una hora el capullo permaneció cerrado, ajeno al mundo que le rodeaba. El ciervo aguardó, atento a los ruidos de la batalla que continuaba con encarnizamiento. Finalmente el capullo se abrió y los cuerpos agotados rodaron por el suelo.

—Entonces, ¿nos vamos?

Ella pareció despertar después de un letargo.

—¿Irnos? —se incorporó—. Estamos condicionados. No podremos huir nunca.

Las lágrimas comenzaron a surgir, prontas y fáciles.

—Podemos intentarlo, luchar contra...

—Me voy, Adante.

—Vrena, por favor.

La mujer ahogó un grito que se convirtió en un ronco gemido: la joya temblaba entre sus senos. La tomó en sus manos, ocultándola de Adante.

—¿Qué es? ¿Qué ocurre? —preguntó él a sus espaldas.

Durante unos instantes, ella no respondió.

—¿Quieres conocer nuestro destino?

—Sí.

—¿Quieres conocer tu propia muerte?

—¿Mi... muerte?

—Eso verás si miras el fruto.

—No —dijo él retrocediendo—. Prefiero no saberlo.

Por primera vez, ella se volvió hacia él y lo miró con ojos de fiera herida. Su mirada lo horrorizó.

—¡Mira, Adante! —le tendió la joya—. Quien ve el futuro, muere dos veces.

—No, Vrena... —la miró implorante.

—Eres tan culpable como yo. ¡Mira!... ¡Mira!

Él obedeció.

Torrentes de agua corrían en todas direcciones por las entrañas cristalinas. El viejo castillo de torres musgosas, cubierto de telarañas húmedas, pareció ceder bajo la fuerza de un terremoto y sus pedazos cayeron sobre los fosos llenos de dragones que morían aplastados con el peso de las piedras. Más allá del castillo, la aldea desaparecía bajo una ola gigantesca que arrasó sus casas, establos y graneros, y ahogó en un suspiro a todos sus habitantes. La tierra de la comarca se abrió en innúmeros surcos por donde brotaban el agua y la lava, fundidos en enormes géiseres de vapor que empañaban la atmósfera. Era el mar penetrando a raudales entre las rocas derretidas por los volcanes. Era el caos. Era el diluvio. Era el Juicio Final.

—¿Qué es esto? —la voz de Adante susurró apenas en las primeras sombras de la tarde.

—Es la visión de nuestro futuro, la visión del Árbol del Saber. Esto es lo que han dispuesto para nosotros los jueces de nuestro mundo. La catástrofe que se avecina no nos matará a todos. Ese es el castigo: la incertidumbre de no saber quién morirá y quién vivirá para contarlo.

—No lo creo —dijo él—. Nos dijeron que, al poner en peligro nuestro mundo, el castigo sería ayudar a construir otro. Pero eso otro... es espantoso.

—Es perfecto —concluyó ella—. Usa la imaginación. Nuestro experimento costó millones de vidas. Por eso nos dejaron en este planeta, con nuestros seguidores, creando los futuros mitos de quienes ya lo habitan. Fue una decisión sabia; un castigo digno. ¿Recuerdas la sentencia? *Sobre los hijos recaerán las culpas de los padres.*

—Y fueron las mutaciones —añadió él con voz temblorosa.

—Lo sé; ninguno de los pequeños es capaz de reconocer en sí mismo a un monstruo. Únicamente un adulto puede ver en esos cambios la huella de las radiaciones creadas por sus padres cuando manipularon lo que no debían.

Los troncos de los árboles sollozaron de frío. Vrena se detuvo a contemplar el cielo antes de recoger sus ropas.

—Apolo tenía razón.

Él la miró desconcertado.

—¿Te has atrevido a sacar el ciber...? —se interrumpió y miró en torno.

—Sí —le contestó furiosa—, activé el cibercerebro. Necesitaba saber, pero no te preocupes; nadie me vio. Además, Apolo solo mostró escenas antiguas, paisajes de nuestro mundo, rostros de seres muertos hace años...

—Si no te dio respuesta, ¿por qué dices que tenía razón?

—Porque acertó al indicarme la persona que podría ver el desenlace. Cuando le di todos los datos sobre la situación, respondió: «Busca un ser humano. Está en tus orígenes». Sus palabras me condujeron a Baba-Yaga.

—No veo cómo.

—Muy simple, es la única de mi familia condenada al destierro conmigo. ¿Sabes que sus antepasados eran de Pytos?

—¿El pueblo vidente de Bjöör?

—Sí; y ella lo vio todo: la guerra, el continente devorado por el

cataclismo... ¡Ah! ¿Por qué lo olvidamos?

—¿Olvidar qué?

—Las leyendas son hermosas, pero tristes. Y ahora somos parte de ellas. Por eso debemos morir.

—Es una locura —murmuró él.

—Es tan lógico —repuso ella—. Esta tierra, los animales que trajimos, nosotros mismos... Todos seremos algún día parte de un sueño.

La tarde se oscureció aún más.

—Es casi de noche —susurró ella, y se inclinó para besar las oscuras mejillas de Adante—. Debemos regresar.

Él se levantó del suelo, mecánicamente.

—No necesitamos esto —dijo Vrena, y arrojó el fruto que se hundió en las aguas del Leteo—. Nosotros somos los principales culpables. Por tanto, solo nosotros llevaremos el peso de este secreto.

—Es injusto —protestó él—. Queríamos conocer, investigar...

Vrena le acarició las mejillas heladas.

—Sacrificamos millones de vidas —le recordó ella—; ahora debemos pagar con las nuestras. No me parece un precio excesivo.

Las alas de Adante se abatieron sobre la tierra húmeda.

—No pueden dejarnos morir así —se dolió Adante.

—Regresemos —dijo ella—. Debemos cumplir con nuestro papel hasta el final... Será hermoso ayudar a crear los mitos de este planeta.

La hierba crujió dichosa al aspirar la brisa nocturna y el brillo azul de las estrellas se asomó tras las últimas nubes del crepúsculo.

—Dime, Adante, ¿qué te gustaría ser?

Él la miró sin comprender.

—¿Un rey muy bueno o un dios malvado? —insistió ella

—No sé de qué hablas.

—Dentro de unos siglos, la imaginación de los hombres podría transformarte en el primer monarca de la especie humana, tal vez en el creador de una genealogía mítica. ¿Puedes imaginarlo? Adante, el primer hombre de la historia... O quizá te convertirás en un dios diabólico: un ser de alas oscuras en perenne acecho desde las sombras.

—¿Y a ti? —preguntó él—. ¿Te gustaría convertirte en símbolo del valor,



quizá en una diosa cazadora, acompañada siempre por un ciervo, o tal vez en una mujer que se apropió de un fruto prohibido para luego llevar a su amado y a toda su especie a la perdición?

Vrena sonrió y la ternura iluminó su rostro.

—Habrá de todo, no lo dudes. Los hombres nos harán a su imagen y semejanza.

Y el vientre aromado de la brisa envolvió sus cuerpos, que se perdieron en la noche más oscura.

# LAURA PONCE

**BUENOS AIRES, ARGENTINA, 1972**

Escritora y editora especializada en ciencia ficción, ha colaborado con diferentes publicaciones electrónicas y de papel. Sus cuentos han aparecido en revistas y antologías de Argentina, España, Cuba, Colombia y Perú. Desde el 2009 dirige la revista *Próxima* y Ediciones Ayarmanot. Ofrece talleres, cursos y charlas sobre narrativa, lectura y escritura de ciencia ficción, y además organiza las Tertulias de Ciencia Ficción y Fantasía de Buenos Aires, reuniones mensuales que superaron los ciento cincuenta encuentros. Participa en la organización de Pórtico —Encuentro de ciencia ficción, que se celebra desde hace tres años y aún las características de un evento académico con actividades dedicadas al *fandom*—. Escribió una columna mensual en *Amazing Stories*, sobre Mujeres y Ciencia Ficción, y participó del programa de radio Contragolpe con la columna semanal: «Escribir CF y Género Fantástico hoy: Autogestionando el futuro». En 2015, Ediciones Outsider publicó su primer libro de cuentos, *Cosmografía general* (reeditado en España como *Cosmografía profunda*, 2018) en el que reúne narraciones de ciencia ficción que tratan el lado más inquietante del progreso científico y del contexto político de la globalización.

De él proviene «Paulina», una distopía claramente enraizada en la actualidad y cuya protagonista parece dispuesta a todo para que no se perpetúe su destino. La inmigración, el autoritarismo, la precariedad laboral o la maternidad en uno de esos futuros que ya son casi presente brillan con fuerza en un relato al que no le sobra ni una coma.

## PAULINA

Las filas de vehículos avanzan y vuelven a detenerse frente a los puestos de control. Está oscuro todavía y la llovizna de hace un rato perla los vidrios; dentro del colectivo hace un frío de morirse. Paulina mira la hora en el celular. Las seis de la mañana. *Va lento el asunto*, murmura entre dientes. Tiene ganas de hacer pis. Los golpes en el vidrio la sobresaltan. La puerta se pliega con un chasquido y suben dos guardias armados; al igual que el resto de los pasajeros, Paulina se arremanga para que puedan escanearle el código de identificación.

Cuando la barrera se levanta, el colectivo arranca perezosamente, pasa debajo del cartel que dice: «Bienvenido / Ciudad Autónoma de Buenos Aires» y toma la subida a la autopista. Paulina no mira sobre su hombro, sabe que los puestos de control y el río van quedando atrás; siente una especie de íntima satisfacción, como cada vez que entra a la ciudad, pero no quiere ponerse contenta. *Es demasiado pronto para eso*, piensa.

Durante el trayecto contempla los parques cuidados, las calles limpias y bien iluminadas, las torres construidas en la Nueva Etapa, y piensa en los que las habitan. Se acuerda de lo que su vieja le ha repetido hasta el cansancio: «Hay dos clases de gente: los que viven adentro y los que viven afuera; a los que viven afuera los dejan entrar solamente para que trabajen en manejo de desechos o en seguridad». *En realidad es la misma cosa*, se dice Paulina con una sonrisa torcida. Se acuerda del tipo al que tuvieron que sacar, ese que todos los días pasaba frente a su puesto en el hall del edificio sin mirarla, como si ella no estuviera ahí; hasta la mañana en que su identificación no pasó por el lector. Paulina se había puesto de pie, se había colgado la tonfa del cinto y se le había acercado.

—¿Algún problema, señor?

—Sí, no sé qué pasa. No me toma la credencial. —El tipo sudaba.

—Permítame —dijo ella.

«Julio Montero / Jefe de Sección». El de la foto era él, todo se veía en

orden y la banda no parecía dañada, pero el lector de acceso volvió a rechazarla. Paulina sabía lo que pasaba; el tipo también, aunque no quisiera aceptarlo.

—Espere, por favor —le indicó.

Pulsó el botón de la radio pidiendo respaldo —a Méndez justo se le había ocurrido ir al baño—, sacó su verificador y pasó la credencial. Cuando vio por el rabillo del ojo que Barbieri y Soto salían del ascensor, confirmó:

—Usted se encuentra desvinculado de la compañía, señor. Tengo que pedirle que abandone el edificio.

El tipo dijo que no podía ser, que debía haber un error. Gritó, amenazó y suplicó, pero lo sacaron a la calle. Al final, antes de irse, tenía la mirada perdida y una expresión que la hizo estremecer. Todos miran de ese modo al final, pero ella nunca llegó a acostumbrarse.

Hace tiempo que no está en el puesto de acceso y son otros vigiladores los que manejan esos casos, pero Paulina evoca con frecuencia aquella expresión, para que no la deje olvidar lo fácil que es caerse de donde uno está, lo fácil que es perderlo todo.

Baja del colectivo en la esquina del playón y mira el celular una vez más mientras camina hacia el edificio: las seis y media; está en horario. A medida que sube las escaleras del frente, ve crecer su reflejo en las paredes decoradas con el logo de nec.

En la oficina junto al puesto de acceso está Peretti, el compañero al que relevará. Intercambian saludos, las frases de siempre —¿Hace frío? Sí, una barbaridad— y las novedades de la guardia —Se quemó una lamparita del quinto piso. ¿Lo demás todo normal? Sí, todo normal—. Las doce pantallas frente al escritorio no lo desmienten.

Paulina va al baño a cambiarse y vuelve vistiendo el uniforme. Le queda cada vez más ajustado pero el pullover suelto y la campera ayudan a disimular. Firma el Libro de Novedades y toma servicio. Peretti ya tiene el bolso listo, saluda y se va. Ahora Paulina es la Referente del objetivo, lo que significa que los otros veinte vigiladores del turno están bajo su responsabilidad. Toma la radio y empieza a chequear con las cámaras que estén en sus puestos y listos para el cambio de guardia.

A las siete en punto llama a la empresa para dar el presente y pasar la

lista. Durante casi dos horas nada sucede. El edificio entero parece suspendido en el silencio. Luego, en tropel, comienzan a llegar los empleados de la compañía. Paulina se entretiene mirándolos llenar ascensores y hormiguar por los pasillos hasta que la actividad se normaliza. Empieza a creer que será un día como todos los demás. Entonces lo vuelve a sentir. No es exactamente dolor, es otra cosa, una especie de señal. Y ya no puede hacerse la desentendida.

Va al baño a mojarse la cara. Se repite que tiene que tranquilizarse, que todo va a salir bien. Se mira en el espejo y no le gusta lo que ve; las ojeras, esas marcas de amargura... cualquiera diría que tiene cuarenta y cinco, aunque todavía no llega a los treinta. *El peinado tampoco ayuda*, se dice con una mueca, y se suelta el cabello. Tiene ganas de llorar.

Vuelve a su puesto justo a tiempo para ver, por la ventanita espejada, que alguien saluda a los dos vigiladores del puesto de acceso. Por el uniforme, un supervisor de la empresa. El corazón le da un vuelco al darse cuenta de quién es. Un momento después él está entrando a la oficina.

—Buen día, Santoro.

—Buen día, Martínez.

Y el beso en la mejilla.

Daniel Martínez es su supervisor desde hace años. Paulina siente una vieja fascinación por él; siempre disfrutó de su compañía. Cualquier otro día lo hubiera invitado a quedarse, le hubiera ofrecido mate o café, pero hoy no es cualquier otro día.

—¿Alguna novedad? —pregunta él mientras hojea el Libro.

—No, ninguna —responde ella, y en un esfuerzo por dejar de mirarle la alianza que lleva en el anular, se fija en su uniforme impecablemente planchado; observa su rostro delgado, nota las entradas profundas, el bigote encanecido. *Se está poniendo viejo*, piensa con ternura, y tiene que reprimir el impulso de acariciarle el pelo. De pronto siente el peso de su ausencia, se da cuenta de la falta que le hace su abrazo (el de cualquiera, en realidad). Recuerda la noche que estuvieron juntos, la primera y la última, y la invade una repentina oleada de calor, una confusa mezcla de bronca, vergüenza, deseo y amargura. Por eso no le gusta recordar, porque al final, como cada vez que piensa en él, se siente estúpida. Sabe que es algo que nació ya sin oportunidad. Aprieta los dientes y, tratando de apurar el trámite, pregunta—:

¿Trajiste la cobertura? Barbieri andaba preguntando si le cambiaron el franco...

Ya sola, Paulina cierra la puerta de la oficina, se sienta con cuidado y se sube el pullover. Cautelosamente se toca la panza. No es muy grande, pero ya tiene treinta y ocho semanas. Lleva tanto tiempo ocultándola que a veces ella misma necesita tocarla para asegurarse de que no es fruto de su imaginación. Y ahí está otra vez, ese dolor que no es dolor. Paulina ya tiene un hijo — Marito, el recuerdo que le dejó su único novio antes de borrarse—, de modo que sabe muy bien qué es lo que está sintiendo.

Inquieta, tratando de no pensar en todo lo que está en juego, toma su bolso y empieza a preparar las cosas. En eso está cuando rompe bolsa.

Paulina respira, respira y espera. Ahí viene otra. Es como si una gran mano le retorciera las tripas desde adentro, y luego las soltara. Está recostada contra la fría pared del baño, acomodada sobre un par de toallas, y va controlando como puede con el espejo que trajo. Resiste el deseo de pujar hasta que cree ver la coronilla, recién entonces puja con todas sus fuerzas. Trata de recordar su primer parto. Ruega a Dios que sea igual de rápido, ruega a Dios que este no venga de culo, que no la desgarre, que respire bien, que esté completo, que no tenga ningún problema de salud. Todos los miedos que no se permitió sentir durante el embarazo la invaden de pronto. ¿Y si no pudiera sola? ¿Y si necesitara ayuda? Pero ya es demasiado tarde para pensar en eso. Trata de vaciar su mente de pensamientos y temores, trata de concentrarse en respirar. Puja una vez más y sale la cabeza. *Ya pasó lo más difícil*, se dice para darse ánimos. Y la verdad es que termina no costándole tanto.

Es una nena. Una nena con buenos pulmones. Paulina corta el cordón con un cúter y limpia y envuelve a la criatura. Le seca la cara, le quita los coágulos sanguinolentos del pelo y la contempla por un momento que le parece eterno. Le roza la boca con la punta del dedo, ve que tiene el reflejo y la acerca a su pecho. Cuando la siente succionar, se le caen las lágrimas. Piensa en cómo eran las cosas antes de conseguir trabajo en la empresa, en las filas interminables y los interminables rechazos, en el frío colándose en la casucha en la que dormía, en el hambre como un dolor constante, piensa en

sus padres —esos viejos miserables y egoístas que viven de ella—, piensa en su hijo —ese animalito caprichoso y maleducado que no hace más que exigirle cosas—, piensa en el alquiler y las cuentas que hay que pagar... ¿Qué pasaría si la echaran? ¿Qué pasaría si por esto perdiera todo lo que le ha llevado años conseguir? *Valdría la pena*, murmura. Y entonces escucha que alguien abre la puerta de la oficina.

Apenas ha llegado a expulsar la placenta y está sobre un enorme charco de sangre.

Paulina despierta en la clínica, en una habitación moderna y agradable. Siente que le duele el cuerpo por todo lo que no le dolió durante el parto. Es como si los órganos y hasta los huesos intentaran volver a su posición anterior al embarazo. Cuando trata de incorporarse se da cuenta de que está esposada a la cama.

—Te revocaron el permiso de trabajo —escucha decir. —En cuanto tengas el alta, te deportan.

Se da vuelta y lo ve sentado junto a la ventana. Daniel parece muy, muy cansado.

—Sabés que el embarazo es causa justa de despido, la Empresa incluso podría iniciarte acciones legales por ocultar información.

Paulina se queda sin aire. Él se frota el entrecejo.

—Sé cuánto necesitás el trabajo y estoy haciendo todo lo posible para que no te echen. Podría haber una posición como retén en la autovía... Pero no sé.

Paulina piensa en lo que le ofrece: las casetas del borde, turnos de doce horas rotativos, a la intemperie, armada —nadie te da un arma por nada—, revisando a la gente, esperando a los saqueadores.

—¿Y nunca voy a poder volver? —Apenas le sale la voz. Se refiere a volver a su objetivo, al puesto que ocupaba, pero en realidad también se refiere a volver a trabajar en la ciudad, a volver a estar con él, a volver a todo lo que ha hecho miserable y soportable su vida hasta entonces.

—No, no creo —contesta él, y se va hasta la puerta. Pero vuelve, como si no pudiera aguantarse la bronca.

—No entiendo cómo pudiste hacer esto —le dice—. No te hablo solamente de mantener el secreto... ¡Tenerla así!

—Vos sabés lo que hubiera pasado si hubiese pedido médico cuando me descompuse. Me hubieran subido a una ambulancia y me hubiesen tirado del otro lado de la General Paz.

—¡Te hubieran llevado al hospital!

—¡Del otro lado de la General Paz!

—¿Por eso no llamaste? ¿Porque querías que naciera en la ciudad?

Paulina no responde.

—¿Qué creías? ¿Que te iban a dar la ciudadanía a vos también? ¡No podés ser tan boluda! Podrán dársela a ella, pero no a vos. ¿No entendés? — Le tira una carpeta y una lapicera—. Te ofrecen dos opciones: dejarla al cuidado de la ciudad, renunciando a todo derecho de filiación, o renunciar a su ciudadanía y llevártela con vos.

Paulina no se lo esperaba. Había llegado a creer que tenía oportunidad, que no era una idea tan loca después de todo. Abre la carpeta pero no puede leer, las letras se le borronan.

—¿No hay ninguna otra opción?

—No, no hay.

Lo piensa durante un instante y la idea de separarse de ella le hace sentir un ahogo, un súbito malestar, le duele el pezón del que se alimentó, siente las tetas llenas y desesperadas, anhelantes, comprende que dejarla sería como sufrir una amputación, pero sabe que en realidad no hay nada que decidir.

—Deciles que renuncio a la filiación.

Él la mira como se mira a un monstruo y abandona la habitación. Paulina sabe que es inútil tratar de explicarle y se recuesta en la cama. Se acuerda cuando se enteró del embarazo, cuando decidió tenerlo; se acuerda cómo se propuso que todo fuera diferente esta vez. Se dijo entonces que sería su oportunidad para empezar de nuevo, para hacer todo bien desde el principio, para sentir la maternidad no como una vergüenza, una carga o la consecuencia de una estafa, sino de ese modo dulce y sereno que se ve en las películas, para sentir y dar todo el amor que se supone que las madres deben tener por sus hijos. Y llegó a creer que realmente podría dejar todo atrás, que su vida después del parto sería tan nueva como la de la criatura.

Las cosas no salieron como hubiese querido y, sin embargo... Sin embargo, siente que esta locura no ha sido en vano. A pesar de todo, su hija



se convertirá en ciudadana. Y nadie podrá quitarle eso. Una ola de repentino orgullo le inflama el pecho.

# CRISTINA JURADO

MADRID, ESPAÑA, 1972

Licenciada en Publicidad y Relaciones Públicas por la Universidad de Sevilla, cuenta con un Máster en Retórica por la Northwestern University (EE. UU.). Es escritora de ciencia ficción, fantasía, terror y otros subgéneros híbridos. Ha editado las antologías *Alucinadas* (2014), *Spanish Women of Wonder* (2016) y *WhiteStar* (2016) y dirige la revista *SuperSonic*, dedicada a la literatura de género, reconocida por la European Science Fiction Society (esfs) como Mejor Zine en 2016 y como Mejor Revista en 2017, además de por otros premios como el Ignotus 2018 de la aefcft. Es editora internacional para la revista *Apex* y seleccionadora de *The Apex Book of Worlds SF#5*. Ha recibido el premio Ignotus 2016 al Mejor Artículo por «Antologías de ciencia ficción en España» y también el Premio Ignotus 2017 al Mejor Relato por «La segunda muerte del padre». En su producción destacan la novela corta *CloroFilia* (2017) y *Bionautas* (2018), además de su libro de relatos en inglés *Alphaland* (2018). Escribe en inglés y en español.

«La segunda muerte del padre» (*Cuentos desde el Otro Lado*, 2016) es un relato sobre el duelo y sus podredumbres que demuestra el alcance de la autora para subvertir el género desde lo *weird* sin dejar de homenajearlo. También es la prueba de que el surrealismo puede tener sombras, de que hay heridas que nunca sanan y de que la imaginación puede ser una forma de enfermedad, o el síntoma de un umbral.

## LA SEGUNDA MUERTE DEL PADRE

*Las lágrimas más amargas que se derramarán sobre nuestra tumba serán las de las palabras no dichas y las de las obras inacabadas.*

Harriet Beecher Stowe

La criatura apareció cuando murió su padre y ella se quedó huérfana por segunda vez. En realidad, él había muerto muchas veces antes, cada vez que desaparecía. No recordaba cuántas. Su memoria era un contable falible: llevaba las cuentas como quería y tenía tendencia a redondear por lo alto cuando se trataba de ausencias.

El día antes de su muerte, viajó miles de kilómetros para verlo sin saber cómo iba a hallarlo. Se encontró con él aquella mañana, cuando llegó a una casa que no era la suya, sino la de su padre. No lo reconoció. Se *parecía*, pero nada tenía que ver con él. Era la misma cara, el mismo cabello rizado, el mismo lunar en la mejilla, los mismos labios carnosos. Pero ahora el pómulos estaba hundido, el pelo casi desaparecido, la piel amarillenta, consumida por el cáncer y la quimioterapia.

Él se alegró de verla. Al menos, eso dijo, y luego se hundió en el sopor de la morfina. Ya no volvió a hablar voluntariamente. Contestaba en monosílabos si se le preguntaba, emitiéndolos en forma de susurro, pero sus palabras se fueron haciendo cada vez más difíciles de entender.

Su respiración era una tortura, tanto para él como para quien lo escuchaba. Le costaba un esfuerzo inhumano atrapar el aire y hacerlo llegar a sus pulmones. El ruido que hacía era insoportable. Ella nunca había oído estertores *pre-mortem* hasta entonces: desconocía la existencia de aquellos gruñidos profundos que maltrataban la garganta porque la obligaban a producir sonidos más animales que humanos.

Escucharle respirar era casi como respirar con él. Habían traído una bombona de oxígeno para ayudarlo a ventilar, pero cada esfuerzo era un

combate que se ganaba segundos después, cuando llegaba la espiración, que era una burla dolorosa a la enfermedad más que un premio.

Le tocó, junto a la mujer de su padre que no era su madre, hacer de enfermera, suministrándole los fármacos que lo aliviaban. Esas eran las instrucciones de los médicos de cuidados paliativos, pero siempre que ella le preguntaba si le dolía algo, él negaba con una mueca. Estaba muy agitado, removiéndose en la cama, cambiando de postura a cada momento, como si quisiera evitar permanecer mucho rato en la misma posición por temor a que la inactividad atrajera a la muerte.

La noche lo aterrizzaba. Tenía problemas para conciliar el sueño desde que empeorara su estado de salud y, a pesar de los somníferos, no paraba de sentarse en la cama o de hablar. Solo dormía a ratos durante el día, cuando la luz inundaba la habitación, y luchaba contra el sueño cuando el sol se ocultaba porque temía no despertarse más. Entonces se estremecía de una manera incontrolable, los brazos trepidando a lo largo del cuerpo, la cabeza temblando, débiles lamentos escapándose de su boca, perseguido por pesadillas atroces, para despertar después con los ojos desorbitados, el terror asomando a las pupilas dilatadas y la respiración atascada.

Murió durante la noche, poco antes de las doce. La oscuridad que tanto temía lo engulló y su pecho dejó de levantarse. Tenía los ojos en blanco, apuntando al techo, pero ya no veían nada. Ella tomó su mano y no le encontró el pulso. Su hermano se despidió y le deseó que marchara tranquilo. Alguien le cerró los ojos y ella se quedó allí sentada, con la mano de su padre entre las suyas, buscando las pulsaciones que sabía no iba a encontrar.

Todo el mundo empezó a llorar. Ella también, pero sus lágrimas no eran de pena sino de rabia. Él era solo un visitante ocasional en su vida y se dio cuenta de que aquella muerte se había producido para ella muchos años atrás. Le parecía injusto, y si buscaba el pulso sin esperanza de hallarlo, era porque en el fondo quería encontrar algo.

Se sentía muy niña de nuevo, ansiando el calor del padre, como aquella vez que, viendo una película de terror de noche, buscó su abrazo. Él se rio y le contó el secreto que haría que nunca más se asustase: todo era mentira, la sangre, las lágrimas, los muertos. Ella tenía siete u ocho años, y nunca más volvió a temer aquellos largometrajes.

Pero aquello no era película, y él no era un actor de cine que acabara de

rodar una escena. Aquella era una muerte, sin cámaras filmando, ni equipos detrás contemplando la escena, ni nadie diciendo «¡Corten!» para que el silencio se rompiera. Y ella no era una actriz. Pero el que estaba allí tendido había sido su padre y solo se oían sollozos, quizás los suyos propios.

Se quedó con la mano del padre, que ya no lo era, entre las suyas. No quería dejarlo solo porque, entonces, se lo llevarían. Vendrían unos señores muy educados y perfectamente trajeados con una caja de madera y lo meterían dentro, y ella saldría de la habitación para que lo vistieran, y tendría que oír cosas como «*Antes de que se enfríe*», y ver a esos extraños tocándolo. Se metió en el cuarto de baño cuando bajaron la caja al furgón, rumbo a la funeraria. Las paredes latían a su alrededor emitiendo ráfagas de abatimiento que la penetraban sin encontrar resistencia. A pesar de que nadie la acompañaba, no se sentía sola. Notaba una cualidad animal en la energía que la rodeaba, más propia de una cuadra que de un aseo, un olor a madera envejecida, bosta fresca y paja húmeda, un crujido de tablas de fondo que le resultaba amenazante, porque se imponía sin corresponderse con el espacio que ella ocupaba. Aquella sensación la acompañó mientras seguía al furgón en el coche de un familiar cercano.

La última vez que tocó a su padre en el tanatorio, la misma tarde del entierro, el cuerpo llevaba muchas horas acostado en el ataúd a baja temperatura. Tuvo que obligarse a rozar la frente con los labios en algo parecido a un beso. Notó el frío de su piel, que ahora era cartón piedra. Su padre había sido muy moreno, pero ahora su semblante tenía la apariencia dorada y mate de la cera silvestre. La muerte era amarilla, el color que manchaba el cadáver. Por un momento, la escena adquirió una pátina de realidad desteñida, como una fotografía sobreexpuesta a la luz. Aquel extraño barniz se comía los bordes del ataúd, amortiguaba los sollozos del resto de su familia y parecía aumentar el peso del aire en la habitación. Ella se dio cuenta de que no estaba preparada para despedirse porque aquel hombre era un extraño. ¿Cómo demonios se despide a un desconocido?

El tanatorio se asemejaba a la sala de espera de un aeropuerto del que no salía ningún vuelo. La parte que visitaba el público estaba decorada con la intención de parecer una acogedora sala de estar, pero los buenos propósitos se habían quedado en el intento. No había nada acogedor en la tristeza de los

concurrentes, real o fingida, por muchos centros de mesa que se colocaran en los rincones. La parte trasera albergaba la cámara frigorífica y el frío lo impregnaba todo; Hasta la oficina donde los reunieron para explicar a la familia las cosas que no podían procesar porque todo daba ya lo mismo, nada importaba, ese no era ya su padre. Aun así, hubo que ponerse de acuerdo, unos cedían y otros concedían, y el cuórum al que se llegaba era postizo porque nadie decía lo que realmente pensaba, sino lo que quedaba más elegante.

Hacía mucho frío. Era la temperatura de la conservación funeraria, la meteorología del más allá en el más acá. Donde ya no existía la persona, aunque los demás siguieran empeñados en llamarla así, solo había un conjunto de órganos apagados, en huelga permanente e indefinida, un espacio ocupado por materia que se transformaba de estado. El frío detenía el tiempo o, mejor dicho, lo ralentizaba, para que el cambio se demorase y durante unas horas los familiares vivieran en la ilusión óptica de que el que yacía estaba dormido. «*Descanse en paz*», les decían, pero no podía descansar lo que no está cansado porque ya no vive. Eran los demás, los de este lado del frío, los que seguían tratando al que ya no estaba como si fuera uno de ellos, y le aplicaban las mismas leyes y formalidades, y hasta esperaban que a él le pareciera bien. Pero lo cierto es que nadie estaba preparado para aceptar el cambio. Aquel, ya no era su padre, y ella no lo podía llorar, las lágrimas no afloraban.

Habría jurado que la iglesia donde se celebró el sepelio estaba cerca de alguna caballeriza, porque el aire desprendía fuertes efluvios equinos. Su padre no era creyente, y sin embargo, se le hizo una misa de difuntos, más para calmar los nervios de una viuda desconsolada, que no era su madre. A él nunca se le vio en templos, a no ser que acudiera a una boda o a un funeral, y lo hacía sin quitarse las gafas de sol. Aquel gesto no era mera coquetería masculina sino una maniobra para esconderse de la mirada de los demás. Ella lo entendía: *A través de los ojos se asoma el alma*. Ocasiones felices o desdichadas lo dejaban al descubierto, a la vista de todos, a merced de la opinión de la gente. Las gafas de sol escondían lo más vivo de su rostro, eran una muralla que lo protegían de los juicios ajenos. Durante el rito, a ella le dieron ganas de sacar las suyas y ponérselas. Pensó que, de alguna manera, aquel gesto los acercaría, pero no se atrevió a rebuscar en su bolso.

La pequeña capilla del pueblo estaba repleta de gente. A pesar de ser primavera, hacía mucho frío. Estaba segura de que su padre habría odiado aquella ceremonia, pues alguna vez le había oído decir lo mucho que detestaba a la Iglesia y al clero. Se lo imaginaba moviéndose incómodo en su ataúd, allí, delante del altar. Era un pensamiento mórbido que no podía evitar. Se preguntó si sus hermanos estarían pensando lo mismo y, aunque les echó un rápido vistazo, no pudo descifrar sus caras. El evidente olor a penco no parecía inquietarlos.

Intentó alejar aquellos pensamientos de su mente fijando la vista en las figuras religiosas. El Cristo y la Virgen permanecían de pie detrás del altar y delante del sagrario. A los pocos días comenzaba la Semana Santa, y las imágenes habían sido bajadas de sus pedestales y preparadas para ser montadas sobre los pasos. La Virgen tenía puesto su mantón más lujoso y el Cristo iba de Cautivo, con una túnica morada y las manos al frente atadas por una cuerda de hilos de oro.

La misa se le estaba haciendo eterna, a pesar de que se había advertido discretamente al cura de que intentase acortar el servicio. El Cristo levantó los ojos, la miró y resopló, el mismo gesto relinchante que hacía su padre cuando estaba harto de algo. Aquello duró lo que un parpadeo. Pero el Cristo estaba en su sitio, mirando al suelo, con el pelo donado por unas de las hijas del pueblo cayéndole en cascada por la espalda, lacio a base de unas planchas de supermercado. Ella sabía que las imágenes de las iglesias no miraban ni se dedicaban gestos. Eso solo sucedía en las películas de terror, y eso si eran malas, porque ahora todo era sutil en el lenguaje cinematográfico.

Llegó muy tarde a casa después de asistir al funeral. Había tomado el último vuelo y se encontró a todos dormidos. Su primer impulso fue ir a besar a su hijo. Necesitaba sentir a alguien cuya piel no estuviera fría para borrar la muerte que llevaba pegada en los labios. Entró en el dormitorio infantil y se sentó en la cama. Cuando los ojos se acostumbraron a la oscuridad, acarició su mejilla y sintió ganas de llorar. Quería alejarse de la escena del tanatorio y se inclinó sobre el pequeño para besarlo. Él se rebulló en la cama y le dijo en voz muy baja: «Cielo, no llores». Ella sintió que las lágrimas se detenían de golpe. «Cielo» era una expresión con la que su padre solía dirigirse a ella, una que nadie más que él utilizaba. A la mañana siguiente el niño no

recordaba que ella lo hubiera besado.

Esa misma noche la criatura la visitó por primera vez, poco antes del amanecer. Con el cuerpo cubierto de un pelaje demasiado largo y oscuro para tratarse de un asno, la miró desde el techo. Si bien tenía las patas ancladas arriba, traía la cabeza girada para observarla desde las alturas. Las ternillas eran desproporcionadamente largas y vibraban con movimientos espasmódicos. El hocico parecía más una protuberancia que la cabeza de un animal. Los dientes bañados de sarro recordaban a una dentadura humana y los ojos apenas visibles por la pelambre la contemplaban desde aquella postura físicamente imposible. La criatura se paseó por el techo, que ahora era un pastizal embarrado, las orejas crispadas de manera intermitente, los belfos entornados en una mueca que ella no supo descifrar. El barro caía por toda la habitación dejando manchas de petróleo en la cama y el mobiliario. A ella no le gustaba que la mirase de aquella forma, pastoreándola desde el techo. Cerró los ojos intentando borrar aquella imagen y cuando los abrió, ella estaba en el barrizal a unos pocos metros del jumento, que aún mantenía la cabeza torcida, las orejas agitadas hacia abajo. La criatura la rodeaba sin acercarse nunca y aunque ella intentaba alejarse, siempre se encontraban a la misma distancia. El fango subía en goteras desde el suelo y se precipitaba a las alturas, en las que estaba el dormitorio con su marido durmiendo en la cama y su propio lado vacío. Había otras criaturas merodeando por el pastizal, seres antropomorfos pero sin brazos ni caras que se retorcían entre la maleza, buscándose, culebreando en el barro a pesar de que poseían piernas, cerniéndose sobre los arbustos enfangados, husmeando el aire, olisqueándose entre sí a pesar de no tener nariz. Quería huir de aquel lugar pero los pies se le hundían en el barrizal y le impedían avanzar, mientras el animal seguía celándola y el resto de seres serpenteaban a su alrededor, cada vez más cerca, y ella sentía una insoportable sensación de ahogo. Se despertó entre sábanas limpias pero con la impresión de que el fango se le había incrustado en la piel formando una costra invisible que añadía peso a sus extremidades. La ducha no logró eliminar aquella corteza inmaterial y opresiva.

Tras el fallecimiento del padre, su vida no cambió aparentemente en nada. La distancia y el escaso trato entre ellos habían dado lugar en el pasado a una



relación pobre, fría y educada. Se telefoneaban para sus respectivos cumpleaños, aunque su padre solía olvidarse. Ella sabía que, cuando la llamaba, era porque sus otros hermanos o su mujer se lo habían recordado. Le entristecía pensar que su propio padre desconocía tanto sobre ella. Sentía que las relaciones familiares no eran más que una coreografía de gestos estudiados, despojados de significado. Eran automatismos que se hacían por seguir un protocolo invisible, la única sustancia cohesionadora de aquella familia. Las llamadas de teléfono eran idénticas: se intercambiaban saludos fingiendo una efusividad inexistente; se hacían las preguntas de rigor sobre la salud; se preguntaba por la última vez que alguno de ellos había hablado con otro miembro de la familia. Llegados a este punto, la conversación decaía y ella tenía que recurrir a cualquier frase hecha para añadir algo.

A los pocos días marcó el teléfono del padre sin pensar. Justo después de teclear el número se dio cuenta de su error y sonrió al pensar en su mala cabeza. Entonces, alguien descolgó al otro lado.

—¡Hola, cielo!

—¿Quién es?

La línea se cortó en ese momento, pero aquel sin duda era su padre: el mismo acento sureño, su forma habitual de saludarla, su facilidad característica para eludir lo importante. Notó la mano dormida y el teléfono se le cayó de las manos. Tardó en reaccionar y, cuando lo hizo, volvió a marcar. Esta vez solo oyó un mensaje automático que indicaba que el número no estaba disponible.

A la opresión se añadió un entumecimiento en las manos, que se fue extendiendo poco a poco a su rutina. Aquella sensación anidaba en su mente con voluntad constante y la impregnaba, a pesar de que todo permanecía igual: el trabajo, la inercia doméstica, o los acontecimientos periféricos de su existencia. Era como si la ausencia definitiva del padre lo convirtiera en una postilla de la realidad, más presente que nunca.

No dejaba de ser irónico: cuando vivía, apenas había sido un extra en su vida. Casi no tenía recuerdos infantiles de él y no existían fotos familiares en las que estuvieran juntos, incluso desde antes de que se separa de su madre. Las únicas imágenes de ambos eran más recientes, sobre todo a partir de su boda. En estas últimas, el padre lucía trajes impecables con la vanidad masculina que lo caracterizaba, exhibiendo la sonrisa confiada que ella

detestaba. Ilustraba aquel atributo que lo hacía atractivo para las mujeres y encantador para los hombres, pero que para ella representaba la distancia que los separaba. Era como si, con aquella sonrisa, él se jactara de conocer algo oculto, algo que no tenía intención de compartir con ella, y aquella convicción conseguía agarrotarla.

El padre se convirtió en el tema de conversación recurrente de las reuniones familiares y empezaron a aparecer fotografías suyas, muchas de ellas desconocidas. En la mayoría, de los setenta y los ochenta, la imagen mostraba poco contraste y los colores presentaban cierta dominancia de tonos verdes. Las más antiguas eran imágenes en blanco y negro, ligeramente fuera de foco, que mostraban a un joven lleno de vida, seguro de sí mismo, con éxito. Una de las que más llamó su atención era aquella en la que aparecía como un niño con ropas demasiado grandes para su edad, seguramente heredadas, y la misma sonrisa enigmática. Aquel zagal desconocido era el padre con ocho o nueve años. Lo rodeaban otros mocosos en un campo del pueblo sureño en el que había nacido. El niño miraba a la cámara con una seguridad tan amenazadora que ella tuvo que apartar la vista al poco de empezar a contemplarla.

La criatura volvió a aparecer un par de días después. La encontró de nuevo con la cabeza dislocada en la misma ciénaga del techo, habitada por aquellos seres incompletos que buscaban con ansia entre el lodo. Esta vez los vio consumidos, las costillas marcadas en los costados, escarbando con los pies en el cieno, hundiendo sus cabezas sin rostro entre el forraje sucio, desesperados y agotados. La criatura se acercó a uno de ellos que parecía convulsionar en silencio, abrió el hocico y le desgarró el cráneo de una dentellada. Sangre, barro y sesos tiernos. El resto de los miembros de la manada se contrajo para estremecerse luego al unísono, mientras el animal devoraba las entrañas de su presa, que agitaba las piernas como un ajusticiado colgado de la horca. Cuando ella despertó, había sangre en las sábanas.

Aún con aquellas pesadillas, habría podido seguir normalmente con su vida si el padre no hubiera empezado a irrumpir en ella durante el día. A veces se presentaba bajo la forma del niño de la foto, y la desarmaba con la sonrisa con la que le hacía comprender que era conocedor de todos los secretos de la realidad. Otras aparecía como lo había visto por última vez, con aquella palidez acerada, los ojos sin color y el pecho inmóvil, como cuando

apareció en la sucursal bancaria en la que ella trabajaba. Hacía cola con los demás clientes, justo detrás del estudiante que venía con una libreta «Joven» a sacar dinero. Se quedó paralizada cuando reconoció aquel rostro tan familiar, enflaquecido e inanimado, a tan solo unos metros. Nadie se había percatado de su presencia o, si lo habían hecho, parecían no estar preocupados por la tez macilenta y la ausencia de pupilas en aquellos ojos. El estudiante le pedía ayuda para rellenar el formulario de reintegro en efectivo, pero ella no lo oía, solo quería gritar, señalar al que esperaba su turno detrás, denunciar que era su padre pero que llevaba semanas muerto. Clavó las uñas en el borde de su mostrador tan fuertemente como pudo. Quería asegurarse de que no estaba soñando, de que efectivamente estaba atendiendo en ventanilla. Buscaba ancorar la realidad en el contacto con la madera, hundiendo tanto las falanges que empezaron a sangrarle. El padre seguía imperturbable, esperando su turno detrás del estudiante, que parecía molesto porque ella no respondía a sus demandas de ayuda. Uno de sus compañeros le preguntó si se encontraba bien, con el tono indulgente propio de quien conoce y compadece la pérdida, y justifica la desorientación provocada por el duelo. Mirar hacia otro lado significaría perder de vista al padre y no quería darle la oportunidad de que desapareciese de su ángulo de visión. Mantuvo la mirada al frente, por encima del hombro del estudiante, que ya se quejaba de la mala atención que estaba recibiendo. Vinieron otros colegas, la arrancaron del mostrador y la condujeron a uno de los despachos interiores. Maldijo y se revolvió todo lo que pudo porque tenía que comprobar que el padre permanecía allí, que no era un producto de su imaginación. La redujeron y la obligaron a sentarse, le trajeron agua, le desabrocharon la chaqueta, y llamaron a su marido. Alguien le dio un paquete de toallitas húmedas para limpiarse la sangre de las uñas. Su marido la llevó a casa, la acostó en la cama y llamó al médico, quien diagnosticó un episodio depresivo provocado por los últimos acontecimientos.

Le recetaron pastillas que prometían ayudarla a dormir, a relajarse, a tener más apetito, a concentrarse mejor en las tareas que emprendiese, a relacionarse con naturalidad con los demás, a maquillar las heridas de su alma, a pretender una normalidad pegajosa y llevadera. Las visitas diurnas del padre cesaron un tiempo, aunque las nocturnas seguían sucediéndose, cada vez más vívidas, escenas incontrolables de persecuciones silenciosas

entre los seres sin identidad que acaban siempre con sangrientas desmembraciones. Estaba obligada a contemplar, era testigo forzoso de la matanza, incapaz de cambiar el destino de los otros, sintiéndose el anzuelo que el ser descoyuntado había elegido para atraerlos. Era el señuelo, la carnada fresca que llamaba a las presas, el cebo viviente que aquellos desgraciados buscaban sin darse cuenta de que carecían de bocas y nunca podrían hincarle el diente, ni masticarla. Su nacimiento era su condena, pues jamás podrían comer.

Pero los ensalmos químicos no consiguieron convencer al padre de que no era bienvenido durante las horas diurnas. Ella se preguntaba de qué servía aquella insistencia por hacerse presente, ¿acaso trataba de recuperar el tiempo perdido acompañándola durante la jornada? ¿Tenían sus apariciones algo que ver con los dramas noctámbulos que la asediaban? ¿Intentaba comunicarse con ella por alguna razón que desconocía?

Ella navegaba por la vida como si fuese un decorado y la realidad estuviera dibujada a modo de trampantojo. No era que se sintiera sumergida en una farsa, o que creyese estar viviendo una mentira. La muerte del padre se había llevado la médula de la realidad, y solo permanecía la carcasa, la envoltura exterior, la tramoya. El beso que le había dado, aquella caricia a la muerte en el tanatorio, y la sonrisa fanfarrona de su foto cuando era niño, la perseguían en todo momento, lo mismo que las visiones nocturnas. El entumecimiento que sentía amortiguaba los acontecimientos cotidianos. Era como si escuchara la vida pasar desde las profundidades de una piscina imaginaria: la realidad aparecía deformada, ralentizada a veces y acelerada otras, pero siempre a una velocidad distinta a la que iba ella.

Cualquier objeto le recordaba al padre: Los coches le hacían pensar en la marca del último que él condujo, o del anterior que mantuvo durante casi veinte años, o aquel con el que tuvo el accidente de tráfico; una colilla humeante en el suelo evocaba su imagen fumando con ansia las dos cajetillas diarias que consiguieron matarlo; el escaparate de cualquier zapatería le hacía acordarse del calzado especial que él compraba siempre en la misma tienda; la mesa puesta le traía a la memoria su manía de mover los vasos frente a sí cuando quería ordenar las ideas en el transcurso de una conversación.

Acabó por acostumbrarse a aquellas interferencias, a veces con la ayuda

de alguna píldora, porque era la única manera de tolerar la insufrible somnolencia de los acontecimientos. Veía pasear al padre por las escenas diarias como quien va de visita y no se queda mucho rato porque la conversación le aburre. Vivía con los sentidos aletargados y la razón entumecida, sorteando las horas, que eran obstáculos colocados en su camino. Los incidentes se sucedían en aquel limbo terrenal, en aquella ratonera de la cotidianidad en la que el padre había reclamado un protagonismo del que había carecido cuando vivía, imponiéndole en su muerte la presencia que le había negado en vida.

Pero las visitas de la criatura se hicieron más frecuentes. Se despertaba cada noche gritando, braceando como un ahogado, las pupilas dilatadas, los ojos inyectados en sangre, el pijama sudado pegado al cuerpo, el corazón encabritado. Su marido intentaba calmarla acunándola, pero a ella le repugnaban sus abrazos, porque no podía sentir las caricias a causa de las durezas que sentía incrustadas en su propia piel. La bestia fue consumiendo a cada uno de los seres torturados del cenagal, cuyos cuerpos se habían deformado por la malnutrición hasta quedarse en pellejos animados que se revolvían histéricamente. A pesar de no disponer de extremidades superiores, sus sexos palpitaban claramente entre los muslos y hubo noches que los vio copular. También asistió al parto de otro, devorado nada más nacer por la criatura asnal. Pronto no quedarían más seres sin rostro para ser devorados, tan solo ella en medio de aquel mar de fango y muerte en que se convertía su dormitorio cada noche. Descubrió manchas de limo sobre los muebles cuando limpiaba y tenía que cambiar su cama a diario por las huellas de sangre.

Ella trataba de disimular frente a todos, convencida de que encontraría la cordura perdida, confiando ciegamente en que las pastillas solucionarían aquello que fallaba en su cerebro, fruto sin duda del dolor por la pérdida del padre. Callaba ante su familia, aprendiendo a convivir con los terrores nocturnos como un condenado se acostumbra a vivir en el corredor de la muerte, evitando pensar en el futuro y soportando el presente.

Para animarla su marido le anunció que era hora de cambiar de coche. Visitaron varios concesionarios, buscaron entre los anuncios de las webs dedicadas al mundo del motor, y consultaron a varios amigos y familiares. Ella apenas intervino, limitándose a dar su opinión si se la pedían y acompañando al marido a probar algunos modelos. Por eso no podía

reprocharle nada cuando se vio al volante del mismo automóvil del padre, aunque fuera un modelo más actual.

Mientras conducía advertía el aroma de la colonia paterna, que él había utilizado durante más de cuarenta años, una mezcla de olor a especias, madera, tabaco y gasolina, con el nombre de un célebre modisto francés. Temía mirar por el retrovisor por si lo veía sentado en el asiento trasero. Se acostumbró así a utilizar los laterales y a evitar el espejo que la vigilaba desde el ángulo superior de su derecha inmediata. Estaba segura de que, si miraba hacia él, descubriría aquello que espesaba la textura de su vida, desde el otro lado de unas cuencas blancas, inexpresivas, insertas en una cabeza unida a un cuerpo de pecho inmóvil.

Con el verano, el letargo se instaló en su casa. La presencia paterna era constante, amplificada por la temperatura que caldeaba los espacios y derretía la dinámica familiar. Rehuía el contacto físico de su familia, especialmente de su marido, porque no soportaba sentir absolutamente nada en los encuentros íntimos. Se forzaba a cuidar del hijo, que crecía cada día más alejado, al otro lado de las barreras invisibles que se habían erigido en torno a ella. Ni los largos baños en los que permanecía durante horas conseguían purificar su piel, liberarla del embotamiento de sus sentidos y de su razón. La normalidad prometida por las píldoras no llegaba y ella se había cansado de esperarla. Lo único que podía ver, abriera o cerrara los ojos, era la imagen del padre amortajado o de la criatura insaciable, siempre con la cabeza torcida, vigilándola en medio del lodazal, cada vez más cerca.

Ni siquiera recordaba haber discutido con su marido. Un buen día, se levantó y comprobó que se había marchado llevándose al niño. «Somos demasiados en esta casa», le dijo por teléfono. Él también había notado la falta de aire en las estancias, la desorientación que los abordaba en unos pocos metros cuadrados, el aroma sofocante a una colonia masculina desconocida, su actitud de ciega sordomuda y aquella insoportable carencia de empatía que ella ya no se molestaba en disimular.

Ella agradeció que su hijo no estuviera. Vagó por la casa sin rumbo fijo durante horas, midiendo la intensidad de las alteraciones en cada habitación, señalando con sal los rincones en los que veía al padre, contando el número de moscas que permanecían inmóviles flotando en mitad de cada estancia,

sintiendo el eco de la risa del niño de la foto ascender por entre las losas del suelo para herirle las plantas de los pies. Percibía a la criatura acechándola desde los ángulos que unían las paredes con el techo incluso de día. Durante horas no escuchó más que su propia voz llamándola desde un cuarto de baño que no encontraba. Fue un alivio verse en un extremo del pasillo que recorría el piso, pues eso significaba que el baño estaba al fondo.

Avanzó por aquel corredor sintiendo plomo en cada una de sus articulaciones. El aire era pesado, anunciando una tormenta en el calor de la tarde. El descenso del sol proyectaba extrañas siluetas a través de las persianas, entornadas para mantener la temperatura tolerable. El corredor se alargaba, y sus extremidades parecían arrugarse por culpa del maldito bochorno, o quizás por el lastre de la domesticidad entumecida, que había estado amenazándola durante semanas. La piel parecía haberse encogido desde el interior, pues percibía un escozor que provenía de las capas más profundas. Se sentía la membrana de un tambor que alguien estuviera tensando sin piedad.

El primer rasguño espontáneo se produjo a la altura del tobillo. Los siguientes, en las muñecas y los codos. La carne se le cuarteaba como la fruta fermentada que explota por sí sola, una, dos... diez veces. El cuerpo se abría. Los músculos supuraban una pulpa madura y latente que le empapaba los brazos y las pantorrillas. Sentía cómo se le corría la cara, mezclándose el sudor y la baba que caía por la boca, que había perdido su forma habitual, los labios colgando en las comisuras, a punto de desprenderse de la mandíbula. Casi no podía ver, pues los párpados le tapaban el campo de visión. Se mareó y tuvo que apoyarse en la pared más cercana para conservar el equilibrio. Las yemas de los dedos se le quedaron pegadas y le costó unos segundos liberarse de ellas y continuar hasta el final del pasillo. Cuando cruzó el umbral de la puerta del baño, pensó que estaba a salvo, hasta que vio su imagen reflejada en el espejo del lavabo. Debajo de la piel que caía lentamente de su cara, había otra de color amarillento. Y reconoció el lunar en la mejilla, los labios carnosos, el pelo rizado y las cuencas blancas.

# AMPARO DÁVILA

PINOS, ZACATECAS, MÉXICO, 1928

Más allá de su igualmente reseñable trayectoria poética, la veterana Amparo Dávila es una de las cuentistas mexicanas más respetadas en la actualidad. En 1966 obtuvo la beca de escritura creativa en el Centro Mexicano de Escritores donde colaboraban Juan Rulfo y Juan José Arreola. En 1977 obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia por los cuentos de *Árboles petrificados*, que habían venido precedidos por los de *Tiempo destrozado* (1959), *Música concreta* (1864) y otros tan celebrados como *Muerte en el bosque* o *El huésped*. Con posterioridad, publicó también *Con los ojos abiertos* (2008) y el recopilatorio *Cuentos reunidos* (2009). A finales de 2015 se le otorgó la Medalla Bellas Artes en reconocimiento a su trabajo y desde 2015 se convoca un premio nacional de cuento fantástico en su honor. En 2018 recibió diversos homenajes tras haber alcanzado su 90.º aniversario. Narradora de terror gótico y fantástico, en su obra los temas centrales son la locura, la muerte, el peligro y la fragilidad y la vulnerabilidad de las relaciones sentimentales, especialmente las de pareja.

«El huésped» (*Tiempo destrozado*, 1959) es un relato fantástico en el que a partir del motivo del monstruo nos adentran en los abismos de la violencia doméstica. Dávila juega hábilmente con las expectativas del lector a partir de un singular huésped que irrumpe en un hogar hasta ponerlo en una situación familiar insostenible. O al menos, eso le parece a su protagonista, madre y esposa, y a la asistente del hogar. Lo demás, marca de la casa, le corresponde al lector desentrañarlo.



## EL HUÉSPED

Nunca olvidaré el día en que vino a vivir con nosotros. Mi marido lo trajo al regreso de un viaje.

Llevábamos entonces cerca de tres años de matrimonio, teníamos dos niños y yo no era feliz. Representaba para mi marido algo así como un mueble, que se acostumbra uno a ver en determinado sitio, pero que no causa la menor impresión. Vivíamos en un pueblo pequeño, incomunicado y distante de la ciudad. Un pueblo casi muerto o a punto de desaparecer.

No pude reprimir un grito de horror, cuando lo vi por primera vez. Era lúgubre, siniestro. Con grandes ojos amarillentos, casi redondos y sin parpadeo, que parecían penetrar a través de las cosas y de las personas.

Mi vida desdichada se convirtió en un infierno. La misma noche de su llegada supliqué a mi marido que no me condenara a la tortura de su compañía. No podía resistirlo; me inspiraba desconfianza y horror. «Es completamente inofensivo» —dijo mi marido mirándome con marcada indiferencia. «Te acostumbrarás a su compañía y, si no lo consigues...». No hubo manera de convencerlo de que se lo llevara. Se quedó en nuestra casa.

No fui la única en sufrir con su presencia. Todos los de la casa —mis niños, la mujer que me ayudaba en los quehaceres, su hijito— sentíamos pavor de él. Solo mi marido gozaba teniéndolo allí.

Desde el primer día mi marido le asignó el cuarto de la esquina. Era esta una pieza grande, pero húmeda y oscura. Por esos inconvenientes yo nunca la ocupaba. Sin embargo él pareció sentirse contento con la habitación. Como era bastante oscura, se acomodaba a sus necesidades. Dormía hasta el oscurecer y nunca supe a qué hora se acostaba.

Perdí la poca paz de que gozaba en la casona. Durante el día, todo marchaba con aparente normalidad. Yo me levantaba siempre muy temprano, vestía a los niños que ya estaban despiertos, les daba el desayuno y los entretenía mientras Guadalupe arreglaba la casa y salía a comprar el mandado.

La casa era muy grande, con un jardín en el centro y los cuartos distribuidos a su alrededor. Entre las piezas y el jardín había corredores que protegían las habitaciones del rigor de las lluvias y del viento que eran frecuentes. Tener arreglada una casa tan grande y cuidado el jardín, mi diaria ocupación de la mañana, era tarea dura. Pero yo amaba mi jardín. Los corredores estaban cubiertos por enredaderas que florecían casi todo el año. Recuerdo cuánto me gustaba, por las tardes, sentarme en uno de aquellos corredores a coser la ropa de los niños, entre el perfume de las madreselvas y de las buganvillas.

En el jardín cultivaba crisantemos, pensamientos, violetas de los Alpes, begonias y heliotropos. Mientras yo regaba las plantas, los niños se entretenían buscando gusanos entre las hojas. A veces pasaban horas, callados y muy atentos, tratando de coger las gotas de agua que se escapaban de la vieja manguera. Yo no podía dejar de mirar, de vez en cuando, hacia el cuarto de la esquina. Aunque pasaba todo el día durmiendo no podía confiarme. Hubo muchas veces que cuando estaba preparando la comida veía de pronto su sombra proyectándose sobre la estufa de leña. Lo sentía detrás de mí... yo arrojaba al suelo lo que tenía en las manos y salía de la cocina corriendo y gritando como una loca. Él volvía nuevamente a su cuarto, como si nada hubiera pasado.

Creo que ignoraba por completo a Guadalupe, nunca se acercaba a ella ni la perseguía. No así a los niños y a mí. A ellos los odiaba y a mí me acechaba siempre.

Cuando salía de su cuarto comenzaba la más terrible pesadilla que alguien pueda vivir. Se situaba siempre en un pequeño cenador, enfrente de la puerta de mi cuarto. Yo no salía más. Algunas veces, pensando que aún dormía, yo iba hacia la cocina por la merienda de los niños, de pronto lo descubría en algún oscuro rincón del corredor, bajo las enredaderas. «¡Allí está ya, Guadalupe!»; gritaba desesperada.

Guadalupe y yo nunca lo nombrábamos, nos parecía que al hacerlo cobraba realidad aquel ser tenebroso. Siempre decíamos: —Allí está, ya salió, está durmiendo, él, él, él.

Solamente hacía dos comidas, una cuando se levantaba al anochecer y otra, tal vez, en la madrugada antes de acostarse. Guadalupe era la encargada de llevarle la bandeja, puedo asegurar que la arrojaba dentro del cuarto pues

la pobre mujer sufría el mismo terror que yo. Toda su alimentación se reducía a carne, no probaba nada más.

Cuando los niños se dormían, Guadalupe me llevaba la cena al cuarto. Yo no podía dejarlos solos, sabiendo que se había levantado o estaba por hacerlo. Una vez terminadas sus tareas, Guadalupe se iba con su pequeño a dormir y yo me quedaba sola, contemplando el sueño de mis hijos. Como la puerta de mi cuarto quedaba siempre abierta, no me atrevía a acostarme, temiendo que en cualquier momento pudiera entrar y atacarnos. Y no era posible cerrarla; mi marido llegaba siempre tarde y al no encontrarla abierta habría pensado... Y llegaba bien tarde. Que tenía mucho trabajo, dijo alguna vez. Pienso que otras cosas también lo entretenían...

Una noche estuve despierta hasta cerca de las dos de la mañana, oyéndolo afuera... Cuando desperté, lo vi junto a mi cama, mirándome con su mirada fija, penetrante... Salté de la cama y le arrojé la lámpara de gasolina que dejaba encendida toda la noche. No había luz eléctrica en aquel pueblo y no hubiera soportado quedarme a oscuras, sabiendo que en cualquier momento... Él se libró del golpe y salió de la pieza. La lámpara se estrelló en el piso de ladrillo y la gasolina se inflamó rápidamente. De no haber sido por Guadalupe que acudió a mis gritos, habría ardido toda la casa.

Mi marido no tenía tiempo para escucharme ni le importaba lo que sucediera en la casa. Solo hablábamos lo indispensable. Entre nosotros, desde hacía tiempo el afecto y las palabras se habían agotado.

Vuelvo a sentirme enferma cuando recuerdo... Guadalupe había salido a la compra y dejó al pequeño Martín dormido en un cajón donde lo acostaba durante el día. Fui a verlo varias veces, dormía tranquilo. Era cerca del mediodía. Estaba peinando a mis niños cuando oí el llanto del pequeño mezclado con extraños gritos. Cuando llegué al cuarto lo encontré golpeando cruelmente al niño. Aún no sabría explicar cómo le quité al pequeño y cómo me lancé contra él con una tranca que encontré a la mano, y lo atacé con toda la furia contenida por tanto tiempo. No sé si llegué a causarle mucho daño, pues caí sin sentido. Cuando Guadalupe volvió del mandado, me encontró desmayada y a su pequeño lleno de golpes y de arañes que sangraban. El dolor y el coraje que sintió fueron terribles. Afortunadamente el niño no murió y se recuperó pronto.

Temí que Guadalupe se fuera y me dejara sola. Si no lo hizo, fue porque

era una mujer noble y valiente que sentía gran afecto por los niños y por mí. Pero ese día nació en ella un odio que clamaba venganza.

Cuando conté lo que había pasado a mi marido, le exigí que se lo llevara, alegando que podía matar a nuestros niños como trató de hacerlo con el pequeño Martín. «Cada día estás más histérica, es realmente doloroso y deprimente contemplarte así... te he explicado mil veces que es un ser inofensivo».

Pensé entonces en huir de aquella casa, de mi marido, de él... Pero no tenía dinero y los medios de comunicación eran difíciles. Sin amigos ni parientes a quienes recurrir, me sentía tan sola como un huérfano.

Mis niños estaban atemorizados, ya no querían jugar en el jardín y no se separaban de mi lado. Cuando Guadalupe salía al mercado, me encerraba con ellos en mi cuarto.

—Esta situación no puede continuar —le dije un día a Guadalupe.

—Tendremos que hacer algo y pronto —me contestó.

—¿Pero qué podemos hacer las dos solas? —Solas, es verdad, pero con un odio... Sus ojos tenían un brillo extraño. Sentí miedo y alegría.

La oportunidad llegó cuando menos la esperábamos. Mi marido partió para la ciudad a arreglar unos negocios. Tardaría en regresar, según me dijo, unos veinte días.

No sé si él se enteró de que mi marido se había marchado, pero ese día despertó antes de lo acostumbrado y se situó frente a mi cuarto. Guadalupe y su niño durmieron en mi cuarto y por primera vez pude cerrar la puerta.

Guadalupe y yo pasamos casi toda la noche haciendo planes. Los niños dormían tranquilamente. De cuando en cuando oíamos que llegaba hasta la puerta del cuarto y la golpeaba con furia...

Al día siguiente dimos de desayunar a los tres niños y, para estar tranquilas y que no nos estorbaran en nuestros planes, los encerramos en mi cuarto. Guadalupe y yo teníamos muchas cosas por hacer y tanta prisa en realizarlas que no podíamos perder tiempo ni en comer.

Guadalupe cortó varias tablas, grandes y resistentes, mientras yo buscaba martillo y clavos. Cuando todo estuvo listo, llegamos sin hacer ruido hasta el cuarto de la esquina. Las hojas de la puerta estaban entornadas. Conteniendo la respiración, bajamos los pasadores, después cerramos la puerta con llave y comenzamos a clavar las tablas hasta clausurarla totalmente. Mientras

trabajábamos, gruesas gotas de sudor nos corrían por la frente. No hizo entonces ruido, parecía que estaba durmiendo profundamente. Cuando todo estuvo terminado, Guadalupe y yo nos abrazamos llorando.

Los días que siguieron fueron espantosos. Vivió muchos días sin aire, sin luz, sin alimento... Al principio golpeaba la puerta, tirándose contra ella, gritaba desesperado, arañaba... Ni Guadalupe ni yo podíamos comer ni dormir, ¡eran terribles los gritos...! A veces pensábamos que mi marido regresaría antes de que hubiera muerto. ¡Si lo encontrara así...! Su resistencia fue mucha, creo que vivió cerca de dos semanas...

Un día ya no se oyó ningún ruido. Ni un lamento... Sin embargo, esperamos dos días más, antes de abrir el cuarto.

Cuando mi marido regresó, lo recibimos con la noticia de su muerte repentina y desconcertante.

# SOFÍA RHEI

MADRID, ESPAÑA, 1978

Escritora, poeta experimental y traductora. Ha traducido la ciencia ficción satírica de *La última lágrima*, de Stefano Benni, y la especulación dantesca de *Heck*, de Dale E. Basye. Como poeta, ha publicado libros relacionados con la ficción científica: *Química* (2008), *Alicia Volátil* (2010), *Bestiario microscópico* (2012). Como autora de libros juveniles, dentro del ámbito de la ciencia ficción *steampunk* ha publicado, junto a Marian Womack, *La calle Andersen* (2014). Su primera novela para adultos de género fantástico con tintes paródicos, se titula *Róndola* (2016), y en el campo de la ciencia ficción ha publicado la antología de relatos *Las ciudades reversibles* (2008). Su ficción especulativa también aparece en antologías como *Más allá de Némesis*, *Crónicas de Tinieblas*, *Retrofuturismos*, *Terra Nova 3*, *Retrofuturo*, *Alucinadas*, *Alucinadas 2*, *Las otras. Antología de mujeres artificiales*, *Cuentos desde el otro lado* y, directamente en inglés, «Secret stories of doors» en *Barcelona Tales* y «You cannot kill Frownyflute!». También cabe destacar *El bosque profundo* (2018), por ser un libro de microrrelatos híbridos entre lo maravilloso y lo fantástico protagonizados por personajes femeninos.

«El libro pequeñito» (publicado en la antología *Cuentos desde el otro lado*, 2016), es un relato *weird* con mensaje oculto que parte de lo inocente e incluso lo infantil para pasar por lo perverso y alcanzar lo metaliterario. Sorprendente muestra de hibridación de géneros, demuestra hasta qué punto la introducción de motivos relacionados con lo femenino puede alejarse del tópico y subvertir desde la irreverencia, la profundidad y el conocimiento de la tradición.

# EL LIBRO PEQUEÑITO

## Capítulo 1

*Soberbia*, la máquina expendedora, estaba en el centro de la tienda de juguetes. No era el típico cacharro rectilíneo y sin alma, lleno de botones de plástico, sino una vitrina de estilo anacrónico y exquisito que albergaba en su interior a una muñeca de porcelana de movimiento autónomo. «Cuentos para muñecas», tenía escrito en grandes letras doradas.

—Mamá, no sabía que hubiera robots tan antiguos —se admiró Celia.

—No te distraigas. Hemos venido a buscar el regalo de cumpleaños para tu amiga. ¿Qué muñecas decías que le gustaban?

Pero Celia no podía apartar la mirada de la muñeca. Su cabello oscuro parecía de verdad, llevaba un vestido de terciopelo con diminutos encajes y botones y tenía un bolígrafo en la mano. Estaba inclinada sobre un escritorio delante de un librito abierto que mostraba sus páginas en blanco.

—Aquí dice que si le echas cuatro monedas de euro se pone en marcha y escribe un cuento.

—No creo que haga tal cosa, hija. Es demasiado barato. Si echas las monedas, la muñeca moverá un poco los brazos como si escribiera y después te darán un cuento impreso.

—Pero el cartel dice que todos los cuentos son diferentes... Y que son especiales para leerse a las muñecas. A Miranda le vendría muy bien, porque no le gusta ninguna de las historias que le leo. La pobre tiene muy poca imaginación. Seguro que un cuento de su tamaño, especial para ella, captaría su atención.

La madre de Celia la miró fijamente.

—No te voy a comprar un cuento para tus muñecas, y creo que ya tienes edad de dejar de fingir que hablas con ellas. Me parece que aquí no hay ninguna falta de imaginación, sino todo lo contrario.

No era la primera vez que a Celia le decían que tenía demasiada fantasía,

como si tal cosa fuera posible. Se dio cuenta de que había expresado sus pensamientos en voz alta. El entusiasmo le había hecho despistarse y hablar sin tener en cuenta que estaba hablando con una adulta. Celia estaba acostumbrada a utilizar un lenguaje adecuado para ellos.

—¿Me das mi paga de esta semana?

La madre sonrió y le dio a la niña cinco monedas de euro. Aquello sí que lo comprendía.

—Las muñecas que le gustan a Sara son esas de ahí. Creo que la que le falta es la del sombrero rojo —dijo Celia.

Mientras su madre se adentraba entre la muchedumbre de clientes que buscaban hacerse con una de las muñecas de moda, Celia echó rápidamente cuatro monedas en la máquina. La muñeca de porcelana se puso a escribir de inmediato. Con una mano pasaba las páginas y con la otra las llenaba rápidamente de garabatos, sin cometer ningún error, dibujando líneas perfectamente rectas y uniformes. Para cuando la madre de Celia regresó con el regalo para la amiga, la muñeca ya había acabado de escribir, y unas pinzas metálicas recogieron el librito y lo depositaron en el cajetín de salida. En ese mismo momento, la muñeca giró la cabeza hacia Celia, clavando sus oscuras pupilas de cristal en ella. La niña, sobresaltada, dio un paso hacia atrás.

—Celia, nos vamos —informó su madre.

Celia respiró hondo, se armó de valor y recogió el libro pequeño. No era ningún libro impreso, ya que no lo había perdido de vista en ningún momento de la operación. Pero no le apeteció contárselo a su madre.

Aquella era una prueba más, entre todas las que la niña atesoraba en su memoria, de que los adultos no siempre tienen razón. Su visión del mundo es tan limitada, tentativa y desdibujada como la de los niños. Celia solo tenía nueve años y no expresó este pensamiento en su cabeza utilizando esas palabras, pero el concepto lo tenía clarísimo.

Su madre le acarició la cabeza.

—Qué deprisa creces. Pronto te vendrá la regla y dejarás de ser una niña.

Todas las fibras del cuerpo de Celia temblaron de terror. Si su madre intentaba tranquilizarla hablando de todo aquello con naturalidad había fracasado miserablemente, porque nada asustaba más a la pequeña que pensar en un futuro de responsabilidades y arrugas, de oficinas y cuerpos fofos. Su madre percibió esa incomodidad.



—No tienes que tener miedo. El día que te venga la regla te pasará algo muy especial, aunque no sé si eres lo bastante mayor como para que te lo diga.

Aquello despertó la curiosidad de Celia, así que se dignó contestar.

—Ya sé lo que va a pasar. Me lo has explicado mil veces.

—Hay una cosa que nunca te he contado. Cuando te salga la primera sangre, si cierras los ojos y te concentras mucho, podrás tener una visión de tu futuro. Es un secreto que me contó mi madre y que a ella le contó la suya, y que solo puedes contarle a tu propia hija, si alguna vez tienes una.

Celia se estremeció. No quería ni pensar en que de su cuerpo iba a brotar sangre de repente como si fuera algo normal, y menos aún un bebé enorme, sucio de todo tipo de restos gelatinosos, llorando angustiado.

## Capítulo 2

—O me haces caso o no te sigo leyendo el cuento —le dijo Celia a Miranda.

La muñeca suspiró.

—Perdoona. Es solo que esa narración contiene algunos elementos que me resultan inverosímiles. ¿Por qué iba a querer nadie hacerle una casita amueblada a una rata de alcantarilla? Son seres que viven de manera insalubre. Si una rata le diera un bocado a un niño podría matarlo tan solo a causa de la infección. En la saliva de rata viven...

Mientras la muñeca hablaba y hablaba, Celia frunció el ceño. Le molestaba que Miranda utilizara palabras que ella no comprendía, y aún más que tuviera razón.

—Solo es un cuento, Miranda. Una historia que ya se sabe que es mentira. ¿No puedes dejarte llevar por tu imaginación ni siquiera un rato?

Miranda se quedó en silencio. Estaba sentada muy rígida, con sus gafas, su moño y su batita blanca, que tenía un bolsillo por el que asomaba un bolígrafo diminuto que escribía de verdad. La tía de Celia se la había regalado con la esperanza de que a la niña se le despertara la vocación científica; sin embargo, la seca personalidad de Miranda no estaba haciendo que Celia se entusiasmara precisamente con la idea. Por otra parte, era la única de sus muñecas con la que se podía mantener una conversación

interesante. Las demás solo hablaban de ligues, de remiendos y de cómo adecentar pelucas, y Celia no tenía ninguna de las tres cosas.

—Voy a seguir leyendo, ¿de acuerdo? —propuso la niña—. Intenta prestar atención.

El librito era apenas mayor que la palma de la mano de Celia. La niña siguió leyendo el cuento lo mejor que podía, a pesar de que la letra era muy pequeña. En la historia apareció una abuela, lo que hizo que se le formara un nudo en la garganta mientras leía. Intentó que no se le notara para que Miranda no se metiera con ella por ser demasiado sensible. Después de todo, había pasado ya más de un año desde la muerte de su abuela.

La muñeca pareció escuchar durante un rato, pero al cabo de unos minutos, cuando Celia comenzó a leer el siguiente capítulo, volvió a interrumpirla.

—Hay algo raro en ese principio.

—Miranda, se te da muy mal esto de escuchar.

—No, lo digo en serio. Vuelve a leer la primera frase del capítulo.

Celia sacudió la cabeza, pero le hizo caso.

—«Inmundas, eso es lo que eran las alcantarillas» —leyó. Celia no estaba segura de qué era eso de inmundo, pero sonaba adecuadamente asqueroso—. ¿Qué tiene de raro?

—Pues que nadie dice eso en la vida real. Cualquiera diría «Las alcantarillas eran inmundas», ¿no?

—Bueno, sí, pero es que a veces en los cuentos las cosas están contadas de una manera más... más adornada, con florituras. Eso es, florituras.

—Si todo el libro estuviera redactado con ese estilo, no tendría nada que objetar, desde luego. Pero no es el primer capítulo que empieza de manera extraña, y me llama la atención que las oraciones enrevesadas solo se produzcan al inicio de cada...

—¿Ya empezamos con tus sospechas? —le reprochó la niña—. Siempre ves cosas raras en todas partes. Que si el agua del grifo...

—Vamos a aplicar el método científico —propuso la muñeca—. Pongamos todos los datos juntos, y veamos si su observación arroja algún resultado. Escribe en un papel todas las frases iniciales de los capítulos seguidas, por favor.

Normalmente a Celia no le gustaba nada escuchar eso del «método científico», ya que solía estar relacionado con el inacabable mundo de los deberes.

—¿Las frases enteras? ¡Pero eso es muchísimo trabajo! ¡Sería como volver a hacer los deberes!

—Bueno —transigió la muñeca—, quizá basta con que me las leas, ¿de acuerdo? Yo escucharé atentamente y trataré de identificar un patrón.

—¡Pero eso es un rollo! Y te perderás toda la historia, que es lo importante.

—Vamos a hacer una cosa —propuso Miranda—. Si no encontramos nada, prometo escuchar el cuento hasta que se acabe *en silencio total*.

Celia la miró fijamente, tratando de averiguar si podía confiar en ella.

—¿De verdad?

—Te lo prometo por el segundo principio de la termodinámica —aseguró solemnemente la muñeca.

Celia puso un marcapáginas con una flor prensada en el sitio por donde había interrumpido la lectura, y después regresó al principio del libro. Mientras recitaba todas las frases iniciales, Miranda tenía los ojos cerrados y parecía muy concentrada. Al final del libro, después de la palabra «fin», había una página más, pero Celia no tenía por costumbre leer nada que no fuera el cuento o la aventura en sí mismo porque solían ser cosas bastante aburridas.

Al acabar los inicios de cada capítulo, la muñeca afirmó:

—Necesitamos un papel.

—¡Pero prometiste que después escucharías el cuento en silencio!

—Prometí que haría eso *si no encontrábamos nada*. Pero hasta que no copies esas letras no sabremos si hemos encontrado algo...

Celia gruñó, frustrada.

—¡Está bien! ¡Copiaré las letras! ¡Pero después no pienso hacer nada más!

Refunfuñando, la niña fue a buscar papel y lápiz. Volvió al principio del librito y fue anotando todas las iniciales de capítulo.

—«A»... «U»... «Equis»...

—Después va una «I» —dijo la muñeca.

—«I»... —continuó la niña, ignorándola—. «Ele»... «I»...

—Y «O» —concluyó la muñeca, triunfante—. ¡Lo sabía! ¡Estaba segura de que había algo raro!

—«Auxilio» —leyó Celia, sorprendida.

—Es un mensaje de ayuda —se hizo la lista Miranda.

—¡La muñeca de la vitrina nos necesita! —exclamó Celia, emocionada—. Tenemos que ir a rescatarla.

—Ah, no. Descubrir un patrón y revelar un código está muy bien, pero eso de irse por ahí a la aventura... Hay copias de este libro en muchos sitios. Seguro que alguien ya ha ido a ayudar a quien sea.

—¡No lo comprendes, Miranda! ¡No existen más libros como este! ¡La muñeca lo escribió solo para mí, ante mis propios ojos! ¡Y al final de todo me miró!

Celia, sin embargo, contaba con una gran ventaja a la hora de solucionar sus discusiones con Miranda: la diferencia de tamaño. Sin más contemplaciones, metió al juguete en su mochila y le pidió permiso a su madre para ir a la tienda. No especificó a qué tienda se refería. No dijo que no iría a la de siempre, a la del barrio, sino a otra que estaba al otro lado de la ciudad. Estrictamente hablando, no había mentido. Sin embargo, sentía un montón de hormiguitas corriéndole por el estómago, exactamente igual que si lo hubiera hecho.

### Capítulo 3

Cruzar la ciudad había llevado mucho más tiempo del que Celia había calculado. Sabía cuál era el autobús que tenía que tomar porque lo había hecho aquella misma mañana con su madre, pero sin ella todo parecía mucho más difícil, más grande y más lento.

—Pon cara de persona mayor —le susurró Miranda desde dentro de la mochila.

—Es lo que estoy haciendo —siseó Celia.

La turista que tenía sentada al lado la miró con curiosidad.

—¡No hables sola! —le riñó Miranda.

Celia se mordió los labios. Tenía que prestar atención para bajarse en la

parada adecuada. No le gustaba tener tanta responsabilidad.

Cuando por fin llegaron a la tienda, lo primero que hicieron fue ir a ver a la muñeca escritora.

—Parece muy triste —dijo Miranda. Celia estuvo de acuerdo.

La niña miró a su alrededor. No había nadie cerca, de modo que se sintió segura para hablar con Miranda.

—Necesitamos un plan para sacarla de la vitrina.

—¿Y cómo vas a hacer eso sin que nadie te vea? Me temo que la única opción que tenemos es quedarnos aquí después del cierre.

A Celia le empezó a latir muy rápido el corazón.

—Quieres decir... ¿quieres decir que habrá que pasar aquí la noche?

—Exacto. Es lo más lógico. Hay que buscar un escondite. Cuando no haya nadie, romperemos el cristal y nos llevaremos a la escritora.

—Pero...

Un millón de pensamientos se agolparon en su cabeza. Curiosamente, el primero de todos fue «no me he traído el pijama». Pero ella misma se dio cuenta muy pronto de que aquel distaba mucho de ser el principal de sus problemas.

—Pero habrá cámaras de seguridad —consiguió decir—. Quizá incluso un guardia nocturno. Y una vez que cierren, ¿cómo podremos salir?

—Siempre puedes esconderte hasta que abran de nuevo —dijo Miranda, tan tranquila—. Y tenemos un montón de rato hasta que cierren, podemos pensar un plan.

Celia sintió que le faltaba el aire y abrió la boca. Quiso decir que todo aquello no era una buena idea, que su familia iba a preocuparse muchísimo y que era mejor volver a casa. Pero entonces miró a la muñeca de la vitrina, que en aquel momento estaba escribiendo un nuevo librito para alguien que había echado unas monedas, y pensó que si a ella le causaba agobio pasar una sola noche en un sitio del que no podría salir hasta que amaneciera, ¿cómo debía de ser estar prisionera siempre, metida en aquel cuartucho diminuto?

—Está bien —dijo. Y nada más pronunciar esas palabras, una oleada de ánimo recorrió sus venas como si fuera valentía líquida.

Los veinte minutos no dieron para mucho. Celia propuso empujar la máquina para que cayera al suelo y el cristal se rompiera, pero Miranda le

hizo notar que la muñeca escritora estaba hecha de porcelana, y que seguramente también resultara dañada en esa caída. Cada una aportó alguna idea más, pero ningún plan sonaba bien del todo. Lo único en la que las dos se pusieron de acuerdo era que la pieza más dura y pesada de la juguetería, la más adecuada para romper el cristal, era la reina de un juego de ajedrez de jade, de gran tamaño.

Cuando una sintonía anunció la hora del cierre, Celia se puso de pie automáticamente, inundada por las dudas. Su cuerpo decidió por ella, encaminando sus pasos hacia los servicios en lugar de hacia la salida.

## Capítulo 4

Oscurísima, la tienda de juguetes parecía otra con las luces apagadas. No había ventanas que dejaran entrar claridad de la calle, y lo único que permitía vislumbrar algo en la penumbra eran las azuladas luces de emergencia.

Celia estaba muy quieta detrás de una pila de peluches. Ya llevaba bastante rato escondiéndose y había estado a punto de quedarse dormida cuando un ruido la espabiló. Asomó la cabeza muy despacio y vio a una guardia de seguridad recorrer perezosamente la sección de videojuegos. Era de baja estatura y tenía el cabello recogido en un moño bajo la gorra.

La mujer se acercó a una de las luces azules y Celia pudo distinguir claramente su rostro. Se tapó la boca con la mano para no gritar.

—¿Por qué estás tan asustada? —susurró Miranda—. No corremos ningún peligro. Si nos descubren dirás que te has quedado dormida y ya está. Nadie va a llevarse al calabozo a una niña de nueve años.

—No es eso... Es la vigilante.

Celia no emitía ningún sonido. Se limitaba a vocalizar de manera exagerada, acompañando de gestos sus palabras.

—¿La señora esa? —se sorprendió Miranda.

Celia asintió y se llevó la mano a la boca para pedir silencio hasta que la vigilante se fuera de allí. Solo después de que esto sucediera se atrevió a mascullar:

—Es mi abuela.

—¿Cómo?

—Mi abuela Mercedes.

Miranda esperó un rato antes de hablar de nuevo.

—¿La que se murió el año pasado?

Celia asintió.

—En realidad, todas las personas mayores se parecen, igual que todos los bebés.

La niña apretó los dientes.

—No es eso. Es ella.

—Bueno, creo que estás sugestionada negativamente por esta situación de estrés. Intentemos liberar a la escritora lo antes posible y salir de aquí.

—No lo entiendes. Lo de salvar a la muñeca y todo eso está muy bien, pero yo tengo que hablar con mi abuela. Seguro que si le contamos lo que sucede nos ayuda a sacar a la muñeca de allí.

Miranda reflexionó.

—Yo creo que lo mejor es sacar primero a la muñeca de la vitrina. Después nos meterás a las dos en tu mochila e irás a hablar con la vigilante. Le dirás que te has quedado dormida oyendo las cajitas de música y ella llamará a tus padres para que te vengán a buscar.

Celia observó que la muñeca no creía que la vigilante fuera su abuela, pero aquel plan le pareció bien de todas formas. Llevando a Miranda consigo, se acercó a la máquina expendedora. Tendría que romper el cristal con algún objeto pesado, alguno de los robots, quizá... Pero aquello sería vandalismo. Quién sabe si podrían detenerla después de todo, o enviarla a un internado para niñas con mala conducta. Celia nunca había incumplido las normas de aquella manera.

Por otra parte, quería acabar con aquello lo antes posible. Quería ver de cerca a esa mujer. Quizá su abuela se había cansado de su familia y había fingido su propia muerte. O quizá su madre se había peleado con ella, porque siempre se habían llevado mal, y le había dicho a toda la familia que ya no estaba. Eran explicaciones perfectamente racionales.

—No sé cómo vamos a poder hacer esto. Si rompemos el cristal saltarán las alarmas.

Celia examinó la máquina y encontró una trampilla en la parte superior. Se podía abrir fácilmente. Intentó meter el brazo, pero estaba demasiado alto.

Cogió una silla para llegar más alto, pero no era suficiente.

—Existe una manera —dijo Miranda.

Y se quedó en silencio.

—Bueno, ¿y cuál es? No te hagas la misteriosa, que no es el momento.

—Es algo que nunca te he contado.

Celia suspiró. Aquel iba a ser el día de las cosas raras y las revelaciones de secretos.

—Las muñecas podemos intercambiarlos los cuerpos con las niñas. Es algo que todas hacemos de vez en cuando, por la noche, para recordar cómo es respirar y esas cosas. Si te olvidas de cómo es estar viva, acabas perdiendo la capacidad de hablar. Pero es muy desagradable para nosotras. Tienes que prometerme que cuando rescate a la muñeca escritora me devolverás mi cuerpo inmortal.

La niña sintió un escalofrío.

—¿Eso quiere decir que por las noches algunas de mis muñecas se meten en mi cuerpo mientras duermo?

—Solo un ratito. Y no es para tanto. Les pasa a todas las niñas que tienen muñecas.

Durante un rato, Celia no pudo hacer otra cosa que asimilar aquella idea. Era incluso peor que lo de la regla. No era de extrañar que Miranda nunca hubiera querido decírselo.

—Vale —dijo, por fin—. ¿Y qué hay que hacer? ¿Decir unas palabras mágicas o algo así?

—No, solo tengo que tocarte mientras me concentro en meterme en tu cuerpo. Entonces tú pasarás a mi cuerpo de muñeca, pero como tu alma está viva, podrás moverlo. Yo te dejaré caer dentro de la máquina y así podrás sacar de ahí a la escritora. Después nos tocaremos de nuevo, tú recuperarás tu cuerpo de niña y nos recogerás a las dos.

Tal y como Miranda lo contaba, aquello parecía coser y cantar. En pocos minutos habrían acabado, y después, por fin, Celia podría hablar con su abuela.

—Está bien —concedió. Pero entonces sintió un brote de angustia—: Si algo sale mal te quedarás conmigo, ¿verdad? ¿Me prometes que no me dejarás sola?



—Te lo prometo por la segunda ley de la termodinámica —aseguró solemnemente la muñeca.

—¿Y cuál es la segunda ley de la *termoloquesea*? —preguntó Celia. Miranda sonrió enigmáticamente.

—Es un poco complicada para que te la explique. Hasta primero de bachillerato no toca.

## Capítulo 5

Rápidamente, Celia se subió a la silla e introdujo a Miranda en la trampa.

—¿Preparada? —le preguntó la muñeca.

La niña asintió con la cabeza. Después se dio cuenta de que aquello no era suficiente y pronunció en voz alta:

—Sí.

Pero era mentira. No estaba preparada.

De repente, lo que tenía delante de los ojos cambió por completo. De repente estaba dentro de la vitrina. Y además era... era como si de repente no tuviera *futuro*.

Cayó dentro del habitáculo de la muñeca escritora y al mismo tiempo vio cómo su propio cuerpo se desplomaba en el suelo de la juguetería.

—¡Miranda! —chilló, asustada—. ¿Estás bien?

Pero Miranda había perdido el conocimiento dentro del cuerpo de Celia.

—¡No te muevas o te pincho! —exclamó una voz aguda.

Celia se dio la vuelta y se encontró con que la muñeca escritora la estaba amenazando con su bolígrafo.

—He venido a rescatarte —fue capaz de decir—. Descubrí el mensaje de socorro oculto en el libro pequeño...

—¿Qué mensaje de socorro? Estoy muy bien donde estoy, muchas gracias. La que no estás tan bien eres tú. Así que ya puedes irte por donde has venido.

—Pero... las iniciales de los capítulos decían «auxilio»...

—Casualidad. Cosas más raras se han visto. Me ha costado mucho llegar a lo más alto y no pienso abandonar mi puesto por una aspirante sin imaginación.

—¡No soy ninguna aspirante! ¡No quiero ser muñeca y menos escritora! Y eso de que no tengo imaginación, díselo a mi madre, a ver qué te contesta...

—Ya, ya...

La muñeca escritora levantó su bolígrafo amenazadoramente. Celia, por instinto, agarró el que estaba enganchado en el bolsillo de la bata de Miranda.

—¡Al agujero! —ordenó la muñeca.

Celia miró en la dirección indicada y vio el orificio en el suelo por el cual se colaban los libritos una vez acabados.

—¡No pienso tirarme por ahí!

—Pues si tú no entras, te empujaré yo —amenazó la escritora.

Las dos caminaron describiendo un círculo, como en las películas del oeste, amenazándose mutuamente con sus bolígrafos.

—Ya sabes que si nos clavamos los bolígrafos el mío te hará daño antes, ¿verdad? Para eso sirve la punta fina —dijo la muñeca de porcelana.

Celia resopló.

—Pero mi boli te hará un agujero mucho más gordo. Y si al plástico le haces un agujero no pasa nada, pero te recuerdo que la cerámica *se rompe en mil pedazos* —siseó Celia.

—¡Nunca ocuparás mi silla! ¡Nunca! —chilló la muñeca escritora.

—Pues seguro que se me ocurrían cosas mejores que la historia del niño ese que le hacía una casita a las ratas... Menuda tontería de historia. Seguro que se han muerto por un montón de niños por tu culpa.

Pero Celia se distrajo porque en aquel momento llegó la vigilante. No había ninguna duda: era su abuela. La abuela vio el cuerpo de Celia tendido en el suelo y se puso a gritar, llamándola por su nombre. Entonces Miranda abrió los ojos y sonrió.

—Abuelita... —dijo.

Como si hubiera recibido un martillazo en la cabeza, Celia se dio cuenta de que su amiga había mentido. Se puso a dar golpes en el cristal para llamar la atención de su abuela, pero en ese preciso momento, el gancho metálico le atrapó la bata y la guio hacia el oscuro agujero del suelo.

—¡Nooooo! —chilló.

Desesperada, trató de agarrarse a la otra muñeca para evitar ser absorbida

por la negrura. Pero todo lo que consiguió fue arrastrar con ella a la muñeca escritora. Las dos cayeron por el siniestro agujero y empezaron a deslizarse por un tobogán metálico.

La otra muñeca no gritó, ni parecía asustada. Solo molesta.

—Mira lo que has hecho. Ahora tendré que rellenar muchísimo papeleo para volver a la vitrina.

—¿Dónde vamos?

—Al final del tobogán —respondió la muñeca de porcelana—. Y es una caída bastante larga.

## Capítulo 6

—Rayos. En ese caso estaría mejor que nos presentáramos. Yo me llamo Celia, ¿y tú?

Otro silencio.

—Elizabeth —transigió la muñeca de porcelana.

Celia trató de darle un sentido a todo aquello.

—Tendría lógica que una niña hubiera echado monedas en una máquina para conseguirnos como juguete. Quizá estemos a punto de caer en un cajón donde esa niña nos recogerá y nos querrá mucho.

Elizabeth resopló.

—Las niñas no quieren a sus muñecas. No las quieren de verdad, como quieren a su familia o a sus amigas.

—¿Y tú como lo sabes? —preguntó Celia—. ¿Alguna vez has sido la muñeca de alguna niña?

Elizabeth se echó a reír.

—Claro que no. Eso es para las perdedoras. Las muñecas que consiguen demostrar sus méritos, como yo, nos convertimos en profesionales. Solo las que no sirven para otra cosa acaban siendo vendidas, como la aprovechada esa que te ha traicionado. De científica nada, monada: las verdaderas muñecas científicas están trabajando en la nasa y cosas así.

Celia siguió pensando. ¿Tendría aquello algo de verdad? ¿Sería ella una de las pocas niñas que querían a las muñecas y por eso era capaz de oír sus voces?

—¿Por qué dices que las niñas no quieren de verdad a sus muñecas?

—Porque las muñecas no las quieren a ellas. Se supone que es un secreto, pero supongo que ahora que eres como nosotras puedo decírtelo: todas las muñecas han sido antes niñas. Y la mayor parte se mueren de ganas de volver a serlo.

Celia no podía asumir que su querida muñeca la hubiera traicionado. Al menos, no iba a aceptarlo delante de aquella porcelana prepotente.

—Pero Miranda no hablaba como una niña... Siempre decía eso de la segunda ley de la termonosequé...

—De la termodinámica. La segunda ley. Puede resumirse en que todo tiende al caos.

Celia sintió una amargura en la boca. Todas las promesas que Miranda le había hecho habían sido en nombre del desorden y el desconcierto. Del oscuro ruido que se traga todas las verdades y todos los veranos. No lo formuló exactamente con esas palabras, pero la idea estaba clarísima.

Durante unos segundos, no hubo más sonido que el siseo de un cuerpo deslizándose a toda velocidad por un tobogán recién pulido.

—Te tendió una trampa. Debía de estar deseando que estuvierais en una situación de riesgo y tú te sintieras insegura. Solo quería ocupar tu cuerpo. Y solo se pude intercambiar el cuerpo con alguien si esa persona está de acuerdo.

Otro detalle que Miranda había «olvidado» mencionar. Entonces Celia recordó que su muñeca, cuando le explicó que todas ellas ocupaban de vez en cuando el cuerpo de las niñas, había dicho «si te olvidas de cómo es estar viva». Y Celia no se había dado cuenta de lo que eso significaba. Se enfadó consigo misma por haber sido tan tonta.

—¡Tú sí que me tendiste una trampa, con esa falsa llamada de auxilio en el libro pequeñito! ¡No te lo crees ni tú que esas iniciales estuvieran allí «por casualidad»!

Elizabeth suspiró.

—Nos obligan a hacerlo, ¿vale? Forma parte del trabajo. Tenemos que escribir las iniciales «auxilio» o «socorro» para captar a niños sugestionables que puedan ser convertidos en muñecos escritores. Pero el proceso normal es escribir una carta a la dirección que viene al final del libro.

De repente, las cosas empezaban a tener algo de sentido para Celia.

Quizá, al fin y al cabo, sí que estuviera destinada a ser escritora.

—¿No sería curioso que todo esto que nos está pasando también estuviera escrito en otro libro y fuera otra trampa para otra niña? Mira, podría escribir un cuento sobre eso. Pero seguro que no me dejan.

—No vas a escribir nada porque no llegarás a ser escritora —aseguró Elizabeth—. Todo esto es un error.

—Se me está derritiendo el culo —observó Celia—. Y el cerebro.

Durante varios minutos, ninguna de las dos dijo nada.

—Y tú, ¿cómo te hiciste muñeca? ¿También caíste en una trampa?

—Todas las trampas son diferentes —respondió Elizabeth, con un tono de voz que sonaba terriblemente a «sí, yo fui igual de estúpida que tú».

Se quedaron calladas de nuevo mientras seguían deslizándose. ¿Era posible que cayeran cada vez más deprisa?

—Mi madre siempre dice que tengo demasiada imaginación, y no le gusta nada —le contó Celia.

—Si tuvieras demasiada imaginación te habrías dado cuenta de que Miranda te estaba tendiendo una trampa. La fantasía no consiste solo en imaginar cosas bonitas, sino en poder anticipar las malas.

Celia se sintió muy tonta e intentó llorar, pero era imposible con su cuerpo de plástico. El llanto se quedaba atascado en algún lugar entre su nariz y sus ojos y escocía cada vez más. La única manera de evitar aquel dolor era tranquilizándose.

—¿Y qué pasará conmigo ahora?

—Por tu culpa las dos acabaremos en la habitación de los juguetes rotos.

## Capítulo 7

Otra vez, Elizabeth utilizó un tono tan seco y enfadado que a Celia le dio miedo, y volvió a sentir ganas de llorar.

—Supongo que a mí me darán otra oportunidad —suspiró Elizabeth—. Soy muy buena en mi trabajo. Hago una letra muy prieta, no me salgo nunca de las líneas y jamás hago faltas de ortografía. No sé dónde van a encontrar a una mejor.

Celia siempre sacaba sobresaliente en lengua y dieces en dictado, pero

decidió que era más sabio guardarse esa información para sí misma. Entonces sintió un dolor agudo en el vientre y se llevó las manos a las caderas tratando de contenerlo.

—¿Qué te pasa?

—¡Me duele la tripa! ¡Mucho! —aseguró Celia.

—Bájate los pantalones —ordenó Elizabeth.

—¿Qué?

—Venga, ya me has oído. Me da igual lo que digas, quiero verlo con mis propios ojos.

—¡No me voy a bajar nada!

—Si no te los bajas no podremos saber si te está viniendo la regla.

Celia tembló con todas sus fibras. Aquello era una pesadilla dentro de una pesadilla. Se echó a llorar a moco tendido.

—¡Bájate los pantalones!

—¡Que te he dicho que no!

Elizabeth la agarró del hombro y se colocó de manera que sus cuerpos corrían en paralelo. Desabrochó los botones del pantalón que llevaba Celia mientras esta hipaba y sollozaba. La niña no intentó detenerla.

—Demonios —refunfuñó Elizabeth—. Pues va a resultar que sí que eres una escritora, al fin y al cabo.

Con la vista borrosa por las lágrimas, Celia miró hacia abajo, y vio que de su vientre brotaba un espeso líquido negro.

Elizabeth sacó un tintero anatómico y se lo pasó.

—Ponte esto, anda. Recogerá la tinta. La vas a necesitar para hacer tus cuentos.

Un temblor de repugnancia sacudió a Celia.

—¿Quieres decir que el cuento que leí... está escrito con tu *regla*?

—Todas las escritoras escribimos con nuestras entrañas.

Entonces Celia recordó las palabras que su madre le había dicho aquella misma mañana, y pensó que todas las cosas suceden por un motivo. «Cuando te salga la primera sangre, si cierras los ojos y te concentras mucho, podrás tener una visión de tu futuro». De modo que se enjugó las lágrimas, cerró fuertemente los ojos y trató de relajarse para dejar que las imágenes acudieran a su cabeza.

Vio el futuro. Se vio a sí misma eufórica, tan feliz como nunca había imaginado estarlo. Tenía entre las manos un libro pequeño, empapado en sangre y en desagradables fluidos, aun cubierto de venas rotas y repugnantes gelatinas, llorando angustiado con todas sus letras por haber nacido en un mundo tan horrible.

# ANGÉLICA GORODISCHER

**BUENOS AIRES, ARGENTINA, 1928**

Aceptada de forma unánime como una de las indispensables del género de ciencia ficción y fantasía en Latinoamérica, ha sido traducida al inglés por Ursula K. Le Guin y adaptada al cine en la película de María Victoria Menis *La cámara oscura* (1989), basada en su relato homónimo. En su extensa obra, centrada sobre todo en el cuento y la novela pero ampliada también en los territorios del ensayo y la biografía, podrían destacarse títulos como *Bajo las jubeas en flor* (1973), *Kalpa Imperial* (1984), *Floreros de alabastro* (1985), *Fábula de la virgen y el bombero* (1993), *Casta luna electrónica* (1977), *Trafalgar* (1979), *Mala noche y parir hembra* (1983), *Técnicas de supervivencia* (1994) y *Las nenas* (2016). Posee más de una veintena de galardones destacados que incluyen los Emecé 1984 y 1985, el Gigamesh 1986, el ILCH de Estados Unidos 2007 a su obra completa, el Mundial de Fantasía a la Trayectoria 2011 y el Konex 2014. Su narrativa se caracteriza por una clara preocupación feminista y social.

El relato «Una mujer notable» (*Cuentos reunidos*, 2015) denuncia de la violencia de género a partir de lo fantástico. Con humor y a partir de personajes femeninos que muestran un ejemplar ejercicio de sororidad, nos muestra que siempre hay un camino para salir del trance.



## UNA MUJER NOTABLE

Mi madrina es una mujer notable. Le digo esto y lo sostengo, pero para que usted me entienda tengo que contarle un par de episodios de mi vida; usted disculpe, prometo no aburrirla.

De mi infancia no vale la pena hablar. Todo muy normal y feliz. Crecí como cualquier chica, fui a preescolar y a la primaria, todo bien, mi papá y mi mamá y mis tías estaban encantados conmigo. Y yo tenía amigas, estudiaba, potreaba por ahí, jugaba y coleccionaba fotos de artistas. Hice la secundaria, entré con toda comodidad a la adolescencia y tuve un novio detrás de otro, nada serio; para ir haciéndome la mano, y el corazón, claro.

Pero después ya en la facultad tuve un novio de veras y hasta nos comprometimos. Nos íbamos a casar en cuanto nos recibiéramos. Todo seguía bien. A mi mamá mucho no le gustaba el muchacho, decía que era frívolo, pero a mí sí que me gustaba. Bueno, no me casé con él. Descubrí que tenía otra «novia»; en fin, novia no era pero él desaparecía cada ocho o diez días, con el cuento de una tía o tío, no me acuerdo, y se iba a Cañada a visitar a la chica. Investigué todo, no se crea que hice las cosas a las corridas, no, hasta la conocí a ella que, además, era muy agradable, pobrecita. La cosa es que lo mandé a la mierda, corté con él le dije de todo menos bonito y chau. Mi mamá, encantada. Mi madrina se sonrió, solamente eso, se sonrió. Y yo me recibí y empecé a trabajar y me fue muy bien.

Usted dirá, ¿y qué hay de raro en todo eso? Una vida de lo más vulgar.

Ah sí, de lo más vulgar, pero ya va a ver.

Tuve otro novio. Lo conocí en circunstancias casi de novela. En un incendio, mire qué espectacular. Se incendió una oficina en el edificio en el que yo tenía mis propias oficinas, ahí nomás, encima de mi piso. Policía, escándalo, bomberos, ambulancias, periodistas, de todo. Yo, bajando la escalera a los saltos. Alguien que me agarra de la cintura y me ayuda a bajar. Ni lo miro. Pero cuando llegamos abajo sí que lo miré y pensé a la flauta que tipo divino.

Los bomberos apagaron el incendio, todo anduvo bien, no hubo heridos graves, solamente una secretaria y el ayudante del portero con quemaduras leves, de modo que la ambulancia partió sin mucha alharaca y los periodistas preguntaban pavadas a todos los que se les acercaban pero el tipo no me soltaba y yo encantada de la vida.

Bueno, me casé con él. Estaba enamorada enamorada enamorada y me da cuenta de que antes, con el infiel, no lo había estado en absoluto. Contenta sí, feliz, emocionada, pero enamorada, eso que a una le cambia el mundo, la visión, la sangre, los gustos, los horarios, los pasos, el oído, el futuro (el pasado también pero eso es otra historia), el paladar, el tacto ah Dios mío el tacto, los sueños, los proyectos, la lengua, los miedos, los pecados y la memoria; eso no, eso era algo que sentía por primera vez en mi vida, aleluya.

Y fuimos felices. Yo fui feliz y parecía que él también. Tenía sus berrinches, pero ya se sabe que los varones son muy desorganizados, no saben domesticar ni su razón ni sus pasiones, de modo que me aguanté, puse cara de mujercita comprensiva y la cosa me daba cierto resultado. Magro resultado porque con el tiempo mi marido adorado fue amargándose, sus rabietas pasaron a ser mas largas. Más profundas, más inesperadas. De pronto extrañé a mi mamá: era que él había ido recortándome las visitas que yo solía hacerle dos o tres veces por semana. Mi madrina andaba de viaje por Europa, a propósito de no sé qué congreso y después a un crucero y esas cosas. Y yo ahí, un poco asombrada. Tampoco veía a mis amigas y no me explicaba muy bien por qué. Y un día en el que lo vi de excelente humor le propuse que saliéramos a comer con Rogelio y Chichí a ese restaurante nuevo que habían abierto en Fisherton y salimos y todo regio salvo cuando yo dije algo sobre no sé qué cosa que salía en los diarios que fue cuando él, mi marido adorado, dijo:

—No le hagan caso, no entendió nada, como de costumbre.

Muda y helada me quedé. Y de ahí en adelante se desencadenó el infierno. No voy a entrar en detalles. Como les ha pasado a muchas: gritos, insultos, amenazas, hasta que llega la primera cachetada. Sí, ya sé, ahí debí denunciarlo. No lo hice, ¿por qué? Porque todavía lo quería, parece mentira pero sí, y confiaba en que todo se iba a arreglar. Minga de arreglarse. Más bien empeoró. Ahí sí lo denuncié. Para qué. La primera vez ni caso me hicieron ni explicaciones me dieron. La segunda vez me explicaron son cosas

privadas que pasan en los matrimonios vaya tranquila ya se le va a pasar. La tercera vez me sacaron rajando: había habido tres robos en el barrio y yo les iba con esas pavadas. La cuarta vez me dijeron vaya y hágale la comidita que a él le gusta, y no vuelva a ponerlo nervioso.

Entonces fui a verla a mi madrina que era lo que debía haber hecho a la primera cachetada: esperar a que desembarcara del «King of the Seas» e ir a contarle todo (ya le dije que mi madrina es una mujer notable).

—Sos una idiota, m'hijita —me dijo.

—Ya sé —le dije.

—Pero les ha pasado a muchas —me dijo.

—¿Qué hago? —le dije.

—Me parece que vas a tener que morirte —me dijo.

—Ufa —le dije—, ¿te parece que es tan grave?

Y sí, le parecía tan grave. Si yo no recurría a eso, iba a terminar, o muerta de un par de cuchilladas, o golpeada una y otra vez hasta perder el sentido y la dignidad. Entonces qué. Morirse.

—Bueno, está bien.

—¿Cómo andás de entrenamiento?

—Mal, muy mal.

—Claro. Has estado pendiente de ese cretino y te has descuidado.

—Peor. Me doy cuenta de que estoy percutida, momificada, estática, ni siquiera puedo trasladarme. Ni transmutar puedo.

—Ay, nena, qué barbaridad. Vas a tener que aguantar, no sé, un mes por lo menos, dos mejor, para estar en condiciones de morirte. No te olvides de ir avisándole a tu madre.

Y así empecé a reponerme. Primero vinieron los ejercicios puramente físicos. Bajo la dirección de mi madrina iniciamos el ejercicio de distancias da un paso, dos, tres ahora diez pero solo con dos movimientos de los pies, bien, ahora veinte pasos, y así hasta un kilómetro con dos pasos. Enseguida combinamos con ejercicios de movilidad: cinco pasos de un saque sin mover los pies pero aparecer allá, junto a la otra pared. Me salieron bastante bien y terminé combinando distancias y movilidad con suficiente destreza. Enseguida les dimos a los ejercicios de obstáculos pero bah, eso es fácil: las puertas y las paredes se atraviesan con facilidad, no hay necesidad de

repetirlo muchas veces. Me iba a mi casa y practicaba. Llegaba mi marido cada vez menos adorado y yo la iba de esposa modelo.

El tipo se iba a la mañana y yo me trasladaba a lo de mi mamá y charlábamos mientras yo movía las manos y me peinaba sin que ella se diera cuenta y cuando al fin se daba cuenta se reía y me felicitaba. Después yo decía me voy a la práctica y desaparecía. Aparecía en lo de mi madrina casi sin gastar energía, y le metíamos duro y parejo al entrenamiento.

Para qué describir uno a uno todos los ejercicios, eso sí que llegaría a aburrirla. Pero la culminación fue, como era de esperar, el encierro. Se llama el encierro pero debería llamarse la salida del encierro. Lo hice una y otra vez y otra y otra, desde un ropero, un placard, una habitación cerrada a cal y canto, un armario, lo que fuera. Y finalmente un ataúd. Pensamos en comprar uno pero íbamos a tener que dar explicaciones. Entre mi madrina y yo fabricamos uno. Precioso, vea. Y me sirvió para afinar mis capacidades. Yo me trasladaba a las casas que vendían maderas, lisas o trabajadas, a las fábricas de herrajes y de todo lo necesario para un ataúd no digo que de lujo, pero bastante bueno. Y entre mi madrina y yo los ensamblábamos fácilmente sin siquiera rozarlos con las puntas de los dedos.

Así que llegó el día pero se lo resumo. Lo provoqué y me pegó. Caí al suelo y me morí. No tuvo salvación: se lo llevaron preso y todavía está ahí, en la sórdida gayola.

Ah, pero le digo: el velorio fue divino, un éxito total. Mi mamá y mi madrina lloraban desconsoladas. Mis amigas también. Claro que todas sabían cómo era la cosa y ya mi madrina había conseguido un cuerpo, en una villa, figúrese usted, muy pero muy adecuado. Todas las que rodeaban mi ataúd sabían lo que iba a pasar pero lloraban en forma convincente. Es que yo no tengo amigas que no sean como yo, como mi madrina, como mi mamá No nos conviene relacionarnos con mujeres opacas, ¿me entiende?

Dejé pasar unos días y salí del ataúd una noche y mi madrina me esperaba en su Mercedes y me llevó a su casa.

—Preciosa, estás preciosa —me elogió.

Desde entonces hice muchísimas cosas, compré mis propias oficinas, cambié el diploma de antes por uno nuevo, trabajé, alquilé un departamentito muy lindo frente al parque, visité a cada rato a mi mamá, a mi madrina, y salí con mis amigas. En fin, hice todo lo que quería pero de casarme nones, ni

pensar. Ah, y una de mis amigas, la Ruby, tuvo una nena y la probamos y es como nosotras y ella me pidió que fuera la madrina. Yo le dije que sí, pero que no sabía si iba a poder ser tan completa como mi madrina, una mujer notable.

# LOLA ROBLES

MADRID, ESPAÑA, 1963

Estudió Filología Hispánica en la Universidad Complutense. Trabajó como Agente Judicial y en el Registro Civil Único, hasta que en 2009 se jubiló por visión baja. Es activista feminista, pacifista y lgtbi. Cofundadora de la Red de Bibliotecas y Centros de Documentación de Mujeres del Estado español, se ha especializado en la investigación sobre autoras de ciencia ficción, fantástico y gótico, y sobre feminismos y teoría *queer*. Desde 2006 imparte el taller *Fantástikas*, de igual nombre que su blog, sobre géneros no realistas y dedicado a las mujeres como escritoras y personajes. Ha publicado las novelas *La rosa de las nieblas* (1999), *El informe Monteverde* (2005, corregida y aumentada en 2018), *Flores de metal* (2007), *Yabarí* (2016), *El árbol de Sefarad* (2017) y el libro de cuentos *Historias del Crazy Bar y otros relatos de lo imposible* (2013, coescrito con M.<sup>a</sup> Concepción Regueiro). Autora del ensayo *En regiones extrañas: un mapa de la ciencia ficción, lo fantástico y lo maravilloso* (2016) —Premio Ignotus 2017 al mejor libro de ensayo—, y coeditora de las antologías *Poshumanas* y *Distópicas. Antología de escritoras españolas de ciencia ficción*, entre otros. La novela *El informe Monteverde* ha sido traducida al inglés y relatos suyos han aparecido en *Terra Nova*, *Fabricantes de sueños* y *Las otras. Antología de mujeres artificiales*.

«Savitri» (aparecido en la antología *Dos orillas: voces en la narrativa lesbiana*, 2008), es un relato maravilloso en el que Robles emplea una segunda persona con resonancias de epopeya para unir las mitologías india y mediterránea en una bella historia de amor entre mujeres. Sus dioses, sus poderes y sus maldiciones más o menos revocables son tan urbanos como

intemporales. Los caminos de la literatura para subvertir la tradición son inextricables.

## SAVITRI

*Luego Orfeo entró en las gargantas del Ténaro, profunda entrada de Dis, y en el bosque sombrío, residencia tenebrosa del espanto, y osó, por fin, afrontar a los Manes, a su temible rey y a sus duros corazones, que no se ablandan jamás con las plegarias de los mortales.*

Virgilio, *Geórgicas*

Savitri, desde la ventana del semisótano en que vives, adivinas el crepúsculo de invierno. Lo adivinas: el cristal solo permite ver las piernas de los que pasan rápidamente por la acera, el reflejo de las luces de neón que acaban de encenderse, son apenas las cuatro y la oscuridad ya está ahí, vuelve a nevar. Miras la nieve, Savitri, y dentro del cuarto, el reloj, Anne Marie no regresa y tiembles, ahora no es de frío, aunque el termómetro ha descendido a diez grados bajo cero y tu vecina Benedicte te ha dicho que el agua del puerto y los canales de la ciudad se han convertido en hielo brillante, liso como el mármol de una lápida. Benedicte. Tiene sesenta años, el pelo corto y amarillo, un rostro de cera con arrugas suaves y una sonrisa dulce como su compasión cuando habla despacio para que puedas entenderla. Esa compasión suya y transparente no quema igual que otras. ¿Cómo va a quemar si la muestra al escucharte decir que, ni siquiera dentro de tu casa, con la calefacción encendida, puedes olvidarte de ese frío que corta igual que un bisturí y transforma el mundo en una pena helada? Desde el principio te la ofreció, desde que llegaste a esta casa, cuando no te atrevías a salir a la calle porque el miedo era una cadena oscura, te aherrojaba en este sótano. Miedo de metal duro, silencioso, amenazante como un iceberg. Pero ella lo comprendía, aunque tú no pudieras explicar su causa. Precisamente, tu silencio era la cárcel; precisamente, sus palabras la amenaza. Las de Benedicte, las que allá en el exterior salían de los labios de todos (los transeúntes que pasaban por la acera, los tenderos, los conductores de autobús) y eran un largo muro impenetrable, eslabones de sonidos extraños



frente a los que de nada servían tus oídos, de nada tu voz que solo podía pronunciar los de otra lengua. Las palabras de nuevo, Savitri, se habían vuelto contra ti.

Pero han pasado meses desde entonces y ahora te es posible contestar a Benedicte cuando te pregunta por qué, Savitri, por qué viniste a este lugar desde otro tan lejano, desde aquella tierra de luz dorada, ríos anchos y tibios, llanuras con elefantes, selvas con tigres, montañas que llegan al cielo, por qué lo cambiaste todo por un semisótano de veinte metros cuadrados, por un país de idioma desconocido y gentes de otra raza, por qué, por qué, Savitri, si la noche interminable del invierno nórdico te hace llorar por la luz india, si nunca aprenderás del todo esa lengua abstrusa, si a ti no te parecen hermosos los mares helados ni los cristales de nieve.

¿No es tu historia la de tantos? ¿No viniste aquí huyendo del hambre que hiere como un tigre, que es ancha como el Ganges, negra como esta noche?

Pero no, no fue por eso, le explicaste a Benedicte. Porque en tu país vivías en una casa grande, en un edificio de color rosa rodeado de jardines. Una isla en la ciudad, en ese mar de gentes que sí conocen el hambre, que sí tienen que huir para no ser devorados por ella. Sin embargo, tú eras la hija de un hombre respetado, al que todos los días esperaba un coche en el jardín para llevarlo a su oficina, desde donde hacía negocios con ciudades como esta; que vestía a la occidental y te educó igual que a tus hermanos varones. Aunque también era un hombre que no emprendía un negocio sin consultar antes a Narad, el anciano cuyos ojos no podían ver la luz, pero sí el pasado y el futuro; aunque también era un padre que te buscó un marido sin consultarte, porque al fin y al cabo eras mujer, eras su hija. Narad aprobó ese matrimonio conveniente para los negocios familiares; tu padre te dijo que Satyavat sería un buen esposo: su corazón era puro y dulce; sus actos, amables y pacíficos. Pero la pasión no elige por saber que un espíritu es puro o un carácter, amable; quién sabe por qué elige un objeto o rechaza otro, pese a que en ambos casos le aguarden solo el dolor y el desastre.

«No quiero a Satyavat por esposo; no lo querré nunca, ni me casaré con nadie a quien yo no haya elegido». Esa fue tu respuesta. Y esto lo que Narad dijo: «Una hija debe obedecer a su padre en todo; la que no lo hace no es digna de vivir en su casa».

Pero tú habías decidido. Y fue inútil la furia de tus hermanos, los

lamentos de tu padre, los consejos y advertencias de Narad: «Eres terca como lo fue tu madre, Savitri; pero, además, insensata. Ella se fue demasiado pronto, no pudo enseñarte las virtudes propias de una mujer. Y mal hizo tu padre en educarte igual que a tus hermanos, siempre se lo dije. Cásate con Satyavat, estás a tiempo aún». «Si mi padre me echa de su casa, me iré lejos; si es su mandato, dejaré de considerarme su hija. Pero no me casaré con nadie a quien yo no haya elegido». «De nada te servirá huir; de nada cruzar mares y ocultarte en ciudades lejanas. La hija que no cumple su deber recibirá su castigo. Los dioses se encargarán de ello. Sabe que veo tu destino y el destino fatal que acecha a quien elijas para el lugar que corresponde a Satyavat. Sabe que la flor de sus labios será amarga para ti: pues es decreto de los dioses que, en doce meses justos a partir del momento en que os encontréis, ni un día más ni un día menos, quien elijas muera sin remedio».

«¿Cómo escapar de palabras tan terribles?», le preguntaste a Benedicte al contarle la verdad. De tu padre, de tu casa, te fue posible huir. Encontraste el valor para hacerlo, ayudas que te indicaron caminos y, así, llegaste a esta ciudad, confundida con los que se alejaban del hambre, igual que ellos buscando otra vida. Sin embargo, las palabras te acompañaron, te persiguieron: como tigres sigilosos y tenaces, inmunes al olvido, a la piedad. Así se lo contaste a Benedicte, y sin duda no te creyó: ella pertenece a esta ciudad de canales y estadísticas, donde solo los médicos anuncian la muerte tras pruebas rigurosas y solo los funcionarios la certifican con indiferencia e impresos.

Tampoco Anne Marie te ha creído nunca. Vuelves a mirar el reloj, y el calendario, ella no regresa y el dolor se difunde como un aroma punzante por toda la casa. Hoy se cumplen doce meses desde que os conocisteis, doce meses justos.

Anne Marie llama por fin a la puerta y abres; su aliento se ha transformado en escarcha que centellea alrededor de sus labios. Se quita el abrigo, los guantes y el gorro de lana, y te besa, un beso cálido aunque su piel está fría. Su piel tan blanca en comparación con la tuya. Y la abrazas, tan delgada Anne Marie. Nadie sabe nada sobre la pasión, Savitri, aunque crean que sí. Ni tú misma puedes comprender por qué la elegiste a ella, por qué desde el principio no necesitasteis las palabras, por qué su cuerpo y no el de Satyavat te parece tibio y dulce, su corazón, puro, encuentras en ellos la paz y

el consuelo, y cuando la tocas olvidas la noche oscura, el invierno helado, y la vida tiene luz, tiene calor, la vida es una isla verde, una copa llena, y no hay destinos fatales, no hay calendarios, solo manos, labios, cuerpos como espejos, carne dorada o blanca que bajo las sábanas se mezcla y se confunde como el agua con el agua, la arena con la arena.

Anne Marie está hablando, te dice que no podrá quedarse a comer, un cliente acaba de llamar, necesita un taxi con urgencia, pagará muy bien y es imposible negarse; pero luego regresará, enseguida.

Tú lloras: «no te marches, hoy no, que vaya otro», le pides. Anne Marie sonríe, el cliente está esperando y debe ir en su busca. Ni siquiera recuerda las palabras de Narad, reir a incluso si se las mencionaras: aquí en Occidente los destinos no se rigen por sentencias de magos y a Narad le tomarían por un simple charlatán. «Llévame contigo entonces, nunca te he acompañado. Solo por esta vez: quiero ver cómo el mar se ha convertido en hielo, cómo a pesar de todo la ciudad sigue viva».

Anne Marie no está de acuerdo, pero le da pena tu pena y tu soledad, y nunca ha sabido negarte un deseo. Así que sal ıs ambas al aire que os deja sin respiración, al invierno que quema, a la noche que asusta.

Desde tu asiento, junto a Anne Marie, ves a ese hombre que emerge de las sombras unas calles más allá de la tuya, que sube en silencio al taxi y nada objeta a tu presencia, como si ni siquiera te hubiese visto. En el retrovisor del coche no encuentras sus ojos, solo gafas de espejo, una mandíbula dura, el pelo rubio que le llega hasta los hombros. Anne Marie conduce a través de la nieve, de calles transitadas o vacías, de plazas con edificios revestidos de neones; atraviesa por puentes los canales de agua rígida y luego sale del centro de la ciudad. Entonces, el viajero la toca en un hombro, le ordena detenerse, paga y sale sin despedirse. Se pierde en la noche, su largo abrigo negro confundido con la oscuridad, únicamente su melena se vislumbra aún como un faro, un brillo que se aleja. Anne Marie suspira y guarda el dinero, te dice: «ahora daré media vuelta y regresaremos a casa, pero espera un poco, me duele la cabeza, parece como si muchas agujas de hielo me atravesaran la nuca, voy a recostarme en el asiento o mejor sobre tu hombro».

Y tú, Savitri, sostienes su cabeza y acaricias su pelo, su mandíbula suave, los ojos cerrados, la boca insensible, su frente más y más fría. Y no lloras ni gritas; dulcemente apoyas la cabeza de Anne Marie en el respaldo de su

asiento, besas la palma de su mano y, luego, sales del taxi y corres tras esa figura que ya se desvanece en la distancia.

Como fieras de ojos amarillos, como tigres negros, los coches se cruzan contigo, rugen, desaparecen después. Avenidas enormes, desoladas, calles más estrechas, edificios silenciosos como tumbas, un hombre que camina rápido sin mirar hacia atrás y una mujer que se apresura siguiendo sus pasos. La nieve cruje bajo vuestras botas y al fin ya casi lo alcanzas, tu aliento que arde le roza la nuca. La figura alta y negra se detiene, da media vuelta. Levanta una mano con anillos en todos sus dedos. «¿Qué quieres, mujer? Vuélvete a tu casa, deja de seguirme. Los días de un amor han acabado para ti, pero tú continúas viviendo, podrás tener otros. Deja de seguirme. Los muertos no vuelven a la vida». El viento te golpea en los ojos mientras desobedeces su orden. Ahora, atravesáis por puentes los canales helados; ahora, os internáis por parques donde la nieve ha enterrado la hierba (allí ibas con Anne Marie a pasear en las tardes de otoño); ahora, la persecución te lleva a calles extrañas en las que nunca estuviste con ella. Transeúntes solitarios se tambalean en busca de un refugio, son como fantasmas que ni siquiera se ven unos a otros. También el hombre de melena rubia llama a una puerta; apenas te da tiempo a cruzarla tras él.

Dentro, bruscamente, el calor sofoca. Hombres y mujeres medio desnudos gritan para hacerse oír, beben en la barra donde una luz verdísima los transforma en espectros submarinos o se frotan en la oscuridad de los rincones. Música de acero ácido te hiere en los oídos, y en la piel. Hay un olor espeso, más punzante que el alcohol o el humo. Sin quitarse el abrigo, el hombre rubio bebe y fuma y tose, y trata de no mirarte, aunque todos los demás sí te observan con sonrisas que no son compasivas, chasquean la lengua, te susurran palabras que no entiendes, quizás preguntando por qué estás allí, inmóvil a la espalda de un tipo que te ignora, que solo al cabo de dos vasos de alcohol te mira y habla con fastidio. «Déjame, mujer; no me importunes más. Observa a tu alrededor: a muchos de estos les gustas. Vete con alguno, prueba una cosa diferente a esa taxista. No niego que la quisiste, no niego que el mundo es tan atroz como ese frío de afuera. Sin embargo aquí se está bien, aquí todo es posible. Elige un hombre, elige otra mujer. Míralos: sudan, desean, son vampiros o víctimas. Si me lo pides, te daré a cualquiera de ellos. O, si no, emborráchate y luego ve a tu casa y llora. Pero deja de

seguirme. No conseguirás nada. Porque los muertos no vuelven a la vida». «Quiero que me devuelvas a Anne Marie», es tu voz la que ha hablado. Él ríe, pide otra copa y hace sonar el cristal golpeándolo con sus anillos; tú puedes verte diminuta en los espejos tras los que oculta sus ojos. Se pone de pie y se pierde en las tinieblas, al fondo del local. Entonces, descubres que este es una boca, cuya garganta se hunde hacia un sótano más oscuro, más lleno todavía. Apura su vaso allí el hombre de los anillos, en medio de la pista donde la gente apenas tiene espacio para bailar, donde martillean luces que se apagan y se encienden al compás del sonido. Rojo ígneo, azul cobalto, ráfagas violeta. Obsesivamente golpea la música. Como un yunque. Como una máquina a la que los humanos han dejado sola y nunca parará. Nadie os mira, a nadie le importáis. Lloras, Savitri: lágrimas como lluvia en tus mejillas doradas. Y él tiene que gritar para que le escuches: «¡Maldita seas, mujer! ¡Deja de llorar! ¿Crees que tu amor es hermoso? Cualquiera te diría que es sumiso como un perro, que tu lealtad es estúpida. ¿Crees que hubiera durado siempre? Ah, no, ni tú misma lo crees. ¿Piensas que puedes seguirme toda la noche, que eso te servirá de algo? No, no me apiadaré de ti. Ya sé que tu dolor corta tanto que ni siquiera puedes sentirlo, que se ha convertido en una piedra, un agujero en tus entrañas. Sin embargo el dolor pasará. Así que déjame, estoy cansado. O pídemme cualquier otra cosa, te la daré: que no vuelva a nevar en todo el invierno o que la nieve entierre la ciudad hoy mismo. ¡Pero los muertos no vuelven a la vida!». «Quiero que me la devuelvas». Sí, es tu voz la que pide, aunque suene tan remota, tan ajena.

¿Cómo ha ocurrido para que estéis de nuevo en la calle fría? El hombre del abrigo negro lleva una botella en la mano; a veces se detiene para beber. Uno, dos, diez pasos de sus botas; una, dos, diez pisadas tuyas. Pero ahora ya no hay nadie, nadie absolutamente en estas avenidas que se van volviendo más y más extrañas: cortadas por escaleras enormes que descienden una y otra vez, alumbradas por luces amarillas como cirios. Es como si no estuvieras en la misma ciudad de antes, como si hubieses cruzado la frontera y entrado en otra, subterránea y vastísima. Las calles son ahora complicados laberintos, las construcciones que las flanquean no tienen puertas ni ventanas; no hay coches, no hay sonidos. Te parece ver sombras pálidas, solitarias, que se esconden en las esquinas de cemento. Ráfagas glaciales te hielan la cara, la sangre, la voz. Pero no su grito: «¡Vuélvete, mujer! Nadie puede seguirme

más allá de donde tú has venido. Si continúas andando, tampoco tú podrás regresar». La nieve destella, es un lecho de sábanas blanquísimas que invita a descansar, a ti que te estás quedando sin fuerzas tras ese hombre que va demasiado deprisa. No. Anne Marie duerme también, insensible. Quiero que me la devuelvas. O donde la llesves, yo te seguiré, te sigo. Otra escalera, otro interminable laberinto. Sin embargo, quizás no hay más remedio que rendirse, sentarse para ocultar la cabeza entre las manos y soñar, o no soñar siquiera.

Una mano con anillos busca tu brazo para ponerte en pie. Tu cara es una máscara de escarcha repetida en dos espejos plateados. El hombre rubio tose, lanza una carcajada agria que se parece a un gemido: «¡Savitri, Savitri, Savitri! Está bien: hace demasiado frío, he bebido demasiado. Estoy deseando perderte de vista. Vuelve con ella, despiértala. Ahora, enseguida, antes de que te quedes helada, antes de que me arrepienta».

Cuando entras en el taxi, te sientas a su lado y tocas su frente, Anne Marie abre los ojos, dice: «¿qué hora es?, ¿cuánto he dormido? Son más de las doce, parece mentira»; dice: «volvamos a casa, Savitri».

*Vio a un hombre de rojas vestiduras que se acercaba, la cabeza adornada con una tiara, hermoso y resplandeciente como el sol. Era su tez de un color negro brillante, y sus ojos destellaban con luz roja. Llevaba un lazo en la mano. Inspiraba miedo. Estaba al lado de Satyaván y lo contemplaba. Savitri, al verlo, apoyó cuidadosamente la cabeza de su esposo en el suelo y se levantó sobresaltada.*

*[...] Entonces, Yama lo ciñó con su lazo y partió en dirección a las regiones vespertinas. Pero la excelsa Savitri, que seguía amando devotamente a su esposo, siguió a Yama con el corazón transido de dolor.*

*Savitri: un episodio del Mahabhárata*<sup>12</sup>.

# RAQUEL CASTRO

CIUDAD DE MÉXICO, MÉXICO, 1976

Escritora, guionista, profesora y promotora cultural, estudió periodismo en la unam y trabaja en el Archivo Histórico del Centro de Documentación e Investigación Judío de México. En 2012 obtuvo el Premio de Literatura Juvenil Gran Angular y, con el equipo del programa *Diálogos en confianza* de OnceTV, ha ganado en dos ocasiones el Premio Nacional de Periodismo. Es autora de las novelas *Ojos llenos de sombra* (2012), *Lejos de casa* (2013), *Exiliados* (2014), *Dark Doll* (2014) y *Un beso en tu futuro* (2017), así como del ensayo *Cambiamos para ser más como somos* (2017). Escribe sobre literatura infantil y juvenil en la revista *Lee+*, habla de libros y gatos en YouTube con Alberto Chimal y ha coeditado la antología de zombis *Festín de muertos. Relatos mexicanos de zombis* (2015). Es una apasionada del humor y de lo fantástico, y prueba de ello es que sostiene, avalada por los datos, que su abuelo era Marciano.

El relato «¿A qué tienes miedo?» (en la antología *Sombras*, 2015), es una buena muestra de las virtudes de Castro en el género de lo fantástico: protagonistas jóvenes, terrores cotidianos, guiños de género, interpelación inevitable para el lector. No es un relato de zombis, una de sus pasiones, pero resulta obvio que el umbral entre la vida y la muerte es terreno abonado para una autora de gran proyección con una clara perspectiva crítica frente a la distribución de los roles de género.

## ¿A QUÉ TIENES MIEDO?

Comenzaba a oscurecer. Diana caminaba por un callejón empedrado del centro de Coyoacán. Le desesperaba no poder ver con nitidez a más de dos metros de distancia, como suponía que veía sin anteojos la gente que los necesita, aunque intuía que, en su caso, se debía a la iluminación escasa de esa hora de la tarde: cuando ya no hay luz de día, pero todavía no es de noche y no sirve de nada que las farolas de la calle estén prendidas.

De pronto, escuchó pasos detrás de ella y tuvo que reprimir un escalofrío cuando giró la cabeza y no distinguió a nadie cerca: hasta donde alcanzaba a ver, la calle estaba vacía. Apretó el paso, tratando de avanzar tan veloz como pudiera sin soltarse a correr.

*¿A qué le tienes miedo?*, se preguntó. Nunca le había asustado la oscuridad y estaba acostumbrada a estar sola, así que no podía ser eso lo que la inquietaba.

Enfrente de ella, el callejón se curvaba bruscamente y se hundía en una oscuridad densa. Poco antes de que desapareciera entre las sombras, la banqueta se veía tan estrecha que no cabrían dos personas juntas. Diana se detuvo, sintiendo una súbita aversión al camino que debía seguir. Pensó en regresar sobre sus pasos, pero al volverse descubrió que la calle también se había vuelto angosta a sus espaldas y también se torcía bruscamente, aunque Diana no recordaba haber pasado por esa curva del camino. Su corazón latía tan deprisa, que parecía retumbar dentro de su cabeza.

*¿A qué le tienes miedo?*, se preguntó de nuevo, pero esta vez no reconoció su propia voz en la pregunta. Una vez la trataron de asaltar en un autobús, pero al ver su celular viejo, el ratero le sonrió con desprecio y le dijo que estaba más jodida que él. En cualquier caso, para Diana, los asaltos eran como un temblor o una tormenta: fuerzas de la naturaleza imposibles de controlar. No era miedo a que un asaltante saliera de aquella curva, no.

En ese momento, delante de ella, donde el callejón se perdía en la oscuridad, una silueta todavía más negra se desprendió de las sombras,



cerrándole el paso. Era del tamaño de una persona adulta, pero su forma era vaga, difusa. Apenas se podían distinguir sus bordes, que parecían temblorosos y cambiantes.

Diana se detuvo. Tenía la boca seca y las palmas de las manos húmedas. De algún lugar, muy lejos, provenía un sonido rítmico y agudo que irrumpía en el callejón cada pocos segundos, haciéndola sentir más inquieta todavía.

Ahora, la silueta tenía forma humana. Seguía siendo vaga y sus orillas seguían difuminándose con lo que la rodeaba, pero ahora Diana podía distinguir el contorno de la cabeza, el cuello, los hombros y los brazos. Hacia abajo, la sombra se volvía jirones de humo. De donde tendrían que estar los ojos, brotaron dos haces de luz azulada, fría, maligna.

El sonido agudo y rítmico parecía estar más cerca, aunque nada más que la sombra había cambiado a su alrededor.

*¿A qué le tienes miedo?*, le preguntó una voz que definitivamente no era la de ella, pero que estaba dentro de su cabeza.

Diana despertó sobresaltada.

*¿A qué le tengo miedo?*, pensó con su propia voz, y luego: *¿Dónde estoy?*

La oscuridad no era total, pero no reconocía el reposet en el que estaba acostada, ni el buró, ni el sonido monótono y constante que la acompañaba, el mismo que escuchó en el sueño. Tenía, como en la pesadilla de la que acababa de escapar, las palmas de las manos húmedas y la boca seca. Se obligó a respirar profundo y miró despacio a su alrededor.

Sintió ganas de llorar al entender que el sonido lo producía el monitor cardiaco al que estaba conectada Coral, su mejor amiga. Diana se sintió culpable de haberse quedado dormida: había prometido que cuidaría de Coral mientras estuviera inconsciente y, obviamente, había fallado en su cometido. Vio la hora en su celular, apenas eran las once de la noche.

Para recuperar la calma y el orden en sus pensamientos, se puso a hacer una lista de cosas a las que no les tenía miedo: a los asaltos, a las tormentas, a los temblores, a los tiburones... *Claro, como nunca he ido al mar*, pensó, y siguió con su lista: no le tenía miedo a las cucarachas, a las arañas, a los perros grandes...

Bostezó. Hacer esa lista la estaba arrullando, necesitaba distraerse. Diana tocó el botón para llamar a la enfermera, quien llegó, solícita, de inmediato.

—Señorita, ¿le hará daño a mi amiga si prendo la tele? —se sintió estúpida al hacer esa pregunta, pero pensó que era mejor hacer una pregunta tonta que causar problemas por no preguntar.

La enfermera, una mujer de unos cuarenta años, le sonrió con dulzura.

—No, no creo que se dé cuenta. ¿No quieres bajar a cenar algo? La cafetería está abierta las veinticuatro horas.

Diana negó con la cabeza. Claro que tenía hambre, pero le parecía monstruosa la idea de ir a comer algo mientras su amiga estaba inconsciente, conectada a un respirador y un monitor cardiaco con quién sabe cuántas fracturas, golpes y raspones.

—¿Segura? —insistió la enfermera.

—Este hospital parece un hotel —contestó Diana, un poco para cambiar de tema y un poco para no dejar morir la conversación. No quería volver a quedarse sola, al menos no tan rápido.

La enfermera asintió, cómplice.

—Cuando mi papá tuvo un infarto, estuvo en el Seguro —dijo Diana—. Tenía que compartir el cuarto con otros cinco señores y junto a su cama solo había una silla de plástico bien incómoda, y eso que a mí nomás me tocaba estar un ratito a la hora de visita. Yo me quería quedar a cuidarlo, pero no me dejaron porque era menor de edad.

—¿Eras? ¿Pues cuántos años tienes ahora? —le preguntó la enfermera, levantando una ceja, como si no le creyera que ya tuviera más de dieciocho.

—Diecinueve —mintió Diana desde sus diecisiete recién cumplidos.

La enfermera sonrió levemente y cambió de tema.

—¿Y su familia? —preguntó, señalando con la mirada a Coral.

Diana se encogió de hombros.

—Están como peleados... o algo así —dijo, y se arrepintió de inmediato—, pero sí van a pagar, ¿eh?

—No te preocupes, dejaron la cuenta abierta.

Sonaba como lo que se hace en un bar, pero la enfermera le explicó a Diana que si los papás de Coral no hubieran dejado un *voucher* abierto no la habrían comenzado a atender.

—Así que si quieres pedir algo de la cafetería, ellos lo pagarán —concluyó la enfermera, guiñándole un ojo.

Las dos rieron como si fueran amigas de toda la vida, pero luego la enfermera se puso seria.

—Pide algo, en serio. Si fueras mi hija, te obligaría a comer siquiera un sándwich.

—¿Me dejarías traer el pelo así, verde, si fuera tu hija?

—Tengo una chiquita de tu edad y lo trae morado.

—Te prometo que ahorita pido algo —respondió Diana, sintiendo unas ganas locas de que ella fuera su mamá.

La enfermera salió del cuarto con una sonrisa triste y cerró la puerta tras de sí.

—Creo que nos tiene lástima, Cor —le dijo Diana a Coral y le tomó la mano con delicadeza—, pero vas a ver, cuando te pongas bien, la vamos a invitar a tomar unas chelas o algo, y le vamos a demostrar que somos puro *págüer*.

A los pocos minutos, Diana volvió a sentir pesados los párpados. Le dio angustia volver a dejar sola a Coral, así que prendió la tele. Le dio la vuelta a todos los canales: solo se veían cinco o seis y la mayoría con interferencia. Diana se preguntó si, como en un hotel, podía llamar a la recepción para pedir que arreglaran el cable, pero le dio pena. Se sentía como una intrusa. Ese cuarto de hospital estaba bien para los padres de Coral, pero no para ellas. Se acordó de la actitud de la madre de su amiga cuando le habló por teléfono: *Señora, su hija tuvo un accidente. Está en urgencias, pero no la quieren subir a piso y no sé a dónde llevarla*. La mamá de Coral se quedó callada un rato y luego le dijo: *En qué hospital*. Así, no como una pregunta, sino casi como una orden. Diana se lo dijo y la señora colgó el teléfono. Media hora después llegó el abogado, se encargó de todo y en unos minutos Coral ya estaba en esa *suite* como de hotel cinco estrellas. *Señorita, cualquier cosa que haga falta llámeme a mí. Por favor, no vuelva a molestar a la señora Mendizábal*, le había dicho el abogado con una voz como de plástico, correcta, pero tan fría e inhumana que le había dado miedo.

—No somos pordioseras, Cor, no les estamos pidiendo limosna —le dijo Diana a Coral para no recordar la voz del abogado... o la otra voz, la que en sus sueños le preguntaba: *¿A qué le tienes miedo?*

Dos días antes, todo era diferente. Diana esperaba a Coral en una estación

del Metro. Irían al Chopo a vender unas Dr. Martens y unos cedés de Coral. Hacía un par de meses que ella había tenido un pleito peor que todos los anteriores con su papá y se había ido a vivir a un cuarto de azotea cerca de la prepa. Nunca hablaban de la parte de la lana, pero Diana estaba segura de que la mamá de Coral le ayudaba con los gastos, porque su amiga no tenía un trabajo fijo y con lo que sacaban de vender paletas afuera del Metro y de malbaratar sus cositas más chidas en el Chopo no alcanzaba más que para las chelas del fin de semana... y a veces ni para eso.

Diana tampoco se llevaba bien con sus padres, pero no era tan grave como para que la corrieran: sí, odiaban sus pelos verdes y sus pantalones llenos de estoperoles, pero mientras siguiera yendo a la escuela, por ellos podía ser punk o monja, daba igual. Estaban demasiado ocupados con sus otros cuatro hijos, todos menores que ella, y con el dinero que nunca alcanzaba, y menos desde el infarto de su papá. Así que, desde que Coral se había ido al *rincón cerca del cielo*, que es como bautizaron su cuarto de azotea, se quedaban de ver temprano y se pasaban todo el día vagando juntas: entre semana, en la escuela y en alguna estación del Metro, para vender dulces de a peso; los sábados, en el Chopo; y los domingos, en la Lagunilla.

Ese sábado, volvió a recordar Diana, habían quedado de verse, como siempre, afuera del Metro, pero a Coral se le hizo tarde. Ella estaba ahí, sentada en la banqueta, cerca de las taquillas, esperando a su amiga, cuando se le acercó un fulano trajeado, de unos cuarenta y cinco años. Olía muchísimo a alcohol y traía la ropa toda arrugada, así que Diana supuso que andaba de farra desde el día anterior.

—¿Quién se murió en el cielo que los angelitos están de luto? —le preguntó el trajeado.

Coral le habría pintado huevos de inmediato, pero a Diana no le gustaba meterse en líos, así que nada más ignoró al tipo, con la esperanza de que se aburriera y la dejara en paz. Lo malo fue que el fulano no solo no se aburrió, sino que, además, se enojó.

—Te estoy hablando, mugrosa —le dijo, con un tono completamente distinto—. ¿Qué no te enseñaron que cuando te habla un adulto le debes contestar?

Diana se arrepintió de no haberle pintado huevos. Pensó en moverse de la estación del Metro y dar la vuelta en lo que el borracho se iba, pero tardó

mucho en decidirse y, cuando se paró, él la agarró de la muñeca.

—No te he dado permiso de irte. ¿O te di permiso de irte? No, ¿verdad? Voy a tener que disciplinarte.

Casi le dio risa, de tan ridículo y *loser*, pero fue más grande su miedo: nunca había sido buena para enfrentar ese tipo de situaciones. En realidad, no sabía qué hacer.

En eso llegó Coral, casi corriendo, encabronadísima.

—¡Ponte con alguien que se pueda defender, hijo de tu chingada madre!  
—le dijo al güey mientras lo empujaba.

En ese instante, Diana vio algo horrible, o lo imaginó, quién sabe, pero alrededor del fulano se estaba formando una especie de sombra muy sutil, apenas más oscura que el aire. *Es el miedo*, pensó Diana, pero desechó la idea por absurda.

—¡No te metas! —le gritó a Coral el oficinista, con cara de susto, probablemente intimidado por las botas altas y el pantalón de vinil pegado y lleno de agujeros, o por los tatuajes y las perfos, o por el cabello azul peinado en un mohicano de casi veinte centímetros de alto.

—¡No te metas tú, cabrón! —contestó Coral con el mismo tono y lo empujó.

Un par de muchachas que salieron del Metro miraban la escena y soltaron una risita, lo que terminó de enfurecer al borracho quien, nervioso, empujó a Coral de vuelta. El resto ocurrió en segundos: Coral perdió el equilibrio, cayó de la banqueta y fue alcanzada por un automóvil que ni siquiera bajó la velocidad tras el impacto.

Diana se quedó congelada. No se le ocurrió fijarse en la placa del auto y tampoco supo qué pasó con el fulano, aunque era obvio que se había escapado mientras la gente se arremolinaba en torno a Coral.

Su amiga estaba en el piso, estremeciéndose, y la sombra que se había formado alrededor del tipo no se había ido: se hacía pequeña, se concentraba, se volvía más oscura; ya no era solo ausencia de luz sobre el asfalto, sino algo vivo, un animal que se contraía en el piso, que se revolvía, que se levantaba. Con un movimiento como el de la serpiente que se lanza a morder, se metió en la boca de Coral.

*Eso no pasó. Lo imaginé. Es una pesadilla*, se dijo Diana. *Es parte del sueño horrible de hace rato*, agregó, mientras se forzaba a mirar la cara

lastimada de Coral, solo para estar segura de que ahora sí estaba despierta. Al ver su rostro hinchado y lleno de moretones, sintió un nudo en la garganta.

—Te tienes que recuperar, Cor —dijo, pero se quedó sin palabras y no pudo seguir mirándola, así que clavó la vista en la tele. Una lectora de noticias hablaba de una matanza en algún lugar de Asia y sonreía, como si estuviera contando algo bonito. Diana sintió que los ojos le ardían. *Los voy a cerrar solo un segundo*, pensó.

La despertó el ruido blanco de la tv. *Así que se acabó de joder el cable*, se dijo, mientras oprimía una y otra vez el botón del control remoto para cambiar de canal. En todos encontraba la misma interferencia. Miró de reojo a Coral, que seguía inconsciente; su pecho subía y bajaba de forma monótona, al ritmo del monitor cardiaco. Diana apagó el televisor, pero el cuarto quedó tan oscuro que, en un impulso, apretó de nuevo el botón de encendido. Entonces, en medio de la interferencia del televisor, vio la silueta temblorosa de una cara... la cara de Coral, espantada, con los ojos desorbitados. Aterrada, Diana volvió a apagar la tele. La oscuridad del cuarto le pareció más espesa, ni siquiera podía ver su mano frente a ella. *Debe ser porque la tele me deslumbró*, trató de tranquilizarse, aunque sentía que se estaba mintiendo a sí misma.

Otra vez la boca seca y las palmas de las manos húmedas. Otra vez el corazón latiendo a mil por hora. *Me estoy dejando llevar por mi propia histeria*, pensó, pero no podía evitarlo: necesitaba luz, luz de verdad, no la de esa tormenta de nieve en la pantalla. Estiró la mano hasta la pared, para buscar el apagador, y la retiró de inmediato, con asco: la superficie estaba tibia y pegajosa. Saltó del reposet y se apresuró a la puerta del cuarto. La abrió. Desde el pasillo entró la luz de una lámpara de halógeno. A lo lejos, vio a la enfermera en el escritorio de la entrada al piso. Diana sintió un gran alivio solo por estar bajo la luz.

—¡Sálvame! ¡Me va a atrapar!

¿*Lo escuché o lo imaginé?*, se preguntó Diana. Era la voz de Coral. ¿Habría despertado? Tenía que entrar a ver, pero sus pies no le respondían, su cuerpo se resistía a entrar de nuevo en el cuarto a oscuras, aun sabiendo que para iluminarlo simplemente debía accionar el interruptor de la pared.

—¡Diana! ¡Ayúdame!

Ahora estaba segura de que la había escuchado. Entró al cuarto de nuevo, dejando la puerta abierta para que la luz del pasillo la guiara al interruptor, pero la oscuridad era tan densa que parecía tragarse la poca iluminación que lograba entrar.

A Diana se le congeló la sangre cuando vio el televisor encendido y, en medio de la tormenta de nieve que llenaba la pantalla, el rostro de Coral... De ahí provenía la voz.

—¡Me va a atrapar!

Como si se hubiera liberado de un hechizo, Diana pudo al fin moverse. Alcanzó la cama y abrazó a su amiga. La puerta del cuarto se cerró de golpe y el televisor se apagó.

—No te voy a dejar sola, Cor —murmuró Diana sin soltarla.

La oscuridad seguía creciendo. Ya no se veía ni siquiera la línea de luz debajo de la puerta. Lentamente, los tonos emitidos por el monitor cardiaco de Coral se fueron espaciando.

Entonces, de la oscuridad en que estaba sumergida la esquina más alejada del cuarto, se desgajó una sombra. *Como en mi sueño*, pensó Diana. Poco a poco fue tomando forma, exactamente igual que en su pesadilla. Tenía la estatura de un hombre adulto y dos haces de luz azul donde deberían estar los ojos...

—¡No te la vas a llevar! —siseó Diana, dispuesta a dar batalla.

La silueta se aplastó contra el piso, como si fuera la sombra de alguien proyectada contra el suelo, y comenzó a avanzar hacia ellas, muy despacio. Cuando la sombra llegó al pie de la cama y subió por una de sus patas, los latidos de la chica herida estaban tan espaciados en el monitor que al escuchar cada uno Diana temía que fuera el último. La sombra siguió su camino, cubriendo lentamente el cuerpo de Coral como un sudario. Estaba a punto de llegar a su cara cuando Diana, loca de terror, extendió la mano y la cerró sobre esa oscuridad móvil. Para su sorpresa, la atrapó. La sombra se hizo pequeña, del tamaño de una mano extendida, y comenzó a agitarse violentamente. Diana pensó que parecía una mariposa negra atontada por la luz del sol. Pese al miedo, la sujetó con más fuerza.

La sombra seguía retorciéndose en su mano y era fría, tan fría que quemaba, como si Diana estuviera tratando de apresar una ráfaga de viento helado. *No te voy a soltar*, pensó Diana, apretando los dientes y la mano,

mientras el frío de la sombra subía por su brazo, como un hormigueo, y punzaba sus pulmones. En ese instante, el ritmo del monitor cardíaco se aceleró y la respiración de Coral se volvió profunda y tranquila, como si solo estuviera dormida.

*¿Y ahora qué hago?*, se preguntó Diana. Miró la sombra que se estremecía en su mano y, luego, el rostro de su amiga. Coral abrió los ojos. Por primera vez en su vida, Diana vio en ellos un asomo de temor.

—¡Cuidado! —musitó Coral.

Por la sorpresa, Diana relajó el puño. La sombra aprovechó ese descuido para hacerse más pequeña, apenas un girón de oscuridad, escurrirse de su mano y recorrer su brazo, su cuello, su rostro, como un relámpago negro, hasta entrar por uno de sus ojos.

Ahora ella se estremecía. El frío que antes sentía en la mano ya estaba dentro de ella, intenso, cortante. Se le nubló la mirada. Cayó al piso. *Era una trampa, usaste a Coral para llegar a mí*, le alcanzó a decir Diana a la sombra, que ahora crecía dentro de su cabeza. Pudo notar cómo su propio corazón latía más despacio y entendió que moriría pronto. *Pero te enfrenté, no es a ti a lo que le tengo miedo*, pensó, y se imaginó su propia sonrisa, satisfecha. A fin de cuentas, era como quedarse dormida, sentir los párpados cada vez más pesados, respirar cada vez más lento.

Dentro de Diana, que seguía temblando, la sombra también comenzó a temblar. Diana podía sentir cómo la vibración era cada vez más rápida y violenta: la sombra sufría. *¡Ahora tú estás muriendo!*, pensó Diana.

*¿A qué le tienes miedo?*, exhaló la voz, apenas como el eco distante de un gemido.

*Así deben sonar las últimas palabras de un moribundo*, se dijo Diana.

Entonces sintió una explosión en la garganta y tosió. Abrió los ojos. Se levantó. De su boca brotaba un polvo negro y espeso que se disolvía en el aire. Poco después, cuando ese torrente maligno cesó, volvió a respirar con normalidad.

El cuarto del hospital parecía más luminoso que antes, los latidos de Coral se oían constantes en el monitor y Diana se dio cuenta de que, al menos por ahora, ya no sentía miedo.



# SUSANA VALLEJO

MADRID, ESPAÑA, 1968

Licenciada en Publicidad y Relaciones Públicas por la Universidad Complutense de Madrid. Trabaja en el área de comunicación y publicidad de una multinacional de Barcelona, donde vive desde 1994. Autora de obras de ciencia ficción, fantasía, literatura juvenil e infantil, también ha abordado otros géneros narrativos como la novela negra en *Calle Berlín, 109* (2013), y el thriller en *El móvil que guardaba en su interior el secreto de la chica de la camisa naranja* (2014). Ha publicado numerosos relatos en obras colectivas, revistas y webs, además de varias novelas, entre las que se encuentra la saga *Porta Coeli*, compuesta por *La orden de Santa Ceclina* (2008); *Cosecha negra* (2009); *El principio del fin* (2009) y *La llave del secreto* (2010), las tres últimas ganadoras del Premio Ictineu. En 2009 publicó la novela de ciencia ficción *Switch in the red*, finalista del Premio Minotauro. En estos géneros hay que mencionar también las novelas juveniles *Entre dimensiones* (2013) y *El espíritu del último verano* (2016), además del libro de ensayo, *Madre de dragones* (2015). La mayoría de estas obras han sido traducidas al catalán.

«Gracia» apareció en la antología de relatos distópicos de ciencia ficción *Mañana todavía* (2014) y es al mismo tiempo un emotivo homenaje de barrio y la impactante historia de dos mujeres, abuela y nieta; por encima de ello, sin embargo, es la demostración de que existen distopías íntimas cuya implicación social tiene que ver con algo más que la revolución de los afectos.

## GRACIA

Gracia se quitó los zapatos de tacón y suspiró aliviada.

Soltó los tirantes del vestido y dejó que resbalase hasta sus pies. Era verde, del mismo color de una de aquellas viejas botellas de vidrio que guardaba su abuela en la despensa. El tejido configuró un paisaje plagado de valles y colinas aterciopeladas sobre la parda moqueta. Apagó el vestido que al momento se convirtió en un campo yermo, seco y árido. Buscó el cargador y lo dejó enchufado sobre el galán de noche.

Cuando Pablo salió del lavabo, la encontró con el camión ya puesto y las piernas en alto. Con aquel gesto extraño que hacía tiempo había aprendido a reconocer como suyo: las nalgas pegadas a la cabecera de la cama y las piernas extendidas sobre la pared.

—¿Duelen?

Gracia asintió.

—Opérate.

—Ni loca.

Ya lo habían comentado otras veces. Rosa María lo había hecho. Y Patri también. Pero ella no quería ni oír hablar de inyectarse silicona en las plantas de los pies.

—Entonces no te quejes.

—No me quejo —ella estiró los dedos.

Pablo se sentó a su lado, sobre la cama. Le cogió un pie, lo acercó hacia él y lo masajéó.

—Si te operases, no te molestarían los tacones.

—Ya —ella dejó escapar el monosílabo sin ganas.

—Podemos hacerlo. Tenemos el dinero...

—No es por dinero.

Le alteraba pensar en que un bisturí podría abrir su carne, aunque fuese un simple corte, de apenas un centímetro, para introducirle una almohadilla de silicona. Solo imaginar la herida abierta, la sangre brillante, la carne viva,

el olor del desinfectante de la clínica... Solo de pensarlo, se mareaba.

Pablo le acarició la parte superior del pie, desde los dedos hacia el tobillo. Luego se ocupó de la planta y aplicó más presión a su masaje. Acabó chupándole el dedo gordo.

—Mmmm... Ha sido una cena muy agradable —murmuró ella.

Él soltó el pie.

—La carne estaba buenísima.

—Muy tierna. Al punto.

—He repetido dos veces.

Gracia sonrió.

—Puig no suelta prenda. Mira que le he insistido para que me pase el nombre de su contacto, pero... No sé dónde puede conseguirlo.

—Patri no lo sabe. Yo también se lo he preguntado varias veces. Es su marido quien se ocupa de eso.

—Algún día lo descubriré.

Pablo desapareció por la puerta del baño.

—Mañana iré a ver a mi abuela —Gracia alzó la voz para que él la oyese.

—No tengo manera de convencerte para que no lo hagas, ¿verdad? —él asomó la cabeza desde el dintel.

—Tengo que ir al entierro de Vane. ¿Lo entiendes?

—Claro que lo entiendo. Pero ten cuidado, por favor. Y dale un beso a tu abuela de mi parte.

—Ja, ja. Claro que sí... Seguramente me quedaré a dormir con ella.

—Me lo imaginaba.

No volvieron a mencionar el tema, pero cuando apagaron las luces, Pablo la abrazó.

—Gracia, en serio, ¿tendrás cuidado?... Ayer oí que otra vez había revueltas en la ciudad. Mencionaron L'Hospitalet, Sants, Poble Nou... Han sacado a los antidisturbios.

—Es mi barrio. No te preocupes.

—Me preocupo porque te quiero. Buenas noches, princesa.

—*Bona nit*, Pablo.

Cuando Gracia se despertó, él ya se había ido a trabajar. Ella remoloneó

en la cama un buen rato antes de levantarse. Luego se duchó. No quería oler a nada, de modo que eligió el agua sin perfumes ni colores. No se secó el pelo. Se lo recogió en una coleta cuando aún estaba húmedo. Buscó la ropa interior más sencilla que tenía y se encaramó en un taburete para alcanzar la caja que guardaba en la parte más alta del armario. De ella sacó unos pantalones vaqueros, unas viejas zapatillas deportivas, una camiseta blanca, muy amplia, y una mochila verde caqui.

Cuando se abrochó los tejanos, sonrió. Había ganado un par de kilos.

Aún sin maquillaje, resplandecía.

Antes de salir, pasó por la cocina. Cogió un paquete del frigorífico y lo guardó en una fiambrrera plateada. Luego lo metió en la mochila. En la tableta central escribió un mensaje para la chica: «Limpiar la terraza y encerar. Recoger los tomates. Repasar el baño de arriba». Cuando estaba a punto de irse garabateó un «¡Gracias!» que se quedó flotando unos segundos en la pantalla antes de desaparecer con un «bip».

Gracia se aseguró de cerrar la puerta con varias vueltas y cogió la bicicleta para ir a la estación.

Solo funcionaba una de las máquinas automáticas expendedoras de billetes. Rebuscó las monedas que necesitaba y que había repartido por diferentes bolsillos de los pantalones y miró los paneles para saber cuándo llegaría el primer tren con destino a Barcelona. Todos estaban apagados.

Cuando era joven, los Ferrocarriles de la Generalitat pasaban las horas pares y solo quedaban unos minutos para las doce. Pero ahora, probablemente, ya no sería así.

Se sentó en un banco oxidado del andén y se dispuso a esperar. Su abuela le había contado que durante el Pico pasaba un tren cada cinco o diez minutos. Para ella una frecuencia de dos horas ya constituía todo un éxito.

Cuando llegó a la estación de Sants caía ya la tarde. Se encaminó a la explanada de la salida junto a un par de decenas de pasajeros. Gracia respiró el aire de la ciudad.

Olía a alcantarilla y a humedad. A basura. A sudor. Las eternas obras que amenazaban la estación se habían paralizado hacía decenios y, con el tiempo, las vallas y los andamios habían desaparecido. Los vecinos habían tapado

algunos baches con maderos, ladrillos o con cemento. Todo ello configuraba un pavimento irregular. Gracia sorteó los obstáculos y comenzó a caminar junto a otra mujer que parecía que llevaba su misma dirección.

Cada vez que volvía al barrio sentía un arranque de rara nostalgia. Había soñado con dejar Sants durante años, abandonar la miseria y huir a la montaña. Pablo se convirtió en su salvoconducto para conseguirlo, y ahora que tenía todo lo que había soñado, al volver allí, al sortear los baches y las grietas, y al plantarse delante de las viejas barricadas de la calle Vallespir, se sentía en casa. En su verdadero hogar.

Se acercó hasta la entrada.

Junior se encontraba allí. Como siempre. Una estatua de ébano descansando sobre una desvencijada silla de madera. Los tonos descoloridos del cojín sobre el que se sentaba hacían juego con su camiseta. El vigilante la reconoció.

—¡Gracia! ¡Cuánto tiempo sin verte! Estás guapísima.

—Tú sí que estás guapo, Junior.

Su cabello negro, tan negro como su piel, hacía años que aparecía cubierto de canas. Y su cuerpo fibroso ya solo era el de un anciano que, simplemente, se conservaba bien.

—¿Cómo está Kevin?

—Allá está —hizo un gesto hacia el otro extremo de la calle, hacia la salida del barrio a la calle Berlín—. La artrosis le está matando.

—¿Y mi abuela?

—¡Cómo va estar! Como siempre. La vieja Gracia es dura como una roca, pero la procesión va por dentro. Lo de Vane ha sido un duro golpe, aunque supiésemos que tarde o temprano ocurriría. Al menos no sufrió.

A Gracia se le escapó una sonrisa.

—¿Y qué tal el barrio?

—Tranquilo. Muy tranquilo. Mienten en las noticias... Hubo revueltas en L'Hospitalet, pero no aquí. Hace años que no nos metemos en nada.

Gracia suspiró.

—Me alegro de verte, Junior.

—Y yo, nena.

Le hizo un gesto de despedida con la mano y se internó en Vallespir.

Los árboles dibujaban sombras que bailaban sobre un asfalto plagado de cicatrices. Recordó cómo, de niña, bajaba aquella calle con su traqueteante monopatín y aquel mismo Junior, entonces un hombre atractivo, maduro y musculoso, le gritaba que un día de esos se rompería la crisma. En aquellos días todavía circulaban algunos vehículos. Ella se apartaba de la calzada para dejar pasar a los híbridos e incluso, a veces, algún coche de gasolina. Ahora se podía pasear tranquilamente por el medio de las calles y los árboles se habían convertido en los dueños y señores de Vallespir. Algunos habían crecido hasta superar las casitas de dos y tres pisos, tan propias del barrio, y sus ramas arañaban las fachadas de los edificios e invadían las terrazas abandonadas.

Reconoció allá, aparcado un poco más arriba, el híbrido de Kevin junto a algunos huevos.

Gracia esquivó una bicicleta que bajaba hacia la estación y se internó en una calleja flanqueada por casitas bajas cuyas fachadas estaban pintadas con colores brillantes. Cada vez que volvía con su abuela, encontraba algún detalle diferente; un edificio tapiado, un muro derruido, una fachada repintada con algún color sorprendente.

Allí, como los girasoles, las casas buscaban la luz. Las fachadas estaban recubiertas por paneles solares en la parte superior. En la calle Badalona ya no había árboles, tan solo algunos bidones, pintados de colores y lunares, en los que los vecinos habían plantado laureles, ficus y alguna buganvilla.

Según se acercaba a la calle Miguel Ángel, su sonrisa se fue haciendo más y más amplia. Vane había muerto. Y ella volvía a su hogar.

Ya podía reconocer cada fachada descolorida. La casa rosa de Meritxell, la amarilla de Pau... No estaba el limonero de Sergi. Su muerte dejó a los vecinos sin limones.

Gracia buscó una calleja y luego otra y otra más.

Desde lejos distinguió varias bicicletas aparcadas a la altura de la casa de su abuela. Cuando llegó hasta la puerta, tomó aire. La madera estaba seca y la pintura verde, más amarillenta. Llamó con la aldaba y esperó respuesta. Pegó la oreja a la puerta y escuchó un runrún lejano.

Volvió a llamar con más fuerza. Tuvo la sensación de que si golpease con un poco más de energía, aquella madera seca se astillaría y la aldaba se hundiría en ella como un cuerpo en un viejo colchón de lana.

Enseguida sintió unos pasos que se arrastraban al otro lado de la puerta.

—Soy yo, abuela —gritó.

La puerta se abrió rechinando y una anciana le abrió los brazos.

—¡Mi niña! ¡Cielo! —la abrazó y Gracia se dejó arropar por un manto de rancia humanidad. El olor de su abuela era el mismo de aquella casa, algo agrio y húmedo. Yeso y papel viejo. Y por encima de todo leía y desinfectante. El eterno olor a desinfectante.

—Déjame que te mire. Estás guapísima...

Entró en la casa y respiró hondo de ese algo indescriptible que era el olor de su hogar.

—¿Cómo estás, abuela?

Su mirada estuvo a punto de desbordarse.

—Hecha una mierda —susurró—. Pasa, anda... Voy a echar tanto de menos a Vane... Ya la estoy echando de menos —su voz se rompió en las últimas sílabas.

—Te he traído... —Gracia sacó la fiambarrera de la mochila.

—Qué bien —la interrumpió—. Anda, ponlo en la nevera.

Gracia fue hacia la cocina evitando mirar la primera puerta pintada de verde. Allí el olor a lejía era más fuerte. Guardó el *tupperware* en el frigorífico y vio cómo Carol, la vecina, salía de su antiguo dormitorio.

Dio unos pasos hasta llegar al umbral de su vieja habitación.

Afortunadamente ya no se parecía en nada al lugar que guardaba en su memoria.

Ahora había una cama muy baja y Vane reposaba sobre ella. Su abuela la había vestido con un vestido *hippie* de flores y una chaqueta de punto. Tenía la nariz afilada, como todos los muertos, y la piel mucho más arrugada de lo que ella recordaba.

Ya no era Vane. Nunca más. Solo un cadáver que aún no había empezado a apestar. Habría que llevárselo pronto.

Gracia sintió que se le humedecían los ojos. Un lágrima pugnaba por escapar. Pensaba que Vane no representaba nada para ella y, sin embargo, ahora, una zozobra repentina le humedeció la mirada.

—Ay, mi niña.

La abuela la abrazó de nuevo. Y compartieron el llanto y los sollozos.

Ahora, por primera vez, la abuela no era el muro de fortaleza que la consolaba de niña; su cuerpo temblaba tanto como el suyo propio. Cuando emergió de entre sus brazos, sin saber bien cómo, se encontró con que alguien le había puesto una infusión en la mano.

Se enjugó las lágrimas y se sentó en una de las sillas que quedaban libres. Contempló la taza que contenía aquella agüilla amarillenta. Era una taza blanca, un modelo eterno, que recordaba desde siempre en casa de su abuela. Aquella taza tenía más años que ella.

El primer sorbo le quemó los labios. Sabía a hinojo y a dolor de barriga. Cuando le venía la regla, cuando se le retorcían las tripas hasta exprimirla, su abuela le preparaba una de aquellas infusiones.

Dio otro trago, con cuidado para no quemarse. Y obró la magia de frenar definitivamente sus quedos suspiros.

Alrededor los vecinos hablaban de Vane: de cuando llegó al barrio con su aura de artista, de lo bien que cosía, del abrigo que le hizo a Carol y del vestido de boda de su hija.

Gracia contempló la colcha sobre la que descansaba el cuerpo. Vane la había confeccionado a partir de viejos retales con técnicas de *patchwork*. Ahora descansaba sobre su propia obra.

Cuando apuró la infusión, se levantó y descubrió sobre una mesa un bol de chucherías. Gominolas de colores semiocultas tras una ensalada de tomates, una tetera y varias botellas de vidrio verde rellenas de refrescos caseros.

Buscó a su abuela y la reprendió con la mirada.

«¡Azúcar!».

Ella se encogió de hombros.

Carol se le acercó y le preguntó por Pablo, por la salud y por la lluvia que parecía inminente, pero no acababa de llegar. Gracia la atendió y contestó distraída a las conversaciones en las que se vio involucrada.

—«Me alegro de verte».

—«Estás guapísima».

—«No somos nada».

—«¿Cómo va la vida en el campo?».

—«¿Y tu marido?».



—«La vida sigue».

Le sorprendió la alegría que la invadió al reencontrarse con algunas caras familiares y se preguntó por las circunstancias de todas aquellas mujeres a las que no conocía. Arrastrarían historias que podía, y no quería, imaginar. Muchas mujeres. Mujeres de Sants que llegaban a la que había sido su casa, abrazaban a su abuela y después de un par de palabras amables y de tomarse una infusión, la abrazaban y besaban de nuevo, para luego marcharse con una sonrisa triste hendida en la cara.

—Dimitri ha llegado —gritó alguien.

Cuando los de los muertos entraron, los presentes, como un grupo de palomas nerviosas, se revolvieron y se abrieron formando un pasillo.

Un par de hombres con camisetas negras, cargando con una caja, se dirigieron hacia la habitación de la puerta verde, la que olía a desinfectante, como si ya conocieran el camino.

—No, está aquí —Gracia salió a su encuentro y les señaló su antiguo dormitorio—. Esta vez es aquí.

Tomó a su abuela de la mano y se la apretó con fuerza.

Cuando metieron el cuerpo en el ataúd, sintió cómo su abuela se envaraba. Los más viejos murmuraron unas oraciones.

Dimitri y su compañero esperaron junto a la puerta con la cabeza baja, cumpliendo con su papel de respetuosos profesionales de la muerte.

A la salida, la gente flanqueó al ataúd hasta el final de la calle. Gracia y su abuela marchaban las primeras. Cuando depositaron la caja sobre el carro, se abrazaron. Casi era de noche. Las sombras del crepúsculo empezaban a mezclarse con las de los hombres, en esa extraña hora del día en la que la vista ha de adaptarse a la nueva oscuridad.

Gracia sintió temblar el cuerpo de su abuela.

—Lo siento —le susurró al oído.

—La voy a echar tanto de menos.

No quería verla llorar. No por ella.

—Nos vamos ya —le dijo Carol a su espalda—. Ahora tienes a tu nieta. Me alegra mucho volverte a ver, Gracia.

Volvieron hacia la casa mientras se encendían las primeras luces tras las ventanas de los vecinos. Pálidas y temblequeantes se convirtieron en miradas

lánguidas abiertas en fachadas aparentemente muertas.

En la cocina, un último grupo comentaba las revueltas de L'Hospitalet.

—Son los jóvenes. Por lo de los recortes en el racionamiento. Dicen que se montó una buena.

—Sacaron a los antidisturbios. Los empujaron hasta Badal. Casi llegan a nuestro barrio.

—Hace siglos que no entran en el barrio.

—No se atreverán.

Gracia se acercó a ellos buscando algo para comer.

—He oído que incumplen la ley Bermúdez. No hacen sonar el primer aviso. Arrasan con todo.

—Aquí no vendrán. No pueden pasar. Solo conseguirían llegar hasta la estación.

Gracia cogió unos trocitos de patata cocida y buscó alguna salsa picante.

Los vecinos se repartieron en grupos aún más pequeños y enseguida se fueron despidiendo.

Cuando por fin se encontraron solas, Gracia apagó las velas y encendió la luz del recibidor que le pareció, como siempre, escasa.

—Ya barreré yo.

—Pues yo recojo esto.

—Lo que ha sobrado lo llevaré al cine.

—¿Cine? ¿Seguís con eso?

—Pasado mañana haremos una sesión especial. En recuerdo de Vane. Con dos de sus pelis favoritas.

Gracia sonrió. Todavía organizaban sesiones dobles en el barrio.

—Y ¿llevarás chucherías?

—Claro.

Recordó el sabor de las gominolas en la oscuridad. Nunca le habían sabido tan buenas como cuando las devoraba viendo las viejas películas en el garaje de Sergi.

—El azúcar es un veneno. Y a tu edad...

—Es en tu mundo en el que está prohibida —la abuela la interrumpió riendo—. En el mío es casi el único vicio que aún nos podemos permitir.

Toma una.

Le alcanzó una gominola que Gracia engulló.

—Ayúdame, anda.

Su abuela cogió un retrato de Vane. Era una foto retocada que siempre había estado en el dormitorio. De esas que se habían puesto de moda a principios de siglo, en sepias y rosados, imitando los tonos de una fotografía del xix. Vane aparecía increíblemente joven. Gracia nunca había visto su sonrisa tan radiante.

—¿Lo tienes que hacer ahora?

La abuela se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Es mi tradición, una manía de vieja como otra cualquiera.

Lo llamaba el muro de los muertos. Como los romanos, a la entrada de la casa colgaba los retratos de los antepasados y familiares fallecidos. Los lares, los llamaba. «Los espíritus del hogar», le decía de pequeña. «Los que estuvieron antes que tú y que yo, los que nos hicieron, a los que llevamos en nuestros corazones y en nuestros cuerpos. Porque compartimos su adn, su forma de mirar, de sonreír...». Y ella, entonces una Gracia niña, contemplaba embobada aquellos rostros que la miraban sonrientes desde marcos de colores imposibles.

Allá estaba su madre, a la que apenas recordaba. Era una foto de colores desvaídos. En ella una chica, más joven que ella ahora, una increíble belleza clásica adornada con una melena castaña, se carcajeaba de algo o de alguien. Su madre no se parecía en nada a Gracia que, en cambio, había salido a su abuela: morena y de rasgos duros. Sus labios gruesos despertaban la imaginación libidinosa de los hombres, la nariz, tan chata, pasaba desapercibida entre unas gruesas cejas. Gracia compartía con su abuela un cuerpo plagado de curvas, la belleza gitana de sus rasgos marcados y su nombre.

Cuando Gracia dejó la casa de su abuela, Vane llegó para ocuparla. Y hoy, Vane se había ganado un lugar definitivo en la pared de la entrada.

La abuela clavó una araña en el muro y Gracia insertó en ella el retrato. Lo enderezó.

Las dos permanecieron unos segundos contemplando la galería.

Su abuelo, al que no conoció, era un chico jovencísimo vestido de militar. Su bisabuela y su bisabuelo también posaban, en blanco y negro, vestidos de

boda a la puerta de una iglesia. Los ojos de su tatarabuela eran los de una niña con cara de muñeca de porcelana y ropa de domingo. La tía Pili, Josep, Meri, Carme... Todos los retratos vigilaban sus pasos y las observaban desde sus miradas muertas y sus sonrisas congeladas en el tiempo.

—¿Quieres un hinojo? —Gracia buscó los ojos vivos de su abuela—. Me voy a preparar uno.

—Sí, pero ponme azúcar de verdad, no una de esas mierdas.

—¿Te puedo pedir un favor? Vamos a tomárnoslo a la terraza, anda. Como cuando era pequeña.

—Es la mejor hora para subir —la abuela sonrió.

Ascendieron por las estrechas escaleras hasta la azotea. Era de noche y las luces mortecinas del barrio dejaban ver un magnífico cielo estrellado. Y luego estaba el silencio. El bendito silencio. El omnipresente zumbido de los viejos paneles solares buscando la luz enmudecía de noche. Oía más a ciudad que nunca.

Los tejados y las azoteas que las rodeaban formaban un mar rojizo y brillante. Decenas de paneles ya no reflejaban el cielo, velados por la pátina del tiempo. Quedaban lejos los años en los que todos se movían al unísono, olas de espejo, buscando la luz del sol y reflejando su brillo. Ahora muchos permanecían varados. Unos pocos seguían bailando de día y otros contemplaban inertes el lento peregrinar de sus vecinos.

Gracia se asomó a los muros buscando los detalles que configuraban los hitos de su mapa personal. La chimenea blanca, la campana de Anna, el huerto de Pere... La granja de gatos de Toni ya estaba abandonada. Hacía años que desaparecieron los maullidos de los sabrosos mininos.

—Echo de menos las noches aquí, contigo, abuela.

La anciana se dejó caer en una silla. Callaba lo mucho que añoraba a su niña salvaje de melena oscura y ojos de estrellas con la que compartía conversaciones y noches de hinojos y poleos. Esta otra Gracia, la de la montaña más allá de Sant Cugat, tenía otra mirada, velada por la indiferencia. Como si el resplandor del dinero de los padres de Pablo hubiese acabado cegándola.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Pensaba volver mañana por la tarde, para llegar a casa antes de que sea de noche. Yendo hacia allá, puedo salir más tarde.

—Ay. Tus visitas son un visto y no visto.

—Mi vida está con Pablo.

—Ya lo sé, niña.

Un mancha negra ocultó la luna.

—Son nubes de lluvia.

—Hace meses que no llueve. Ojalá se llenara el depósito.

Gracia se descalzó.

—¿Te duelen los pies?

—Son estos zapatos planos... Si llevo mucho tacón, me duelen. Pero si voy tan plana como ahora, también... ¿Habrán problemas mañana para marcharme?

La abuela meneó la cabeza.

—No estoy segura. Ya no estoy al tanto de lo que pasa como antes. Preguntaré a Carol. Su hija está metida en todo eso ahora. Hace tiempo que no hay revueltas. Solo los de L'Hospitalet continúan la lucha.

Gracia caminó por la terraza descalza. Ese silencio era sobrecogedor. A veces una voz más alta que otra llenaba de ecos los patios durante un segundo, pero luego se sumía en el mutismo de una ciudad muerta.

—Abuela, cuéntame sobre cuando Barcelona brillaba de noche.

La cara de la abuela se iluminó con una sonrisa.

—Cuando tu madre era niña, de noche, todas las calles estaban iluminadas, incluso las más estrechas y pequeñas. Barcelona desprendía tanta luz que no podían verse las estrellas.

Gracia, como siempre, intentó imaginar un cielo sin estrellas.

—Debía ser hermoso.

—Psé. Era práctico. Recuerdo haber visto en Internet imágenes del mundo en tres dimensiones desde el espacio. Todas las ciudades destacaban en la oscuridad como si fueran joyas... Era hermoso desde el cielo, sí. ¡Y las farolas! Había farolas en todas las calles, ¡en todas! Y semáforos que regulaban el tráfico, encendiéndose y apagándose de día y de noche.

—¡Qué suerte haber vivido en el Pico!

—No te creas. Suerte fue la de mis padres que nacieron en la postguerra de la Guerra Civil, la española. Nacieron con el hambre y la miseria y vieron crecer el mundo entero. La ciencia, los aviones, los viajes, los ordenadores,

tiendas repletas de todo ¡todo lo que no necesitábamos! Había cuatro carnicerías en Vallespir. Carne de vaca, de ternero, de cerdo, de caballo... Todo fue muy rápido. La caída del Pico nos sorprendió a todos. Sabíamos que no podía durar, y sin embargo... nos pilló por sorpresa —la abuela hizo una pausa—. Cada vez quedamos menos de la época del Pico. Ya solo nos queda ir cuesta abajo.

Dio un sorbo a la bebida.

—Los padres de Pablo se han puesto la Red.

—¿Y para qué la usan? ¿Se mandan fotos de gatitos?

—¿Qué?

—No me hagas caso.

—Es para su trabajo. Yo no sé bien de eso. Pero ya la tienen.

—Serán de un nivel tres, supongo. ¿Sabes que yo también tuve Internet? No la Red esta de los cojones que no es ni Red ni nada, sino acceso libre a Internet... No supimos lo que teníamos, hasta que lo perdimos. Como todo.

La mirada de su abuela se perdió entre los tejados.

—Gracia —le dijo—, ¿te apetece aguardiente de Dimitri?

—¿Tienes?

—Guardo algo. Un poco. De cuando me paga en especie. Creo que tenemos algo que celebrar: estamos juntas de nuevo. Una noche al menos.

—¿Lo guardas donde siempre?

—En la nevera. Abajo.

—¡Voy!

Gracia desapareció por entre las escaleras. La anciana se quedó mirando la estela de la sonrisa que dejó tras ella.

Los dientes de Gracia eran como los de su madre. Los de su hija. Ella sí que había intentado combatir contra todo. Era joven, rebelde, luchadora y estúpida. Y tenía los mismos genes de mierda de su marido; ese rostro clásico, esa salud que sin medicinas minó la gripe. Cuando era niña, cuando el Pico, estuvieron los tres juntos en Londres, un fin de semana largo. Volaron en avión. Porque entonces los aviones rayaban el cielo. Como los pájaros. Fue cuando había gorriones y palomas. Quién le iba a decir a ella que acabaría añorando aquellas ratas voladoras.

La abuela volvió a sentarse reviviendo su pasado.

Su niña, la niña más bonita del mundo, se quedó embarazada de un imbécil de pelo largo y rastas.

Pero su niña le dio a Gracia. Una nieta preciosa que resultó ser su propio retrato.

Y luego se quedaron las dos Gracias solas tan pronto. Sin marido, sin hija. Y el mundo se fue a la mierda y ella siguió adelante, como una roca, tirando de esa criatura de ojos brillantes que el destino le había puesto a su lado.

Disfrutó tanto de la infancia de Gracia. Tanto. Sin hija, su nieta no fue una alegría, fue lo único, lo que la empujó a seguir adelante en los días oscuros de después del Pico. Durante la cuesta abajo... Y cuando conoció a Pablo y se casó y se fue, entonces llegó a su vida Vane. Por sorpresa. A su edad. Quién se lo hubiera dicho. La vida te sorprende cuando menos te lo esperas.

Cuando su nieta volvió, traía dos tazas llenas de un líquido transparente. Hubiese dado lo que fuera por un cubito de hielo.

—Ahora estarás acostumbrada a otras bebidas más finas.

—Me gusta el aguardiente de Sants —se sentó junto a ella y brindó. El sonido seco de las tazas resonó entre los patios—. Anda, cuéntame más historias de cuando mamá era pequeña. De cuando el Pico...

La abuela dio un sorbo al aguardiente. Le quemó la lengua y le acarició la garganta. Su corazón estalló en llamas. Cerró los ojos y recordó a su marido y a ella misma juntos los dos en aquella misma terraza. Su hija dio allí sus primeros pasos.

—Había niños. Muchos niños. En la calle te cruzabas con madres que paseaban a sus bebés en cochecitos. Había escuelas y colegios, y tantos niños que no era fácil conseguir plaza en el que te interesaba. Todo eso parecía importante entonces. Recuerdo los cochecitos especiales para gemelos ¡e incluso para trillizos! que no cabían por la acera. Y, huy, había todo tipo de objetos para ellos: que si chupetes con forma de personajes de dibujos animados, bañeritas, sillas ergonómicas... Ah, y otras sillitas especiales para los coches —cerró los ojos y la imagen de un Seat León amarillo le quemó como el aguardiente. Tomó otro trago—. Había tantos coches que en esta misma calle no se podía aparcar. Si no tenías un garaje, podías estar toda una hora dando vueltas por el barrio hasta encontrar aparcamiento. Y eran tantos

los coches que el aire se llenaba de polución, las cortinas se ponían negras y cuando te limpiabas la cara con un algodón, salía todo sucio. Ay, aquella bendita contaminación. ¡Y el agua! Siempre había agua en el grifo. Todo se limpiaba y se lavaba con agua...

La grabación de las campanas de la iglesia arrancó doce tañidos a la noche.

Gracia dio un sorbito a su taza y su abuela se bebió casi la mitad de lo que le quedaba de un solo trago.

—Teníamos de todo lo que no necesitábamos. Supongo que pusimos en peligro al planeta y se vengó. La gripe terminó con la mayoría; tu abuelo, tu madre... Ya antes había empezado la cuesta abajo; la crisis de principios de siglo, los recortes, el lento declinar del estado del bienestar, la nueva realidad, el final del Pico... Pero no nos dimos cuenta. Nadie quería darse cuenta... Luchamos y perdimos.

Gracia acercó su taza a la suya.

—Por los barrios.

—Por los barrios de las ciudades y sus gentes.

Brindaron. La abuela apuró su taza. Gracia disfrutó del sabor a adolescencia que le calentó las tripas.

—Cuéntame de Junior y de Kevin. Y del abogado, ¿cómo se llamaba? ¿Fran?

—Francesc murió. Ahora tenemos a Ricardo. No es tan bueno. Siempre está en la puerta de la avenida del Brasil. Kevin se divorció...

La abuela pasó a contarle las últimas noticias de la gente del barrio. De los muertos, los cambios, las múltiples enfermedades y las pocas alegrías. Gracia se dejó llevar por el runrún cálido de la voz de su abuela. Le importaba poco lo que decía, pero le gustaba estar allá, acariciada por la brisa nocturna y por su voz.

Cuando el aguardiente se convirtió en el recuerdo de un vapor cálido en el estómago, continuaron charlando, simplemente disfrutando de su mutua compañía. Y solo cuando la noche se hundió aún más en la oscuridad y sus ojos luchaban por continuar abiertos, decidieron irse a dormir. Solo entonces, bajando a oscuras por las escaleras, la abuela se atrevió a preguntar:

—¿Pablo te hace feliz?



Gracia asintió, pero su abuela no pudo ver el gesto.

—Es un cielo.

En otros tiempos le hubiera preguntado si lo quería. Si había aprendido a quererlo. Pero estaba convencida de que la respuesta era un «no» y prefería no oírlo.

Gracia rebuscó en el armario una colcha y se acostó en el sofá. Su abuela la arropó como cuando era pequeña.

—*Bona nit.*

—Buenas noches, mi niña.

Pensaba que tardaría en dormirse, pero el sueño se apoderó de ella enseguida. Su cerebro reconoció el olor del hogar y la colcha deshilachada por el tiempo, y su conciencia, sencillamente, se deshizo y se dejó mecer por el pasado.

Se despertó de repente.

Algo la había arrancado del sueño. Le costó recordar dónde estaba y le sorprendió descubrir que eran las voces de su abuela las que le habían despertado.

—Voy entonces —cuchicheó al teléfono—. Sí, enseguida. Id hirviendo agua... No, sacadla de allí... Limpia la mesa como te dije. Consigue luz. Pídesela a Norton.

Gracia se incorporó.

—¿Qué? ¿qué es? —preguntó con temor.

—Un parto —dijo su abuela mientras encendía un flexo que derramó una luz temblona y mate sobre las baldosas.

—¡Un parto! ¿Quién? ¿Cómo?

—La hija de Seve. ¿Te acuerdas de Seve? Y hay más esperando. El año pasado —sonrió—... El año pasado fue increíble. Como si de pronto todo volviera a florecer. Como en los viejos tiempos. ¿Te lo puedes creer?... Y ya se ha puesto de parto. Es un poco pronto.

Gracia recordó a la hija de Seve. Era más joven que ella. Unos cinco años. Y sería madre. Podría ser madre. Ya. Así. Esta noche.

—Vane ya no está... —su abuela la interrogó con la mirada.

—Hay toque de queda. Las revueltas...

—Hace años que no entran en el barrio... Es un parto, Gracia. Un niño al que he seguido mes a mes. Un niño, una vida nueva.

Gracia bajó los ojos y se perdió en la contemplación de las rosas desvaídas que formaban un camino serpenteante a lo largo de la colcha.

—Vane no está —repitió la abuela.

—Iré —decidió—. Claro que iré.

La abuela dejó escapar un suspiro.

—Lo tengo todo preparado.

—No lo dudo. Siempre tienes todo preparado.

Gracia se estiró antes de levantarse del sofá.

La abuela se dirigió a la habitación de la puerta verde que olía a desinfectante. Cuando la abrió, los efluvios casi la hicieron vomitar. Seguía odiando aquella habitación. Su olor. Su frío suelo y sus paredes. El instrumental. El brillo de la silla metálica cortando el aire de las tardes que podían haber sido tranquilas. El eco de los gritos ahogados en el balde lleno de agua. La sangre roja, bermeja, rosada y granate resbalando en lenguas grumosas a lo largo de la silla y por el suelo. Odiaba limpiar la sangre que olía a vida, a muerte y a metal. Metal y sangre brillantes.

Cuando la abuela salió de la habitación, cargaba con un maletín.

—¿Estás preparada? —preguntó a Gracia mientras guardaba la botella de aguardiente en una bolsa.

—No. Pero ¿qué más da?

Al pasar por el muro de los lares tocó el marco desgastado de una mujer de pelo blanco.

Ella. Su tatarabuela. La primera de todas. En Madrid. En Cuatro Caminos. La partera. La comadrona. La innombrable. La que llegaba a las casas de los pobres a ayudar a morir y a nacer a otros pobres que continuarían arrastrándose entre la miseria. La que fue madrina de decenas de niños que nunca tuvieron padrinos, que ni siquiera tuvieron padres. La que colocaba sus cuerpos muertos en ollas de barro porque no había dinero para ataúdes. La que enseñó a su hija. Y esa hija a la suya. Y cuando llegó la siguiente generación, llegó una hija que pudo estudiar medicina y poner nombres latinos a todo lo que ya sabía. Y entonces llegaron los hospitales y la asepsia

y la anestesia. Y una generación después, aquí estaban de nuevo, recorriendo un barrio a oscuras y pisando los ecos de la miseria. Mujeres. Cadenas de mujeres ayudando a mujeres, generación tras generación.

Gracia cargaba con la bolsa y una linterna que apenas merecía ese nombre. La abuela conocía cada irregularidad del asfalto, cada bache y cada adoquín descabalado de la acera. Gracia solo recordaba que en aquella esquina se formaba un charco cuando llovía y que el agua podía llegar a cubrirle los tobillos.

Recorrieron la calle Miguel Ángel acompañadas tan solo por el rumor de sus pasos. Guardaban silencio, como siempre habían hecho en sus salidas nocturnas. Atentas a los ruidos, las patrullas y los perdidos. Un ojo de luz tenue barría el suelo.

Cuando era pequeña ella no tenía miedo. Era su barrio. Su oscuridad. Su vida.

Luego fue cuando empezó a temer a las sombras. Y después... Ya no pudo hacerlo más.

Los árboles de Vallespir susurraban en el lenguaje de las hojas y del viento contándose secretos. Secretos de generaciones de mujeres arropados entre lágrimas y sonrisas. Su abuela le contaba que su bisabuela había visto plantar aquellos árboles que ahora se aferraban a la tierra que se ocultaba debajo de la capa de asfalto y de cemento.

Se adentraron en la calle Robreño y Gracia tuvo que colocarse detrás de su abuela para no tropezar. Siguió sus lentos, pero seguros pasos.

Gracia no reconoció la casa, pero supo que se acercaban por los gruñidos que se abrían camino en la noche.

La abuela llamó un par de veces a una puerta de plástico y enseguida una mujer castaña de mediana edad asomó la cabeza.

—Llevaba todo el día con contracciones —les espetó sin darles tiempo a decir nada—. Ahora ya está dilatando. Ha empezado de repente. Te hemos avisado enseguida.

Gracia y su abuela entraron al portal.

—Dilatada... ¿Cuánto?

La mujer castaña lo dibujó con un gesto de la mano.

—¡Pues vamos!

Subieron hasta el primer piso. La humedad se filtraba desde el suelo y arrancaba jirones de cal y pintura a las paredes. Aquel edificio supuraba años. Se caía a pedazos.

—¿Cada cuánto tiempo son las contracciones?

—Hace un rato cinco minutos, pero de repente... Ha sido de repente. Menos de dos minutos. Creo que está a punto de nacer.

Entraron en la casa.

La hija de Seve estaba incorporada sobre la mesa de la cocina. Apoyaba la espalda sobre unos cojines. Solamente vestía una camiseta que en algún momento había sido azul oscura. La cocina olía a desinfectante. Y quizás, debajo de aquel olor penetrante que forzaba el olfato de Gracia y le hacía revivir viejas pesadillas, se distinguía un cierto olor a sofrito.

La chica gritó y la abuela se acercó hacia ella. La examinó.

—Ya corona.

Gracia evitó mirarla directamente. Se dirigió hacia la pila.

—¿Hay agua?

La mujer castaña no tuvo tiempo de contestar. Gracia abrió el grifo y observó cómo salía un agua limpia y cristalina. Suspiró y se lavó las manos a conciencia, respiró hondo y se volvió hacia la chica.

La examinó dejando el corazón a un lado. Con mente analítica. Agradeció que la hubiesen depilado completamente el pubis. La carne abierta mostraba parte de una cabeza que luchaba por salir. La presión, dentro de su cuerpo, marcaba un bulto redondo y pequeño.

—Puja ahora... No, ahora no... ¡Ahora!... —la voz de su abuela era profunda. Fingía calma y cubría su voz con un halo de tranquilidad—. Vas a tener que empujar más.

La chica pujó y la cabeza asomó un poco más. Un borbotón de sangre acompañó el movimiento y tiñó la mesa de granate.

—Vas bien —la animó la abuela.

Gracia se colocó junto a la chica. Miró a su abuela buscando en sus gestos indicios que le guiasen en sus próximos movimientos.

—Ya estás a punto. No te queda nada —mintió con voz tranquilizadora—. Un esfuerzo más.

Gracia observó cómo la chica hacía fuerza justo cuando su abuela le indicaba que lo hiciese. Y como su vientre hinchado acompañaba sus movimientos. El futuro se abría paso entre la carne y la sangre, como siempre lo había hecho.

A un gesto de su abuela, se dirigió hacia la mujer castaña que observaba esperanzada a su hija.

¿Cuántas miradas como aquella se había encontrado?

—Necesitaremos un par de cordones. ¿Los tienes preparados?

La mujer desapareció en el pasillo y en ese momento la hija de Seve gritó aún más. Retrocedió sobre sus pasos para encontrarse con la cabeza de su futuro nieto ya fuera del cuerpo de su hija.

Un charco denso y borboteante resbalaba sobre la mesa de la cocina.

—Ya casi está fuera. Se ha desgarrado. No es nada... No te preocupes.

Asomó un hombro.

La mujer castaña dejó escapar un gemido y la hija, abierta de piernas sobre la mesa, chilló con todas sus fuerzas.

Gracia ayudó a su abuela a recoger el bebé.

La madre de la parturienta no podía apartar los ojos de la criatura. Su mirada era fría como la superficie de la mesa de la cocina de la que seguía chorreando sangre hasta el suelo.

—¿Qué pasa? —jadeó la hija de Seve—. Dime, mamá, ¿qué pasa?

Gracia esperaba la salida de la placenta mientras su abuela hablaba con la mujer castaña.

—¿Quieres enterrarlo? ¿Lo quieres para ti?

La mujer negó con un gesto.

—Llévatelo, llévatelo lejos.

La hija de Seve expulsó la placenta sin un quejido. Su mirada era tan fría como la de su madre. Gélida y muerta.

—Lo siento —murmuró Gracia sin que la hija de Seve la oyese.

La abuela envolvió a la criatura en una toalla rosa que en algún momento estuvo adornada con el dibujo de un pato.

—La vida sigue; no lo olvides.

—No es cierto. La vida se paró hace ya tiempo.

La hija de Seve empezó a gemir sobre la mesa.

—Llévatelo —gritó—. ¡¡Llévatelo!!

Gracia se dio la vuelta y se dirigió hacia la pila. Se lavó las manos muy despacio. Respiró hondo. Siendo consciente de cómo el aire entraba en su vientre y salía después, despacio, muy despacio.

—No quiero verlo —escupió la hija de Seve entre dientes—. Llévatelo —repitió.

—Vigila si tiene fiebre —la abuela se dirigió a la mujer castaña—. Vigila la temperatura. He hecho lo posible, pero... Llámame si notas cualquier cosa fuera de lo normal. Has perdido un nieto, pero sigues teniendo a tu hija —la criatura entre sus brazos gimió.

Gracia dio la mano a la hija de Seve. La apretó con un gesto que pretendía ser consolador. Ella sabía qué sentía. Lo sabía perfectamente.

El frío de la noche acarició su rostro. Ahora, de pronto, el aire le parecía fresco y puro.

—Era un niño —susurró la abuela.

—Es un niño.

Gracia se atrevió a mirarlo.

Aún estaba envuelto en el unto sebáceo, la sangre de su madre y la vieja toalla del pato. Sus manitas gordezuelas se apretaban en un par de puños fuertemente cerrados.

Las deformidades de su rostro se mezclaban con la sustancia gris y blancuzca que lo recubría.

—¿Vivirá?

La abuela asintió.

—¿Lo quieres?

Gracia observó sus manecitas perfectas, un ojo semiabierto, una fosa nasal en la que aún quedaban restos del cuerpo de su madre.

—No.

La abuela lo envolvió en la toalla. La apretó fuertemente contra su carita.

—¿Cómo es ahora? ¿Vale más muerto o vivo?

—Ya nadie los quiere así —murmuró la abuela sin dejar de presionar—.

Los que pagan por ellos vivos, pagan poco. El coleccionista murió hace tiempo.

Hizo un poco más de fuerza. Gracia no oyó ni un ruido. Ni un gemido, ni un suspiro.

Se fue en silencio.

Solo quedaban los ecos de sus propios pasos sobre el asfalto.

—En casa llamaré a Dimitri.

No cruzaron ni una sola palabra más.

Gracia no podía dejar de pensar en la carne tierna y fresca del bebé. Fetos y recién nacidos constituían la carne más tierna. Lechales y no formados resultaban ser los mejores. Su abuela siempre había sabido ganarse la vida.

Tragó saliva.

Los árboles de Vallespir susurraron a su paso. Al alcanzar la esquina de la calle, se asomaron para comprobar que no hubiera nadie.

—Es raro que haya patrullas. Pero siempre hay que tener cuidado.

A Gracia le recordó cuando era niña y se lo repetía tantas y tantas veces.

«Siempre vigilante. Siempre atenta. Siempre depredador. Nunca presa».

—Adelante.

Cruzaron Vallespir y continuaron su camino entre las sombras.

Gracia susurró:

—¿Y el *degenerao*?

—Muerto. También muerto. Ese sí que pagaba bien. Mucho mejor que el coleccionista.

A veces, en sus pesadillas, Gracia se preguntaba si alguna de sus víctimas seguiría con vida.

—Quiero llegar a casa.

—Y yo, mi niña. Y yo.

Cuando por fin alcanzaron la calle Miguel Ángel, la noche parecía aún más densa y oscura. Gracia abrió la puerta y su chirriar sobresaltó al profundo silencio.

La abuela aún apretaba el bulto envuelto en la toalla contra sí.

—Déjalo en la nevera, por favor.

Gracia lo tomó entre sus brazos, como si se tratase de un bebé sano y

vivo, y lo guardó en el frigorífico junto a la fiambreira que había traído a su abuela por la mañana.

—Necesito dormir.

—Buenas noches, mi niña.

Gracia se dirigió hacia el sofá. La nevera zumbaba en un nivel muy bajo. Se envolvió de nuevo en la colcha deshilachada, pero se sentía demasiado excitada como para poder conciliar el sueño. El corazón le latía con rapidez. La cabeza estallaba en imágenes que era incapaz de acallar.

Solo cuando los primeros rayos de luz comenzaron a asomar a través de los resquicios de la persiana, sintió que la conciencia le abandonaba. Con el día, llegó el descanso.

Cuando se despertó, la luz llenaba por completo el salón.

Su abuela la observó desde la cocina.

—Te he dejado dormir todo lo que necesitabas. Es muy tarde. Dimitri está a punto de llegar.

—Prefiero no verlo.

La abuela asintió.

Gracia se preparó una infusión y cuando escuchó que llamaban a la puerta, subió a la terraza. De día el paisaje era totalmente diferente. El zumbido de los paneles solares que buscaban la luz configuraba un runrún tranquilizador. Dirigió su mirada hasta las nubes y distinguió la forma del rostro de un angelote con las mejillas tan hinchadas que se convirtió, de pronto, en un ser monstruoso y terrible. Le pareció escuchar gritos a lo lejos.

La cabeza de su abuela asomó desde el hueco de las escaleras.

—Ya está. Se lo ha llevado. Tenía mucha prisa. Dice que las cosas se están poniendo feas. Lo de L'Hospitalet ha llegado hasta Badal. Han sacado de nuevo a los antdisturbios.

—¿Cuánto te ha dado?

—Más que por Vane.

A Gracia le apeteció fumarse un cigarro.

—¿Te queda aguardiente?

—Tengo una botella nueva.

El teléfono sonó con un timbre arcaico.



La abuela desapareció tragada por las escaleras.

—¡Es Pablo! ¡Para tiii!

Gracia bajó de dos en dos los escalones.

—Hola princesa, ¿qué tal?

Gracia hizo un repaso mental de todo lo ocurrido durante el día anterior. Ya formaba parte del pasado. Quedaba lejos. Había que olvidarlo. Enterrarlo junto a la pila de recuerdos guardados en algún cajón de su memoria.

—Bien.

—¿Y tu abuela?

—Como siempre.

—Dale un beso de mi parte —Pablo rio.

—Claro...

—¿Cuándo vuelves a casa?

—Esta tarde.

—Entonces te estaré esperando... Ten cuidado. Han dicho en las noticias que en L'Hospitalet hay revueltas y decenas de muertos.

—No te preocupes —contestó ella con voz cansada—, esto está tranquilo.

Al otro lado de la línea se oyó un suspiro.

—Tengo una buena noticia. Una sorpresa, princesa. Hablé con Puig por fin. Me lo encontré en la cantina. Había bebido más de la cuenta y ¡adivina! me ha pasado el teléfono de su contacto. Ya sé quién le suministra la carne. Es un tal Dimitri. Y... ¡lo he llamado! Me ha dicho que le acaba de entrar una partida fina, fina, fina... y que mañana me la puede hacer llegar. Es cara, pero vale la pena. ¿Qué te parece? —no dio tiempo a que Gracia contestase—. Mañana tendrás una cena como Dios manda. He pensado en organizar algo, ¿qué te parece si aviso a José y a Rosa María?

—No —respondió ella sin ganas—. No me apetece nada. De verdad, Pablo, no te molestes.

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente. Solo un poco cansada.

—¿Quieres que lo dejemos para otro día?

Gracia cogió aire.

—Sí... Por favor. Otro día...

—De todos modos, te prepararé algo especial. Déjame pensarlo.

—No, por favor; no vale la pena.

—Quiero sorprenderte.

—No me apetece ninguna sorpresa.

—¿Seguro que estás bien?

Gracia asintió con un gesto. Entonces se dio cuenta de que hablaba desde un teléfono sin pantalla ni cámara y que Pablo no podía verla. Se obligó a contestar en voz alta.

—Sí, no te preocupes. Lo único que quiero es un gran abrazo. Que me abracés...

—Cuenta con ello.

La voz de Pablo era inusualmente animada.

Gracia lo colgó enseguida.

—Abuela, Pablo te manda saludos.

—Todo un detalle por su parte.

Gracia dejó su mirada resbalar por la puerta verde de la habitación que olía a desinfectante. Su abuela observó cómo se apoyaba en el velador.

—¿No lo has vuelto a intentar?

Era el tipo de pregunta que nunca le hacía por teléfono. Y que temía decirle en persona. Pero ahora quería saberlo.

—Ya no. Para qué.

La abuela hizo un gesto cansado.

—Nunca se sabe. Hay tantos casos. Cuando parece haberse perdido la esperanza...

—El tratamiento es demasiado caro —la interrumpió—. Ni siquiera los padres de Pablo pueden pagarlo. Y no quiero embarcarme en un préstamo que tenga que pagar mi hipotético hijo o hija. Es absurdo.

La abuela dejó escapar un suspiro.

—Hagamos una cosa: vente al cine conmigo. Vente con nosotros. Durante un rato te olvidarás de todo. El cine sirve para eso, para olvidar. Tengo una bolsa de chuches enorme. El azúcar y la ficción lo curan todo... Tenemos preparada la sesión doble en recuerdo de Vane.

Gracia sonrió a su pesar.

—No, abuela. Quiero volver a casa.

—Esta es tu casa.

—Ya no. No lo es.

La abuela buscó la mirada brillante de su nieta. Pero no la encontró.

# ANABEL ENRÍQUEZ

SANTA CLARA, CUBA, 1973

Narradora, guionista y ensayista, es graduada en Psicología y máster en Ciencias de la Comunicación. Ha publicado la compilación *Nada que declarar y otras ficciones breves* (2016). Sus cuentos aparecen, entre otras, en las antologías *Secretos del futuro* (2005), *Crónicas del Mañana* (2009), *Tiempo Cero* (2011), *Todo un cortejo caprichoso* (2011), *The Apex Book of World Science Fiction II* (2012), *Terapia de progresión y otros cuentos* (2012), *Soñando en Vindravan y otras historias de ella* (2014), *Deuda Temporal*, *Ciberficciones* (2015) y *Orbita Juracán* (2016). Como fundadora del Grupo de Creación Espiral del género fantástico, ha promovido y organizado talleres, eventos y festivales del género entre 2002 y 2013, y sus trabajos teóricos al respecto pueden leerse en sitios webs especializados, e-zines y revistas de Cuba, España, Argentina, Colombia, Estados Unidos y Puerto Rico. Desde noviembre de 2013 reside en Miami, Florida.

Su cuento «Nada que declarar», con el que obtuvo el premio Calendario de ciencia ficción 2005, fue traducido e incluido en el número de mayo de 2016 de la revista *Word Without Borders*, además de aparecer en *Secretos del futuro* (2005) y de dar luego título a su primer libro. Se trata de un relato bello y desolador con modos de ciencia ficción clásica y trasfondo en torno a la inmigración ilegal. Hay algo en él de tragedia y de *space opera*, así como de cántico y confesión redentora. Como la carga de su nave protagonista, esconde más de lo que parece.

# NADA QUE DECLARAR

*A Leides das Neves Ferreira*

Padre entregó toda una vida de ahorros a cambio de este hueco en la cámara de reciclaje de desechos. Cierto que es mínimo el espacio. Anela, Soulness y yo sentimos calambres en los brazos, tensión en el cuello y la respiración caliente de uno sobre los otros. Pero, qué más pedirle al viejo. En las palmas enguantadas del capataz del espaciopuerto sus manos depositaron, temblando, los dos megacréditos. Temblaba porque temía que se frustrara el viaje por algún imprevisto y perdiéramos toda posibilidad de un segundo intento; temblaba por la emoción de cumplir su sueño de vernos partir de aquel infierno y retornar al origen; temblaba porque la fiebre de las canteras consumía sus nervios periféricos.

No pudo siquiera despedirnos. El día antes de la partida del trasbordador fue llevado junto a su cuadrilla hacia las minas recién abiertas, unos diez kilómetros al norte de la granja, donde los sismos habían reventado nuevas vetas de estaño. Por suerte ya ninguno de nosotros volverá a «lamerlas». No tendremos que temer a las erupciones que chamuscan la piel, ni a las fumarolas de azufre que queman los ojos y pudren los pulmones en las granjas mineras de Io.

Io queda debajo, detrás, como una esfera que encarcela mil hambrientos dragones en perenne batalla. Este carguero nos aleja para siempre de sus fauces... y del beso de buenas noches que nunca nos ha dejado de dar Padre. Vamos en el carguero rumbo a la Tierra, a comprobar que no es tan solo el mito del que hemos oído hablar desde que abrimos los ojos al cielo escarlata de Io. Como descendientes de colonos convertidos en esclavos, de esclavos convertidos en «autómatas», menos costosos y más desprotegidos que los cíborg, no tenemos otro modo de salir de la pesadilla ardiente si no es en los resquicios de los cargueros que transportan minerales y materias primas desde las colonias exteriores hasta la Tierra.

La Tierra, nostalgia delirante del bisabuelo, la que abandonó por una quimera de prosperidad. A nosotros solo nos dejó por herencia la continua lucha por sobrevivir en un mundo que se deshace constantemente bajo los pies. Y la misma nostalgia. Anela dibuja, una y otra vez, una ciudad de torres blancas con banderolas sobre un lago de agua verde, y llena el cielo con aves como estrellas de nieve. Dice que así le contaba el bisabuelo al Abuelo, y este a Padre, y Padre a ella, y así era el lugar donde vivían nuestros antepasados y al que los tres añoramos volver.

Anela duerme ahora, recostada en mi hombro, y algunas veces habla dormida, repitiendo la palabra que tanto le fascina, aun cuando duerme: nieve... la nieve de la Tierra, que es blanca como los dientes del capataz de la cuadrilla y fría como cristal de metano. Soulness me distrae con la insistencia de que Anela está muy caliente, «más caliente que lava»; y que tal vez no habla en sueños sino que delira. Es hambre, le respondo. Nuestras reservas de alimentos están justas para una comida diaria. A mí también me percuten las tripas. Trato de distraerlos hablándole de esa cosa que Padre escuchó de su abuelo, que parece nieve y que se come... creo que lo llaman «helados»; le compraremos uno a Anela con nuestro primer salario. En el Anillo de Producción que circunda la Tierra hay gente llegada de todas las colonias, incluso de Io. Seguro que nos tenderán una mano, tal como nos prometió Padre. Pero Soulness parece aburrirse, y empieza con la letanía de que siente mareos, con vómitos a punta de labios. Después de todo es solo un niño: dos años menos cuentan. Me pide que salgamos a un lugar más ventilado. Cree que si encontramos otros «peces pegas» nos ayudarán, si tienen, con alguna medicina. Yo le recuerdo que lo más probable es que nos quiten lo que llevamos y nos maten, por el simple temor a compartir el riesgo de ser descubiertos. Pero Soulness canta y canta y mis sienes están a punto de reventar.

Salimos de la cámara de reciclaje y tomamos con cuidado el estricto itinerario que nos indicó el capataz antes de colarnos en la nave. Tememos que el carguero esté infectado de cíbers vigilando los corredores, y que nos detecten para los del puesto de mando. Allí los navegantes, limpios, bien alimentados, disfrutan la experiencia de ver acercarse despacio la Tierra. Algún día yo seré el comandante de un carguero... mejor, de un crucero civil. Y seré siempre el primero en verla, arropada con su traje de espuma azul y

blanca como si fuera la novia de los cielos. Pero ahora somos polizones, y ningún «pez pega» viaja en primera clase. El carguero lleva hierro, estaño y azufre para las obras del Anillo. Como carga programada entrará sin problemas ni chequeos en aduana. Nada que declarar. Nosotros con la carga, asidos a los contenedores autónomos. Espero que nuestras viejas máscaras resistan el paso desde la esclusa hasta los almacenes, unos cuarenta metros de vacío.

Soulness vuelve a distraerme. Suda a mares y siento su incómoda respiración quemando mis orejas. Anela se mueve inquieta entre mis brazos y gimotea. Sus cuatro años me pesan, aunque sean casi puro hueso; su carita morena está salpicada de sudor. Yo siento sin embargo un frío intenso y un cansancio que me pega los pies al suelo. Soulness, apretando mi hombro, suplica una tregua, dice que está muy débil para seguir. Acepto el descanso, pero me niego a abrir algún blíster de alimentos. Soy el mayor y debo velar por los horarios. Y a propósito de velar, me sorprenden las pocas luces de los corredores, la ausencia de robots celadores y el no habernos tropezado con ningún «pez pega» después de caminar casi una hora por este laberinto. Soulness tiembla, se aprieta el estómago y finalmente vomita. No sabemos nada sobre los efectos del viaje, pero nos decían que son malestares normales para los novatos. Anela sigue desmadejada, y ni siquiera intenta seguirme cuando canto una de sus canciones favoritas «... Mary tiene una ovejita... blanquita como la nieve...», ¿o era una vaquita? Da igual. Anela duerme y se queja. Soulness, pálido como vapor de azufre pero más aliviado, quiere probar suerte tras la puerta que cierra este pasillo. Piensa que conduce a las bodegas y que tal vez encontremos provisiones. Se aventura finalmente con la pequeña linterna de pulsos, mientras yo arropo a Anela con mi chaqueta. Bajo los ojos de mi hermana crecen ojeras azules. Una mano helada me estruja el corazón y reconozco los dedos fríos del miedo.

Un rato después Soulness ha vuelto, trastabillando, los ojos como un doble plenilunio de Júpiter en el cielo de Io. Sus ocho años parecen haberse duplicado sobre su cuerpo sucio y tembloroso. Apenas logro arrancarle las palabras de la boca, rígida por el terror. Están muertos, allá adentro... los cuatro chicos «peces pega» que viajaban en el compartimiento de higiene... Están descomponiéndose y sus huesos parecen derretidos, y la piel... Cállate, digo en un susurro ahogado, asustarás a Anela. Pero él sabe que le creo y que

nuestra hermana no nos escucha. Su carita se desdibuja en la oscuridad con expresión ausente.

Dejo a Anela en brazos de mi hermano. Estoy decidido a presentarme ante la tripulación. No me importa que me regresen a Io o a otra colonia de extracción. Lo único que quiero es salvarla. Salvarnos. Soulness solloza y yo le gruño. Lo atajo por la solapa, húmeda de su propia bilis, y enredo sin querer mis dedos en sus largos cabellos. El espeso mechón queda en mis manos como una hebra de sombra. Tengo que ir por ayuda.

Corro por los pasillos sin luces, apenas alumbrados por el reflejo del sint-metal desde alguna fuente indeterminada que convierte la oscuridad en penumbras. Donde debe estar el puesto de mando no hay ningún navegante, solo la consola de un cibernavegador y todos los asientos vacíos. No hay humanos en el carguero, únicamente nosotros. Ni autómatas, ni alimentos, ni medicinas, porque no hay tripulación que las necesite.

Regreso por Anela y Soulness. Durante la difícil carrera de retorno sobre mi corazón restallan los látigos del miedo. Al cruzar cerca de las puertas que identifico como las bodegas un signo hecho sobre el sint-metal con pintura roja luminiscente me detiene. No sé leer, ninguno de nosotros sabe, pero reconozco el dibujo que parecen las aspas de un extractor de hélices antiguo cercado por un triángulo, y también el círculo con la tachadura que prohíbe y amenaza, y la calavera negra. Comprendo ahora que no es este un carguero de metal y subproductos en viaje hacia la Tierra. Vamos junto a los desechos tóxicos de todas las colonias hacia otra parte... Venus, con seguridad: el Vertedero Solar. Por mi mente cruzan los muchos momentos en que he visto a estos cargueros atracar en Io y despegar con tantos «peces pegas» desde la Estación Ecuatorial del satélite... Ni ellos, ni nosotros, comprobaremos si es tan azul como cuentan el cielo de la Tierra.

Encuentro a mis hermanos todavía conscientes. Anela me mira con sus ojos de luna en eclipse y me tiende los brazos. Ayudo a levantarse a Soulness y apoya contra mi hombro todo el temblor de su cuerpo. Al puesto de mando, les digo. Soulness murmura algo sobre encontrar ayuda. Allí estaremos bien, le respondo, será el mejor lugar para ver la bienvenida que nos dará la Tierra, vestida con su traje azul y blanco de novia cósmica del Tiempo. Soulness apenas se sonríe con sus labios violáceos. Anela ha vuelto a dormirse y tal vez ya no despierte.



En el puesto de mando acomodado a Soulness en un sillón. Yo a su lado, con Anela en brazos, sostengo su mano helada. Pienso que tal vez era este el sillón del comandante del carguero que alguna vez llevó vida a la Tierra. Y me creo que yo soy él y que llevo a mis hermanos, a mi padre y todos los niños de Io hacia esa ciudad de torres blancas sobre un lago verde... Lucho contra el sueño definitivo que me aplasta. Quiero verla aparecer. Quizás no tenga tiempo para guiñarle un ojo... El carguero pasará de largo sobre ella... Sin nada que declarar.

# TANYA TYNJÄLÄ

CALLAO, PERÚ, 1963

Escritora peruana de ciencia ficción y fantasía, además de docente. Ha publicado *La ciudad de los nictálopes* (2003), *Cuentos de la princesa Malva* (2008) y *Lectora de sueños* (2012), además de *Sum* (2012), colección de microrrelatos y poemas, *(Ir)realidades* (2017) y la novela juvenil y *Ada Lyn* (2018). Sus libros se utilizan como material de lectura en algunos países latinoamericanos como Perú, Ecuador, Chile y Colombia. Sus textos han sido también incluidos en diversas antologías internacionales de Argentina, España, Bulgaria y Finlandia, entre otros países. Un cuento suyo ha sido incluido en el manual para la educación secundaria *Texto 4ème sec.* en Bélgica. Forma parte del equipo de blogs de *Amazing Stories* y es corresponsal del *Science Fiction Awards Watch*. Ha sido galardonada con premios literarios como el Francisco Garzón Céspedes en 2007.

En «La coleccionista», la autora ofrece una relectura moderna del mito de Calipso que entronca con reflexiones diversas relacionadas con el género y la sexualidad. Se trata de un relato breve pero intenso que pertenece al libro *(Ir)realidades* (2017), todo él compuesto de revisiones en torno a mitos, monstruos y espacios legendarios, a partir de una característica propia de muchas autoras del siglo xxi de lo fantástico y lo maravilloso: la reinterpretación del pasado, real, mítico y cultural, en términos de hibridación.

## LA COLECCIONISTA

Julián se dirigía presuroso a su cita. Hacía ya dos meses que conoció a la mujer más hermosa del mundo. Todos sus amigos envidiarían su suerte, sino fuera por el detalle de no poder contarle a nadie sobre la relación. Esa era una de las tantas condiciones que Diana le pondría. Otra era negarse a pasar la noche con él. Nunca le explicó por qué, pero todo hacía suponer fuertes convicciones religiosas.

Así pues Julián todavía no disfrutaba de relaciones íntimas con la joven. Pero eso poco le importaba. Ella era tan bella que solo al mirarla se sentía satisfecho, por otro lado congeniaban a la perfección, les gustaba la misma música, los mismos escritores, las mismas películas. Eso justamente había hecho que en los últimos tiempos se cuestionara la relación. ¿No sería mejor estar con alguien que ofreciera algo de desafío? ¿Cuánto tiempo más sobreviviría una relación tan «perfecta»? Es que a veces es tan aburrido estar de acuerdo en absolutamente todo. No es que deseara una relación tormentosa, las había tenido en el pasado y sabía que eran destructivas a final de cuentas. Disfrutaba de la paz que sentía con Diana, pero de cuando en cuando, una pequeña escenilla de celos, solo para sazonar un poco la relación.

Como si intuyera lo que pensaba, Diana decidió de un día para otro acceder a pasar un fin de semana completo con él. Ante la propuesta, Julián decidió dejar sus dudas para más tarde. Misteriosa como siempre, ella le pidió recogerla en una cafetería en plena carretera. De allí irían a un lugar que ella conocía bien y que de seguro a él le encantaría.

Desde que la conoció, Diana se mostró más que misteriosa; secreta sería la palabra correcta. Ni siquiera sabía a ciencia cierta en qué trabajaba. Ella le había dicho que era coleccionista profesional y que el carácter de su actividad le exigía la más absoluta discreción. Descartando que una mujer tan dulce e inteligente pudiera estar involucrada en un negocio ilícito, Julián llegó a la conclusión de que Diana compraba en subastas piezas de índole diverso para millonarios que no querían ser identificados. Y esa explicación lo dejó

satisfecho. ¿Por qué darle más vueltas al asunto?

Julián llegó media hora antes de la convenida al lugar de la cita. La cafetería estaba lógicamente ubicada cerca de una gasolinera. Esta se encontraba más que destartalada. En ella atendían dos ancianos que Julián se preguntaba cómo podían seguir trabajando. Se veían cansados, decrépidos.

Paró el auto y pidió que le llenaran el tanque. Uno de los ancianos lo miró divertido y empezó a reírse como loco. Meneando la cabeza, entró al desordenado cuarto que les servía de oficina. El otro se acercó lentamente.

—No le haga caso, a ese le falta un tornillo de tanto estar aquí.

—Bueno... fue un poco rudo, ¿no?

El anciano empezó a llenar el tanque sin decir nada. Parecía estar al acecho de algo, lanzaba disimuladas miradas a la cafetería, temeroso, a Julián le dio la impresión de alguien siendo vigilado.

—¿Llega mucha gente por aquí?

—Llegan los que tienen que llegar. Si no se tiene una cita, no vale la pena venir hasta aquí. Eso fue lo que me trajo y aquí me quedé.

A Julián le pareció más que extraña la coincidencia de que hablara de una cita. Pero no dijo nada, solo sonrió.

—¿Cuánto le debo? —preguntó cuando el anciano terminó su trabajo.

—Pagará luego, a la salida. Porque seguro entra a la cafetería, ¿no?

Julián no pudo más que sentirse incómodo con lo que decía el anciano. Primero la referencia a la cita, luego a la cafetería. Era como si supiera exactamente lo que iba a hacer. Podía ser solo una casualidad, al final de cuentas si el lugar del que le había hablado Diana quedaba cerca, seguro muchas parejas pasaban por la gasolinera antes de llegar a su destino. Por otro lado el viaje desde la ciudad hasta ese lugar era largo, resultaba pues normal que después de tanto viajar, uno decidiera tomarse un café en el único sitio disponible a la vista. Sin embargo en el fondo Julián sentía cierto malestar que le indicaba que algo no estaba bien.

—Tome, aquí le tengo apuntado cuánto debe. No se olvide de revisarlo antes de entrar, por favor —dijo tomándole desesperadamente la mano y mirando hacia todos lados.

Julián retiró su mano nervioso. El otro anciano salió de la oficina y gritó entre risas:

—¡No olvide probar la tarta! —El que atendió a Julián miró a su compañero con unos ojos desorbitados, mientras le decía que no con la cabeza.

Julián a penas sí pudo evitar correr hacia la cafetería. No quería pasar más tiempo con esos ancianos, evidentemente perturbados. Mientras se alejaba pudo escuchar que ambos discutían a cuchicheos.

Ya dentro de la cafetería se sorprendió al ver que el lugar contrastaba con el estado de la gasolinera. Todo se encontraba inmaculadamente limpio y ordenado. Había algunos hombres allí, de diversas edades, todos como si fueran a pasar un fin de semana en el campo: maleta de mano, ropa cómoda. Al parecer el lugar del que hablaba Diana era muy popular. Se sentó a la barra.

—¿Qué le puedo servir? —La que atendía era una mujer de mediana edad, ni bonita ni fea, bastante amable y pulcra.

—Solo un café, por favor.

—¿Seguro no desea probar mi tarta de manzana? Lo hago yo misma todas las mañanas. Es muy popular.

—Eso parece, en la gasolinera me recomendaron probarlo.

—Así es, aquí a todos les gusta mi tarta.

—Pero no, gracias. No tengo mucha hambre, otro día será. Me quedaré por la zona durante el fin de semana.

La mujer le sirvió el café y se retiró con una sonrisa.

Julián miró su reloj. Todavía faltaban unos minutos para la hora convenida. Tomó un sorbo del café, que resultó bastante bueno y fresco. Miró a su alrededor. Remarcó que todos los clientes eran hombres. Le pareció curioso. De pronto remarcó no haber visto autos estacionados fuera y se preguntó si serían más bien locales. Pero todos llevaban un maletín de mano...

La mujer se le acercó con un pedazo de tarta.

—A cuenta de la casa. No me lo desaire, mire que le he servido muy poco, no se arrepentirá.

Julián pensó que seguro se trataba de esas mujeres que se sienten orgullosas de lo único que les sale bien e insisten en hacerlo probar a todos. Por cortesía tomó un bocado. La tarta se derretía en su boca, tenía justo el

punto de azúcar perfecto. Se dice que aún el pueblito más insignificante esconde una joya escondida, el de este era la tarta de la gasolinera.

—¡Está realmente delicioso!

—Se lo dije, hace olvidar las penas, ya verá.

Julián tomó otro bocado goloso. De pronto notó que no había nadie en la cocina.

—¿No tiene cocinero?

—No lo necesito, yo preparo todo por la mañana muy temprano, antes de abrir.

—Pues la felicito, el café está más que fresco, la tarta es un manjar...

—Muchas gracias —dijo ella volviendo a sonreír.

Siguió comiendo esa magnífica tarta. Miró su reloj, Diana llegaría en cualquier momento. Quiso pedir la cuenta, pero la mujer no estaba, seguro habría entrado a la cocina. Tomó su billetera y abrió el papel que le diera el anciano para ver cuánto tenía que pagar. No había ni una sola cifra en él, solo garrapateado con una letra nerviosa: «Salga de aquí, por lo que más quiera. Y no coma la tarta».

Julián se paralizó. Miró a su alrededor. Todos hombres, todos con una maleta de mano, como quien va a un fin de semana, todos comiendo la misma tarta que él. Quiso prestar atención a las conversaciones, todos hablaban de la maravillosa mujer que habían conocido. Las descripciones variaban, para alguien era rubia, para otro morena, más allá alta y delgada, y para su vecino pequeña y regordeta, pero para todos era la mujer perfecta. Todos se encontraban allí esperándola, pues les había dado cita en ese remoto lugar.

Julián pensó en levantarse, pero ya era muy tarde. De pronto solo deseaba seguir allí, comiendo esa deliciosa tarta, además debía esperar a Diana, seguro que pronto llegaría.

La mujer se le volvió a acercar al ver su plato vacío.

—Aquí tiene otra tajada, seguro que la quiere, ¿no es cierto, Julián?

Él la miró a los ojos y se encontró con la mirada de Diana.

# CRISTINA PERI ROSSI

MONTEVIDEO, URUGUAY, 1941

Usa su segundo apellido en homenaje a su madre. Estudió Biología, pero se licenció en Literatura Comparada. Publicó su primer libro en 1963 y recibió los premios más importantes de Uruguay. En 1972, fue prohibida en los medios de su país durante la dictadura militar. Se trasladó a Barcelona, España, y escribió en las páginas de la revista *Triunfo*, pero nuevamente perseguida, esta vez por la dictadura franquista, debió exiliarse a París. Regresó a Barcelona a finales de 1974 y obtuvo la nacionalidad española. Ha sido profesora de literatura, traductora y periodista. Ha luchado contra las dictaduras, por el feminismo y por los derechos de los homosexuales. Su obra abarca poesía, relato, novela, ensayo y más, con títulos como *Viviendo* (1963), *La tarde del dinosaurio* (1976), *El museo de los esfuerzos inútiles* (1983), *La nave de los locos* (1984), *La última noche de Dostoievsky* (1992), *La ciudad de Luzbel y otros relatos* (1992), *Habitaciones privadas* (2012), *Poesía reunida* (2005), *Los amores equivocados* (2015) o *Todo lo que no te pude decir* (2017). Ha sido traducida a veinte lenguas. Entre sus premios cabe destacar Premio de los Jóvenes de Arca (1968), Premio de Ciudad de Palma (1976), Premio Gabriel Miró (1979), Premio Ciudad de Barcelona (1990), Premio Loewe (2008), Premio Internacional de Relatos Mario Vargas Llosa (2010) o Premio Don Quijote de Poesía (2013).

«El ángel caído» se dio a conocer cuando ganó el Premio Puerta de Oro de 1983, aunque se publicó por primera vez en la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* (núm. 411, 1984), y posteriormente en el libro *Una pasión prohibida* (1986). Se trata de un relato de género maravilloso publicado en el contexto de la entrada de España en la OTAN, en el que a partir

de un escenario apocalíptico y literalmente especulativo, se narra la reacción de una localidad tras la caída de un ángel en pleno conflicto bélico. La crítica social, el humor y la irreverencia frente a las convenciones sociales del género humano son algunos de los elementos que se encontrarán los lectores de este relato.



## EL ÁNGEL CAÍDO

El ángel se precipitó a tierra, exactamente igual que el satélite ruso que espiaba los movimientos en el mar de la X Flota norteamericana y perdió altura cuando debía ser impulsado a una órbita firme de novecientos cincuenta kilómetros. Exactamente igual, por lo demás, que el satélite norteamericano que espiaba los movimientos de la flota rusa, en el mar del Norte y luego de una falsa maniobra cayó a tierra. Pero mientras la caída de ambos ocasionó incontables catástrofes: la desertización de parte del Canadá, la extinción de varias clases de peces, la rotura de los dientes de los habitantes de la región y la contaminación de los suelos vecinos, la caída del ángel no causó ningún trastorno ecológico. Por ser ingrávido (misterio teológico acerca del cual las dudas son heréticas) no destruyó, a su paso, ni los árboles del camino, ni los hilos del alumbrado, ni provocó interferencias en los programas de televisión ni en la cadena de radio; no abrió un cráter en la faz de la tierra ni envenenó las aguas. Más bien, se depositó en la vereda, y allí, confuso, permaneció sin moverse, víctima de un terrible mareo.

Al principio, no llamó la atención de nadie, pues los habitantes del lugar, hartos de catástrofes nucleares, habían perdido la capacidad de asombro y estaban ocupados en reconstruir la ciudad, despejar los escombros, analizar los alimentos y el agua, volver a levantar las casas y recuperar los muebles, igual que hacen las hormigas con el hormiguero destruido, aunque con más melancolía.

—Creo que es un ángel —dijo el primer observador, contemplando la pequeña figura caída al borde de una estatua descabezada en la última deflagración. En efecto: era un ángel más bien pequeño, con las alas mutiladas (no se sabe si a causa de la caída) y un aspecto poco feliz.

Pasó una mujer a su lado, pero estaba muy atareada arrastrando un cochecito y no le prestó atención. Un perro vagabundo y famélico, en cambio, se acercó a solo unos pasos de distancia, pero se detuvo bruscamente: aquello, fuera lo que fuera, no olía, y algo que no huele puede decirse que no existe, por tanto no iba a perder el tiempo, lentamente (estaba

rengo) se dio media vuelta.

Otro hombre que pasaba se detuvo, interesado, y lo miró cautamente, pero sin tocarlo: temía que transmitiera radiaciones.

—Creo que es un ángel —repitió el primer observador, que se sentía dueño de la primicia.

—Está bastante desvencijado —opinó el último—. No creo que sirva para nada.

Al cabo de una hora, se había reunido un pequeño grupo de personas. Ninguno lo tocaba, pero comentaban entre sí y emitían diversas opiniones, aunque nadie dudaba de que fuera un ángel. La mayoría, en efecto, pensaba que se trataba de un ángel caído, aunque no podían ponerse de acuerdo en cuanto a las causas de su descenso. Se barajaron diversas hipótesis.

—Posiblemente ha pecado —manifestó un hombre joven, al cual la contaminación había dejado calvo.

Era posible. Ahora bien, ¿qué clase de pecado podía cometer un ángel? Estaba muy flaco como para pensar en la gula; era demasiado feo como para pecar de orgullo; según afirmó uno de los presentes, los ángeles carecían de progenitores, por lo cual era imposible que los hubiera deshonrado; a toda luz, carecía de órganos sexuales, por lo cual la lujuria estaba descartada. En cuanto a la curiosidad, no daba el menor síntoma de tenerla.

—Hagámosle la pregunta por escrito —sugirió un señor mayor que tenía un bastón bajo el brazo.

La propuesta fue aceptada y se nombró un actuario, pero cuando este, muy formalmente, estaba dispuesto a comenzar su tarea, surgió una pregunta desalentadora: ¿qué idioma hablaban los ángeles? Nadie sabía la respuesta, aunque les parecía que por un deber de cortesía, el ángel visitante debía conocer la lengua que se hablaba en esa región del país (que era, por lo demás, un restringido dialecto, del cual, empero, se sentían inexplicablemente orgullosos).

Entre tanto, el ángel daba pocas señales de vida, aunque nadie podía decir, en verdad, cuáles son las señales de vida de un ángel. Permanecía en la posición inicial, no se sabía si por comodidad o por imposibilidad de moverse, y el tono azul de su piel ni aclaraba ni ensombrecía.

—¿De qué raza es? —preguntó un joven que había llegado tarde y se inclinaba sobre los hombros de los demás para contemplarlo mejor.

Nadie sabía qué contestarle. No era ario puro, lo cual provocó la desilusión de varias personas; no era negro, lo que causó ciertas simpatías en algunos corazones; no era indio (¿alguien puede imaginar un ángel indio?) ni amarillo: era más bien azul, y sobre este color no existían prejuicios, todavía, aunque comenzaban a formarse con extraordinaria rapidez.

La edad de los ángeles constituía otro dilema. Si bien un grupo afirmaba que los ángeles siempre son niños, el aspecto del ángel ni confirmaba ni refutaba esta teoría.

Pero lo más asombroso era el color de los ojos del ángel. Nadie lo advirtió, hasta que uno de ellos dijo:

—Lo más bonito son los ojos azules.

Entonces una mujer que estaba muy cerca del ángel, le contestó:

—Pero ¿qué dice? ¿No ve que son rosados?

Un profesor de ciencias exactas que se encontraba de paso, inclinó la cabeza para observar mejor los ojos del ángel y exclamó:

—Todos se equivocan. Son verdes.

Cada uno de los presentes veía un color distinto, por lo cual, dedujeron que en realidad no eran de ningún color especial, sino de todos.

—Esto le causará problemas cuando deba identificarse —reflexionó un viejo funcionario administrativo que tenía la dentadura postiza y un gran anillo de oro en la mano derecha.

En cuanto al sexo, no había dudas: el ángel era asexuado, ni hembra ni varón, salvo (hipótesis que pronto fue desechada) que el sexo estuviera escondido en otra parte. Esto inquietó mucho a algunos de los presentes. Luego de una época de real confusión de sexos y desenfadada promiscuidad, el movimiento pendular de la historia (sencillo como un compás) nos había devuelto a la feliz era de los sexos diferenciados, perfectamente reconocibles. Pero el ángel parecía ignorar esta evolución.

—Pobre —comentó una gentil señora que salía de su casa a hacer las compras, cuando se encontró con el ángel caído—. Me lo llevaría a casa, hasta que se compusiera, pero tengo dos hijas adolescentes y si nadie puede decirme si se trata de un hombre o de una mujer, no lo haré, pues sería imprudente que conviviera con mis hijas.

—Yo tengo un perro y un gato —murmuró un caballero bien vestido, de agradable voz de barítono—. Se pondrían muy celosos si me lo llevo.

—Además habría que conocer sus antecedentes —argumentó un hombre de dientes de conejo, frente estrecha y anteojos de carey, vestido de marrón. Quizá se necesite una autorización. Tenía aspecto de confidente de la policía, y esto desagradó a los presentes, por lo cual no le respondieron.

—Y nadie sabe de qué se alimenta —murmuró un hombre simpático, de aspecto muy limpio, que sonreía luciendo una hilera de dientes blancos.

—Comen arenques —afirmó un mendigo que siempre estaba borracho y al que todo el mundo despreciaba por su mal olor. Nadie le hizo caso.

—Me gustaría saber qué piensa —dijo un hombre que tenía la mirada brillante de los espíritus curiosos.

Pero la mayoría de los presentes opinaba que los ángeles no pensaban.

A alguien le pareció que el ángel había hecho un pequeño movimiento con las piernas, lo cual provocó gran expectación.

—Seguramente quiere andar —comentó una anciana.

—Nunca oí decir que los ángeles andaran —dijo una mujer de anchos hombros y caderas, vestida de color fucsia y comisuras estrechas, algo escéptica—. Debería volar.

—Este está descompuesto —le informó el hombre que se había acercado primero.

El ángel volvió a moverse casi imperceptiblemente.

—Quizá necesite ayuda —murmuró un joven estudiante, de aire melancólico.

—Yo aconsejo que no lo toquen. Ha atravesado el espacio y puede estar cargado de radiación —observó un hombre vivaz, que se sentía orgulloso de su sentido común.

De pronto, sonó una alarma. Era la hora del simulacro de bombardeo y todo el mundo debía correr a los refugios, en la parte baja de los edificios. La operación debía realizarse con toda celeridad y no podía perderse un solo instante. El grupo se disolvió rápidamente, abandonando al ángel, que continuaba en el mismo lugar.

En breves segundos la ciudad quedó vacía, pero aún se escuchaba la alarma. Los automóviles habían sido abandonados en las aceras, las tiendas estaban cerradas, las placas vacías, los cines apagados, los televisores mudos. El ángel realizó otro pequeño movimiento.

Una mujer de mediana edad, hombros caídos, un viejo abrigo rojo que alguna vez había sido extravagante se acercaba por la calle, caminando con tranquilidad, como si ignorara deliberadamente el ruido de las sirenas. Le temblaba algo el pulso, tenía una aureola azul alrededor de los ojos y el cutis era muy blanco, bastante fresco, todavía. Había salido con el pretexto de buscar cigarrillos, pero una vez en la calle, consideró que no valía la pena hacer caso de la alarma, y la idea de dar un paseo por una ciudad abandonada, vacía, le pareció muy seductora.

Cuando llegó cerca de la estatua descabezada, creyó ver un bulto en el suelo, a la altura del pedestal.

—¡Caramba! Un ángel —murmuró.

Un avión pasó por encima de su cabeza y lanzó una especie de polvo de tiza. Alzó los ojos, en un gesto instintivo, y luego dirigió la mirada hacia abajo, al mudo bulto que apenas se movía.

—No te asustes —le dijo la mujer al ángel—. Están desinfectando la ciudad. El polvo le cubrió los hombros del abrigo rojo, los cabellos castaños que estaban un poco descuidados, el cuero sin brillo de los zapatos algo gastados.

—Si no te importa, te haré un rato de compañía —dijo la mujer, y se sentó a su lado. En realidad, era una mujer bastante inteligente, que procuraba no molestar a nadie, tenía un gran sentido de su independencia pero sabía apreciar una buena amistad, un buen paseo solitario, un buen tabaco, un buen libro y una buena ocasión.

—Es la primera vez que me encuentro con un ángel —comentó la mujer, encendiendo un cigarrillo. Supongo que no ocurre muy a menudo.

Como imaginó, el ángel no hablaba.

—Supongo también —continuó— que no has tenido ninguna intención de hacernos una visita. Te has caído, simplemente, por algún desperfecto de la máquina. Lo que no ocurre en millones de años ocurre en un día, decía mi madre. Y fue a ocurrirte precisamente a ti. Pero te darás cuenta de que fuera el que fuera el ángel caído, habría pensado lo mismo. No pudiste, con seguridad, elegir el lugar.

La alarma había cesado y un silencio augusto cubría la ciudad. Ella odiaba ese silencio y procuraba no oírlo. Dio una nueva pitada al cigarrillo.

—Se vive como se puede. Yo tampoco estoy a gusto en este lugar, pero

podría decir lo mismo de muchos otros que conozco. No es cuestión de elegir, sino de soportar. Y yo no tengo demasiada paciencia, ni los cabellos rojos. Me gustaría saber si alguien va a echarme de menos. Seguramente alguien habrá advertido tu caída. Un accidente no previsto en la organización del universo, una alteración de los planes fijados, igual que la deflagración de una bomba o el escape de una espita. Una posibilidad en billones, pero de todos modos, sucede, ¿no es cierto?

No esperaba una respuesta y no se preocupaba por el silencio del ángel. El edificio del universo montado sobre la invención de la palabra, a veces, le parecía superfluo. En cambio, el silencio que ahora sobrecogía la ciudad lo sentía como la invasión de un ejército enemigo que ocupa el territorio como una estrella de innumerables brazos que lentamente se desmembra.

—Notarás en seguida —le informó al ángel— que nos regimos por medidas de tiempo y de espacio, lo cual no disminuye, sin embargo, nuestra incertidumbre. Creo que ese será un golpe más duro para ti que la precipitación en tierra. Si eres capaz de distinguir los cuerpos, verás que nos dividimos en hombres y mujeres, aunque esa distinción no revista ninguna importancia, porque tanto unos como otros morimos, sin excepción, y ese es el acontecimiento más importante de nuestras vidas.

Apagó su cigarrillo. Había sido una imprudencia tenerlo encendido, durante la alarma, pero su filosofía incluía algunos desacatos a las normas, como forma de la rebeldía. El ángel esbozó un pequeño movimiento, pero pareció interrumpirlo antes de acabarlo. Ella lo miró con piedad.

—¡Pobrecito! —exclamó—. Comprendo que no te sientas demasiado estimulado a moverte. Pero el simulacro dura una hora, aproximadamente. Será mejor que para entonces hayas aprendido a moverte, de lo contrario, podrás ser atropellado por un auto, asfixiado por un escape de gas, arrestado por provocar desórdenes públicos e interrogado por la policía secreta. Y no te aconsejo que te subas al pedestal (le había parecido que el ángel miraba la parte superior de la columna como si se tratara de una comfortable cuna), porque la política es muy variable en nuestra ciudad, y el héroe de hoy es el traidor de mañana. Además, esta ciudad no eleva monumentos a los extranjeros.

De pronto, por una calle lateral, un compacto grupo de soldados, como escarabajos, comenzó a desplazarse, ocupando las veredas, la calzada y

reptando por los árboles. Se movían en un orden que, con toda seguridad, había sido estudiado antes y llevaban unos cascos que irradiaban fuertes haces de luz.

—Ya están estos —murmuró la mujer, con resignación—. Seguramente me detendrán otra vez. No sé de qué clase de cielo habrás caído tú —le dijo al ángel—, pero estos, ciertamente, parecen salidos del fondo infernal de la tierra.

En efecto, los escarabajos avanzaban con lentitud y seguridad.

Ella se puso de pie, porque no le gustaban que la cogieran por sorpresa ni que la tocaran demasiado. Extrajo de su bolso el carnet de identificación, la cédula administrativa, el registro de vivienda, los bonos de consumo y dio unos pasos hacia adelante, con resignación.

Entonces el ángel se puso de pie. Sacudió levemente el polvo de tiza que le cubría las piernas, los brazos, e intentó algunas flexiones. Después se preguntó si alguien echaría de menos a la mujer que había caído, antes de ser introducida con violencia en el coche blindado.

# LAURA GALLEGO

VALENCIA, ESPAÑA, 1977

Escritora especializada en literatura juvenil de fantasía y fantástico. Alcanzó un gran éxito con la publicación de la trilogía *Memorias de Idhún* (2004). Doctora en Filología Hispánica, especializada en literatura medieval y libros de caballerías, ha escrito cerca de treinta novelas, algunas de las cuales se han traducido a dieciséis lenguas y le han permitido obtener premios como el Cervantes Chico (2011) o el Nacional de Literatura Infantil y Juvenil (2012), la mayoría de ellas de género fantástico. Entre sus obras, además de la citada, cabe destacar *Finis Mundi* (premio Barco de Vapor 1999), *La leyenda del Rey Errante* (premio Barco de Vapor 2002), *Crónicas de la torre* (2003), *Alas de fuego* (2004), *Dos velas para el diablo* (2008), *Donde los árboles cantan* (2011), *El Libro de los Portales* (2013) y la trilogía en desarrollo *Guardianes de la Ciudadela*.

Ha transitado la ciencia ficción en los relatos de «Las hijas de Tara» (2002) y en este sorprendente «WeKids» (publicado en la antología *Mañana todavía*, 2014). Extrapolación de un mundo en el que las redes sociales ponen en juego nuestra dependencia del contacto virtual, se inicia con humor y poco a poco va adquiriendo tintes de colapso moral y tecnológico. Un relato en el que propone una interesante reflexión en torno a la responsabilidad social en la educación de nuestros hijos. Ganas dan de compartirlo y tuitearlo, si no fuera por...



## WEKIDS

Lucas Laval y Alfredo García habían nacido el mismo día, tanto en el mundo real como en el virtual. Justo es decir, sin embargo, que los padres de Lucas fueron más rápidos a la hora de abrir un perfil para su hijo en WeKids.

—¿No te parece un poco... precipitado? —le preguntó Emma Laval a su marido; ella estaba todavía en cama, recuperándose del esfuerzo del parto, mientras su bebé mamaba con fruición, pero Oscar Laval parecía más concentrado en teclear furiosamente en su terminal. Hizo sin embargo una breve pausa para responder a su esposa:

—Ya lo hemos hablado antes, cariño. Cuanto antes empiece, más oportunidades tendrá en el futuro.

—Lo sé, pero... Lucas solo tiene tres horas de vida.

—Y son horas que hemos perdido. Desde el mismo momento de su nacimiento, todos los niños pueden obtener un espacio en WeKids. Lo dicen las normas.

Emma no dudaba de sus palabras. Habían tomado aquella decisión en el segundo trimestre del embarazo, y Oscar había tenido tiempo de sobra para aprenderse las condiciones de uso de WeKids.

La idea había empezado a rondarle por la cabeza un par de años atrás, durante una reunión de amigos en la que una pareja comentó con orgullo que habían creado un perfil para su hija Naomi con motivo de su primer cumpleaños.

—Pero ¿ya navega por internet? —había preguntado Oscar, con una ingenuidad que le había granjeado las carcajadas de la mayoría de los asistentes.

—Claro que no; nosotros actualizaremos su perfil hasta que tenga edad de hacerlo por sí misma.

—Yo creía que en WeKids no estaba permitido que se registrasen adultos —comentó alguien, y Oscar se sintió aliviado al comprobar que no era el único que ignoraba los entresijos de la red social infantil más popular del

mundo.

Este último hecho, al menos, sí lo conocía. Sabía que WeKids había nacido como espacio virtual seguro para los niños, que de este modo podían disfrutar de las ventajas de Internet y hacer amigos de todos los rincones del planeta en un entorno completamente protegido y adaptado a sus necesidades. Según las últimas estadísticas, el setenta y nueve por ciento de los usuarios de entre diez y quince años tenía un perfil en WeKids. Los responsables de la página eran muy conscientes de lo frágil y valioso que era lo que tenían entre manos, por lo que sus férreas normas y condiciones de uso se cumplían a rajatabla. En WeKids estaban totalmente prohibidos los contenidos inapropiados, y los moderadores patrullaban la red sin descanso para asegurarse de que nadie molestaba a los niños en su oasis virtual. Los perfiles estaban asegurados con contraseñas que utilizaban patrones biométricos, de modo que nadie podía usurpar la identidad de un usuario y, además, el propio sistema impedía el registro a todos los mayores de quince años; aquellos que lo habían intentado habían sido denunciados, juzgados y condenados a duras penas de prisión. Oscar recordaba los juicios a los primeros «corruptores» de WeKids, porque habían sido muy sonados. La justicia había apoyado sin reservas a los responsables de la web, creando un precedente que nadie había osado contradecir desde entonces. Porque había que proteger a los niños a toda costa y, dado que esta premisa estaba fuera de toda duda, otorgaba a WeKids un poder del que ninguna otra red había disfrutado hasta el momento. Mientras ellos siguieran defendiendo ferozmente a sus usuarios, como habían hecho siempre, y millones de padres pudieran respirar tranquilos, las autoridades estarían de su parte.

Todo esto era público y notorio; poca gente quedaba que, a aquellas alturas, no estuviera al tanto de la primera verdad fundamental sobre WeKids: era total y exclusivamente para niños. Los adultos podían mirar, podían navegar por sus páginas y perfiles, pero no tenían posibilidad de intervenir de ninguna manera, de publicar contenidos ni de establecer contacto alguno con los usuarios.

De modo que la idea de que unos padres pudieran abrir un perfil para su hija de un año resultaba, cuanto menos, novedosa.

—Está permitido —explicaron ellos—, siempre que nos atengamos a las normas y condiciones de uso y solo publiquemos contenidos relacionados

con Naomi: fotos, vídeos, sus primeros dibujos... ese tipo de cosas. —La madre de la criatura resplandecía de satisfacción mientras hablaba de la presentación de su hija en la sociedad virtual—. No puede aparecer ninguna imagen nuestra en el perfil, ni la de ningún otro adulto, y por supuesto hemos de ceder su control a Naomi cuando cumpla siete años. Hasta entonces, la red permite que uno de sus progenitores actualice su página por ella. Y ya hemos registrado mis datos biométricos para que los asocien a su cuenta.

Parecía que los padres de Naomi estaban esperando que los felicitaran por ello, de modo que sus amigos cumplieron con el ritual, algunos más entusiastas, otros todavía desconcertados.

—Pero esa red es de pago, ¿no? —preguntó uno de ellos, con cierto disgusto.

El padre de Naomi le quitó importancia al asunto con un gesto.

—Es una cantidad ridícula al mes, casi simbólica —explicó—, y vale la pena. Pensad que WeKids es un espacio cien por ciento libre de publicidad, así que ha de financiarse de alguna manera.

Oscar Laval no había hecho más preguntas. Pero siguió dándole vueltas a la conversación, preguntándose para qué querría un bebé como Naomi tener una cuenta en WeKids. Con el tiempo se enteró de que había muchos padres que registraban a sus retoños a muy temprana edad, algunos incluso nada más nacer. Parecía poco probable que hicieran amigos; no obstante, para su sorpresa, Oscar descubrió que las páginas de bebés tenían muchos seguidores, sobre todo entre las niñas preadolescentes; a medida que iban creciendo y sus padres compartían sus pequeños logros con el mundo, los bebés podían ganar más y más seguidores, hasta el punto de que una gestión eficaz e inteligente del perfil podía convertir al pequeño en una celebridad incluso antes de que él mismo tomase las riendas de su propia cuenta.

Porque esta era la segunda verdad fundamental acerca de WeKids: tu futuro como adulto dependía de lo que hubieses hecho de niño. Y gran parte de la vida de los niños discurría en su pequeño y perfecto mundo virtual, repleto de juegos, entretenimiento, diversión y, sobre todo, amigos, muchos amigos. Cuantos más, mejor.

Oscar no había crecido con WeKids, pero era muy consciente del poder de las redes sociales. Gracias a ellas había conocido a su mujer, Emma.

Ella era azafata en una compañía de aviación, y tenía por costumbre

publicar en su perfil fotografías de todos los lugares que visitaba. Las fotos eran bonitas y la chica parecía simpática, de modo que tenía bastantes seguidores. No como una celebridad, naturalmente; pero sí contaba con algunos más que una persona corriente.

Oscar no destacaba en nada en particular. Había sacado buenas calificaciones en sus estudios, pero no había prestado atención a la importancia de las relaciones sociales. Tenía amigos; no muchos, pero buenos, y con eso le había bastado. O al menos eso había creído, hasta que trató de acceder al mercado laboral. Los responsables de recursos humanos de las empresas a las que acudía apenas echaban un vistazo a su currículum, que contaba con dos ingenierías, un máster y varios cursillos de especialización. Se limitaban a acceder a sus perfiles en las redes sociales y torcían el gesto al anotar en su ficha su número de seguidores. Una tras otra, todas sus solicitudes eran rechazadas.

Finalmente le ofrecieron un puesto como técnico en una empresa que fabricaba tornillos y otros suministros similares, y lo aceptó sin dudar. Era un trabajo que estaba muy por debajo de su cualificación profesional, pero no se sentía frustrado por ello; su búsqueda había sido tan larga y angustiosa que agradecía profundamente aquella oportunidad.

Pero había aprendido la lección. Comenzó a actualizar sus perfiles más a menudo y trató de obtener más seguidores. No obstante, él no era un hombre ocurrente o especialmente comunicativo. Tampoco se sentía cómodo entre las multitudes, y en el fondo lamentaba tener que sacrificar parte del tiempo que dedicaba a sus viejos amigos de siempre para tratar de llamar la atención de una horda de desconocidos virtuales.

Pero era el tiempo que le había tocado vivir, y no tenía más opción que asumirlo.

Finalmente descubrió que podía sacar partido a algo que sus amigos siempre habían considerado una excentricidad.

A Oscar le gustaba coleccionar datos curiosos desde que era pequeño. La mayoría de ellos no tenía ninguna utilidad; solo era información que se acumulaba en su cerebro y que, por alguna razón, era capaz de recordar durante años. La gente de su entorno dejaba de prestar atención cuando a Oscar se le escapaba un «¿Sabías que...?», por lo que él terminó por guardarse sus curiosidades para sí mismo.

Años después, sentado ante la pantalla de su terminal portátil, preguntándose desesperadamente qué podía aportar a aquel perfil para que resultara interesante, escribió: «¿Sabías que el dedo meñique del pie es un vestigio de cuando éramos primates y trepábamos a los árboles, pero ya no tiene ninguna utilidad para nosotros?». Lo releyó un par de veces, le pareció una soberana tontería y pensó en borrarlo. Pero, por alguna razón, lo dejó allí.

Para su sorpresa, al día siguiente su «curiosidad» había obtenido nueve votos positivos, y su perfil tenía dos seguidores más. No era gran cosa en la selva de la red, pero para un hombre gris como él suponía un paso de gigante. Entusiasmado, escribió: «¿Sabías que el escarabajo Hércules (*Dynastes hercules*) es capaz de levantar ochocientas cincuenta veces su peso, lo que equivaldría a unos 52 000 kilogramos para un hombre adulto?». Trece votos positivos y otro seguidor. «¿Sabías que, hace cuatro millones de años, nuestro planeta tenía dos lunas?». Diez votos positivos y un incremento de tres seguidores.

Tras un par de semanas de curiosidades diarias, su perfil había alcanzado los setenta y cuatro seguidores y empezaba a recibir algunos comentarios entusiastas. No tardó en conocer a otros usuarios aficionados a las curiosidades, registrarse en grupos especializados y compartir con ellos algunos de aquellos «datos inútiles» que ya no lo parecían tanto.

Su renovado perfil no lo convirtió en una celebridad virtual, pero lo ayudó a encontrar su sitio en la red. En el trabajo lo nombraron responsable de planta porque, según le dijo su superior, había demostrado que era capaz de aprender a relacionarse con los demás de un modo más abierto y creativo.

No obstante, su cuenta nunca llegó a superar los doscientos seguidores. Era una cifra con la que Oscar se sentía cómodo, porque sabía que, si bien los usuarios interesados en las curiosidades no eran muchos, existían, y él era muy consciente de que esa era la razón por la que se habían suscrito a su perfil. Pronto aprendió que, mientras siguiera suministrándoles una curiosidad diaria, sus seguidores le serían leales. A veces perdía uno o dos, o ganaba otros tantos, pero por lo general la cifra se mantenía estable.

Por algún motivo que no era capaz de recordar, un día llegó al perfil de Emma. Vio su imagen allí, radiante y preciosa, sonriendo ante el edificio de la ópera de Sidney bañado por la luz dorada del ocaso... y no pudo resistirse. Entre las decenas de comentarios de sus seguidores, Oscar anotó

simplemente: «¿Sabías que en Australia se hablan veintisiete lenguas aborígenes?».

No obtuvo respuesta. Pese a ello, días después le dejó el siguiente comentario bajo su foto ante el Gran Palacio de Bangkok: «¿Sabías que la vestimenta del Buda Esmeralda se cambia tres veces al año: en verano, en invierno y en la estación de lluvias?». Una semana más tarde, Emma se fotografiaba a la orilla del lago Baikal, y Oscar le escribió: «¿Sabías que la mayoría de las más de dos mil especies animales y vegetales que habitan en el lago no se encuentran en ningún otro lugar del mundo?». Tres días después, ante el Ponte Vecchio de Florencia: «¿Sabías que durante la Edad Media el puente estaba ocupado por diversos puestos de carniceros y curtidores, pero el pestazo era tan insoportable que acabaron sustituyéndolos por joyerías y orfebrerías?». En esta ocasión, Emma respondió a su comentario con un simple emoticono sonriente. Y el corazón de Oscar brincó un instante en su pecho.

Se hizo seguidor de su página y se acostumbró a regalarle una curiosidad para cada foto que ella publicaba. Emma respondía a veces («¿En serio?», «¡No, no lo sabía!», «Vaya, es impresionante»), y por fin, un mes después, Oscar bailó de alegría sobre su silla al ver el nombre de ella en su lista de nuevos seguidores.

Nueve años después, ya casado con su admirada azafata y pensando en tener descendencia, Oscar reflexionaba sobre la precocidad de la pequeña Naomi, la enorme influencia que las relaciones virtuales habían ejercido en su vida y la forma en que determinarían el futuro de sus propios hijos. Si todo el mundo estaba en las redes, era lógico pensar que, cuanto antes se familiarizaran los niños con ellas, mejores oportunidades tendrían. Y, naturalmente, todo comenzaba en WeKids. Era obvio que sus hijos debían estar allí. Cuanto antes, mejor.

Costó un poco más hacérselo entender a Emma.

—Es absurdo —dijo ella en una de las innumerables discusiones que tuvieron al respecto a lo largo de su embarazo—. ¿Qué necesidad hay de abrir un perfil para un bebé que todavía no puede gestionarlo? Me parece prematuro y precipitado. Por decirlo de forma suave.

—Estás viendo el asunto desde una perspectiva anticuada, Emma —protestó Oscar—. Piensa que nosotros crecimos con las redes sociales,

cuando no eran más que un juego, un entretenimiento. Lucas, en cambio, va a nacer en un mundo diferente. Las relaciones entre las personas han cambiado por completo. Lo que seas en el mundo real ya no tiene tanta importancia como lo que reflejes en tu perfil virtual. Eso es tu ventana al exterior. Cuanto más estrecha sea esa ventana, menos mundo verás. Y menos te verán a ti. No importa lo que seas capaz de hacer; si no lo saben en las redes, no ha sucedido. ¿Lo entiendes?

Emma asintió lentamente.

—Y no queremos que nuestro hijo sea invisible —concluyó Oscar con rotundidad.

Emma suspiró.

—No —admitió—. No queremos eso. De ninguna manera.

De modo que allí estaban, cuatro meses más tarde, en la habitación del hospital, un par de horas después de la llegada de su primogénito, asistiendo a otro nacimiento: el de la nueva vida virtual de Lucas Laval.

—Bien —murmuró Oscar, con los ojos clavados en la pantalla—. Allá vamos.

Confirmó la solicitud y permaneció inmóvil mientras el terminal comprobaba su identidad a través del dispositivo de reconocimiento retinal.

«Identificación correcta: Padre de Lucas Laval. Su perfil Lucas Laval ha sido creado. Bienvenido a WeKids».

Oscar sonrió, visiblemente más relajado. Seleccionó entonces la mejor fotografía de entre todas las que le había sacado al bebé hasta el momento y la publicó en la página principal. Después escribió: «Hola a todos. Soy Lucas, y soy nuevo en WeKids».

Y esperó.

No tardaron en llegar las niñas del Comité de Bienvenida. Era un grupo que se había formado tiempo atrás con el objetivo de recibir a los nuevos. Tenían su propio tablón de anuncios en el que colgaban los perfiles de los recién llegados que más les gustaban. Casi siempre se trataba de bebés. Oscar contempló, satisfecho, cómo en apenas unos minutos el perfil de Lucas alcanzaba los diecinueve seguidores y la fotografía que acababa de colgar recibía veintitrés votos positivos.

Aprovechando que el recién nacido se había dormido, le hizo más fotos y adornó su perfil con toda una galería de nuevas imágenes. Pero las niñas del

Comité de Bienvenida pronto perdieron interés. Había nuevos usuarios, otros bebés a los que adorar. Por fortuna, una de ellas se compadeció del recién llegado al que olvidaría cinco minutos después y publicó un enlace a su página en el tablón de anuncios. Inmediatamente, Lucas obtuvo diecisiete seguidores más y dos docenas de votos positivos.

Y entonces llegó Alfredo.

Su perfil había aparecido en WeKids apenas media hora después que el de Lucas. También recién nacido, con sus primeras fotos en la cunita del hospital. Oscar sabía que en el pasado se había producido un debate sobre cuál debía ser el primer contenido publicado en el perfil. Esto sucedió en una época en que algunos padres colgaban en la página el vídeo del nacimiento de su hijo para compartirlo con el mundo. Se discutió ampliamente sobre si aquellos contenidos eran o no apropiados para los usuarios de WeKids. Algunos decían que las imágenes de un parto debían incluirse en la lista del material no permitido en la web; otros argumentaban que se trataba de un proceso totalmente natural que no debía ocultarse a los niños. Pero el debate acerca de si había que censurar o no los nacimientos de los nuevos usuarios se apagó por sí solo ante la evidencia de que, en realidad, los niños no estaban interesados en ver nacer a sus futuros compañeros. Cuando los padres descubrieron que los perfiles que se inauguraban con fotos de bebés durmiendo plácidamente en sus cunitas obtenían más seguidores que aquellos que mostraban el parto en vivo y en directo, simplemente dejaron de hacerlo.

El perfil de Alfredo García no era una excepción. El recién llegado era, eso sí, un bebé inusualmente adorable para tratarse de un recién nacido. Parecía simpático y bastante espabilado. Oscar accedió a su perfil casi por casualidad, para comparar el éxito de Lucas con el de otros bebés que se hubiesen registrado al mismo tiempo. Parecía que al Comité de Bienvenida le había caído bien, porque lo habían colgado en el tablón enseguida. Tenía ya sesenta y tres seguidores, y Oscar constató, no sin cierta inquietud, que Lucas aún no había llegado a los cuarenta.

Se dijo a sí mismo que no debía concederle importancia. Sabía que en WeKids los niños hacían y deshacían a capricho, que ligaban sus cuentas a otras siguiendo impulsos y rompían los vínculos con idéntica facilidad. La mitad de los seguidores de Lucas y Alfredo dejarían de serlo en pocas horas, en cuanto descubrieran otro perfil que les llamase más la atención. Porque el



número de seguidores que alguien podía tener era ilimitado; pero había un máximo de cuentas a las que uno podía afiliarse. La atención era un bien valioso; si cada usuario pudiera seguir a un número infinito de perfiles, acaparar miles de seguidores no tendría ningún mérito. Y casi todos los niños de WeKids vivían siempre con la lista de suscripciones rozando el máximo permitido, por lo que cada vez que querían afiliarse a un nuevo perfil debían deshacerse de alguno antiguo que ya no les interesase.

Y esto sucedía todos los días, por lo que el reto no consistía solo en establecer una vasta red de seguidores, sino también en mantenerla; porque, con el tiempo, esos seguidores se convertirían en valiosos contactos que podían abrir muchas puertas en el mundo real.

Oscar estaba a punto de apagar el terminal para dedicarse a su hijo recién nacido cuando el perfil de Alfredo se actualizó con un nuevo vídeo. Lo visualizó con curiosidad: mostraba al pequeño Alfredo chupando de un biberón apoyado en precario equilibrio contra un lateral de su cuna. De repente, al bebé le entraba hipo, y la tetina del biberón escapaba de su boquita; los labios de Alfredo se fruncían y sus ojos bizqueaban cómicamente mientras el niño trataba de recuperar su biberón con desesperación. Por fin su boca lograba atrapar la tetina, pero el hipo le provocaba una nueva sacudida que le arrebatava otra vez el biberón. Así hasta cuatro veces en los dos minutos que duraba la grabación.

A Oscar se le escapó una risita involuntaria, y no fue el único en encontrarlo simpático: en menos de diez minutos, el vídeo había sido visualizado por trescientos cuarenta y dos usuarios diferentes, de entre los cuales trescientos veintisiete le dieron un voto positivo. El perfil del bebé ganó doscientos ochenta y nueve seguidores de golpe, superando los trescientos cincuenta y colocándose al instante en el primer puesto de la lista de recién llegados más populares. Enseguida comenzaron a llover comentarios:

«jaja, qué gracioso».

«¡Pobre... que le den ya el biberón!!!».

«xD D D D D».

«¡hip-hip-hurra!».

«jejeje».

«¿habéis visto la cara que pone? lol».

«a ver si se va a atragantar».

«qué caña de crío».

Y esto fue solo el principio.

Nadie —y mucho menos el propio Alfredo— era entonces consciente de lo que aquello iba a implicar en la vida del niño. Muy pronto el vídeo conocido como «bebé con hipo» se convirtió en uno de los más populares de WeKids. Alfredo, a quien no tardaron en apodar cariñosamente «Freddy», pasó a tener más de cuatro mil seguidores a lo largo de la siguiente semana, algo extraordinario para tratarse de un usuario tan joven.

Los padres de Freddy podían haberlo dejado ahí. Pero también podían aprovechar aquella oportunidad... y eso fue exactamente lo que hicieron.

Unos días después, cuando el vídeo del bebé con hipo había sido visualizado, comentado y compartido tantas veces que ya casi nadie recordaba su fuente original, el perfil de Freddy se actualizó con una nueva grabación que lo mostraba regurgitando sin piedad sobre un inocente osito de peluche.

Setecientos sesenta y cuatro seguidores más.

Freddy roncando con la boca abierta y babeando sobre su mantita.

Cuatrocientos treinta y tres seguidores más.

Freddy siguiendo con expresión reconcentrada el vuelo de una mosca sobre su cunita. La mosca se posaba sobre su nariz, sobresaltándolo y haciéndolo estornudar.

Quinientos veinticinco seguidores más.

Muy pronto, todo WeKids conocía a Freddy. Sus padres, demostrando grandes dotes de planificación, comenzaron a colgar contenido en el perfil con perfecta regularidad; de este modo, con fotos, vídeos o comentarios graciosos, alimentaban el ansia de novedades de sus admiradores, los fidelizaban y los animaban a compartir sus impresiones con su red de amigos para ganar más y más seguidores cada vez.

Otros padres intentaron hacer lo mismo, pero nadie obtuvo el éxito de Freddy. Incluso Oscar Laval revoloteaba en torno a la cuna de su hijo, cámara en mano, esperando captar alguno de esos gestos hilarantes para los que Freddy parecía tener un talento natural. Pero Lucas Laval era un bebé tranquilo y poco dado al espectáculo. Parecía haber heredado de su padre — para desesperación de este— esa aura gris y anodina de la gente del montón.

Había que admitir que Freddy daba mucho más juego en todos los aspectos.

Y entonces, cuando la red estaba ya saturada de vídeos de bebés haciendo monerías, los padres del más famoso de todos ellos cambiaron de estrategia y se pasaron a los disfraces.

No eran pocos los progenitores que publicaban fotos de sus retoños con los trajes más variopintos. Pero los de Freddy comenzaron a hacerlo de forma sistemática, disfrazando al bebé cada día de una cosa diferente. Incluso llegaron a hacer semanas temáticas: animales, trajes regionales, personajes de dibujos animados... Y Freddy parecía más y más simpático y adorable en cada foto. Si con «Freddy abejita» las niñas mayores de WeKids soltaron un «¡ooooooooh!», extasiado, con «Freddy osito panda» se derritieron de amor maternal.

Dado que las normas de la red social garantizaban la total confidencialidad de los datos de sus usuarios, y tampoco estaba permitido que sus progenitores los utilizaran con fines mercantilistas, nadie sabía dónde vivía Freddy, quiénes eran sus padres o cómo localizarlos. Pero hubo muchas teorías al respecto, y también en lo concerniente a los disfraces: ¿eran caseros? ¿Quién se los proporcionaba? ¿Tenían un amigo o algún familiar que se dedicaba a hacerle los trajecitos a medida? ¿Habría contactado con ellos alguna empresa del sector, decidida a sacar tajada de la popularidad del bebé, pese a las férreas medidas de protección de WeKids?

Se hicieron también innumerables listas de votaciones populares del estilo «Los diez mejores disfraces de Freddy»; se copiaron los diseños y, de nuevo, WeKids se llenó de bebés que trataban de imitarlo. Incluso Oscar Laval se atrevió a vestir a su hijo de piña tropical, pero la cosa no cuajó. La expresión seria y formal del pequeño Lucas no combinaba bien con aquel traje colorido y chillón.

Entonces Freddy cumplió seis meses, y sus padres dejaron de disfrazarlo todos los días. Aquella mañana se limitaron a anunciar en su perfil: «Hoy hace seis meses que llegué al mundo», y enlazaron de nuevo al vídeo «Bebé con hipo» que lo había hecho famoso. En la cabecera de la página, el Freddy actual sonreía, feliz.

No era gran cosa. Miles de padres habían compartido con sus seguidores efemérides semejantes.

Pero la diferencia consistía en que sus hijos no eran Freddy.

Desde aquel momento, sus admiradores asistieron emocionados a su crecimiento día a día. Sus primeras palabras, sus primeras papillas, sus primeros gateos, sus primeros pasos... A partir de su noveno mes, Freddy estuvo también acompañado por un cachorrito de perro san bernardo que, por lo visto, atendía al nombre de *Sam*, tan simpático y adorable como su amo, que no tardó en tener su propio club de fans.

Para cuando Freddy cumplió un año, y mientras WeKids lo celebraba por todo lo alto y hasta los informativos televisivos se hacían eco de la noticia, Oscar Laval ya había comprendido que, si aquellas eran las reglas, su hijo jamás podría ganar en el juego de la popularidad.

—Hay que cambiar de estrategia —le dijo a Emma—. Está claro que Lucas no es como Freddy.

—Y gracias a Dios —replicó ella—. Yo creo que sus padres han convertido al pobre niño en un mono de feria.

Oscar ya conocía la opinión de su mujer al respecto, y esta era la razón por la cual nunca se había atrevido a ir demasiado lejos en sus intentos de popularizar el perfil de Lucas en WeKids.

—Pero tiene que haber algo en lo que destaque —prosiguió sin embargo, con tozudez—. Algo que lo diferencie de los demás.

—Bueno —dijo Emma—. Cada niño es único, y pienso que Lucas en concreto es muy inteligente; no necesitará aprender a hacer malabares con diez pelotas para participar en algún estúpido programa de talentos.

Oscar pensó con amargura en su propia situación, en sus dos ingenierías y su trabajo en la fábrica de tornillos. «No basta con ser inteligente», pensó. «Todo el mundo tiene que saber hasta qué punto lo eres».

—Bien —decidió—. Vamos a dejar de jugar. Vamos a hacer cosas serias.

Sabía perfectamente que las «cosas serias» nunca habían tenido demasiado éxito en WeKids. Pero todo el mundo debía aprender a jugar con las cartas que le daba la vida. Y en sus manos estaba componer la mejor jugada posible.

Y era cierto que Lucas era muy inteligente. Tardó un poco en empezar a hablar, pero cuando cumplió dos años ya se expresaba con una fluidez y un vocabulario superiores a los de la mayoría de niños de su edad. Con paciencia, Oscar le enseñó los números y las letras hasta que el niño pudo

reconocerlos y recitarlos todos sin el menor error. Entonces grabó un vídeo para mostrar al mundo lo que Lucas era capaz de hacer y lo colgó en su perfil de WeKids.

Hasta entonces, Lucas había acumulado un total de trescientos diecisiete seguidores, frente al millón y medio de la cuenta de Freddy. Tras la exhibición de sus conocimientos, llegó hasta los quinientos veinte.

Oscar juzgó que iban por buen camino.

A los tres años, Lucas ya leía con cierta facilidad. Antes de empezar la educación primaria ya sabía realizar operaciones sencillas, podía situar en el mapa todos los países del mundo y reconocer doscientos diecinueve animales diferentes.

Mientras tanto, Freddy seguía siendo simpático y acumulando seguidores. Sus padres habían dejado de colgar vídeos graciosos; a medida que el niño crecía, se iba notando su interés por mostrarlo como algo más que un payaso. Freddy era un muchachito guapo y encantador, de sonrisa deslumbrante y aspecto ideal.

Y sucedió que, si bien muchas niñas siguieron siendo leales a Freddy, la mayoría de sus seguidores masculinos perdieron su interés por él. Por otro lado *Sam*, compañero inseparable de las correrías de su primera infancia, había dejado de ser un cachorro adorable para convertirse en un perro joven, sano y vigoroso. No obstante, era indudable que los cachorros adorables quedaban mejor en las fotos, por lo que a Oscar Laval no le sorprendió el hecho de que, una mañana gris de noviembre, el perfil de Freddy se actualizara con la triste noticia de que *Sam* había sido atropellado por una furgoneta. Los padres del niño adornaron la página con lazos negros, fotos de los tiempos más felices de la amistad entre Freddy y *Sam* (versión cachorro) y un sentido poema a la memoria del fiel San Bernardo.

Aquel día, el perfil de Freddy obtuvo cerca de veinte mil seguidores más.

Oscar dudaba que la noticia fuera realmente cierta (y, por el bien del pobre perro, esperaba tener razón), pero no cabía duda de que la jugada les había salido bien. Aun así, asuntos como aquel lo reafirmaban en su convicción de tratar la cuenta de su hijo de una manera diferente. Y, aunque fuera a menor escala, sus desvelos iban poco a poco dando sus frutos. No tardó en descubrir con satisfacción que muchos usuarios mayores, tanto chicos como chicas, valoraban sincera y positivamente a Lucas. «Tan

pequeño y tan listo», decían. No eran demasiados; para cuando Freddy y Lucas celebraron su quinto cumpleaños en WeKids, el perfil de este último había alcanzado el millar de seguidores. Y, aunque no se acercaba ni de lejos a los dos millones de Freddy, era mucho más de lo que Oscar se había atrevido a soñar cuando inauguró la cuenta de Lucas.

El siguiente hito en las carreras virtuales de ambos niños fue la llegada de su séptimo cumpleaños. Ese día, sus padres verían automáticamente vetado su acceso a las cuentas de sus hijos, para que fuesen ellos los encargados de gestionarlas hasta que cumpliesen los quince.

En el momento en que Freddy se puso ante la pantalla para lanzar su primer mensaje al mundo, todo WeKids contuvo el aliento.

«Hola, soy Freddy», escribió; el auténtico Freddy, tal como indicaba el icono de verificación junto a su avatar, una distinción de la que carecían las cuentas administradas por progenitores. Se mostraba un poco tímido, lo cual le hizo ganar puntos de cara a sus seguidores. «Buenos días a todos».

Inmediatamente recibió una avalancha de saludos, presentaciones e invitaciones para todo tipo de juegos, actividades y eventos. Freddy respondió educadamente uno por uno, aunque era obvio que no podría atender a todo el mundo. Después de tres horas de actividad incesante, escribió:

«Mis padres me llaman para cenar. Mañana vuelvo».

Y se desconectó.

Cientos de usuarios expresaron vehementemente su desilusión y la sensación de vacío que les había dejado la partida de su ídolo. Diez minutos después, la mayoría de ellos ya estaban entretenidos con otra cosa, pero la impresión general en WeKids era que Freddy, el verdadero Freddy, les caía bien.

Aquel día, su lista de seguidores alcanzó los tres millones de usuarios.

La llegada a la red de Lucas fue mucho más discreta.

Con siete años, Lucas Laval era un niño serio, reflexivo y muy maduro para su edad. Había dedicado buena parte de su infancia a estudiar y a aprender cosas nuevas, pero no era algo que lo molestara demasiado. Era curioso y todo le interesaba y, por otro lado, sus conocimientos lo habían catapultado dos cursos por encima del que teóricamente le correspondía. Ahora iba a cuarto de primaria cuando todos los niños de su edad seguían en

segundo y, si bien algunos de sus compañeros de clase no lo soportaban, en general estaba satisfecho en aquel curso, porque los contenidos se ajustaban mejor a su nivel.

Conocía la existencia de su perfil en WeKids. Había visto a Oscar actualizándolo en muchas ocasiones, y a menudo colaboraba también en la selección de contenidos de la página. Sin embargo en aquel mismo instante, ante el terminal, dueño de su yo virtual por primera vez en su vida, se mostró dubitativo y alzó la cabeza para mirar a su padre.

—¿Y ahora qué pongo, papá?

Oscar había pensado mucho en ello. Había considerado la posibilidad de colgar un vídeo de su hijo dirigiéndose a sus seguidores, pero eso lo habían hecho en otras ocasiones y, de todos modos, Lucas no quedaba especialmente bien en pantalla. Había compuesto mentalmente multitud de discursos de presentación que al final acababa desechando por parecerle fríos y artificiosos. Y había llegado a la única conclusión posible:

—Lo que tú quieras, hijo. Ahora eres tú de verdad.

Y esto fue exactamente lo que Lucas escribió:

«Hola a todos. Ahora soy yo de verdad».

Docenas de usuarios lo saludaron con palabras cariñosas, y Lucas sintió una cálida emoción por dentro. Respondió a sus seguidores, un poco torpemente al principio, con mayor soltura después. Algunos de ellos eran compañeros del colegio, y Lucas se apresuró a añadirlos a su lista de amigos, encantado.

Y entonces alguien le preguntó:

«Hey, Lucas, tú que lo sabes todo: ¿cuáles son las partes del aparato respiratorio?».

—¿Contesto a esto? —le preguntó a su padre—. Es verdad que lo sé.

Oscar estuvo a punto de decirle que él no tenía por qué hacerle los deberes a nadie —porque obviamente era eso lo que pretendía el preguntón —, pero de pronto cambió de idea. Después de todo, se trataba de hacer amigos, ¿no?

—Claro, hijo, responde.

Lucas contestó de memoria, sin necesidad de consultar sus libros de texto. El otro chico le dio las gracias efusivamente y, para su sorpresa, de pronto

empezaron a lloverle peticiones semejantes:

«¿Cómo se escribe 2 367 en números romanos?».

«No entiendo la diferencia entre un diptongo y un hiato».

«Si tengo 1 636 huevos y los pongo en cajas de dos docenas, ¿cuántas cajas completo?».

«¿Cuáles son las características del clima continental?».

«¿Cómo se dice “Lucas piensa que Freddy es tonto” en alemán?».

Oscar Laval dejó escapar una carcajada al leer esta última intervención. Lucas lo miró, intrigado.

—¿Quién es Freddy? —preguntó.

—Ya lo descubrirás.

Había asuntos más urgentes de los que ocuparse, como, por ejemplo, qué hacer con la avalancha de dudas académicas que estaba recibiendo Lucas. Esto era algo que Oscar no había previsto, y reflexionó un rato sobre ello mientras su hijo chateaba con sus seguidores.

Estaba claro que no podría resolver las dudas de todo el mundo y además, por muy inteligente que fuera Lucas, había algunas que quedaban claramente por encima de su nivel. Por otro lado, existía una línea muy difusa entre ser amable y ser un pringado.

—Anda, esto es interesante —dijo de pronto Lucas, con la mirada fija en la pantalla—. Creo que lo hemos visto en clase, pero no de esta manera.

Toqueteó el terminal para acceder a sus textos escolares. Mientras lo hacía, Oscar comprendió lo que había que hacer.

—Escucha, Lucas —le dijo—. No vas a poder contestar a todas esas preguntas, ¿verdad? Y tampoco queremos que pases las tardes delante del terminal, haciendo los deberes de otros.

—¿Entonces les digo que no me manden más preguntas? —quiso saber él, dubitativo. Parecía algo decepcionado.

—No, deja que lo hagan. Pero serás tú quien decida cuáles vas a responder. —Oscar sonreía ampliamente, encantado con su idea—. Mira, les dices que, de momento, tus padres solo te permiten estar dos horas al día en WeKids. Que de seis a siete elegirás las dudas que quieras resolver y responderás a lo que te dé tiempo en ese margen. Y a los que no puedas atender, que se busquen la vida.



—Pero algunos se enfadarán...

—Que se enfaden. Si se ponen desagradables, los bloqueas y punto. Lo importante es que contestes solo a lo que quieras contestar. Y que disfrutes haciéndolo.

Lucas asintió, pensativo.

—Pero... tú has dicho que estaría dos horas al día. ¿Qué voy a hacer de siete a ocho?

—Lo que quieras, hijo. Diviértete, haz amigos, juega o estudia, si lo prefieres. Pero no hagas los deberes de otros en tu tiempo libre. Si te exigen que sigas respondiendo dudas más allá de las siete, les dices que tus padres te lo hemos prohibido, y ya está.

No todos los seguidores de Lucas aceptaron las nuevas normas de buen grado. El perfil del niño perdió cerca de doscientos usuarios las primeras horas después del anuncio, pero a Oscar no le preocupó. Estaba seguro de que los recuperarían con el tiempo.

Y así fue. Lucas dedicaba una hora al día a resolver los problemas escolares que consideraba más sugerentes. A veces le daba tiempo a contestar a cuatro o cinco usuarios; en otras ocasiones, una sola cuestión le ocupaba la hora entera. Al principio, algunos seguidores protestaban. Pero llegó un momento en que el hecho de que Lucas eligiera y respondiera a una pregunta en concreto otorgaba al usuario que la había formulado un aura especial, como si fuera más listo que el resto. Porque sus seguidores no tardaron en comprender que Lucas no escogía las preguntas más fáciles, sino las más inteligentes e interesantes.

El resto del tiempo, Lucas lo dedicaba a explorar WeKids y a hacer amigos. No eran muchos, pero no le importaba. Tenía claro que, por muchos afiliados que acumulara su cuenta, solo unos pocos serían verdaderos amigos. Y sabía que, si algún día dejaba de responder preguntas, la mayor parte de sus seguidores dejarían de serlo.

Pese a ello, su padre insistía en que aquella lista era importante. Y por eso seguía manteniendo el ritual de atender durante una hora al día a las dudas que le planteaban.

Se corrió la voz; apenas unos meses más tarde, Lucas Laval tenía doce mil seguidores en WeKids. Cada vez que se conectaba, siempre puntual, a las seis de la tarde, lo recibía un torrente de peticiones. Lucas había aprendido a

no dejarse intimidar por ello. Sus ojos paseaban por la pantalla, desechando automáticamente todas las preguntas que podían resolverse con una consulta a los textos académicos o tras una búsqueda en internet, y se detenían solo en las cuestiones que lo intrigaban y estimulaban su intelecto. Muchos de los usuarios que formulaban aquellas preguntas eran chicos y chicas mayores que él, y algunos de ellos llegaron, con el tiempo, a pasar a formar parte de su lista privada de amigos, que —a diferencia de la de sus seguidores, que no dejaba de crecer día tras día—, era muy reducida y se mantenía estable. Con ellos solía pasar el resto de su tiempo libre, de siete a ocho de la tarde; un margen de tiempo que, por otro lado, se fue ampliando a medida que Lucas crecía. Chateaban en salas privadas, jugaban a videojuegos *online* o compartían experiencias, fotos, vídeos o textos interesantes. A menudo otros usuarios abordaban a Lucas con preguntas académicas fuera del tiempo establecido, y el niño rechazaba las peticiones con amabilidad, pero con firmeza. Su padre se había ocupado de aconsejarlo al respecto durante sus primeros días en la red social, cuando todo era mucho más confuso y caótico y Lucas se turbaba ante las reacciones de algunos usuarios despechados, que no encajaban bien el hecho de que su duda quedara sin resolver. Oscar le enseñó a utilizar sin remordimientos las opciones para bloquear otras cuentas o avisar a los moderadores.

—Aunque te llamen chivato, hijo —decía—. Mejor avisar a tiempo que permitir que tu espacio se convierta en una merienda de troles.

En definitiva, Lucas se sentía a gusto en WeKids. Algunas de las cuestiones que le formulaban lo obligaban a seguir estudiando, investigando y completando la formación que recibía en el colegio. Y aún encontraba tiempo para hacer los deberes y prepararse para los exámenes.

—¿Lo ves? —señalaba su padre—. Todo es cuestión de organizarse bien y de programar un tiempo para cada actividad. ¿Sabías que tratar de hacer muchas cosas a la vez perjudica tu rendimiento y aumenta tus niveles de estrés?

Así transcurrieron varios años, a lo largo de los cuales Lucas creció y se relacionó en WeKids, y los problemas que resolvía eran cada vez más complejos. En el colegio, volvieron a cambiarlo de curso al constatar que se aburría en clase porque ya hacía tiempo que había aprendido todo lo que los profesores de su nivel podían enseñarle; a los doce comenzó el bachillerato

en ciencias, y le resultó extraño y desconcertante que sus nuevos compañeros de clase no tuviesen perfil en WeKids, porque ya tenían todos más de quince años.

A aquellas alturas era bastante conocido en la red social. Había quien le insultaba y se burlaba de él, pero Lucas se las había arreglado para moverse dentro de una burbuja cómoda y segura al margen de sus más de cuarenta y cinco mil seguidores. Había alcanzado tal popularidad sin pretenderlo a los nueve años, una tarde en que notó a sus seguidores un poco más alborotados que de costumbre. Supuso que aquel día se celebraría un partido de fútbol importante, o un concierto del grupo de moda, o alguno de esos eventos a los que él apenas prestaba atención porque su mente andaba ocupada con otras cuestiones, y se centró en la lista de dudas del día. La repasó por encima antes de seleccionar dos o tres que le parecieron interesantes y ponerse a trabajar en ellas. Percibía vagamente que los mensajes se sucedían más rápido de lo normal en la ventana de chat, pero estaba concentrado en su trabajo y no se detuvo a mirarlos.

Cuando el reloj marcó las siete y Lucas dio por finalizada la sesión de respuestas, todo el mundo se le echó encima.

«¡No me lo puedo creer, lo has hecho! ¡Has pasado de él!».

«Se lo tiene bien merecido, por creído».

«No es un creído. Él no tiene la culpa de tener tantos fans».

«Pues Lucas no es uno de ellos, jeje».

«¿Os imagináis la cara que se le habrá quedado? ¡Chúpate esa, Freddy!».

Lucas leía los mensajes, desconcertado.

«Pero ¿de qué estáis hablando?», escribió. Su pregunta provocó aún más regocijo entre sus seguidores.

«¿Así que no has pasado de él a propósito? ¿De verdad no te has dado cuenta?».

«¡Tío, qué grande eres!».

Lucas terminó por comprender que entre la avalancha de consultas del día había una del famoso Freddy. Buscó su intervención en la lista de preguntas pendientes y la reconoció. En su momento se había limitado a descartarla, sin prestar atención al nombre del usuario que la formulaba.

«Lo siento, no ha sido adrede», se disculpó. «Es que la pregunta no me

parecía interesante».

Nada más escribirlo comprendió que había cometido un error. Pero era tarde para rectificar. Inmediatamente, buena parte de los paneles de noticias de WeKids se actualizaron con el siguiente titular: «Lucas Laval dice que Freddy No es Interesante».

Y de pronto estalló una guerra virtual entre los fans de Freddy y los que no lo eran. El chico tenía ya cuatro millones y medio de seguidores, pero había muchos usuarios que no lo soportaban, quizá porque envidiaban su éxito, tal vez porque consideraban que estaba sobrevalorado y no comprendían las razones de su gran popularidad. La mayoría de ellos ignoraba la existencia de Lucas hasta aquella misma tarde; pero, cuando se enteraron de que aquel niño había menospreciado a uno de los ídolos de WeKids, lo aclamaron como a un héroe. Algunos fans de Freddy, ofendidos, dejaron de seguir a Lucas; pero cerca de seis mil usuarios más descubrieron su perfil aquella tarde y se vincularon a él.

Al otro lado de la pantalla, Lucas asistía aterrorizado a aquella pequeña revolución. Oscar lo notó.

—¿Qué pasa, hijo?

—Pues... —Lucas vaciló—. Resulta que Freddy me ha hecho una pregunta y yo no la he respondido. Es que no me he dado cuenta de que era él, papá —se justificó—. Y, además, era una chorrada de pregunta —añadió, tras un instante de reflexión.

Oscar Laval no respondió, pero su hijo sorprendió una sonrisita en su rostro, habitualmente serio.

—¿Qué hago? —preguntó—. ¿Le contesto ahora, aunque sea fuera de tiempo?

—¿Por ser él? —Oscar sacudió la cabeza—. Ni hablar. Si algún día te plantea una duda que te apetezca contestar, lo haces. Mientras tanto, tú como si fuera Perico de los Palotes. Además, ¿qué ha hecho ese tal Freddy para ser tan famoso?

Era una pregunta retórica, porque Oscar conocía la respuesta perfectamente y podía formularla en tres palabras: «Bebé con hipo». Pero Lucas, que ignoraba los detalles de la trayectoria de Freddy, caviló la respuesta que debía darle.

—Pues no lo sé —confesó al fin.

De modo que dedicó el resto del rato a navegar por WeKids en busca de información sobre Freddy. Encontró su perfil y dudó sobre si seguirlo o no, pero finalmente decidió que no lo haría. Le sorprendió descubrir que habían nacido el mismo día y sus padres los habían registrado en WeKids con solo media hora de diferencia.

Sin embargo, no podían ser más distintos. Freddy tenía millones de amigos, literalmente. Era guapo, simpático y divertido, y todo el mundo lo quería. Y, no obstante...

«¿Qué ha hecho ese tal Freddy para ser tan famoso?».

La pregunta de su padre reverberaba en su mente. Contempló las últimas fotos de Freddy en el perfil, pensativo. Lo cierto era que no lo envidiaba, pero se trataba de un asunto que le intrigaba y desconcertaba. Freddy no hacía nada para merecer tal adoración; y, no obstante, Lucas era consciente de que él mismo no podría obtener los mismos resultados por mucho que se esforzara.

«Pero yo puedo aportar mucho más al mundo», se dijo. «Mucho más aparte de responder a las dudas de otras personas».

Siguió reflexionando sobre el tema y, apenas unas semanas después, ya superada la tormenta «Freddy-no-es-interesante», vio la luz su primer proyecto científico *online*, que llamó «WeXperiment». Comenzó como algo casi espontáneo, y consistía en el desarrollo de una duda que le habían formulado tiempo atrás. Se hizo con un globo y una garrafa de plástico vacía y se colocó frente a la cámara del terminal, colorado como una cereza y con el corazón latiéndole con fuerza.

—Bu-buenos días —tartamudeó—. Hoy vamos a hablar de la presión atmosférica.

A medida que iba avanzando en su exposición, que se planteaba al principio como un truco de magia para terminar convirtiéndose en una sencilla explicación científica, adquiría seguridad y confianza en sí mismo. Cuando terminó de grabar el vídeo, lo publicó en su perfil.

Tuvo un gran éxito entre sus seguidores, que lo compartieron rápidamente con sus contactos y le pidieron más.

Lucas no había planeado aquello; no tenía más vídeos que mostrarles y, además, se tardaba un tiempo en prepararlos. Y, por otro lado, se sentía cómodo con su rutina semanal y no quería cambiarla. Así que tomó una

decisión y publicó un anuncio en su perfil: «Con todos vosotros, WeXperiment. ¡Nos veremos el próximo sábado!».

En las semanas sucesivas, Lucas mostró a sus seguidores cómo hacer humo con hielo seco, construir un volcán submarino, provocar lluvia en casa, cultivar bacterias en un tarro o cargar una batería con una ristra de limones. Sus vídeos fueron visualizados, comentados y compartidos cientos de veces, y fue así, poco a poco, ganando más y más seguidores con cada entrega de WeXperiment. Su popularidad era modesta en comparación con la de usuarios como Freddy, naturalmente, puesto que no a todo el mundo le interesaba la ciencia. Pero aumentaba poco a poco, y empezaba a ser reconocida fuera de las fronteras de WeKids. Apenas habían pasado cinco meses desde el primer experimento cuando la revista de ciencia para niños más popular de la red publicó un artículo sobre su caso; tiempo después, Lucas recibió un premio a su labor divulgativa de nivel nacional. Para el tercer aniversario de WeXperiment lo entrevistaron en los informativos, y ese día su perfil superó los ochenta mil seguidores.

Lucas y Freddy cumplieron catorce años en WeKids sin haber cruzado una sola palabra. Sabían de la existencia del otro, naturalmente, pero procuraban evitarse e ignorarse mutuamente. A Lucas no le resultaba difícil, puesto que Freddy revolucionaba todos los espacios virtuales por los que aparecía su avatar, ya fueran salas de juegos, de chat o de intercambios, de modo que no tenía más que evitar los lugares en los que parecía haber una inusual aglomeración de usuarios. Freddy, por su parte, no había hablado jamás de WeXperiment, de Lucas ni de la ignominiosa tarde en que este había manifestado en público que su pregunta no le parecía interesante. Ninguno de los dos era seguidor del perfil del otro, pero se controlaban mutuamente, a distancia y de reojo.

Y probablemente habrían continuado así hasta llegar a los quince años y abandonar su oasis virtual para siempre. Pero fue entonces cuando los medios anunciaron que pronto se celebraría el vigésimo aniversario de la fundación de WeKids. Pocas redes sociales podían presumir de haber sobrevivido durante tanto tiempo en el vertiginoso mundo virtual; WeKids seguía siendo, además, líder indiscutible del entretenimiento infantil en red, con casi treinta millones de usuarios activos y con sus protecciones internas intactas e inexpugnables, lo que hacía que cada día más padres le confiaran las horas de

ocio de sus hijos. Y querían festejarlo convocando un nuevo programa de televisión para homenajear a los usuarios que cumplieran quince años y se vieran, por tanto, obligados a despedirse para siempre de su hogar virtual. El espacio tendría una periodicidad mensual y se llamaría «Quince a los quince». Su contenido lo desarrollarían los propios usuarios: cada programa estaría dividido en cuatro segmentos de quince minutos que protagonizarían chicos y chicas que cumplieran quince años en aquel mismo mes. El sistema de selección era muy sencillo: los cuatro perfiles que más seguidores tuvieran, los más conocidos, los más populares, en definitiva... tendrían su espacio en «Quince a los quince»: un cuarto de hora para mostrarse al mundo en directo, en el canal que más suscriptores tenía y en horario de máxima audiencia. Una oportunidad para darse a conocer y brillar como una estrella. Los quince minutos de fama con los que todo el mundo sueña. ¿Qué mejor regalo de cumpleaños para los nuevos quinceañeros de WeKids? Además, los ganadores de cada programa, aquellos que más votos positivos consiguieran tras su intervención, participarían en la «Gala Súper Quince» que se celebraría la noche de fin de año, y en la que competirían entre sí por ser el más popular de los quinceañeros de su promoción. El vencedor obtendría un suculento premio en metálico y abandonaría la red social de su infancia con un equipaje valiosísimo: un canal propio que emitiría las veinticuatro horas al día para llenarlo de los contenidos que quisiera, y que le pertenecería en exclusiva durante un período mínimo de un año, con posibilidad de renovación dependiendo de los índices de audiencia que alcanzara. Un canal era mucho mejor que un perfil en una red social; podía ser incluido en los paquetes temáticos de otras plataformas más importantes; podía incorporar publicidad y obtener patrocinadores en función del número y características de sus seguidores; su dueño podía, en definitiva, retransmitir su propia vida en directo al resto del mundo. Gracias al programa «Quince a los Quince», los usuarios de WeKids tendrían la oportunidad de entrar en el universo virtual de los adultos por la puerta grande, siendo mucho más que un perfil entre ocho mil millones.

Mientras el representante de WeKids explicaba todo esto en directo al mundo entero, Oscar y Lucas se sentían incapaces de apartar los ojos de la pantalla. Y, cuando lo hicieron, cruzaron una mirada elocuente.

Oscar había decidido que su hijo no perdería la oportunidad de ser algo

más que un perfil entre ocho mil millones.

Lucas fantaseaba con su propio programa científico en televisión. Con asistir a una buena universidad en el extranjero y aprender junto a las mentes más brillantes del mundo. Con llegar a ser una de ellas en el futuro.

Era muy consciente de que había muchos jóvenes científicos que ambicionaban lo mismo que él. Pero pocas empresas estaban dispuestas a invertir en investigación, y los buenos contratos y becas escaseaban. En las últimas décadas la competitividad en aquel campo se había vuelto feroz y despiadada. La comunidad científica, reducida a una cuarta parte de lo que había sido en tiempos pasados, apenas podía permitirse la incorporación de nuevos miembros. Solo los mejores de entre los mejores podían soñar con dedicarse algún día a la investigación, y solo cuando las grandes empresas se tomaban la molestia de ampliar su plantilla de científicos.

Lucas aspiraba a ser uno de los elegidos. Y Oscar lo sabía.

—Este año cumples los quince —observó.

—Sí —respondió Lucas solamente.

—Habrá que preparar un buen experimento para el programa, ¿no?

Pero Lucas negó con la cabeza.

—Los experimentos son para niños, papá. —Lo dijo sin desprecio, simplemente constatando algo obvio: que WeXperiment estaba dirigido a menores de quince años. Y que él hacía ya mucho tiempo que había superado ese nivel—. Esta vez voy a hacer algo diferente —declaró, y respiró hondo antes de añadir—. Algo especial... para el mundo entero.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber Oscar.

Los ojos de Lucas brillaban, emocionados.

—Bueno, no es algo que cualquiera pueda entender —empezó, con cierta precaución—, pero llevo un tiempo trabajando en ello. No lo he compartido en WeKids porque allí a nadie le interesaría. Pero con quince minutos tendría suficiente para mostrarlo en televisión... y ya sé que a la mayoría de la gente le parecería aburrido, pero... si lo vieran las personas adecuadas...

—Se puede empezar a trabajar en ello —asintió Oscar, pensativo—. Podría hacer llegar algunas invitaciones a través de las redes sociales de adultos... pero... espera, espera, quizá nos estemos precipitando. ¿Seguro que podrás acceder al programa?



Lucas lo pensó.

—Elegirán los cuarenta y ocho perfiles más populares —dijo—. No estoy seguro, pero creo que entro en la lista. Aunque sea por la parte de abajo.

—No, elegirán los cuatro perfiles más populares de cada mes —lo corrigió Oscar—. Es poco probable que haya cuatro personas que cumplan los quince el mismo mes que tú y que tengan más seguidores.

—Freddy nació el mismo día que yo —hizo notar Lucas.

—Ah, es verdad. Se me había olvidado.

—¿Ya lo sabías?

Oscar sonrió con amargura mientras evocaba el día en que había inscrito a su hijo en WeKids, casi quince años atrás. La sombra del «bebé con hipo» seguía proyectándose sobre el futuro de Lucas.

Pero no valía la pena hacer conjeturas, de modo que se sentaron ante la pantalla del terminal, accedieron a WeKids, investigaron un poco e hicieron cálculos. En primer lugar, Lucas seleccionó en la lista de usuarios a todos aquellos que cumplían quince años el mismo mes que él, y después los ordenó por número de seguidores.

El primer puesto lo ocupaba, naturalmente, el incombustible Freddy con sus cinco millones trescientos cincuenta y tres mil ochocientos cuarenta y siete seguidores.

Después, con más de tres millones, estaba Katya, su novia, que había salido del anonimato virtual al ser elegida por el famoso Freddy. Se habían conocido en WeKids, pero su romance había traspasado las fronteras de la pantalla para saltar al mundo real.

En tercer lugar, con seiscientos mil seguidores, ya lejos del «efecto Freddy», aparecía un tal Leo Xiao, un tipo que grababa vídeos parodiando escenas de películas, informativos o videojuegos, con bastante gracia y no poco descaro.

Y, por último, con unos modestos ciento veinte mil usuarios suscritos a su perfil, estaba el propio Lucas.

Padre e hijo respiraron aliviados.

—Hay que estar alerta —dijo Oscar sin embargo—. Aún quedan tres meses para vuestro cumpleaños. Puede pasar cualquier cosa...

—Por ejemplo, que Freddy corte con Katya y ella pierda el favor popular

—bromeó Lucas; pero su padre estaba serio.

—Eso no va a pasar, Lucas. Al menos, no antes del programa en el que tienen que salir los dos.

—¿Y eso por qué?

—Porque Katya ha llegado hasta ahí gracias a Freddy, pero nunca podrá hacerle sombra. No es rival para él. Mientras esté en la lista de los cuatro más populares del mes, en realidad Freddy solo compite contra otras dos personas. Si rompiera con Katya, ella perdería a casi todos sus seguidores y se caería de la lista. Tú estarías el tercero, y entraría otro chico en cuarto lugar; y Freddy se enfrentaría a tres competidores, y no solo a dos.

Lucas dejó escapar una carcajada escéptica.

—Con Katya o sin ella, los demás no tenemos nada que hacer contra Freddy —hizo notar—, así que no pienso obsesionarme con eso. Además, aún tengo trabajo por delante y son solo tres meses...

Su padre lo miró de reojo.

—¿Algo bueno?

Lucas pareció incómodo.

—Bueno, es difícil de explicar. Es sobre mecánica de fluidos. Un problema muy complicado, ¿sabes?

—¿Lo has resuelto?

Por el rostro del chico se extendió una amplia sonrisa triunfal.

—Eso creo. Pero tendría que repasarlo varias veces más para estar seguro.

Oscar contempló largamente a su hijo antes de asentir.

—Bien. Me fío de ti. Pásame algo de información cuando lo tengas claro y lo moveré por las redes, ¿vale?

Lucas aceptó el reto y se puso a trabajar intensamente en su proyecto. Colgó un mensaje en su perfil de WeKids anunciando que se estaba preparando para participar en el programa «Quince a los quince», por si resultaba seleccionado, y que hasta entonces se acabarían los vídeos WeXperiment y la resolución diaria de dudas —de todas formas, hacía ya tiempo que apenas encontraba alguna que despertara su interés—; sus seguidores lo animaron y le preguntaron por su proyecto, pero él se mostró muy misterioso al respecto.

Un mes después se celebró el primer «Quince a los quince» organizado

por WeKids, con los quinceañeros más populares de enero. Uno de ellos pronunció un discurso; una chica cantó versiones de sus canciones favoritas; otro contó chistes, y la última tocó el violín. Era una verdadera virtuosa del instrumento, pero fue el gracioso quien obtuvo más votos y un puesto para la «Gala Súper Quince».

—Sabes que esto te puede pasar a ti también, ¿verdad? —le advirtió Oscar Laval a su hijo.

—Lo sé, pero no me importa —replicó él—. La gala no me interesa tanto como que todo salga bien, y los matemáticos más importantes del mundo se enteren de lo que puedo hacer.

Oscar asintió, pensativo.

Todavía se sentía impresionado ante el hecho de que su propio hijo parecía haber resuelto uno de los siete Problemas del Milenio propuestos por el Clay Mathematics Institute casi cuatro décadas atrás. Llegaron a resolverse solo dos de ellos antes de que el cmi tuviera que ser desmantelado por falta de fondos, pero los demás permanecían insolubles, cinco enigmas matemáticos fuera del alcance de la comprensión de la mayoría de los mortales. Si Lucas decía la verdad y era capaz de demostrar uno de aquellos teoremas... se convertiría en una celebridad de quince años en el ámbito científico. Pero debía exponer sus conocimientos ante personas que fueran capaces de entenderlos.

De modo que Oscar se había encargado de buscar por las redes de contactos especializadas a los expertos en la materia. Había elaborado una lista de cincuenta personas de todo el mundo que podrían apreciar la demostración de Lucas, y tenía preparada una invitación para ver el programa en el caso de que el muchacho fuera seleccionado.

En febrero, «Quince a los quince» volvió a batir récord de audiencias con otros cuatro adolescentes populares. Uno de ellos componía y cantaba rap; otra era una belleza despampanante de quince años que aspiraba a convertirse en modelo; estaba también la hija mayor de un conocido *showman* de las redes y, en cuarto lugar, la tricampeona del Neverland Challenge, el videojuego más popular de WeKids. Esta última presentó un proyecto revolucionario de videojuego para redes; y, aunque finalmente ganó la chica más guapa, la empresa más poderosa del sector se ofreció a patrocinar a la experta en juegos.

Marzo sería el mes en el que Freddy y otros tres quinceañeros de WeKids se mostrarían en directo ante el mundo.

Naturalmente, entrevistaron a Freddy para preguntarle al respecto. Sus datos de contacto seguían siendo secretos, al menos mientras fuese usuario de WeKids, pero era demasiado famoso; todo el mundo conocía su cara y hacía años que los medios habían averiguado dónde vivía. Hacía ya tiempo que su día a día, sus amistades, sus relaciones y sus ratos de ocio eran materia habitual de los programas de cotilleos de la red.

Desde su terminal portátil, Lucas visionó la entrevista con curiosidad. Habían abordado a Freddy por la calle, y él se había detenido para atenderlos, sonriente y seguro de sí mismo, como siempre, con el brazo en torno a los hombros de Katya.

—Bueno, Freddy, ¿estás nervioso? —le preguntó el periodista—. Ya falta muy poco para tu intervención en «Quince a los Quince».

En realidad, la lista de seleccionados para el programa no se confirmaría hasta un par de días después. Pero era obvio que Freddy iba a estar en ella.

—Sí, y me hace mucha ilusión —respondió él—. Es una gran oportunidad, ya sabes.

—Freddy va a ganar —pronosticó Katya—. En el programa de marzo y también en la gala de fin de año.

—Vaya, Katya, pareces muy segura de eso —observó el periodista.

—Por supuesto —se rio ella—. ¿Tienes idea de cuánta gente sueña con poder ver a Freddy en su propio canal las veinticuatro horas del día, todos los días del año?

—Pero tú también participarás, ¿no es cierto? Porque los dos nacisteis en marzo.

—Sí, nos llevamos solo dos semanas y vivimos en la misma ciudad —dijo Katya, apretándose contra Freddy; parecía exudar felicidad por todos sus poros—. Qué casualidad, ¿verdad?

Lucas frunció el ceño. Estaba empezando a sospechar que aquello no tenía nada de casual.

—Entonces, ¿habéis preparado algo especial para el programa? —siguió indagando el entrevistador—. ¿Tal vez algún tema nuevo?

Katya se volvió para mirar a Freddy, que seguía sonriendo,

insultantemente seguro de sí mismo. Hacía unos meses que el adolescente más conocido de WeKids había desvelado su intención de dedicarse a la música. Desde su perfil podían escucharse algunas de sus canciones, que pronto se habían convertido en las más reproducidas de la red social. Sus admiradores afirmaban que era un genio precoz; sus detractores, que su música no era para tanto, y que si tenía éxito era solo porque era él quien cantaba. O eso se decía.

Freddy no había ocultado en ningún momento que aspiraba a ser fichado por AllMusic, la multinacional para la que trabajaban todos los artistas de éxito. AllMusic no se había pronunciado sobre el tema. No podría hacerlo mientras él siguiera publicando su música en WeKids, pero todo el mundo sabía que no lo dejarían escapar.

—No voy a hablar de eso todavía —respondió Freddy enigmáticamente, aún con aquella sonrisa que desbordaba confianza en sus posibilidades—. Pero os prometo que será absolutamente inolvidable.

Lucas cerró la ventana en la pantalla de su terminal, intrigado y pensativo.

En las últimas semanas había repasado sus cálculos docenas de veces para asegurarse de que eran correctos. Sabía que, de haber nacido en cualquier otro mes, su demostración matemática causaría sensación en cuanto la gente entendiera la relevancia de lo que había hecho. Pero, por azares de la vida, Freddy y él coincidirían en el mismo programa. Tendría suerte si la gente le dedicaba tan solo unas migajas de su atención.

Procuró no dejarse desanimar por ello.

Dos días más tarde, WeKids confirmó la lista de seleccionados para el siguiente programa «Quince a los Quince»: Alfredo García, Katya Krainova, Leo Xiao y Lucas Laval. El orden de intervención dependería de la fecha en la que se hubiese abierto su perfil en WeKids. El primero sería Leo; después, Lucas; en tercer lugar, Freddy, y por último, Katya.

Los días anteriores a la emisión del programa, los Laval trabajaron intensamente desde casa; Lucas había anunciado en su perfil que su intervención estaría relacionada con las matemáticas, y los medios de comunicación se habían hecho eco de la noticia. Pero él y sus padres no se limitarían a esperar un golpe de suerte; Oscar y Emma rastreaban la red en busca de las personalidades más reconocidas del mundo científico para hacerles llegar un mensaje en el que los invitaban a visionar el programa en el

que Lucas haría su demostración. No querían desvelar de qué se trataba, pero dejaban caer suficientes pistas como para que algunos de ellos se sintiesen intrigados.

El día de la emisión del programa, WeKids reunió a los cuatro chicos en sus estudios de grabación. Los dejaron solos en la misma habitación, y Freddy y Lucas cruzaron la mirada por primera vez. Ninguno de los dos habló.

—Buena suerte, tíos —dijo Leo Xiao.

—Ya, bueno —respondió Freddy con una calmada sonrisa—. Gracias. Lo mismo digo.

A Lucas le sudaban las manos; Katya repetía en voz baja algunas partes de su discurso y Leo daba saltitos en el sitio. Solo Freddy permanecía tranquilo, dueño por completo de la situación.

Parecía que Leo iba a hacer algún comentario, pero entonces llegó el asistente de WeKids y se lo llevó consigo, hecho un manojo de nervios.

Lucas contuvo el aliento mientras los tres chicos restantes visionaban la intervención de Leo en la pantalla del terminal que ocupaba una de las cuatro paredes de la habitación. Su actuación seguía el patrón de los vídeos que lo habían hecho popular en WeKids. Todo el mundo sabía que haría algo similar, porque él lo había dejado claro cuando le habían preguntado al respecto. Tenía muchos seguidores en WeKids porque grababa vídeos graciosos. No había más misterio, ni sabía qué otra cosa podía mostrar al mundo en sus quince minutos de gloria.

Cuando Leo acabó, su perfil apareció en pantalla para que todos pudieran ver cuántos votos positivos obtenía su intervención. Pero Lucas no pudo quedarse a ver el final del recuento, porque el asistente volvió a entrar en la sala y pronunció su nombre.

Lucas inspiró profundamente, se despidió de Freddy y Katya con un gesto y lo siguió.

Le habían preparado una pequeña sala con una pizarra táctil en la que había dejado escrito previamente el planteamiento de la ecuación que iba a demostrar. El asistente lo hizo pasar al centro de la habitación. No sonrió cuando dijo:

—Dos minutos y empezamos.

Se fue y cerró la puerta tras de sí.

Lucas se había quedado solo. Respiró hondo de nuevo para calmarse.

Había ensayado varias veces su presentación y no había tardado en darse cuenta de que en quince minutos le resultaría imposible explicar lo que iba a hacer y resolver el problema en directo, como pretendía. Presentar solo las consideraciones previas le llevaría bastante tiempo, de modo que había optado por saltárselo todo e ir directamente a la demostración. Las personas capaces de apreciar su trabajo no necesitarían explicaciones preliminares, y el resto probablemente carecía de la formación necesaria para comprenderlas. De modo que, cuando el piloto rojo se encendió, indicando que su espacio en directo había comenzado, Lucas se limitó a decir:

—Me llamo Lucas Laval. Esto —prosiguió, señalando a la pizarra— es un problema matemático que jamás ha podido ser resuelto por nadie. —Hizo una breve pausa dramática antes de añadir—: Hasta hoy.

Alzó el puntero y comenzó a escribir a toda velocidad.

Había ensayado aquella demostración muchas veces. Debía desarrollar la ecuación en menos de quince minutos y sin cometer ni un solo error que echara a perder el resultado final. Había considerado la posibilidad de presentar el problema ya resuelto en la pantalla, pero esa opción podía generar dudas razonables acerca de la identidad de su autor.

Era consciente de que la mayor parte de los espectadores, incapaces de comprender lo que estaba expresando en lenguaje matemático, cambiarían de canal y no se quedarían a ver el final de la demostración. Pero debía asumir el riesgo.

Catorce minutos después puso punto y final a la ecuación y formuló las conclusiones en voz alta. Dio las gracias a la audiencia por haberle atendido y esperó.

La luz roja se apagó.

Lucas se relajó de pronto, como si todas sus fuerzas le hubiesen abandonado. La puerta se abrió y el asistente entró justo cuando el muchacho estaba a punto de derrumbarse contra la pared de puro agotamiento.

Ya en el pasillo, no pudo evitar preguntar a su acompañante:

—¿Qué tal he estado?

El hombre se encogió de hombros.

—¿Con franqueza? No he entendido nada de nada. Sinceramente, creo que has jugado mal tus cartas, Laval. Porque cualquier cosa que haga Freddy

ahora será menos aburrida que lo que acabas de hacer tú.

Lucas comprendió de golpe que tenía razón. Desesperado, se recordó a sí mismo, una vez más, que en realidad él no pretendía participar en aquel absurdo concurso de popularidad. Que no le importaba que la mayor parte de la audiencia bostezara de tedio con su intervención o que su perfil ganara o perdiera unos cuantos miles de seguidores. Que su demostración estaba destinada a una serie de personas muy concretas. Solo con que ellos la hubiesen visto...

«Y, aunque no fuera así», pensó de pronto, más animado, «aunque Freddy o Leo, o incluso Katya, ganaran en el concurso de hoy, lo que he hecho está grabado y se puede presentar más adelante en algún congreso científico». Era consciente de que este tipo de eventos apenas se celebraban ya. Pero tal vez... tal vez...

—Buena suerte, Freddy. —La voz del asistente lo sacó de sus pensamientos, y Lucas vio entonces que su rival, guiado por otra empleada de WeKids, avanzaba por el pasillo hacia ellos. Freddy respondió levantando ambos pulgares en señal de aprobación. Lucas no sabía si el gesto estaba destinado a él o al asistente que lo había saludado. Pero se limitó a asentir en silencio.

No tardó en reunirse con Leo y Katya en la sala de visionado.

—Eh, tío, no tengo ni la más remota idea de lo que has hecho —le dijo el primero—. Pero parecía importante.

Lucas sonrió por primera vez en todo el día.

Katya se mordía las uñas, con los ojos fijos en la pantalla donde iba a aparecer su novio.

—Y tú debes de saber qué se trae entre manos el amigo Freddy, con tanto secretismo —le dijo Leo—. ¿Por qué no nos lo cuentas?

—Es que no lo sé —respondió ella—, de verdad que no. Pero seguro que va a ser espectacular. Freddy va a ganar, ya lo veréis.

De pronto, como invocada por las palabras de la chica, la imagen de Freddy llenó la pared. Katya ahogó un gritito de emoción mientras la audiencia contenía el aliento, pendientes todos de las palabras del ídolo de WeKids.

—Buenas tardes a todos —dijo él; su voz reverberó en la habitación, cálida y agradable—. Soy Freddy, y mi destino es ser famoso —anunció, con



una adorable sonrisa de disculpa.

Lucas y Leo cruzaron una mirada, arqueando una ceja.

—Y ¿sabéis una cosa? —prosiguió Freddy—, lo cierto es que hasta ahora no lo estoy haciendo mal. ¿Verdad que no?

Los labios de Katya se fruncieron formando un «nooo» silencioso.

—Ya sé que no —continuó Freddy; seguía sonriendo—. Pero el caso es que no quiero seguir con esto. Nunca más. Así que... se acabó.

Y alzó la mano. Los ojos de Lucas vieron el arma, pero su cerebro no registró inmediatamente su significado, al menos no antes de que una atronadora explosión resonara por la habitación y un estallido de sangre y restos de masa encefálica pareciera escapar de la pantalla para teñir de rojo todo su campo de visión. Lucas se quedó paralizado mientras Katya chillaba y chillaba y todo seguía rojo, y Leo empezó a gritar también, y una parte del cerebro de Lucas pensó que era un truco, pero entonces todo fundió en negro y ya no supo nada más.

El suicidio en directo de Alfredo García, alias «Freddy», fue visionado por sesenta y siete millones de espectadores en todo el mundo y acaparó las cabeceras de todos los informativos y los diarios en red durante varias semanas. Naturalmente, el vídeo fue retirado de WeKids de inmediato; pero existían copias, de modo que circuló por la red, y se reprodujo, y fue visualizado por miles de personas que lo contemplaron boquiabiertas, fascinadas y aterrorizadas al mismo tiempo. El programa «Quince a los Quince» se suspendió temporalmente. Pero los padres de algunos de los quinceañeros más populares exigieron que WeKids cumpliera lo que había prometido, con Freddy o sin él, por lo que la «Gala Súper Quince» acabó por celebrarse.

Ninguno de los participantes obtuvo el premio codiciado. Porque resultó que, al finalizar el programa, el perfil que más seguidores tenía, con veinticuatro millones de usuarios afiliados, era la página que WeKids mantenía abierta en memoria del malogrado Freddy. Tiempo después se supo que sus dolientes padres habían firmado un contrato multimillonario con AllMusic por las canciones que su hijo había compuesto antes de morir. Se filtró también el dato de que habían registrado el nombre de Freddy García para toda una línea de productos de ocio para adolescentes en internet.

La vida de Lucas Laval prosiguió como si nunca hubiese participado en el programa. El día de su cumpleaños, el sistema de WeKids ya no le permitió acceder a su cuenta. Procedió entonces a crearse perfiles en las redes para adultos más conocidas.

Cuando terminó sus estudios de secundaria, sus padres se las arreglaron a duras penas para matricularlo en la universidad local. Y varios meses después, el muchacho recibió a través de las redes un breve mensaje del eminente matemático Radhak Chaturvedi:

«Vi tu demostración», decía. «Brillante. Hablé de ti a mis jefes de Global Airlines, donde estoy trabajando ahora, porque pienso que podrías aportar grandes cosas a nuestro departamento de i+d. Pero vieron en tu ficha que eres el chico que habló justo antes de lo que sucedió con Freddy y decidieron que no quieren que se relacione a su empresa con tan luctuoso asunto. Lo siento mucho. Te deseo más suerte la próxima vez».

# NOTAS

<sup>1</sup> Maria Mercè Marçal, «Més enllà i més ençà del mirall de la Medusa», en *Sota el signe del drac. Proses 1985-1997*, Proa, Barcelona, 2004. La traducción es nuestra.

<sup>2</sup> David Roas, *Tras los límites de lo real. Una definición de lo fantástico*, Páginas de Espuma, Madrid, 2011.

<sup>3</sup> Autoras que podríamos clasificar dentro del marco de lo insólito feminista serían Angela Carter, Ursula K. Le Guin, Joanna Russ, Angélica Gorodischer, Rosario Ferré, Luisa Valenzuela, Ana María Shua, Lola Robles, Patricia Esteban Erlés, Jacinta Escudos, Nieves Delgado o Cristina Jurado, por citar algunos ejemplos de diferentes tradiciones literarias.

<sup>4</sup> Los espacios simbólicos y políticos exclusivamente femeninos se conocen como ginotopías, y con *La ciudad de las damas* se inaugura una tradición literaria que cobraría una gran relevancia durante el sufragismo de la primera ola de feminismos en el siglo xix. Varios ejemplos de esta corriente los tenemos en la novela *Mizora: a prophecy*(1880-1) de Mary E. Bradley, *Nueva Amazonia* (1889) de Elizabeth Burgoyne, *Gloriana, or the Revolution of 1900* (1890) de Florence Dixie, *El sueño de Sultana* (1905) de Rokeya Sakhawat Hossain o *Dellas: un mundo femenino* (1915) de Charlotte Perkins Gilman, entre otros.

<sup>5</sup> En España también se ha publicado el *I Premio Ripley* (2017) y las antologías históricas *Poshumanas y Distópicas. Antología de autoras españolas de ciencia ficción*(2018), que incluyen una selección de textos que van desde el siglo xix hasta 2015, además de la antología *Terroríficas* (2018).

<sup>6</sup> Helena Araújo, «¿Escritoras latinoamericanas: por fuera del boom?»,

*Quimera*, 30, 1983, pp. 8-11.

<sup>7</sup> Entre las hijas de Metis latinoamericanas, a pesar de no mencionar a todas las autoras ni incluir todos los países -y dejando fuera a las autoras antologadas-, queremos dejar constancia del trabajo llevado a cabo por autoras como Claudia Aboaf, Gloria Alcorta, Yamila Begné, Valeria Correa Fiz, Alejandra Decurguez, Lucila Grossman, Beatriz Guido, Amalia Jamilis, Vlady Kociancich, Luisa Mercedes Levinson, Teresa Pilar Mira de Echeverría, Magdalena Mouján y Samanta Schweblin en Argentina; Vanessa Giacomani, Marcela Gutiérrez, Angélica Guzmán Reque, Dennis Morales Iriarte, Giovanna Rivero y Alison L. Spedding en Bolivia; Elena Aldunate, Hilda Cádiz, Alejandra Costamagna, Ana María Güiraldes, Sascha Hanning, Myriam Philips, Ana María del Río, Rebeca F. San Román, Catalina Salem y Camila Trabucco en Chile; Manuela E. Aguirre, Gabriela Arciniegas, Linda Castro, Alicia Dujovne, Carolina Durán, Corina González, Diana Catalina Hernández, Marvel Moreno y Laura Rodríguez en Colombia; Laura Casas Nuñez, Mariana Castillo Rojas, Jessica Clark, Ericka Lippi Rojas, Laura Quijano Vicenzi, Anacristina Rossi y Evelyn Ugalde Barrantes en Costa Rica; Niurka Alonso Santos, Yadira Álvarez, Viana Barceló, Nora Calas, Zullín Elejalde Macías, María Felicia Vera, Olga Fernández, Ileana Hernández, Chely Lima, Maily Lozano García, Duchy Man, Jamila Medina, Ida Mitrani, Yamila Peñalver Rodríguez, Evelin Pérez, Yasmín Portales Machado, Gina Picart Bajula, Yeny Mila Ramos, Haydee Sardiñas, Lidia Soca Medina, Mariela Varona e Ileana Vicente en Cuba; Marcela Ribadeneira, Marcela del Río y Alicia Yáñez Cossío en Ecuador; María Luisa Mendoza, María Luisa Hidalgo, Raquel Banda Farfán, María Elvira Bermúdez (pseudónimo Raúl Weil), Gabriela Damián Miravete, Karen Chacek, Raquel Castro, Libia Brenda, Daniela Tarazona y Bibiana Camacho en México; Adriana Alarco de Zafra, Antoanette Alza Barco, Ethel Bazán Vidal, Alejandra P. Demarini, Bianca Miosi, Yelina Pulliti Carrasco, Andrea Rivera y Aurora Seldon Perú; Marta Alponde Alsina y Marigloria Palma en Puerto Rico; Marosa di Giorgio, María Antonia Grampone, María Inés Silvia Vila, Armonía Somers y Giselda Zani en Uruguay; Julia Martina Müller, Ana Teresa Rodríguez o Enza Scalici en Venezuela.

<sup>8</sup> David Roas y Ana Casas (ed.), *La realidad oculta. Cuentos fantástico españoles del siglo xx*, Menoscuarto, Palencia, 2008.

<sup>9</sup> Pilar Nieva de la Paz, *Narradoras españolas en la transición política: textos y contextos*, Fundamentos, Madrid, 2004.

<sup>10</sup> Entre las Hijas de Metis españolas, y lejos de una exhaustividad hoy por hoy afortunadamente imposible, podemos citar los nombres de María Angulo, Pily Barba, Gema Bonnín, Gabriella Campbell, Ana Campoy, Ariadna Castellarnau, Verónica Cervilla, Aixa de la Cruz, Nieves Delgado, Enerio Dima, Adolfina García, Covadonga González-Pola, Arrate Hidalgo, Marta Junquera, Laura López Alfranca, Ana Llurba, Haizea M. Zubieta, Blanca Mart, Maria Antònia Martí Escayol, Felicidad Martínez, Layla Martínez, Mayte Navales, Rosa Montero, Julia Oxtoa, Iria Parente, Selene Pascual, Montse de Paz, Concha Perea, Begoña Pérez Ruiz, Virginia de la Puente, Concepción Regueiro, Irene Robles, Tamara Romero, Laura S. Maquilón, Care Santos, Aranzazu Serrano, Gloria T. Dauden, Carme Torras, Marian Womack, María Zaragoza, etcétera, además de las autoras aquí antologadas. Su puede ampliar y actualizar esta lista en webs especializadas como «Fantástikas» de Lola Robles o «La nave invisible», entre otras.

<sup>11</sup> Véase Teresa López-Pellisa, «Introducción», *Historia de la ciencia ficción en la cultura española*, Iberomaericana/Vervuert, Madrid, 2018, pp. 9-46.

<sup>12</sup> Traducido del sánscrito por Òscar Pujol y Menchu Gutiérrez, *Ediciones del oriente y del Mediterráneo*, 1998.



*Nzofrenick*

*"La lectura hace al hombre completo;  
la conversación lo hace ágil,  
el escribir lo hace preciso".*

*Francis Bacon*

